

Cuando llega la luz

Clara Sánchez



Lectulandia

Tras *Lo que esconde tu nombre*, la apasionante intriga de *Cuando llega la luz* nos adentra en una historia de amor y de coraje, de memoria y de culpa, de esperanza y de fortaleza. Un subyugante relato sobre la venganza, los límites del mal y la fuerza que se esconde, casi invisible, en el lado más oscuro del ser humano.

En el último año y medio la vida de Sandra ha dado todo un vuelco. Tras escapar de las engañosas redes de un grupo de ancianos nada inocentes instalados en el tranquilo pueblo de Dianium, se traslada a Madrid junto a su hijo recién nacido, Janín. Alejada del pasado, su nueva vida parece felizmente encauzada, pero un día, al recoger a Janín de la guardería, encuentra una nota anónima en su mochila: «¿DÓNDE ESTÁ TU AMIGO JULIÁN?». Después de mucho tiempo sin saber de él, Sandra tendrá que localizarlo y ponerlo sobre aviso: alguien anda sobre su pista y no se detendrá ante nada hasta encontrarlo.

Mientras tanto, Julián pasa sus días en la residencia Los Tres Olivos. Desde que Sandra y él pusieron al descubierto el paradero de varios miembros de la Hermandad, él ha seguido empeñado en sacar a la luz la cara oculta de antiguos nazis instalados en la costa levantina. Ahora algunos, ya octogenarios, comparten residencia con el viejo Julián, quien deberá convivir con ellos en el más estricto anonimato para no ser descubierto.

Lectulandia

Clara Sánchez

Cuando llega la luz

ePub r1.0

epubdroid 09.09.16

Clara Sánchez, 2016

Retoque de portada: Redna G. sobre imagen de Andrea Hübner

Editor digital: epubdroid

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi padre (in memoriam) por haberle prestado su corazón a Julián.
A Paco, por sufrir mis dudas e inseguridades y por afrontar con entereza la
primera lectura de mis novelas.
A Julia, por su energía creativa y por no permitir que me duerma en los
laureles.

Uno puede sonreír y sonreír y ser un villano.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Hamlet*

Prólogo

Nació a las once y media y desde el primer momento me costó un trabajo enorme separarme de él. Me quedaba embobada contemplándole, fascinada. Era un milagro. Su piel sonrosada y sus ojos entrecerrados concentraban el poder de todos los poderes misteriosos.

Le puse de nombre Julián, que, con el paso de los días, entre unos y otros fueron convirtiéndose en Janín. Y nunca les expliqué ni a Santi ni a mi familia el porqué de ese nombre. No habrían comprendido que un hombre que podría ser mi abuelo, recién llegado a mi vida, tuviese más influencia en mí que cualquiera de ellos. Yo tampoco lo comprendía del todo. Las uniones fuertes están reservadas al amor o a la familia, no a un desconocido de ochenta años con quien no has compartido antes nada.

Santi me decía que mi vida en Dianium me había dado la vuelta como a un calcetín. Y era verdad, ahora solo quería criar a Janín, ganar dinero para él, y no me preocupaba si me aburría o no, si esto es lo que deseaba o no. Ni siquiera lo pensaba. Había nacido en mí el afán de proteger lo que tenía. Si de algo me había dado cuenta en Dianium es de lo fácil que es que te roben el alma poco a poco, sin que te enteres. Había dejado de ver la vida desde el lado de los deseos imposibles, incluso de los posibles. Frente a la muerte, lo digo con el corazón en la mano a quien quiera escucharme, los deseos dejan de tener la más mínima importancia.

1

Un pasado envenenado

Junio de 2006

Sandra

Desde que regresé de Dianium hace más de un año, he soñado muchas veces con Alberto, con esa clase de sueño del adiós, igual que cuando soñaba con el colegio o con una casa donde vivíamos cuando yo era pequeña y que repiqueteaba en mi memoria con su pasillo laberíntico y la luz cegadoramente blanca de la cocina.

Antes de Alberto, nunca creí que existiese algo más que lo que había entre Santi —el padre de mi hijo— y yo, y no porque fuese ideal o maravilloso, sino porque me era difícil imaginar lo que no tenía. El nuestro era un amor normal. Y hacíamos buena pareja: él era tres años mayor que yo, tenía contrato fijo (era uno de los pocos expertos en un programa informático con el que podía trabajar desde casa si quería) y un piso viejo en el centro que había heredado. Cuando me quedé en paro no tuve de qué preocuparme: viviríamos juntos y me dedicaría a hacer algún curso de formación. Al anunciarle que estaba embarazada se alegró mucho y dijo que lo suyo era que nos casáramos y formásemos una familia. Pero cuando comprendió lo mucho que ese posible futuro me agobiaba dejó de mencionarlo. Pasamos juntos cuatro meses y, aunque no sabía lo que me faltaba puesto que nunca lo había tenido, un día vi besarse en un vagón del metro a una pareja de una forma que me sobrecogió. Sentí ganas de llorar, un grito profundo en el alma. Supe con una certeza aguda, como si me clavarán un cuchillo de luz en el cerebro, que si no tenía ese beso no quería ninguno. No quería un amor normal.

Fue entonces cuando decidí pedirle prestada a mi hermana la casita de la playa e irme a pasar unos meses a Dianium. Y allí estaba él, Alberto, metido en uno de los asuntos más feos y peligrosos que yo hubiera podido sospechar nunca: la Hermandad, un grupo de antiguos nazis y neonazis refugiados en el esplendor de la Costa Blanca. Él era uno de ellos y, sin embargo, me ayudó. Me salvó. Me sacó casi en brazos de Villa Sol, un lugar que primero fue hermoso y luego terrorífico. Y un día, un atardecer fresco, durante uno de los pocos momentos en que estuvimos solos, mientras caminábamos por la playa, sentí sus labios finos y suaves en los míos, mordiéndolos. Noté su lengua sedosa en mi boca como un poco de mar, entrando y saliendo como las olas. Su cuerpo cerca, muy cerca. Así que eso era. Así que ya no había duda sobre lo que quería. Todo estaba en aquel cuerpo delgado y en aquel pelo castaño, tan endeble que podría arrancárselo una simple brisa. Estaba en su camisa arrugada y remangada hasta el codo, y en su forma de esperar los acontecimientos con un pie apoyado en la pared mientras lanzaba el humo del pitillo hacia arriba formando pequeñas nubes de tormenta. Estaba en sus ojos, resbaladizos como una anguila. Y me gustaría contarle a alguien a quien le interese de verdad que desde aquella vez con Alberto ya nunca me he sentido sola, aunque no haya vuelto a verle ni a tener noticias suyas.

Julían

Desde el castillo de Dianium puede verse el puerto de pescadores, con barcas, veleros, algunos yates espectaculares y un *ferry* que hace diariamente el trayecto de ida y vuelta a la isla de Ibiza. También hay una magnífica panorámica desde el monte, cuya flora los ecologistas tratan desesperadamente de proteger.

Y más al interior, a unos diez kilómetros del casco urbano, entre olivos, jaras, pinos y viñedos, se encuentra la Residencia de la Tercera Edad Tres Olivos, donde vivo desde hace más de un año. En primavera florecen los almendros, soltando un color rosáceo que nos envuelve a todos en una especie de ensueño, como si ya hubiésemos pasado a mejor vida.

Nada más llegar logré instalarme en la misma habitación en que pasó sus últimos años mi gran amigo Salva. Antes de morir me envió a Buenos Aires una carta pidiéndome que fuera a verle a España. Desgraciadamente, cuando llegué él ya había muerto. Pero me dejó una herencia envenenada: descubrirle al mundo la Hermandad, una organización nazi escondida en Dianium, que logré desarticular con la ayuda fortuita de Sandra, una chica embarazada de cinco meses, a la que puse en verdadero peligro y a la que nunca he pedido perdón. Tampoco le he dado las gracias por el indescriptible placer que siento al haber obligado a los líderes de esta macabra banda a ocultarse de nuevo, con lo que eso supone a nuestra edad, la de ellos y la mía, que no baja de los ochenta años.

Dos de los más importantes eran Fredrik y Karin Christensen. Vivían en la zona del Tosalet, en un chalet muy hermoso construido en los cincuenta, cuya placa con el nombre de Villa Sol siempre brillaba, tanto con la luz como con la lluvia. En su juventud Fredrik perteneció a las Waffen-SS y fue condecorado por el mismo Führer gracias a méritos terribles. Se casó con Karin, una alegre joven rubia afiliada al partido nazi, a la que la vejez afeó y la artrosis retorció como un árbol podrido. Tras la guerra se escondieron bajo el dorado sol de Dianium, hasta que Salva primero y yo después los descubrimos y tuvieron que salir por piernas.

La última vez que me encontré con Fred, sentado en una silla de hierro forjado del espléndido jardín de Villa Sol, le costó un triunfo levantar su enorme armazón de huesos. Disimuló como pudo, pero yo sé bien lo que es estar hecho polvo.

No les dio tiempo de llevarse los muebles ni la ropa, y cuando pasé por la villa a los ocho días de mi denuncia se notaba la huida rápida en todos los detalles: toallas tiradas por el césped, un enorme zapato de jugar al golf de Fred flotando entre las hojas en el agua de la piscina, alguna ventana abierta y, junto a los rosales, un vestido rojo de Karin convertido en un trapo lleno de polvo. El cenador, donde tantas veladas habían pasado con sus compañeros de antiguas correrías, parecía abandonado desde hacía siglos. Desde fuera de las cristaleras del salón se vislumbraba en el interior una mesa camilla con dos tazas de borde dorado y una tetera de un colorido muy agradable a la vista. Puede que les avisaran por la tarde, durante o después del té, de

que había que salir con urgencia. Seguramente vendrían a recogerles en un coche, cargarían lo más imprescindible y se los llevarían Dios sabe dónde, probablemente a otro pueblo lleno de turistas jubilados. Pero por muy parecido que sea ese lugar, tener que adaptarse a un nuevo rincón, no sentirse seguros como antes, ha debido de machacarlos, cosa que me produce un enorme regocijo.

La villa estuvo vacía unos meses hasta que la Hermandad se ocupó de ella y encargó a una inmobiliaria que la alquilase. Cuántas veces he pensado en los desconocidos que beberán en los mismos vasos que esos dos criminales, se sentarán en la misma taza de váter y alguno de ellos, quizá uno de los hijos, dormirá en el cuarto donde Sandra estuvo secuestrada, enferma y al borde de la muerte. Puede que alguna noche el nuevo inquilino tenga una pesadilla terrible y no sepa por qué, y que a veces se despierte con un sudor frío y angustia y lo achaque al maldito calor.

Sin embargo, la mansión de la otra pareja de nazis, Otto y Alice, ha permanecido cerrada a cal y canto, sostenida por esas ostentosas columnas dóricas a punto de desconcharse. Como si aún soñasen con volver allí, como si aún creyesen que tienen una segunda oportunidad. No me extrañaría que todavía se conservaran objetos de valor entre sus cuantiosas paredes: cuadros, muebles, tapices, lámparas, espejos, y que se los fuesen llevando poco a poco por la noche. Por mucho que peligre su vida, cualquiera que haya conocido a Alice sabe que su codicia no tiene límites y que es casi impensable que deje atrás lo que ha robado. Si pudiera, se lo llevaría con ella al infierno.

Otto era un tipo excéntrico y bravucón. Ser nazi lo llenaba de orgullo. Y los demás podían contemplar ese orgullo de sí mismo que le proporcionaba ser nazi en su mirada, exaltada como si acabara de pelearse bebido. Le acompañaban el vozarrón y la estatura, el envalentonamiento vidrioso de los ojos y, en su juventud, el uniforme. Una de sus hazañas más sonadas fue la de rescatar al Duce con una avioneta en el mismo centro de Milán. Necesitaba ser un héroe para los suyos desde que, de joven, le cruzaron la cara de un sablazo en un duelo y le dejaron una cicatriz, que exhibía con su permanente orgullo. ¿No se le ocurriría pensar que era un tonto? Lo creía todo el mundo, empezando por su mujer —la retorcida Alice—, siguiendo por Fred y Karin, que lo consideraban el chico de los recados de Alice, y terminando por el Carnicero de Mauthausen, para quien los que no habían traspasado la raya de la suprema crueldad eran unos inútiles y no merecían su respeto. Lo creía todo el mundo menos el propio Otto y algún que otro despistado.

Para mi sorpresa, al mismo tiempo que yo ingresaron en Tres Olivos dos nazis: una mujer llamada Elfe, con graves problemas de alcohol, y mi objetivo, el motivo de que no me salte ninguna pastilla y me cuide: el monstruo número uno, al que toda la pandilla venera. El Carnicero de Mauthausen. Desde el momento en que lo vi entrar por la puerta de la residencia, me he dedicado a tratar de amargarle la vida, desquiciarlo y convencerle de que, debido a su avanzada edad, está perdiendo la razón y de que no es nadie especial, sino un simple mortal que con más frecuencia de

lo deseable se mea en los pantalones.

Le visitan a diario dos cachorros de la Hermandad que han decidido permanecer en sus puestos: Frida y Martín, junto con otras nuevas incorporaciones. Al otro chico, Alberto, de quien Sandra se enamoró, a mi parecer exageradamente, lo mataron después de marcharse ella de Dianium. Y me apena mucho que Sandra llegue a enterarse. Si se me concediera algún poder sobrenatural, solo uno, lo emplearía en hacerlo resucitar para que ella estuviera contenta allí donde se encuentre. Porque muchas veces me he preguntado si habrá logrado ser feliz.

Sandra

A veces creo que no fue real, que si buscase Dianium en el mapa me daría cuenta de que solo existió para mí.

Hace ya un año y medio tuve que abandonarlo precipitadamente. Tuve que huir hacia Madrid a las seis de la mañana, en la parte trasera de un autobús, mientras veía los primeros rayos de sol lanzándose sobre los árboles, los riscos y algún tejado solitario. En un restaurante de carretera donde hicimos una parada, compré una botella de agua y en el lavabo me asusté de lo pálida que estaba. A veces no era consciente de mi estado y de que en mi cuerpo había alguien más con sus propias necesidades.

No quería dormirme hasta que se hiciera completamente de día y se fueran desvaneciendo los ojos de águila de Fred, fijos en mi barriga como si tratara de hipnotizar a mi hijo, y los dedos deformes de Karin al rozarme. Hasta dejar de ver la mirada llena de ansiedad de Julián diciéndome adiós, y su cuerpo flaco, que convertía su ropa en tres tallas más grande de lo que era. Quizá no volvería a ver más a Julián, pero en ese momento escapar estaba antes que cualquier buen sentimiento.

Nada más conocerlo, me inspiró confianza. Fue al poco de llegar a Dianium. Lo descubrí frente a la casita de la playa, con treinta y cinco grados que la humedad elevaba a cuarenta, y me dio la impresión de que iba a desmayarse. Tendría unos ochenta años. Le ofrecí un vaso de agua. Él se quitó un sombrero imitación panamá, de los que venden en los puestos del paseo Marítimo, por caballerosidad hacia mí, y se limpió la cara empapada de sudor con un pañuelo blanco de tela. Nunca le vería usar pañuelos de papel, ni por supuesto limpiarse con la manga de la chaqueta. Por mucho calor que hiciera no se separaba de esa chaqueta azul claro, porque en los bolsillos llevaba la cartera, las pastillas para el corazón, el azúcar, la tensión y quién sabe cuántas más; también un cuaderno de notas, porque ya no se fiaba de su memoria, las gafas de cerca, las de sol y una foto de su mujer, Raquel. Lo repartía todo con mucho cuidado para equilibrar el peso. Y durante unos días también llevé un recorte de periódico con la foto de Fredrik y Karin Christensen en la que se demostraba su verdadera identidad, y ya no hubo vuelta atrás para mí. Pasé al otro lado de la foto, al lado terrible que habría preferido no conocer. Antes de todo esto yo nunca había sospechado de unos ojos amigables ni de una sonrisa bonachona. Algunos dicen que todas las personas que llegan a nuestra vida son necesarias. Unos desempeñan el papel de malos, otros de pirados, otros de generosos, otros de héroes o de cobardes. Según esta teoría, de todos aprendemos algo, y solo por eso hay que suponerles alguna virtud, pero eso lo dicen porque no han conocido a la Hermandad.

La verdad es que, según pasaban los meses, me acordaba más de Julián y me preguntaba qué sería de él. Tenía la sensación de haberle abandonado. Si me viera ahora, vestida con camisas planchadas, chaquetas entalladas y zapatos de tacón, maquillada y levantándome a las siete de la mañana, no se lo creería.

Julían

Siempre la misma canción. Me quedo dormido viendo la televisión en la sala contigua al comedor después de cenar y a las cuatro de la mañana me despierto completamente despejado. Cuando era joven y fumaba, me encendía un pitillo en la terraza, le daba unas cuantas caladas y volvía a la cama. El calor de Raquel —mi compañera durante treinta años— acababa adormeciéndome, su olor me daba seguridad, la oscuridad quedaba fuera, cerraba los ojos y me dejaba llevar por nuestras respiraciones. Un baile lento, rítmico, entre una pesadilla y otra, y a veces algún dulce sueño me sobresaltaba más que las propias pesadillas, como si no estuviera destinado a mí. Me despertaba definitivamente a las siete. Pero ahora no tenía a Raquel y además debía arreglármelas sin fumar. Leía hasta que me escocían los ojos, poco rato. También me quedaba mirando al techo o la puerta del armario como si dentro del yeso y la madera estuviera escondido el espíritu de Salva. Me habría gustado creer en espíritus y pensar que el suyo permanecía en esta habitación, acompañándome y señalándome a su manera algo en lo que debería fijarme, algo en lo que aún no había caído. Sentía que me gritaba desde montañas muy altas y muy lejanas que aún no lo había descubierto todo, y sentía que yo estaba muy torpe y que tenía telarañas en los ojos y en el cerebro, y que quizá solo había visto la punta del iceberg.

Desde que tengo tanto tiempo para pensar bajo las palmeras del jardín y entre el zumbido de los insectos, he empezado a preguntarme por qué Salva no denunció directamente él a la Hermandad. Era fácil dar sus nombres y direcciones como hice yo. En cambio, me obligó a descubrir algo que él ya había descubierto. ¿O quería mi ayuda para que fuésemos más allá?

Sandra

Creía que el comienzo de mi nueva vida en Madrid iba a ser tortuoso y lleno de piedras, pero no fue para tanto. Empecé a darme cuenta de que quizá antes de verle las orejas al lobo en Dianium no apreciaba lo que la gente hacía por mí. Mi hermana alquiló un local en un centro comercial y me propuso ser su socia, aunque era ella quien ponía el dinero. Me entusiasmaba decorar el escaparate con algunas prendas de ropa, bisutería y también un par de accesorios como cinturones o bolsos. Trataba de que fuese un reflejo de lo mejorcito que podía encontrarse en el interior. En el fondo el escaparate es como cualquiera que se arregla para salir, y mi escaparate día a día iba teniendo menos que ver con la antigua Sandra del mechón rojo y los *piercings*. No paraba en toda la jornada: abrir cajas, devolver mercancía, repasar facturas... En otros tiempos habría pensado que era un auténtico rollo y me deprimiría imaginarme envejeciendo entre los collares, los pañuelos y las blusas colgadas entre estas cuatro paredes.

Ahora todo había cambiado, y daba gracias por tener tanto trabajo y no poder regodearme en Alberto, pensamiento que me ponía muy triste. Además, tuve la suerte de encontrar un pequeño apartamento cerca de la tienda y de un jardín de infancia, cuya hipoteca mis padres me ayudaban a pagar gustosamente porque ahora tenía un hijo, un trabajo, lo que ellos llamaban sentar la cabeza. Aunque la guinda de mi vida, o, mejor, de la suya, consistiría en que yo tuviese un marido, a ser posible Santi, el padre de mi hijo. De todos modos, trataban de contentarse y de no insistir en este punto por miedo a despertar a la antigua Sandra del mechón rojo, la descontenta, la que no paraba en ningún sitio, y que ella lo mandase todo al garete. Era normal, para ellos había pasado un año y medio de mi huida hacia delante. Para mí un siglo. Ellos continuaban igual y yo había envejecido. En el fondo me enterneecía que se creyeran responsables de mí cada vez que la pifiaba. Y esperaba que nunca abriesen del todo los ojos.

Me distrajo mucho elegir los muebles del piso: un sofá, la mesita del salón, una estantería, mi cama. Santi me ayudó a empapelar el cuarto del niño y le pegó estrellas en el techo que cuando se apagaba la luz iluminaban el suelo y las paredes como si el cielo estuviera en todas partes. Mi hermana sacó del trastero la cuna de sus hijos, que solo necesitaba una mano de barniz, y mis padres me regalaron una sillita Jané último modelo junto con una bolsa acolchada de ositos morados para colgarla del respaldo y llevar ahí los biberones y pañales. Era muy agradable que todos se preocuparan por el bienestar de mi hijo. Antes de nacer tenía toda la ropa que necesitaría hasta que cumpliese un año y juguetes de goma para cuando empezaran a salirle los dientes.

Estaba tan ocupada que no me di cuenta de que el día señalado tendría que llegar. Y el doce de febrero de 2005, a eso de las cuatro de la mañana, me levanté para ir al baño y noté un líquido resbalándome por las piernas. No me pareció que estuviera rompiendo aguas sino otra cosa, quizá el niño no venía bien. Se me empaparon las

zapatillas de sangre y me siguió un reguero hasta el teléfono. No quería despertar a mis padres ni a mi hermana, muy dados a las tragedias de madrugada, y llamé a Santi, con todo lo que eso suponía de sobrecarga sentimental. Mientras llegaba, me puse una toalla entre las piernas y metí como pude la ropita del niño en la bolsa acolchada, con la revelación interna de que mi hijo lucharía por venir al mundo y se salvaría de innumerables peligros.

La punta del iceberg

Julían

Como todos los días, a las once sentía la enorme sombra vacilante del Carnicero de Mauthausen pasar detrás de mí casi rozando el respaldo de la silla. Siempre el mismo escalofrío. Se balanceaba a derecha e izquierda tratando de no caerse, caminaba hacia el fondo del jardín como si le esperase alguien o algo detrás de los setos, y regresaba con la misma desequilibrada determinación. Después se sentaba en el comedor a dormitar un rato, el momento ideal para levantarme y adentrarme por el pasillo que llevaba a los dormitorios de la primera planta. Los más ágiles y no necesitados de ayuda residíamos en la cuarta y última, y a veces les echábamos una mano a los de la primera. Les empujábamos la silla o les cortábamos el filete. Se suponía que cuando llegase la hora de bajar a la primera, los de la cuarta harían lo mismo por nosotros. El Carnicero ingresó en la primera desde el principio, por lo que nunca se le pidió ayuda. Había venido a este mundo a no dar nada. Nadie consideraba que aquella mole tambaleante, que parecía arrastrar una borrachera desde hacía veinticinco años, pudiese ser útil. Cuando no hundía la barbilla en el pecho completamente ensimismado, lanzaba furiosas miradas de desconfianza alrededor. Puede que los demás no reparasen en esas miradas porque todos sabíamos que con los años la mayoría de nuestras caras se habían endulzado o avinagrado. A quien más y a quien menos los ojos se le habían empequeñecido y entre los pliegues de los párpados resultaban maliciosos, pícaros. Otros excesivamente bondadosos y algunos bastante normales, como los de Geralda. Las dentaduras postizas habían conseguido sonrisas poco creíbles, así que había que recurrir a fotos de por lo menos veinte años atrás para hacerse una idea del alma que encerraba ese cuerpo estrujado por el tiempo. Lo que no sabían, y yo sí, es que los ojos del Carnicero de Mauthausen habían cambiado poco. Seguían siendo completamente fríos. Cuando las enfermeras le cogían de las manos para que no se sentase fuera del sillón no podían sospechar lo que habían hecho esas grandes manos. Yo, desgraciadamente, lo sabía.

No sabía cómo vivían las abejas, ni los delfines, no sabía cómo se construía un avión, ni si había vida en otros planetas, no sabía por qué unas rosas son rojas y otras amarillas, ni si existe Dios. Sin embargo, sabía que las grandes manos del Carnicero le habían amputado el brazo a un prisionero de mi barracón para comprobar cuánto tardaba en desangrarse. No puede elegirse lo que no quiere saberse, se te mete en los ojos como una ráfaga de arena, y se queda en el cerebro y el estómago. Aún hoy no encuentro la manera de hablar de ellos, cualquier palabra resulta demasiado banal e inocente.

Su cuarto era la penúltima puerta a la derecha, cerca de la pared de cristal con que terminaban bruscamente tanto el pasillo como el paisaje de pinos y olivos. Fuera también había un monte hacia el que a veces los más vigorosos hacíamos excursiones. Y después de cenar, la figura del Carnicero al ponerse en pie se agrandaba contra las cristaleras del comedor oscureciendo los pinos, el monte y hasta

las mismas estrellas.

Me detuve ante el cristal e hice como que contemplaba toda aquella hermosura, y cuando me cercioré de que no había nadie por allí giré el pomo de su puerta y entré. Por fortuna, ya habían limpiado la habitación y no corría el riesgo de que me sorprendiese nadie ni de soportar su olor. Un olor agrio, que salía disparado de entre los pliegues y recovecos de su cuerpo con cada movimiento, sobre todo al levantarse apoyando las manos en la mesa y dejando que por unos minutos el aire lo recorriera a placer y que luego ese mismo aire nos recorriera a nosotros sin poder evitarlo de ninguna manera. Nadie se quejaba porque todo el mundo sabía que Bert, como le llamaban, tenía fobia a las duchas y que únicamente admitía un baño a la semana, para tranquilidad de las enfermeras que debían ayudarle a entrar y salir de la bañera y a ponerse sus enormes camisas y calzoncillos. En el campo de concentración de Mauthausen tenía un aspecto muy pulcro, entonces era delgado y daba la impresión de pasarse un cepillo de raíces por los pómulos y las orejas hasta dejarlos relucientes. Exudaba limpieza, llevaba zapatos brillantes y trajes oscuros. Su mirada congelada, al descender hacia nosotros, dejaba claro que éramos andrajos nauseabundos. ¿Y a quién podíamos convencer de lo contrario?, ¿cómo se puede luchar para demostrar algo si no hay nadie a quien demostrárselo? No había esperanza.

Aún continuaba escribiendo con letra temblorosa en unos cuadernos baratos de tapas de colores que nos repartían en la residencia. Cogí uno y lo abrí. No lo entendía bien, mis conocimientos de alemán eran elementales, pero parecía una lista de cosas para no olvidar. Poco a poco y día tras día, desde que lo descubrí en Dianium y tuve acceso a él, iba consiguiendo desorientarle con pequeños cambios para que dudase mucho de su memoria, lo que le ponía de mal humor y estaba volviéndole loco. Miraba confuso a los lados en el comedor o en el jardín sin poder disimular la ira que lo dominaba. Era una pena que los demás no se dieran cuenta de lo que ocurría y no pudieran disfrutar tanto como yo. Todas las habitaciones eran más o menos iguales, todas daban al jardín, al monte o al *parking*, y todas tenían armario, cama, escritorio, silla y un pequeño sillón. En esta, además, empujado contra la pared había un baúl de cuero oscuro con un candado imposible de abrir.

Sobre el escritorio, un cráneo a modo de pisapapeles, en consonancia con su pasado de doctor en medicina, cosa que lo revestía de normalidad a los ojos de las limpiadoras pero no a los míos, que sabían cómo había elegido para experimentar a dos judíos holandeses de dieciocho y veinte años y cómo, tras una agonía espantosa, les seccionó la cabeza. Luego hirvió los cráneos, los limpió y le regaló uno a un amigo para que lo usara de pisapapeles. El otro lo colocó sobre la mesa de su despacho. Y, siempre alineada con el cuaderno, una estilográfica Parker 53 con la esvástica de oro, la misma con la que debía de haber anotado con todo detalle, como era su costumbre, sus experimentos.

Abrí el armario, perfectamente ordenado. Parecía que, por encima de todo, el orden había sido y era su obsesión, su religión. Los enormes pantalones, las

descomunales chaquetas y las camisas estaban colgadas por colores. Debajo, las botas, que llevaba en cualquier época del año, tres pares, todas iguales, relucían con incontables capas de betún.

Puse uno de los pantalones entre las camisas blancas. En el cuarto de baño le cambié de cajón el cepillo del pelo. Pero no me conformé con esto: el verdadero disfrute llegó al coger su amada Parker para esconderla entre los muelles del somier. No sé de dónde saqué la fuerza para levantar la mitad del colchón y mantenerlo en vilo con una mano mientras con la otra enredaba la pluma entre los bucles de acero.

Después entorné la puerta de salida, vigilé que no hubiese nadie y me precipité pasillo adelante todo lo que me daban de sí las piernas. Saludé con la mano a Geralda, perteneciente al cuarto piso como yo, que me esperaba en la intersección del pasillo con el vestíbulo. Dio media vuelta, contenta de que la acompañase al jardín y probablemente a dar un paseo.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó sonriente o como si sonriera. Tenía una cara muy agradable tanto contenta como seria, alegre o triste.

—Buscaba el aseo, me he confundido.

Ahora sí que sonrió comprensiva.

Todos respetábamos a Geralda, y su criterio a la hora de cambiar alguna costumbre o hacer alguna excursión era muy tenido en cuenta. Nunca decía una palabra de más ni de menos, y la mayor parte del día se la pasaba mirando, pensando y hojeando revistas de moda. No necesitaba gafas y era muy ágil, podía agacharse y levantarse sin agarrarse a ningún sitio. Seguramente estaba destinada a llegar a los ciento veinte en buenas condiciones. Tenía el tipo de reserva de los que aún les queda toda la vida por delante, y hasta más segundas oportunidades que al resto de nosotros. No le pegaba tener arrugas ni estar en Tres Olivos. Era alta y delgada, y el pelo casi blanco se lo recogía sobre un cuello erguido de bailarina. Usaba vestidos o trajes-chaqueta blancos, negros y beis hasta media pierna, y zapatos con un poco de tacón. Pilar, la coordinadora de la residencia, decía, moviendo la cabeza afirmativamente para reforzar sus palabras, que era una auténtica señora. Era aristócrata italiana por parte del marido. Pilar a veces hablaba de ella como *la principessa*. La pobre está arruinada, decía. Su marido había muerto hacía treinta años y no se sabía si tenía hijos; desde luego si los tenía no la visitaban nunca. Alguien ingresaba la mensualidad en la cuenta de la residencia puntualmente y ella disponía de dinero para peluquería, tintorería y masajes. La masajista comentaba que tenía un cuerpo increíble para su edad, sin apenas celulitis ni descolgamientos, fruto de generaciones bien alimentadas que han montado a caballo y jugado al tenis. Se daba largos baños con sales minerales, recuerdo de una constante asistencia a termas de lujo con recubrimientos de barro y chocolate, todo según la fantasía de la masajista y de Pilar, que también contaba que su difunto marido había poseído un *palazzo* con arañas de cristal de Murano y frescos del Quattrocento.

Era muy atenta con Elfe, le aguantaba sus inconexas peroratas de alcohólica y le

acariciaba las manos para no tener que responderle. A cambio, como regalo, Geralda, de cuando en cuando, lucía un nuevo collar, unos nuevos pendientes que realzaban su elegancia y cuya auténtica procedencia nunca imaginaría.

Sandra

Santi tenía una novia rubia que le hablaba a Janín como si tuviese quince años. Tenía gracia, desparpajo, espontaneidad, y Janín se reía sin saber de qué, solo por el tono de voz, por los gestos y porque su larga melena sedosa le pasaba por la cara y los bracitos y le hacía cosquillas. Le estaba agradecida por que le hiciera feliz al tiempo que también hacía feliz a Santi, cuyo estado de ánimo al fin y al cabo repercutía en el futuro carácter de nuestro hijo. Yo quería que fuese sociable y encantador para que se le abrieran todas las puertas, y también inteligente y algo incrédulo para que no le engañasen. Quería que fuese guapo y delgado para que no acarreará problemas añadidos y pudiese concentrarse en los estudios, y quería con toda mi alma que tuviese fuerza de voluntad para perseguir sus sueños. Y sobre todo rezaba todas las noches para que tuviera sueños que perseguir y eso le empujara a levantarse por las mañanas con ilusión por la vida. En cuanto tuviera dos años, lo metería en clases de natación y a los cuatro años lo apuntaría a kárate para que aprendiera a defenderse.

La novia de Santi se llamaba Lucero, Lucy, y ya prácticamente vivía en el viejo piso de él. Cada vez que iba a recoger a Janín veía más cosas de ella tiradas por allí. Una blusa en el brazo de un sofá, un paraguas, unas zapatillas, unos pantalones sobre la cama, unas bragas en el baño. Todo esto no tenía nada que ver conmigo, no me producía ninguna sensación, ya ni siquiera me cuestionaba si Santi seguía o no enganchado a mí. Desde que conocí a Alberto no había vuelto a tener relaciones con nadie, quizá tampoco había tenido tiempo. Parecía que el amor se había quedado encerrado en uno de esos frascos de cristal que guardan lagartijas y mariposas para poder mirarlas de vez en cuando sin tener que perseguirlas ni atraparlas.

El piso estaba situado en un edificio que pedía rehabilitación a gritos en una calle bastante sucia por donde no estaba dispuesta a que Janín anduviese hasta que no asistiera al instituto. Era un cuarto sin ascensor y cuando llegué al último escalón noté los gemelos endurecidos. Me pregunté cómo se las arreglarían para bajar y subir con el niño, pero nunca se lo preguntaría a ellos para no tener una preocupación más.

Me abrió la puerta Santi, vestido con una camiseta gris de manga corta. Brazos blancos con pelos dispersos, barba de fin de semana, ojos somnolientos. Había engordado. Janín era tirando a rubio como él pero más parecido a mí, lo que Santi siempre consideró una sabia decisión por parte de la madre naturaleza. Un buen detalle que me generaba remordimientos.

—Hola —saludó—. No te esperaba tan pronto, aún no han regresado.

Se hizo a un lado para que pasara. Estaba todo revuelto y por el olor deduje que a Janín le habían puesto su colonia hacía ya un buen rato. Habíamos decidido duplicar sus productos de aseo y pañales y alguna prenda de ropita interior para no tener que trasladarlos de casa en casa. Yo me encargaba de llevarlo y recogerlo de la guardería porque estaba cerca del trabajo y porque así no tenía que ver a Santi todos los días, no hasta que yo dejara de ser el amor de su vida y que su mirada cesara de recordarme

que él no era el mío de ninguna de las maneras.

Di una vuelta por el pequeño salón dudando de si sentarme a esperar. Me resultaba un poco raro que Lucy sacase sola a pasear a nuestro hijo, aunque no quería enfadarme con Santi ni herir sus sentimientos. Retiró del sofá un fardo de ropa limpia y arrugada, recién recogida del tendedero, y me indicó que me sentara. No tenía ganas, pero lo hice.

—¿Adónde han ido?

—A comprar. Tengo que entregar un trabajo sin falta y no podía distraerme.

Hablaba mientras sacaba una bolsa de tabaco picado y comenzaba a liarse un canuto en una lenta ceremonia.

—Me lo fumaré en la ventana, no pienses que lo hago cuando está el niño delante, es que me pones nervioso. Desde que viniste de Dianium das miedo, me parece que todo lo hago mal.

Creo que a veces quería provocarme, quería que supiese que existía no solo como padre de Janín. Y yo estaba segura de que protegería a su hijo por encima de cualquier cosa. A Lucy solo la había visto tres o cuatro veces. Me parecía una buena chica capaz de dar su mano derecha para ser amada por Santi.

Él dio la última calada, tiró lo que quedaba de filtro a la calle y cerró la ventana.

Parecía que Lucy estaba entreteniéndose más de lo normal, cosa que seguramente a Santi le agradaba para disfrutar un rato más a solas conmigo. A mí, en cambio, se me hacía eterno; tenía ganas de llegar a casa y bañar a Janín, y luego tumbarme en el sofá a ver una peli. Me quedé mirándole fijamente porque mis pensamientos necesitaban un punto de apoyo.

—No me mires así —soltó de repente—, no lo soporto. Ya sabes lo que siento...

Sacó dos cervezas del frigorífico. Las chapas saltaron por los aires, estaba nervioso. Yo no probaría la mía, no hasta que no viese a Janín. Necesitaba estar concentrada en su regreso, sentir que ya estaba acercándose, escuchar pasos subiendo los últimos escalones.

—¿No crees que deberíamos bajar para ayudarla a subir la sillita y al niño?

—¿Estás con alguien? —preguntó de golpe.

—Solo en el pensamiento —dije sinceramente pensando en Alberto porque necesitaba decírselo a alguien.

La cara se le contrajo como si le hubiese caído mal el último trago de cerveza.

—Voy a esperar en la calle. Tú quédate aquí... pensando en «ese».

Me puse a doblar la ropa seca. Lucy era un desastre, un poco como era yo antes de que naciera el niño y de pronto dejase de ser el centro del mundo. Parecía que le daba bastante importancia a la ropa interior. Sujetadores y bragas preciosos, de seda y encaje, que contrastaban con su aspecto *hippy* por fuera.

No sé por qué yo no podía querer a Santi. Era cariñoso, no estaba mal físicamente, tenía buen carácter y estaba loco por mí. Alberto tampoco era una belleza. No tenía nada que dejara con la boca abierta, ni los ojos, ni los labios, su

cuerpo no sobresalía por nada especial. Simplemente tenía el poder de gustarme. Era mejor la mirada que los ojos y los besos que los labios. Me dirigí con la brazada de ropa al dormitorio. La cama estaba revuelta. Se acostarían y se levantarían y volverían a acostarse entre estas mismas sábanas revueltas, entre sus propios olores y fluidos. Me parecía increíble que también yo hubiera estado ahí desnuda con Santi. Era un recuerdo sin profundidad ni intensidad. Puede que en otra circunstancia, aprovechando que estaba sola en el piso, abriese el armario por curiosidad, fisquease en el joyero de Lucy y en sus potingues, aunque tampoco era seguro que lo fuera a hacer, porque esa chica no tenía ningún interés para mí, quizá porque tampoco lo tenía Santi. A veces me dolía no sentir los más mínimos celos, me dolía que Janín, el ser que yo más amaba, mi pequeño ídolo idolatrado, se hubiera hecho con tan poca pasión. Me habría gustado que hubiese surgido de gritos de amor y tormentas de placer.

A la media hora, oí la llave dando vueltas en la cerradura, las voces de Santi y Lucy y el balbuceo de Janín.

Entraron Lucy primero, con el pelo revuelto de haberse pasado las manos por la cabeza mil veces y bastante seria, y Santi con el niño en brazos. Estaba dormido. Me fui corriendo hacia él y le pasé la mano por la frente y la cabeza; sudaba ligeramente, le habría abrazado pero no quería despertarlo. Lo llevamos a la cama de las sábanas revueltas y lo tapamos con la colcha. Cerramos la puerta.

—¿No vas a explicarme por qué has tardado tanto? —preguntó Santi distraídamente.

Lucy dijo que iba a hacer café. Era comprensible que quisiera alejarse de nosotros dos y no sentir ese abrazo invisible que Santi constantemente estaba dándome. Mi presencia en la casa tenía que incomodarle y recordarle que yo era inevitable y casi insustituible, y ni siquiera yo podía hacer nada para remediarlo.

Nos tomamos el café evitando mirarnos y hablando de vaguedades y en cuanto terminé el mío lavé la taza. Me dirigí a la habitación y tomé en brazos a mi hijo; sudaba más que antes, como si su cuerpo estuviera expulsando algún mal sueño. Cogí del montón de ropa que había doblado una toalla de baño y lo envolví en ella. Le puse el biberón con agua en la boca antes de abrir la puerta de la calle. Lucy debía de estar en el baño. Santi me siguió con la sillita. Nos acompañó a casa en un taxi y me preguntó si quería que se quedase. Era un momento especial que nos correspondía a los tres. Podía bajar a comprar una *pizza*.

Negué con la cabeza, estaba cansada y no tenía hambre.

—Te llamaré mañana —dije dando por zanjado el asunto.

Según lo previsto, en cuanto Janín se despertó empezó a llorar, a gritar, a ensanchar los pulmones todo lo que podía. Lo dejé sobre la cama y le preparé un biberón. Él mismo lo sostenía con sus regordetas manos mientras le cambiaba. Le sonreí y le hablé alegremente, aunque no tenía ganas, para que lo bueno tapase cualquier pensamiento extraño, si es que acaso es pensar lo que hace el cerebro de los

bebés. Terminé frotándole la cabeza con un poco de colonia y apagué la luz. Las estrellas del techo empezaron a brillar y a temblar ligeramente. Mientras las miraba se le fueron cerrando los ojos.

Julían

Un agradable olor a café me sacó de mis pensamientos y separé la vista de las cristalerías que daban al jardín. Alguien me había puesto una taza en la mesa. Me pregunté si sería descafeinado, aunque aún podría soportar un poco de nerviosismo hasta la hora de dormir. Era una mañana fresca y los que estábamos en el comedor nos habíamos echado algo encima de los hombros. Yo cogí del respaldo de la silla un jersey que dentro de nada arrinconaría en favor de la americana clara de verano. Si fuese joven ya la llevaría puesta, pero a mi edad, el frío, por ligero que sea, y las corrientes de aire son armas letales.

Nunca imaginé que fuese a añorar tanto su compañía. Sandra se fue, y Elfe y el Carnicero de Mauthausen permanecieron allí. Me había quedado con lo peor. Pero así debía ser. Yo no había venido hasta Dianium para ser feliz. No sabía ser feliz y no iba a aprender ahora, cuando ya no podría ofrecerle mi felicidad a Raquel. Me daría asco a mí mismo si después de todo, después de mi juventud y de mi mujer, después de toda una vida, pudiera sentirme en paz como los otros que estaban en el jardín y disfrutar del sol. Sería como traicionar todo el sufrimiento pasado. Aunque debía reconocer que en algunos momentos me dejaba llevar y cerraba los ojos como el resto de mis compañeros. Y soñaba, y no siempre eran pesadillas reales y horribles, sino sueños llenos de significado oculto, mensajes indescifrables unidos a Raquel y a Salva. ¿Qué querrían decirme? Siempre me consideré menos inteligente que ellos. No logré que el amor me hiciera tan fuerte como a Raquel, ni el rencor tan seguro y determinado como a Salva. Me dejé arrastrar por los vaivenes de la vida.

Indudablemente el café me había despejado, porque me encontraba ágil mentalmente, con ganas de pensar y de hacer algo, y no como mis colegas, que se esforzaban por ser más felices que en toda su pasada vida, aprovechando los últimos días, el último calor, el último paseo, la última conversación, exprimiendo el final.

James el Carpintero me animó a que me pusiera una gorra y me marchara con él a dar un paseo por el campo, porque cuando llegase el calor de verdad sería del todo imposible. James era irlandés y de joven había sido carpintero en su pueblo, hasta que se convirtió en músico callejero en las calles de Dublín. Sus hijos vivían uno en Australia y otro en Canadá, lo más lejos posible de él. Un verano vino a retozar en las playas de Dianium y se quedó. Llevaba rastros en su cuerpo de haber sido extraordinariamente joven de joven: tatuajes, guedejas largas, chalecos de cuero sobre el torso desnudo, anillos de plata tosca. Y cara de haberse drogado y hecho el amor salvajemente.

Desde muy temprano James ya iba en mangas de camisa enseñando algún que otro tatuaje. Decliné su invitación, no podía abandonar mi puesto de observación. Debía esperar a que dieran las once y apareciera el Carnicero hecho una furia. Por la noche se había percibido, a lo lejos, ese tipo de bullicio que a deshoras es fruto de una borrachera o de una enfermedad. En este caso enseguida me imaginé a mi objetivo

buscando su estilográfica Parker desesperadamente y por la mañana el cepillo del pelo o cualquiera de las cosas que yo había cambiado de sitio. Así que se encontraría tan agotado del trajín nocturno que le habrían llevado el desayuno a la habitación, lo que era buena señal: significaba que iba consiguiendo mi propósito de volverle tarumba. Y ahora mismo veía a Frida arreglándole los cojines del gran sillón de mimbre con respaldo alto estilo Emmanuelle, destinado solo a él porque a ninguno le tentaba la idea de compartirlo. Más bien lo bordeábamos como a un abismo, un agujero negro, la cueva del ogro.

Conocí a Frida al mismo tiempo que a sus jefes. Trabajaba para todos ellos, al igual que Martín y otros jóvenes embaucados por los símbolos y la sensación de poder. Se encargaba de las labores de limpieza en todos los sentidos posibles, desde los rincones de sus casas hasta los rincones de la organización. Eliminaba lo que hubiese que eliminar sin pestañear. Era un arma mortífera falta de escrúpulos. No sentía empatía por sus semejantes, solo subordinación a los jefes. Para un psiquiatra sería pan comido, incluso para mí. Me la imaginaba de niña abandonada en un rincón con sus trenzas rubias y rencor en el azul de sus ojos. Y desde entonces estaría tratando de complacer a unos posibles padres y hermanos que solo existían en su imaginación. Ya no se hacía trenzas como antes, llevaba la melena suelta hasta la mitad de la espalda, como si quisiera ocupar el mayor espacio posible. En los días de mucho sol los ojos eran tan azules que no parecían de verdad. Vestía como un niño: pantalones cortos, normalmente del color de los ojos, deportivas y camiseta.

Así que Frida estaba palmeando los cojines con destreza y los repartía en la zona de las lumbares, de las cervicales, de los brazos y de las corvas. No parecía darle asco el sudor, ni el olor, ni los hilos de baba de su ídolo pegados en la tela de flores. Después arrastró un poco el sillón entre la gravilla para que no le diera el sol. Suspiró profundamente como para coger fuerzas y se marchó a buscarle. Al rato, un rato más largo de lo normal, volvió cargando sobre sus hombros, como un pesado tronco de roble, uno de los enormes brazos del Carnicero. El otro caía sobre un enfermero (llamábamos enfermeros y enfermeras a todos los que llevaban bata blanca) y por detrás le sostenía Martín, uno de los matones más fieles de la Hermandad. Joven, fuerte, casi rechoncho, con una esfera o un sol tatuado en el cogote, cazadora de cuero y botas militares. El Carnicero se dejaba arrastrar, seguramente desmadejado por algún ansiolítico de caballo. Cayó sobre los cojines de las lumbares, de los brazos y de las corvas. Algunos lunares de sol se movían por su cara carnosa mientras trataba de abrir los ojos, pero la cabeza se le vencía hacia un lado. Frida le colocó ahí otro cojín, que arrebató de una silla normal y que a partir de ahora quedaría proscrito para el resto de residentes.

Martín se marchó enseguida y Frida y el enfermero se miraron y se asintieron el uno al otro.

—Vete tranquila —dijo él.

Cuando la vi montada en la bicicleta, me escabullí corriendo cuanto podía hacia

el cuarto del Carnicero antes de que lo limpiaran. El pasillo se encontraba más en calma que nunca. Todos estaban disfrutando del buen tiempo. Entré sin problemas. Si me pillaban, siempre podría decir que había ido a buscar una sábana o una colcha para echársela por encima.

Me costó levantar la mitad del colchón para sacar la estilográfica y acabé con el brazo dolorido. Luego abrí el cuaderno de encima del escritorio y copié unas palabras imitando su letra, que conocía tan bien. Era muy caligráfica, antigua, estudiada, sobre todo antes de que las manos le temblaran. Y precisamente eso es lo que les confería a las anotaciones de sus mejores tiempos un halo completamente sádico. Escribía con la misma serenidad y elegancia que si redactara una nota amorosa textos como «A las 08.15 horas se ha inyectado benceno en el pecho al número 25610 para comprobar la reacción del organismo previa a la muerte y cronometrar el tiempo de resistencia. A las cinco horas se produjo parada cardiorrespiratoria».

Coloqué la pluma alineada con el cuaderno, y el cuaderno centrado en la mesa bajo la mirada hueca de la calavera, como a él le gustaba, y salí simulando naturalidad y despreocupación. Si me tropezaba con alguien, diría que no había encontrado nada con lo que taparle en el jardín, aunque era mucho mejor que no me vieran. Era mucho mejor que mi comportamiento no llamara la atención de nadie en ningún sentido.

Me separé del cuarto maldito y me encaminé hacia el jardín lo más rápido que pude. Notaba que debía tomar más precauciones. Pero con un pie en la primera baldosa rosa carne, me di la vuelta y me dirigí al despacho de Pilar, con quien me había unido desde mi llegada aquí una relación que no era pura ni tampoco carnal. Aunque últimamente, por fortuna, apenas salíamos juntos. Con buen criterio, Pilar había optado por hombres más vigorosos, con los que podía ir a bailar y a divertirse, cosa que me ocultaba para no herir mis sentimientos, y yo no le decía que no me importaba para no herir los suyos.

Hasta ahora, hasta que vi en Tres Olivos al Carnicero de Mauthausen, a Elfe, al matonzuelo Martín y a otros de la Hermandad, que acudían cada vez con más frecuencia, no se me ocurrió preguntarme si habrían tenido localizado a Salva y si estarían al tanto de que él los vigilaba. Ni tampoco si Salva, además de enviarme a través de Pilar aquella carta póstuma —junto con la foto de Fredrik y Karin Christensen—, pidiéndome que viniera, me habría dejado algo más, un legado invisible.

Ahora que tenía tiempo de reflexionar más serenamente, sentado con los ojos cerrados entre los olivos y las palmeras de este retiro cargado de dinamita, empezaba a preguntarme cómo era posible que Salva no se hubiese molestado en escribirme antes, en vida, y en contarme lo que estaba investigando, y por qué esperó a hacerlo, digamos, desde el otro mundo. Me lanzó a la cara a la gente de la Hermandad y se marchó para siempre. Al principio, mientras estaba absolutamente entregado a la aventura de arrancarles a los monstruos su disfraz de gente normal y de salvar a

Sandra —poniéndola en peligro más de una vez a sabiendas, y eso es algo que no me perdonaré nunca—, no se me pasaba por la imaginación que faltase algo más por descubrir.

Sandra

A las nueve de la mañana ya estaba cerrando la puerta del apartamento con Janín en la sillita. Y a las nueve y media llegábamos a la guardería después de cruzar el parque.

La señorita Laura salió de entre el griterío de los niños y sacó a Janín de la silla. Me sonrió con prisa y descolgó del respaldo la bolsa donde todos los días yo metía pañales y ropa para cambiarle. Janín siempre se giraba a contemplar camino de casa la tela acolchada con estampadito de ositos morados. Hoy toca patio, hace muy buen día, dijo Laura.

En la salida, al bajar los tres escalones que me separaban del pequeño mundo de mi hijo hasta que lo recogía por la tarde, respiré hondo, absorbiendo completamente este momento que tanto me había costado ganar. El aire nos envolvía en una burbuja azulada. Anduve como todos los días hasta el bar de la esquina para desayunar tranquilamente mientras leía los titulares del periódico, que ondeaba sujeto por un palo fino. Siempre, en ese preciso instante, tenía la sensación de armonía y seguridad. Mi hijo estaba protegido por la señorita Laura, y yo estaba aquí, el sol en su sitio y también las montañas en la lejanía continuaban en pie desde hacía miles de años, un gran ejemplo de solidez y aguante. Quien aguanta, gana. El camarero ya me conocía y sabía que no me gustaba la mermelada en la tostada, no quería engordar. Le dije que en la tienda teníamos una oferta buenísima de cinturones por si le apetecía acercarse. Contestó que lo intentaría por la tarde en caso de que no hubiese mucho lío.

Era un chico de unos treinta y tantos con una sonrisa un poco bobalicona, por lo que ganaba mucho estando serio. Tenía buena percha y llevaba siempre pantalones negros y camisa blanca arremangada, una especie de uniforme entre los camareros de bar. En el brazo lucía un tatuaje, que hacía pensar que tenía una intensa vida fuera de allí.

Pero a lo largo del día el ambiente fue cargándose y por la tarde el frescor limpio de la mañana desapareció casi por completo. Hacía bochorno. Una clienta me entretuvo más de la cuenta probándose una docena de pendientes para no llevarse ninguno. Y, mientras, mi hermana estaba atendiendo a otra clienta y había varias más esperando, así que no pude dejarla sola y llegué tres cuartos de hora tarde a recoger a Janín. Supuse que como la señorita Laura tenía que preparar el aula para el día siguiente, guardar los juguetes y cambiarse de ropa no le enojaría esperar un poco más. No era la primera vez que ocurría y para mostrarle mi gratitud de vez en cuando le regalaba alguna novedad de nuestra tienda: un anillo, un collar. Aun así, bajé la cuesta que me separaba de la guardería corriendo exageradamente, como si de un momento a otro un terremoto fuese a destruir la cuesta ante mí y ya no pudiera llegar

hasta el jardín de infancia.

Era una casa de tres pisos, un vestigio de otros tiempos de esplendor en que debió de vivir allí una familia adinerada con cocinera y chófer. La habían reformado y añadido un patio a través de cuya valla podía contemplarse a los niños jugando en la arena. Donde no había arena, el suelo era de corcho verde y rojo con una casita de madera en la que Laura les contaba cuentos con marionetas. Por fin toqué el timbre y sonó la verja al correrse. Janín estaba en la sillita en medio del pasillo, entre corrientes de aire, lo que no me hizo ninguna gracia. Pero Laura tampoco estaba sonriente como otras veces, evitó mirarme.

—Lo siento mucho —dije tratando de recuperar la respiración normal.

Por fin solos, le dije a Janín mientras cruzábamos el parque camino de casa. Al llegar a la zona de juegos delimitada por una valla de colores empezó a palmoear y a agitarse. Se había convertido en una costumbre dejarle sentado un poco en la arena mientras yo hablaba con la madre de Miguel, un niño que nunca le fallaba a Janín y que en un futuro podría ser su amigo. Desde que mi hijo había venido al mundo todo era futuro, cualquier acción tenía una consecuencia que, con el tiempo, recaería en él. Cuando ya estaba completamente agotado, nos íbamos a casa, lo bañaba, le daba la cena, lo acostaba y le leía un cuento que aún no entendía hasta que caía dormido. Fue al sacar de la bolsa la ropa sucia para meter la limpia de repuesto cuando encontré una nota. Era una hoja cuadriculada, como la palma de mi mano, doblada por la mitad.

La dejé junto al frutero para leerla después de ducharme y cenar. Pero una vez que todo estuvo preparado para el día siguiente, me tumbé en el sofá y me quedé dormida frente a la tele. A lo lejos, en otro mundo, se oía el tráfico y algún grito suelto que me hizo reaccionar y llegar sonámbula hasta la cama.

Hipopótamos y mariposas

Sandra

Me despertaron los pájaros, piaban como si estuvieran locos. Estábamos en junio y el mundo era alegre y luminoso, las mañanas suaves, los árboles cada vez más verdes. La rama de una acacia casi rozaba la ventana de la cocina y me gustaba mirarla mientras hacía el café. Vi la nota junto al frutero. Seguramente Laura me pedía pañales o que no me retrasara tanto al ir a buscar a Janín por las tardes. De todos modos, a simple vista, sin tocarla siquiera, había algo extraño en la nota. Laura nunca habría usado ese papel. Había dividido la clase en dos grupos según un criterio oculto que yo prefería no conocer: las mariposas y los hipopótamos, y solía escribirnos las notas con unos u otros dibujos según correspondiera. Janín estaba en los hipopótamos. Algunas madres protestamos por lo difícil que era hacerles ese disfraz, en tanto que las mariposas estaban listas con unas simples alas. Mientras me tomaba el café y terminaba de vestir a Janín, desdoblé la nota. Tampoco era la letra de Laura. La de Laura era grande, como si nos considerara a los padres un poco niños o un poco ciegos. Esta en cambio era pequeña y redonda, de escolar.

Limpié la taza despacio, bajo la rama intensamente verde, tratando de pensar qué significaba aquella frase y por qué no me la habían entregado a mí directamente. Janín se había adormecido en la silla después de tomarse la papilla y sudaba. Me puse las deportivas, los zapatos de tacón los dejaba en la trastienda y me los cambiaba al llegar. Eran de color gris marengo y el tacón grueso, muy bonitos, me estilizaban las piernas, aunque me cansaban bastante.

«¿DÓNDE ESTÁ TU AMIGO JULIÁN? VOLVERÁS A SABER DE NOSOTROS».

¿Qué quería decir esa frase tan rara?

¿Y quién había metido la nota en la bolsa de Janín?

Crucé el parque sin mirar los árboles, ni las lilas que caían en manojos creando suaves sombras, ni todas esas maravillas que últimamente tenían importancia para mí. La frase, sin decir demasiado, había logrado inquietarme y romper la armonía del parque. Ya no podía pensar en cosas agradables. Esas palabras eran como un imán para los pensamientos negros. Pensamientos cada vez más tensos, concentrados en buscar entre millones de posibilidades la verdadera intención del mensaje y la mano que lo había escrito.

A pesar de que los niños no podían entender de qué hablábamos, le pedí a Laura que nos retirásemos a un rincón de la clase, donde se colgaban los corchos con los dibujos de los mayores. Le enseñé la nota. La leyó sin interés.

—La encontré en la bolsa del niño ayer por la tarde —dije.

Hizo el gesto de que aquello no iba con ella. No comprendía nada.

—¿Y quién la puso ahí? —dijo.

—Eso quisiera yo saber. La encontré al llegar a casa. Creía que era tuya.

Laura la cogió con dos dedos, como si fuese un pañuelo lleno de mocos. Ella nunca metería en la bolsa de uno de sus niños un papel cuadriculado. Y me la devolvió.

—Ha tenido que ser aquí —dije.

—Lo dudo mucho, francamente.

Se sentía molesta. No podía desconfiarse de la seguridad de la clase. Ella llevaba perlas en las orejas, dos bolitas en las que se le enredaban hebras rubias y sedosas. Suéteres ajustados a su espalda y sus delgados brazos, o camisas, blancas hasta la extenuación. A su lado cualquier madre se sentía un poco andrajosa, como si llegara a la luminosidad de Laura desde un mundo asolado.

—Esto es muy serio, Laura. Piensa un poco. ¿Quién ha podido tener acceso a la bolsa? Un día puede ser una nota y otro día podría ser una bomba.

—Eso es imposible —dijo alterada.

—Nada es imposible. ¿Quién ha podido entrar en la clase? —Yo insistía, cada vez más agitada.

—No lo sé —dijo desenredándose el pelo de los pendientes y llevándoselo detrás de las orejas—. No lo sé. Nunca me había ocurrido algo así.

A pesar de la discreción que tratábamos de mantener, mi tono de voz y la actitud de Laura atrajeron la atención de dos madres, que enmudecieron para tratar de escucharnos mejor.

—Quizá ha sido cuando jugaban en el patio —dijo sin dejar de vigilar a los niños aunque nerviosa—, a veces entra algún padre porque se ha olvidado en casa el jarabe para la tos o porque tiene que llevarse antes a su hijo.

Las dos madres fueron aproximándose más sin cesar de mirarnos, primero a una y luego a otra, en señal de desconfianza. Después le sonrieron a Laura como si no hicieran otra cosa en la vida que sonreír, ninguna quería correr el riesgo de caerle mal.

—Y ayer —dijo haciendo memoria—, precisamente ayer, que recuerde, vino un operario enviado por el dueño del local para comprobar si había alguna avería o desperfecto que reparar.

Una de las madres preguntó sin dejar de sonreír qué había ocurrido. Lo que acababa de oír la había inquietado, así que Laura no tuvo más remedio que contárselo. La otra se adelantó hacia mí. Por lo general, las madres procurábamos no incomodar a Laura por nada del mundo, deseábamos por encima de cualquier cosa que mimara y adorara a nuestros hijos, incluso más que nosotras mismas. Pero para mí ya era tarde, jamás me perdonaría haberla puesto en duda; era como si le hubiese escupido en su inmaculada camisa.

Animada por este sentimiento, la que se adelantó hacia mí no quiso dejar escapar la ocasión de captar toda la simpatía de Laura. ¿Por qué suponía yo que la nota la habían puesto en la guardería?, ¿por qué, vamos a ver?, me preguntó airada, ¿por qué

no en mi propia casa?, ¿por qué no en un descuido mío?, ¿por qué quería crear esta angustia innecesaria en madres que siempre habían confiado ciegamente en Laura? Según hablaba, iba enervándose más y más, y la boca se le iba inundando de saliva y los labios iban brillantándosele, y los ojos se le iban llenando como de lágrimas. Si al niño le hubiese sucedido algo podría montar este pollo, pero ¿no estaba mi hijo perfectamente al salir de la guardería? Laura asintió y la tranquilizó tocándole cariñosamente el brazo. La relevó en el uso de la palabra: en todos los años que el local llevaba abierto jamás habían tenido ningún problema y no iba a consentir que yo lo tachara de inseguro por una simple sospecha. Había creado una situación muy desagradable y me rogaba que, de no tener pruebas contundentes, no volviera a mencionar el tema.

Quizá tenían razón Laura y la madre indignada. Probablemente tenían razón. Debía reconocer en mi fuero interno que esa tarde antes de llegar a casa me detuve un rato en el parque para saludar a la madre de Miguel, porque pronto Janín podría jugar con su hijo, solo un año mayor que él. Incluso a veces se había ofrecido a cuidarle en caso de que yo tuviese que salir corriendo a alguna parte. Estuvimos charlando por lo menos media hora y en algún momento pude distraerme, aunque no tanto como para no haber advertido que un adulto se acercaba a la sillita y abría la cremallera de la bolsa, que colgaba del respaldo.

La cremallera.

De pronto había visto la cremallera abierta al poner la bolsa sobre la mesa de la cocina. No recordaba haberla descorrido al entrar en casa. Solo recordaba haberla visto abierta y haber encontrado un papel doblado que al principio dejé junto al frutero porque creía que sería de Laura haciéndome algún comentario sobre el niño o pidiéndome que llevara algo.

A la salida de la guardería, no sé por qué, quizá esperando que un rayo de luz cayese sobre mí y encontrara una explicación, me quedé observando, sin esconderme pero sin que se me viera, como Laura preparaba los juguetes en el patio e iba formando un corro con los llamados hipopótamos y otro con las llamadas mariposas. Me pareció que Laura sentaba un tanto bruscamente a Janín en el suelo y me pareció que no le hacía mucho caso; también me pareció que Janín estaba acostumbrado a no tener demasiadas atenciones y enseguida empezó a entretenerse solo. Estuve muy orgullosa de él. Era mejor no necesitar el amor de todo el mundo. Y seguramente estaba equivocada en mis apreciaciones porque no entendía qué estaba ocurriendo.

Julían

Llamé a la puerta del despacho de Pilar. No me parecía correcto abrir sin más a pesar de nuestra confianza. Siempre olía a gardenias, o a jazmín, o a Maderas de oriente, a un olor que le iba muy bien con su piel bronceada todo el año, que en un sentido le hacía parecer más joven y en otro mayor de lo que era. Me pidió que me sentase en uno de los dos silloncitos tapizados en gris que había ante su mesa. *Bolita* —el perro que Sandra y yo compramos para Karin, y que, después de que esta lo rechazara, pasó de mano en mano hasta que vino a parar a mí, y luego a Pilar— salió de entre las patas de la mesa y de los sillones para lamerme la mano y volvió a tenderse como una alfombra mullida. El asiento era duro, menos cómodo de lo que aparentaba para que la gente no se eternizara contándole sus penas. Así que yo también fui al grano.

Le pedí que nunca, bajo ningún concepto, le hablara a nadie de mi amistad con Salva. Casi no era necesario advertírselo porque a Pilar por un oído le entraba y por otro le salía lo que la mayoría de la gente le decía. Estaba acostumbrada a que, a la mínima de cambio, le contaran la vida los abuelos, los familiares, cualquiera que la pillase desprevenida. Ella hacía como que escuchaba mientras pensaba en sus cosas, porque si no, decía, se volvería loca. Así que únicamente atendía a lo verdaderamente importante para que la residencia funcionara. Yo la consideraba una buena encargada y en lo que a mí concernía estaba orgulloso de ella, y por nada del mundo le crearía un problema poniéndola al corriente de la gentuza que tenía allí metida, sobre todo porque entonces tomaría medidas y yo ya no podría actuar a mis anchas. De todos modos, consideré oportuno dejarle caer esa advertencia sobre Salva y sobre mí para que los de la Hermandad no detectaran mi presencia en Tres Olivos. En el fondo no tenían una imagen clara de mí. Los jóvenes apenas me habían visto y los que me conocían bien habían huido. Tampoco era yo una de esas personas que se queda en la retina. Afortunadamente pertenecía al montón invisible.

Me miró intrigada. Le hacían gracia estas cosas mías un poco estafalarias de actor trasnochado, como a ella le gustaba imaginarme, o de escritor, de alguien fuera de lo normal. Al fin y al cabo yo tenía años como para haber sido eso y mucho más.

—¿Qué pasa —dijo—, le dejó Salva a deber dinero a alguien?

—Más o menos. Salva mentía más que hablaba y no quiero que me relacionen con él.

—¡Hum! Ahora que lo dices, a veces desaparecía de la residencia días enteros. Siempre estaba con idas y venidas como si tuviera treinta años, y al final pasó lo que pasó. —Se quedó pensativa un momento mientras acariciaba a *Bolita*—. Hay un bingo en el pueblo y un casino junto al Club Náutico. Quizá fuera allí, aunque no solía ir vestido como para entrar en el casino.

Me picó la curiosidad de saber cómo iba vestido Salva en la recta final de su vida. De joven le gustaban los zapatos blancos de rejilla para el verano, lo que dio lugar al apodo de «Pies lindos» en Odessa, La Araña y otras organizaciones de fugitivos

nazis. Y botas de cordobán protegidas con grasa de caballo en invierno, cuyo borde siempre se le señalaba en la pernera del pantalón por lo delgadas que tenía las piernas. Al resto del atuendo no le daba demasiada importancia. Raquel, de vez en cuando, en aquellos tiempos de activos cazanazis, antes de que él regresara a España, le regalaba ropa mía que se me quedaba pequeña según iba fortaleciéndome y engordando. Jerséis, abrigos, trajes, que con frecuencia le iban grandes pero que él llevaba con elegancia natural como si fuesen el último grito en moda masculina. Era más bajo que yo y de modales casi afeminados. Cruzaba las piernas de una manera absolutamente aristocrática, como si siempre estuviera en un salón con alfombras persas tomando té, y quizá por eso Raquel me eligió a mí, porque era más de andar por casa, más cómodo, por decirlo de alguna manera. En cambio, a la hora de odiar era único, un auténtico guerrero del rencor. El campo de concentración transformó a Salva en alguien de una pieza, mientras que a mí me dejó hecho trizas.

En la recta final, según Pilar, estaba tan chupado que habían tenido que comprarle camisetas de niño de ocho años y los pantalones los habían llevado a una modista para que se los metiera de ancho e incluso de largo. Toda su ropa estaba bastante pasada de moda, la verdad, pero él solo accedió a que le compraran las camisetas. Nada más tenía un par de zapatos blancos, a los que hubo que meterles una plantilla porque se le salía el pie, lo mismo que a las botas de invierno. Salva les dijo que eran las prendas que vestía desde hacía años y que precisamente ahora no era el momento de cambiar. A Pilar le dolía que fuese tan justo de dinero y los últimos tres meses de vida no le recordó que no se había recibido la transferencia de la mensualidad. No se sentía capaz de poner en ese aprieto a un hombre tan instruido. Cuando no estaba por ahí, se pasaba las horas muertas en la biblioteca. Nunca habría sospechado que el dinero de la residencia se lo jugaba en el bingo, lo que supuso para ella una total desilusión. Sin embargo, Pilar también comprendía que al final del camino uno quiera hacer lo que de verdad le entretiene.

—He visto de todo, Julián. Nunca se puede estar seguro de nadie, créeme.

Me fastidió confundir con mis palabras a Pilar y que tuviese una imagen tan mediocre del hombre más grande que he conocido en mi vida.

Me pidió que cuidase un rato de *Bolita* porque ella debía hacer unas gestiones en la Delegación de Hacienda. Cuando *Bolita* llegó a mis manos, al poco de entrar en Tres Olivos, acordamos que ella se haría cargo del perro para que otros residentes no se animaran a traerse el suyo. Sería tremendo que cada uno de nosotros tuviese un animal, el jardín se convertiría en un auténtico zoo. Allí solamente podía poner sus patas el de Pilar, y cuando lo sacaba al jardín todos le pasaban la mano por el lomo y le hablaban como si fuese un niño pequeño.

Me lo llevé a mi cuarto para no dar rienda suelta a las habladurías sobre el hecho de que Pilar me tratara de una manera tan distinta al resto.

Sandra

No sabía qué podría decirle a Laura para reconciliarme con ella y que olvidara lo de la maldita nota, para volver al redil de las muchas madres que deseaban caerle mejor que las demás para que tratase a mi hijo mejor que a los otros. Pero ahora algo se había roto. Yo la había incomodado y decepcionado, me había convertido en la oveja negra de las madres, y Janín le recordaría a mí. De hecho nos parecíamos cada vez más. A medida que iban pasando los meses la nariz se le iba desviando ligeramente a la derecha, como la mía, y tenía las pestañas muy espesas para ser tan pequeño y también los labios eran igual de finos que los míos. Laura, acostumbrada a personalizar e individualizar a estas criaturas, que salvo para ella y sus padres eran vistas como un todo, cada vez que mirase a mi hijo vería a la madre tocapelotas.

Por lo menos esta tarde llegaría puntual a recogerle. Salí con tiempo de sobra de la tienda porque era lunes y los lunes apenas entraba clientela. Incluso se nos había pasado por la cabeza no abrir ese día, pero mi hermana decidió que abríamos porque nunca se sabe. Ante cualquier decisión solía decir «nunca se sabe», dejando abierto un sinfín de posibilidades, de futuro y esperanza. Lo cierto es que tenía algo de razón, no hay que dar nada por hecho, aunque constantemente estemos anticipándonos a esto y a lo otro. Tampoco antes de ir a Dianium, hacía ya mil años, sabía lo que iba a ocurrir. Es que ni se me pasaba por la cabeza que fuese a suceder algo. Creía que iba a pasarme unos meses tumbada al sol.

Para no tener que esperar mucho en la puerta y no llamar de nuevo la atención de Laura, pensé que me vendría bien un café y me dirigí al bar de siempre. Pero cuando estaba a punto de entrar algo me detuvo, un puñetazo en la mente me frenó en seco. Fue la visión de una cabeza rapada con una esfera o un sol tatuado en el cráneo. La sangre me subió rápidamente por el cuello a la cabeza y de pronto no veía bien. El corazón me dio un vuelco y creí que iba a caerme redonda.

Tardé unos segundos en poder juntar todas las piezas que tenía ante los ojos: cazadora negra de cuero sobre un cuerpo compacto de metro setenta contando la gruesa suela de las botas militares, camiseta también negra debajo, vaqueros rotos, letra pequeña y redonda, aniñada. Cada uno de estos detalles iba colgándoseme en el cerebro con todo su peso, su color, el olor de la humedad de Dianium, con las miradas clavadas en mí de Fred y Karin, a cuyas órdenes servía Martín. Era uno de los miembros más jóvenes de la Hermandad. Treinta y dos o treinta y tres años, y una mollera hueca e influenciabile.

Ahora el fantasma de Martín estaba al otro lado de la puerta de cristal. Me costó un esfuerzo titánico trasladarlo de Dianium aquí; de Villa Sol a este bar cualquiera con mesas y sillas de aluminio extendidas en la acera; de mi amor frustrado, Alberto, a este camarero que me servía la tostada sin mermelada todas las mañanas; de una tarde hundida en el fondo de mi mente a esta tarde normal. Respiré todo lo profundamente que fui capaz para sosegarme, absorbiendo restos olorosos de

cerveza, café y vino, y me situé entre la puerta y las cristalerías —con huellas impresas de diminutas manos pringosas— que recorrían toda la pared, para que no me viera. La vida era simple, monótona, inocente, muchas veces los padres traían a los hijos para que jugasen y revolotearan alrededor de las mesas mientras ellos tomaban cafés y copazos de media tarde. ¿Qué sabían ellos de Martín ni de la Hermandad? Aunque tuviesen a Martín delante de las narices, no podían imaginar que venía de otro mundo más extraño y oscuro. Solo yo lo sabía.

El camarero y él hablaban animadamente, seguro que de fútbol, que es de lo que más se habla en las barras de los bares. Martín tenía una coca-cola en la mano. Si no recordaba mal, pocas veces lo había visto beber alcohol. Y pese a ser tan recto en esto, sería capaz de cargarse a alguien para complacer a Fred, su superior en la Hermandad. Había venido a este mundo para obedecer a alguien y lo había encontrado en ese grupo sádico. En cambio, Alberto era diferente. Alberto pensaba y tomaba sus propias decisiones, y por eso Martín me advirtió un día que tuviera cuidado con él y que le siguiera la corriente. Evidentemente Martín era incapaz de interpretar la resbaladiza y penetrante mirada de Alberto, que a mí me llegaba al corazón y hacía que me olvidara del peligro.

Ahora Martín llevaba un anillo grande de metal que casi no le cabía en el dedo gordo, nuevo para mí. Si no lo recordaba es que no había existido antes, porque la intensidad de los momentos de terror vividos había logrado que Martín, Julián, los Christensen, Alberto, todos, incluidas las casas, los árboles y las puestas de sol de Dianium, se grabaran intactos en mi cabeza. El camarero y él desviaron la vista hacia afuera como si me hubiesen descubierto; pero no, continuaron hablando relajadamente, solo necesitarían desconcentrarse el uno del otro.

Se despidieron chocando las palmas de las manos y haciendo un gesto con los dedos, lo que significaba algo en común. La misma edad, el mismo equipo de fútbol, la misma música, el mismo tipo de chicas. En otro momento de mi vida todo esto hubiera sido irrelevante, no le habría prestado atención. Sin embargo, ahora sabía que cualquier detalle insignificante no lo era y que ahí podría residir la clave entre la vida y la muerte, entre la fortuna y la ruina. Martín se subió el cuello de la cazadora al salir. Un acto reflejo sin duda, porque hacía bochorno, un bochorno gris que amenazaba tormenta; pero él era una anomalía, no podía sentir lo mismo que el resto de nosotros.

Eché a andar tranquilamente con las manos en los bolsillos del pantalón, cuatro dedos dentro y el pulgar fuera. Le seguí. Era una oportunidad que no podía dejar escapar, aunque de nuevo recogiese tarde a Janín de la guardería. Si Martín se volvía tal vez me descubriría, un riesgo que merecía la pena correr con tal de saber a dónde iba. Anduvimos más o menos media hora. No sería descabellado pensar que el camarero le informara sobre mí, dónde trabajaba y dónde dejaba a mi hijo por las mañanas. O puede que no. Lo que sospechaba, según pasaban los minutos, es que la nota era de Martín. Ya me había escrito otra en Dianium, de la que me chocó su letra

de niño aplicado. O quizá —y eso sí que me ilusionaba— quisiera darme un mensaje de Alberto y no se le ocurriera otra forma de ponerse en contacto conmigo. ¿Qué podría querer de mí Martín en realidad?

Entró en una tienda de electrodomésticos Soimens. Mierda, ya tendría que estar sentando en la silla a Janín. Vi como de la trastienda salía una mujer rubia, con melena alisada con la plancha y puntas hacia abajo. Vi como hablaba con él unos segundos y se retiraban al fondo, por donde ella había salido. No tenía tiempo para más, no sabía cuánto tardaría Martín en abandonar la tienda, y aunque pudiese encontrarme con él no tenía tiempo de enredarme en una conversación ni en saludos largos o en reproches. Me horrorizaba que Laura dejase de mirarme a la cara para siempre al hablarme y que marginara a mi hijo en la casita de madera.

Tomé un taxi, y comenzó a llover con gotas desesperadamente lentas y tibias sobre la luna del coche. El parabrisas iba a derecha e izquierda adormecido.

Por fin toqué al timbre de la guardería y la verja se abrió. Entré precipitadamente y respiré en cuanto vi a Laura.

—Lo siento —dije aliviada—. Siento haberme entretenido.

Janín no estaba en la sillita, sino sentado en la zona de juegos del aula, con las manos y la cara sucios, y el pañal sin cambiar. Laura se desabrochó la bata lentamente y, tal como me temía, sin mirarme. Se ahuecó el pelo con las manos. Había cambiado la consabida camisa blanca por un vestido con escote en uve, de seda negro, donde se le clavaban los huesos de las caderas.

—Hemos tenido una tarde de locos y no me ha dado tiempo a cambiarle.

Sentí que se me deshacía el estómago. ¿Por qué Martín no me había hablado directamente si es que venía en nombre de Alberto? ¿Por qué no me había esperado el día anterior a la hora de recoger al niño? O quizá sí había esperado, pero al retrasarme tanto tuvo que marcharse. Creo que Laura me puso mala cara. En cambio, yo tenía cara de esperanza ante la posibilidad de volver a ver a Alberto, de aprensión por haber visto a Martín, de regresar al pasado, de que el pasado entrase en mi vida como si no pudiera librarme de él. Laura nunca podría comprender mi cara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó alzando al niño y colocándolo en el cambiador a cierta distancia del vestido.

Janín lloraba en mi lugar. Lloraba y lloraba cada vez más y con más rabia, exactamente igual que me habría gustado llorar a mí.

—Déjalo —dije—. Lo bañaré en cuanto lleguemos a casa.

Lo tomé en brazos consolándole. Laura nos observó un segundo y luego sacó del armario un bolso de raso negro y un chal por si refrescaba.

—Pero —dije volviéndome hacia ella porque ahora mi intranquilidad era muy superior al temor de no gustarle a Laura— quisiera que me describieras al operario que vino ayer por aquí. Creo que tengo derecho a preguntarlo.

Se impacientó. Tenía prisa por acudir a su cita romántica.

—De mi estatura sin estos tacones, moreno, fuerte, rapado. Tenía pinta de obrero

rockero pero no lo era. He hablado con el dueño y no envió a ninguno. Lo siento. No volverá a ocurrir. Falta personal —añadió en tono de queja, entrecerrando los ojos—. No puedo estar pendiente de todo.

Dijo lo siento, pero no dijo «todo vuelve a ser como antes y has regresado al rebaño de mis madres favoritas». En el fondo me culpaba a mí de su metedura de pata y desearía que mi hijo y yo desapareciéramos de la faz del jardín de infancia para no recordárselo. Laura ya estaba perdida para nosotros.

Julían

Era alrededor de la una cuando *Bolita* y yo llegamos a mi cuarto, tras la entrevista con Pilar en el despacho, y después de llenar el bidé con agua para que bebiera el perro, me tumbé en la cama y él se tendió a mi lado en el suelo. Era marrón, más claro o más oscuro según la luz, y la mano se hundía cuando lo acariciabas entre suaves ondas de pelo; era muy agradable. La habitación olía superficialmente a lejía. Nunca limpiaban a fondo, sino que pasaban la misma bayeta escurrida por todas partes, desde la taza del váter hasta la mesilla de noche y un ligero zigzag de fregona; luego dejaban las cortinas corridas en señal de que estaba en perfecto estado de revista. Era mejor no pensarlo.

Raquel habría sufrido con esta negligencia higiénica. Quizá era una de las manías más fuertes que había perdurado en ella tras abandonar el campo de concentración: la obsesión por la limpieza. No soportaba que yo al orinar dejara caer unas cuantas gotas en el suelo que bordea la taza del váter, ni un solo plato sin fregar en la pila, ni pelos en el desagüe de la bañera, ni una mota de polvo, ni ningún olor corporal, ni fluidos en las sábanas, que había que cambiar inmediatamente después de hacer el amor o porque hubiésemos sudado. La lavadora siempre estaba funcionando y la plancha también. Éramos sin duda las personas más aseadas de todo el barrio. Durante cierto tiempo las manos se le agrietaron por culpa de tanto jabón y agua y yo le prometí que aprendería a hacer esas labores tan meticulosamente como ella para que pudiera curarse. Raquel era maravillosa y excepcionalmente poco rencorosa, pero se había empeñado en borrar de su vista, de su olfato y oído la inmundicia del campo. Sin embargo, cuando nació Esther nada de ella le daba asco y pudimos bajar un poco la guardia.

Para no dormirme, antes de comer descorrí las cortinas marrones, a juego con la colcha y a juego con nuestra edad. Geralda solía quejarse de este mal gusto, decía que sería preferible una tela suave naranja o roja para que cuando la luz se filtrase por ella creara un ambiente cálido y acogedor, que era lo mínimo que a estas alturas podíamos pedirle a la vida. También decía que los muebles, abundando en la misma idea de calidez, deberían ser de madera auténtica y no de contrachapado. En cambio, nunca se quejó de la limpieza.

La luz entró llena de reflejos verdes de los árboles. Nadie podía verme, ni pudo ver a Salva. Y del mismo modo que yo podía ocultar cosas en el cuarto del Carnicero, también Salva podría haberme dejado un mensaje en el suyo. Tenía la fuerte intuición, el presentimiento, desde que tomé posesión de esta habitación, sentía en el estómago la certeza de que Salva sabía que yo algún día estaría aquí y querría dejarme un saludo, algún regalo. De tener algo que esconder, ¿dónde lo ocultaría? En el colchón no, porque es un elemento desechable. Ni siquiera sabía si era el mismo que usó él. Parecía bastante nuevo, sin rastro de vida ni de muerte. Probablemente lo habrían cambiado tras su fallecimiento. Aun así palpé las costuras y, como pude, le di

la vuelta. Me tumbé encima y me volví a derecha e izquierda por si notaba algún pequeño ruido, bulto o roce fuera de su sitio. Pero era imposible detectar su contenido sin meter las tijeras, algo que consideré lo último de la lista.

En el cuarto no había gran cosa: un armario con altillo donde se guardaban una manta y una almohada adicionales, perchas para las chaquetas y pantalones, también para las camisas si no cabían en los cajones, y luego unas baldas para jerséis. Al lado, separado por un panel, un hueco más alto para abrigo y debajo sitio para los zapatos de vestir —relegados a muy contadas ocasiones—, las deportivas y unas botas con cordones forradas de borrego que me habían librado en el invierno de alguna que otra neumonía. Todo el interior, como el resto, estaba forrado de contrachapado de pino. Tendría que destrozarlo para comprobar si Salva lo había despegado y luego vuelto a pegar —cosa que requería una profesionalidad increíble— para ocultar algo dentro. Sin contar con los ruidos, que enseguida alertarían a los más nerviosos. De todos modos, pasé la mano hasta donde me llegaba el brazo estirado para palpar la superficie. Odiaba mi falta de musculatura. Odiaba mi debilidad. La fuerza tendría que ser proporcional a la necesidad de usarla. Las piernas se me cansaban subiendo unas cuantas escaleras, los brazos se me cansaban en cuanto tenía que sostener un libro de cuatrocientas páginas en la cama. Pilar me había aconsejado acudir a las sesiones de gimnasia de los miércoles y los viernes y hacer pesas, y quizás lo hiciera, aunque también me daba miedo quemar mis últimas energías en ponerme en forma.

No noté nada especial en el armario. ¿Y el tablero de la mesa, del mismo contrachapado que el armario y todo lo demás? Estaba de acuerdo con Geraldina, no se habían molestado en buscar muebles con encanto para las habitaciones, aunque tampoco podría decirse que fuesen desagradables. Era una decoración ligera y sencilla, paredes pintadas de blanco, con muebles claros en los que el culo de un vaso no permanecía para siempre, una pequeña televisión colgada de la pared y una buena ventana desde donde se veían los olivos, la huerta y, según como estuviera orientada cada habitación, el jardín o el *parking*. Yo veía esto último, y por encima de ello, a lo lejos, el monte, por lo que lamentablemente no podía controlar los movimientos del jardín. Desde aquí no podía vigilar al Carnicero ni a Elfe.

Pensé en el posible fondo de alguna de las mesillas, pero la base era bastante fina. En el cajón de una de ellas el anterior inquilino se había olvidado unas pastillas para el colesterol, las mismas que tomaba yo, así que me las guardé. Me faltaban por revisar el baño y el suelo de tarima flotante. Los tablones estaban tan pegados unos a otros que me habría resultado difícil separarlos. Debía pensar en algo sencillo, algo que yo mismo pudiese hacer con facilidad y que pasara desapercibido. Nada de subirme a una escalera, me daba terror caerme y romperme una pierna o la cadera. La cadera de un anciano es como un vaso de fino cristal en unas manos temblorosas, puede hacerse añicos. Ni de usar martillos, que habrían llamado la atención. Y también cabía la posibilidad —si me dejaba de presentimientos e intuiciones— de que Salva no se hubiese molestado en dejarme ningún recuerdo, tal vez no pensó que

yo acabaría ocupando su habitación.

En cualquier caso no iba por el camino correcto, había algo que se me escapaba, algo sencillo. Me di unas palmadas en la frente, con tal fuerza que *Bolita* empinó las orejas. Yo era Salva. Si fuese él, tendría una visión más profunda de la situación y de este cuarto. Si esta habitación fuese el barracón del campo de concentración y tuviese que ocultar algo, ese algo debería merecer la pena. La pregunta sería: ¿dónde no llegaban la bayeta ni el cepillo de las limpiadoras de la residencia? Seguramente encima del armario habría varios dedos de polvo, pero al igual que yo, Salva no correría el riesgo de encaramarse hasta ahí. Me quedaba el baño, aunque el agua siempre complicaba las cosas. *Bolita* me siguió cansinamente, casi por obligación.

Eché un vistazo general: ducha, bidé, váter, lavabo, espejo sobre el lavabo. Miré detrás, no había nada. Di en las baldosas con los nudillos por si alguna sonaba hueco, desde luego lo que no podía hacer era arrancarlas todas. Abrí el armario que sostenía el lavabo, donde guardaba la crema de afeitar, las cuchillas, el desodorante, el gel, que también me servía de champú, y una colonia muy buena que me regaló Pilar, que ocupaban toda la balda. Fui poniendo objeto por objeto en el suelo, lo que *Bolita* interpretó como una obligación de olisquearlo. Pasé la mano por encima de la balda y por debajo, y después me agaché y la pasé por la tubería del desagüe por delante y por detrás. Fue entonces cuando toqué algo, un pequeño bulto.

Al principio me dio aprensión y retiré la mano en el acto porque podría ser cualquier cosa pegada a la tubería, incluso un ratón fosilizado. Sin embargo, decidí seguir, algo era algo. Volví a tentar el bulto con los dedos. Debía meter el brazo bastante a fondo y luego girar la muñeca por detrás de la tubería, algo que nadie haría salvo que tuvieran que repararla, en cuyo caso tampoco se molestarían en despegar aquella cosa, que también podría tratarse de una reparación chapucera con masilla. Me pareció que estaba sujeta con cinta adhesiva, así que me levanté y fui a buscar la navajita con que me pelaba las manzanas, para despegarla con sumo cuidado y con gran dificultad. Pero al final ahí estaba mi recompensa. Ese lo-que-fuera envuelto en plástico. Sentí ganas de llorar, lástima que no fuera capaz de hacerlo. Salva estaba conmigo, no eran ideas de viejo chocho. Él había pensado en este momento, lo había creado para mí, y habría sido desastroso no haber estado a la altura.

Hasta ahora creía que mi labor consistía en desesperar al Carnicero y hacerle creer que estaba demente, que estaba perdiendo la memoria y que no solo había perdido el control del mundo, sino también el de su vida. Pero el hallazgo de este paquete podría significar que había algo más, aunque quizá se tratase de un recuerdo de Salva, su reloj, por ejemplo, regalo de su padre cuando terminó el bachillerato. Los hombres damos mucha importancia a nuestro reloj, como si al marcar los segundos de paso fuese grabando nuestra vida.

Antes de abrirlo con la navaja me tomé las pastillas de mediodía sin esperar a comer porque no quería que ningún sobresalto me dejara en el sitio. Me subí un poco la dosis de la del corazón, tal como me había recomendado el médico para casos

excepcionales. Esperé a que me hicieran un poco de efecto y entonces, como un cirujano, rasgué la cinta y el plástico.

Lo que me encontré fue un carrete de fotos.

Llamaron a la puerta y el perro ladró. Le indiqué silencio con un dedo en los labios y también me ladró a mí. Volvieron a llamar con más fuerza.

Era una enfermera.

—¿Es que no bajas a comer? —dijo tras asomarse, mirando a *Bolita*, luego a mí y de nuevo a *Bolita*.

—Pilar me ha pedido que lo distraiga un rato —le conté mientras ella ataba cabos.

—Pues ya lo has distraído bastante —replicó metiendo la mano entre la correa y el cuello del animal, y abriéndome paso hacia la salida.

Me guardé el carrete en el bolsillo de la chaqueta y me marché al comedor con una satisfacción que ninguno de los que trataban de apurar los últimos momentos de su vida podría soñar. Mi unión con Salva era inquebrantable. Ni la distancia, ni el tiempo, ni la muerte habían podido con ella. Y además, ahora era realmente consciente de que Salva había hecho cosas de las que nadie, ni siquiera yo, se había enterado. Y no entiendo por qué nunca me lo contó, quizá para que yo no me impusiera la obligación de hacer algo parecido y poner mi vida más en riesgo de lo que ya estaba.

Comí rápidamente. Acababa de darme cuenta de lo lento que masticábamos todos y de la parsimonia con que servían los platos. Elfe estaba sentada con Geralda, que me hizo una seña con la mano para que luego tomásemos café juntos. Y era admirable la paciencia de Frida con el Carnicero, cuando él no era precisamente agradable con ella. Solía hacerle un gesto displicente para que le retirase el vaso de agua o el plato. Apenas la miraba. Para envidia de la mayoría, era el residente que más atenciones recibía. Casi todos pensaban que Frida era su nieta y el resto de miembros de la Hermandad otros nietos y algún hijo. Creían que tenía mucha suerte y que posiblemente había sido mejor persona que ellos para ser merecedor de tanto cariño y cuidados extras o bien que era dueño de una fortuna, lo que equivaldría a ser querido.

Me levanté antes de la lenta llegada del postre y de que Geralda se desplazara a mi mesa.

—¿Estamos desganados hoy? —dijo la misma enfermera que se había llevado a *Bolita* al ver que me dirigía a la puerta. Siempre usaba el *nosotros* en estos casos para que no nos sintiéramos solos en nuestra debilidad.

El rollo de fotos me quemaba en el bolsillo.

—Las natillas están demasiado dulces —dije.

—Pero ya sabes que lo que llevan es un sucedáneo de azúcar y no pueden hacernos ningún daño.

Le sonreí para salir de sus garras. Les preocupaba mucho que nos desnutriésemos y que la residencia tomase mala fama. Había que admitir que la comida era buena, aunque no exquisita. Me encaminé al despacho de Pilar.

Estaba sentada trabajando con *Bolita* a sus pies.

—He pensado que le vendrían bien un par de carreras por la playa —dije señalando al perro.

—Si no tuviera tanto papeleo me iría con vosotros. —Me tendió las llaves con cierta reserva—. A las siete necesito el coche de vuelta, tengo cosas que hacer.

El baile de los jueves, pensé. Me gustaba que Pilar aprovechara su vitalidad, su bronceado y su dinero para divertirse. Nunca le había preguntado a fondo por su vida, aunque no me gustaría que hubiese más en Pilar de lo que veía, alguna historia trágica, por ejemplo. Necesitaba pensar que había personas que se libraban de todo mal.

A la media hora, más o menos, estaba aparcando el coche en el centro comercial. Dejé a *Bolita* dentro con la ventanilla medio bajada y me dirigí a unas puertas de cristal, que se abrieron a mi paso. Un golpe de aire acondicionado me provocó un escalofrío. Busqué un local de revelado de fotografías y después de subir y bajar las escaleras mecánicas varias veces di con él. Me atendió un chico uniformado con una camisa de rayas y una chapa donde ponía Gaspar, al que hice ver la enorme importancia de que trataran el carrete con sumo cuidado porque no conocía su antigüedad. Por toda respuesta, Gaspar me tendió el recibo y me dijo que estaría listo en dos días. Leí en sus ojos que nada que fuese importante para mí podría serlo para él. Solo me quedaba confiar.

Diseminados por el *parking* había carros de la compra de aluminio brillante. No estábamos lejos del mar y la brisa lo envolvía todo en una alegría somnolienta. Solo se veían pantalones cortos y chanclas, bombonas de agua embotellada y *packs* gigantes de cerveza. Ya los estaba imaginando en sus terrazas y jardines, bajo un toldo, con sus cervezas y su despreocupación y sus ganas de saborear el plácido momento hasta el fondo.

Bolita se agitó al verme regresar. No se había angustiado porque conocía el coche y me conocía a mí, con esa sabiduría perruna que distingue el bien del mal y huele a sus amos y el peligro a kilómetros de distancia.

—Vamos a la playa. Prepárate para una buena carrera.

Me entendió con su sobrenatural empatía y empezó a babear. Pilar cubría los asientos traseros con una manta para que las patas de *Bolita* no mancharan nada, así que era necesario que encontrara granos de arena sobre ella para justificar mi viaje.

Lo dejé revolcarse a placer y regresamos a la residencia. Quizá eran tontas estas precauciones, pero necesitaba intactos la confianza de Pilar y sobre todo su coche. Porque ella escuchaba tantos cuentos chinos de los familiares de los residentes que sabía separar muy bien el grano de la paja.

Sandra

Me despertó un chispazo eléctrico dentro de la cabeza, un resplandor de cortocircuito. Los cables habían hecho un puente para que Martín me hablara sin hablarme. «He sido yo, ¿dónde está el viejo Julián?», me decía con claridad. Salté de la cama y, como siempre al despertarme, fui a la habitación de Janín en dos zancadas. Estaba junto a la mía y yo no cerraba la puerta, solo entornaba la suya. Seguía durmiendo como un bendito, boca arriba, envuelto por las estrellas de adorno, que ya palidecían, y me invadió un gran bienestar, posiblemente felicidad.

Amanecía en el salón lechoso y confuso de nuestro pequeño piso. Nada más abrir la puerta se entraba en la cocina, separada del salón por un mostrador donde podía desayunar, aunque la cena prefería tomármela en la mesa baja frente al televisor. El sofá me lo dieron mis padres y aprovecharon para comprarse otro nuevo con chaise longue. Para renovarlo le puse una tela étnica. Junto a él coloqué una librería de pino que también servía como aparador para la vajilla y las copas. Las paredes estaban forradas con un papel de gruesas rayas ocre y blancas, que le daba a todo un aire sesentero y que sustituí en la habitación de Janín por el blanco. Me sentía a gusto aquí, a veces invitaba a mis padres, a mi hermana, mis sobrinos y mi cuñado a merendar para que mimaran a Janín y que mi hijo sintiese el calor de otros brazos que no fuesen solo los míos o los de Santi.

Santi hacía lo que podía para estar con nosotros, y cuando lo pensaba detenidamente sentía remordimientos por el trato que le daba, como la otra noche, cuando no le dejé subir a casa. Me invadió una ligera culpabilidad. Al fin y al cabo, yo continuaba junto a Janín mientras que él tenía que desprenderse de su hijo y privarse del calor que su pequeño y concentrado cuerpo irradiaba a todo el planeta.

Pero en cuanto se sentaba más de media hora en el sofá me daba cuenta de que podría llegar a acostumbrarme a verle, a hablar con él, a oír sus pasos, a su olor y a compartir el armario y el cuarto de baño; e incluso a la larga, y por no desairarle, acostarnos juntos. Así que procuraba que se marchase lo antes posible y quedarme a solas. El mundo era inmenso y Janín y yo éramos dos motas de polvo sujetas a estos muebles y estas paredes. Lejanos rayos de sol iban abriéndose paso sobre el Palacio Real. Puse agua a calentar para el café y me senté de golpe en la silla. El olor del café y la claridad de la mañana se mezclaban con las palabras de Martín en mi pesadilla.

Julían

Justo a los dos días de encargar el revelado del carrete, salí a eso de las doce a la carretera, a unos quinientos metros de Tres Olivos, para tomar un autobús. No podía esperar más. No me puse sombrero ni gorra porque el día estaba tontorrón, con nubes que hacían de sombrilla sobre los olivos y la tierra roja. Estaba tan ansioso por ver las fotos que no tenía serenidad ni concentración suficientes para pergeñar algún pretexto y pedirle de nuevo el coche a Pilar. Además, era muy posible que insistiese en venir conmigo, por lo que tendría que esperarla hasta el final de la tarde y luego buscar otra excusa para acudir al centro comercial. Demasiado complicado, me pondría aún más nervioso tener que disimular. Decidí ir por mi cuenta y regresar cuando me diera la gana. Qué fácil es echarse en brazos de los demás. Yo había empezado a depender de Pilar simplemente por su coche. Y había dependido del amor de Raquel y dependí de la inocencia de Sandra durante el tiempo que la traté.

Como no había consultado el horario de los autobuses, tuve que esperar por lo menos media hora sentado en una piedra hasta que los familiares de otro residente me llevaron al pueblo. Me preguntaron gentilmente adónde iba. Y seguro que podrían haberme dejado en el mismo centro comercial, pero por mi manía de no dar más información que la estrictamente necesaria me bajé en la calle Principal y tomé un taxi. Una vez allí le pedí al taxista que me esperara.

En la tienda, en lugar de Gaspar había una chica rubia con la misma camisa de rayas y en la placa el nombre de Coral. Le tendí el recibo con el corazón palpitante. La miraba tan fijamente mientras buscaba las fotos que creo que me tomó por un viejo verde.

Dejó un sobre de Kodak sobre el cristal del mostrador. Apenas abultaba, podría haber unas cuantas fotos o solo los negativos. Lo abrí despacio y vi colores brillantes: había algo. Y sonreí.

—Algunos negativos se habían velado y no ha podido hacerse nada —dijo.

Pagué y en la puerta saqué el montoncito de fotos, cinco o seis.

En la primera había una mujer junto al que parecía Otto. Ya estaba bien, esperaría a verlas en el taxi, pero antes debía comprarme una botella de agua; ahora más que nunca no podía desfallecer.

Las nubes se habían retirado mientras estaba en la tienda y el sol relucía como un cristal por el que acabasen de pasar una bayeta. Era una locura porque mi cuenta en el banco tenía los días contados, pero aun así decidí tomar un taxi hasta la residencia. El viaje se me pasó en un suspiro viendo las fotos.

En todas estaban Otto y la misma mujer con más gente. Había que imaginársela de joven para saber que era guapa y con el pelo sin teñir para saber que había sido rubia. Tenía los ojos claros y una cara graciosa, y entre ella y Otto fluía una corriente que indicaba que en algún momento de sus vidas estuvieron unidos. Por mucho que ya Otto viviese con la fría y desaprensiva Alice, una fuerza invisible obligaba a

emparejarlo en la foto con la mujer desconocida aunque ahora estuvieran separados. Y se podría aventurar que Otto fue más feliz con ella que con Alice.

Le pedí al taxista que me dejara un poco antes de la puerta principal para evitar preguntas curiosas. Me dejé ver por la sala de la televisión. En una mano llevaba la botella de agua y con la otra saludé a Geralda antes de subir al cuarto. Descorrí las cortinas para que entrara bien la luz, coloqué la chaqueta en el respaldo de la silla, me quité los zapatos y me tumbé para contemplar detenidamente aquellas fotos. Si me fijaba bien, podía ver el Club Náutico a espaldas de Otto y su grupo, y los mástiles de los veleros de lujo clavándose en el cielo azul. En otra foto estaban en el campo de golf del Nordic Club, y la mujer desconocida y Alice hablaban. La mujer era más baja que Alice y tan delgada como ella, con menos porte, menos elegante y su atuendo golfista bastante menos caro. Otra escena se desarrollaba en un restaurante al aire libre en la playa de Las Marinas, el Bellamar, por el que yo había pasado alguna que otra vez. Llevaban gafas de sol y de los pantalones cortos salían piernas nudosas y amarronadas por el sol.

Para investigar quién era la misteriosa mujer la recorté de la fotografía donde mejor se la veía y me dirigí al despacho de Pilar. Salió a recibirme cansinamente *Bolita*, que con tanto mimo de su dueña se estaba convirtiendo en un zángano.

—Hola —saludé.

Pilar separó la vista del ordenador y se quitó las gafas de cerca, que quedaron colgando de un cordón sobre el pecho moreno. Llevaba un vestido de flores escotado y el pelo suelto, las uñas pintadas de rojo.

—Estás muy guapa —le dije, sin ser capaz de adivinar si sabía que me había ido de excursión.

Pilar no solía preguntar mucho, no le hacía falta, disponía de los ojos y los oídos de los empleados, a quienes les encantaba informarle de todo. Por otro lado, si se había enterado, también supondría un alivio para ella no haber tenido que dejarme el coche. Y al fin y al cabo me encontraba ante ella vivo y coleando.

—Ya sabes que puedes confiar en mí —dijo significativamente aunque sin insistencia.

—Lo sé, lo sé. Mira —le pedí, empujando la foto de la mujer sobre su mesa—. ¿Quién es?

Me observó extrañada y dándole vueltas a la foto como si en alguno de sus bordes fuese a encontrar la explicación de por qué estaba en mi poder.

—Es Violeta —contestó con su escueta forma de dar datos.

Me abrí de brazos esperando algo más. Ella volvió a ponerse las gafas y a mirar el ordenador.

—Me la envió Salva en la carta que me mandaste. ¿Qué significa?

Volvió a quitarse las gafas, que se balancearon un segundo sobre el escote.

—Era muy amiga suya. A veces parecían pareja.

Me costó una fortuna invitar a cenar a Pilar. Me duché, me afeité a conciencia y luego me palmeé la cara con la colonia cara que me había regalado ella misma. Me planché los pantalones y la camisa de rayas, la mejor que tenía, y me puse la chaqueta y el sombrero, porque sabía que a Pilar le gustaba. Me arreglé como si fuese a cortejarla. Para evitar murmuraciones solía recogerme al pasar la primera curva, lo que no era garantía de que no nos viese alguien, pero al menos no todo el mundo. A Pilar le parecía mal hacer distinciones entre los residentes. Por mi parte prefería que no me relacionaran con ella.

Primero pasamos por su apartamento para dejar al perro, momento que aproveché para cortar una flor del jardín que rodeaba el edificio y dársela a su regreso.

En el restaurante me precipité a separarle la silla para que se sentara y pedí una botella de vino blanco frío de precio medio. Pilar se mostraba casi abrumada, sobre todo ahora que debía de estar tonteando con algún bailarín de los jueves. Violeta se convirtió en un buen motivo de conversación. Me informó de que era bastante conocida en el pueblo, sobre todo porque se la veía mucho ir arriba y abajo. No paraba de andar de un lado para otro y se comentaba que cuando era joven subía al castillo en dos zancadas para llevarle comida a alguien que se ocultaba allí, a un nazi, decían. Imagínate, un nazi, qué barbaridad. En aquellos años solía llevar pantalones de hombre a los que les daba unas cuantas vueltas en los bajos, pero cuando Pilar la conoció siempre iba con vaqueros. Más de una vez vino a la residencia andando desde el pueblo para ver a Salva, una auténtica paliza. Debía de estar muy fuerte. Luego Pilar la acercaba al pueblo en el coche, no quería quedarse con el cargo de conciencia de que le ocurriese cualquier cosa.

Murió un poco antes que Salva. Encontraron su cuerpo entre las rocas de Punta Negra. Probablemente se suicidó o perdió la cabeza. Nadie le dio mucha importancia.

El 12 de noviembre de 1944 nos sacaron del barracón a culatazos, aunque solo los gritos, como cañonazos rompiendo el cielo, bastaban para hacernos rodar por el suelo del patio. Desde allí abajo veía las punteras mojadas de las botas y la nieve atravesada por delicados rayos de sol. Buscaban los negativos de unas fotos que había hecho un fotógrafo republicano español al que los oficiales consideraban su fotógrafo oficial. Les gustaba que los inmortalizara metidos en sus armaduras: uniformes, gorras, botas. Pero ese día el capo ruso encargado del material descubrió que faltaba un rollo, lo que les hizo sospechar que o bien el fotógrafo lo había escamoteado, cosa que él negaba, o bien alguien lo había robado. El fotógrafo sostenía que el capo se confundía y que no faltaba ningún rollo, y solo por su pericia artística y su mano con el capitán no lo fusilaron. Aun así, hubo palizas y torturas hasta que se olvidaron del asunto. Cuando nos anunciaron que el campo se iba a liberar, el fotógrafo llegó a nuestro barracón y Salva metió su esquelética mano por debajo de una tubería donde una mano normal jamás podría haber llegado, sacó un pequeño bulto muy envuelto

en tiras de plástico y se lo entregó. Se abrazaron. Me habían dejado fuera de su heroicidad. Habían estado a punto de morir por legarle al mundo la verdad.

Salva nunca me confirmó que hubiese sido él quien escondió el rollo. Me lo confirmaba ahora, al ocultar las fotos de Violeta en un lugar igual.

No podía dormir. ¿Qué había querido decirme Salva con las fotos de Otto y la tal Violeta? ¿Que eran amantes? ¿Que su relación había durado hasta el final de ella? Seguramente, al vigilar la casa de Otto y Alice se encontró con este mirlo blanco. Debió de buscar la manera de acercarse a ella, de convertirse en su amigo, en un admirador. Salva tenía mucho encanto, le leería poesías o se las escribiría, le contaría su vida adornándola con salones versallescos y muebles de caoba, una madera que le gustaba especialmente. Y ella le contaría historias muy interesantes, de lo contrario Salva no habría perdido el tiempo con este asunto. Pero ¿qué sería lo que había descubierto? Lo más probable es que la clave tuviese que ver con la vida de Otto.

Colgué mi ropa de cortejar en una percha, me puse el pijama, me quité las lentillas y me coloqué las gafas de culo de vaso. Me sentía excitado y despejado, había procurado solo mojarme los labios con el vino para no tener que pedir otra botella, de lo que Pilar no se dio cuenta, gracias a que estuvo muy animada y parlanchina durante toda la cena.

Tenía que trazar un plan, un plan que me llevase hasta el misterio de la foto.

Sandra

En mi cuarto había una cama grande en la que solo se usaba el lado izquierdo, el más cercano a la puerta. Casi habría preferido una más pequeña y así no sentir esa melancolía que me invadía algunas noches y algunas mañanas al acostarme y al levantarme. Me daba la impresión de ser tragada por el colchón, por mucho que lo cubriese con unas sábanas de hilo y una colcha de la India con pequeños cristales que brillaban cuando me movía. Y por eso más de una vez me quedaba dormida en el sofá con la televisión encendida hasta que en algún momento de la noche su ronroneo me despertaba y la apagaba. Me levantaba con alguna contractura pero sin esa extraña angustia de cama grande.

Frente a la cama había un jarrón con flores secas sobre una cómoda de madera envejecida, destinada a documentos, mantelerías y a mi ropa interior que, pensando en la de Lucy, la novia de Santi, no me atrevería a llamar lencería. Nunca me ha dado por adornarme por dentro.

Abrí el primer cajón, donde había guardado la nota metida por Martín en la bolsa de ositos, otra nota que me había escrito Alberto en Dianium, unas fotos y algunos números de teléfono, todo lo que conservaba de mi otra vida, y las clavé en el corcho de la cocina para examinarlas con detenimiento mientras desayunaba, mientras comía y mientras fregaba los platos. Las letras eran iguales.

Era sábado y el niño no tenía guardería, pero no tuve más remedio que pasarme por la tienda para turnarme con mi hermana.

Iba arreglada como lo hacía siempre para ir por ahí con su marido. Zapatos de tacón, medias transparentes.

—Vete cuando quieras. Estás muy guapa —le dije.

Al decir guapa quería decir limpia, depilada, perfumada, maquillada, peinada. Cualquier hombre podría ir sobre seguro con ella. Su marido se llamaba Richi y era directivo de una multinacional. Los domingos se ponía unos vaqueros con la raya planchada para ir a comer a la sierra con mi hermana y sus dos hijos, a los que a veces me unía yo con Janín. En el fondo me consideraban una carga, porque en caso de problemas ellos no podrían negarse a ayudarme, no podrían ser unos desalmados, y eso a Richi le ponía nervioso. A veces me preguntaba por Santi. Santi y yo nos entendíamos, decía, nos llevábamos bien... ¿Por qué no nos casábamos? Santi parecía un buen chico, y seguro que le gustaría ver a su hijo todos los días y no solo los fines de semana. La pasión al final se pierde, aunque con un poco de imaginación puede volver, decía mirando con picardía a mi hermana.

Estaba deseando ver salir de la tienda a mi hermana para hacer una llamada internacional a Buenos Aires. Desplegué el parqucito que tenía en la trastienda para estas ocasiones y senté a Janín con algunos juguetes de goma. Esperé diez minutos

para asegurarme de que no iba a volver de improvisto a recoger las llaves o algo de dinero y les pedí a dos clientas que esperasen un momento. En Argentina serían las ocho de la mañana. Sabía que la hija de Julián se levantaba temprano para ir al colegio donde daba clase y rogaba que hoy también estuviese despierta, que no se hubiera cambiado de casa, ni de ciudad, ni de país, o algo peor: que no hubiese muerto, que continuase siendo tal como su padre me la había descrito: grandes ojos negros, trabajadora, tranquila, alérgica a la aventura y las sorpresas. Nunca pudo darle ninguna el día de su cumpleaños para no asustarla, no soportaba los sobresaltos ni los giros inesperados en la vida, e inconscientemente se había propuesto esquivar los altibajos no cambiando nada de su entorno ni de su persona. Se llamaba Esther y siempre me la había imaginado serena y poco habladora, casi una sombra alrededor de la tragedia vivida por sus padres en el campo de Mauthausen.

Al cuarto timbrado me cogió el teléfono. En el fondo no me lo esperaba y no supe qué decir cuando preguntó quién hablaba. Tenía un acento muy rehilado, suave, aunque con ciertas asperezas que la endurecían. De pronto me pareció una mujer que había elegido su camino y que había elegido no ser como su padre ni probablemente como su madre. Me pareció que había elegido no compadecerse.

—¿Hablo con Esther?

—Sí —respondió—. ¿Con quién hablo yo?

—Soy amiga de tu padre. No sé si alguna vez me habrá mencionado. Me llamo Sandra.

Un profundo silencio cruzó el cielo, las montañas y el mar. Dudé de si se habría cortado la línea.

—¿Hola? —insistí yo, ante el mutismo al otro lado de la línea.

—Estoy aquí —dijo con precaución, como si estuviera pronunciando palabras mágicas capaces de hacer saltar el mundo por los aires—. ¿Vos sos esa Sandra, la chica que vivía en la casita de las flores?, ¿la chica del pelo rojo?

—Imagino que sí, pero ya no tengo el mechón rojo —le aclaré, pensando en la bonita imagen que Julián le había transmitido de mí.

—¿Le ocurrió algo a ese cabezota? Tiene el corazón roto literalmente hablando.

—No le ha pasado nada. Bueno, no lo sé. Necesito verle, advertirle de algo..., y no sé dónde está ahora.

—¡Ya! No sos la primera que llama pidiendo su dirección. ¿Es que esto no va a terminar nunca?

—¿Quién ha llamado? Es muy importante.

—Una voz de mujer. Dijo más o menos lo mismo que vos.

—¿Cómo puedo demostrarte que soy Sandra, la chica que tu padre encontró en Dianium a punto de cometer el mayor error de su vida?

—No podés. No te conozco. Todo lo que me digas podría ser mentira.

—Cuando conocí a Julián estaba embarazada de cinco meses. El padre de mi hijo se llama Santi. ¿Te vale esto?

—El caso es que si la otra que me llamó conoce mi existencia y mi número de teléfono también podría conocer otros detalles, como vos, compréndelo.

Tenía la sensación de que me creía pero no podía arriesgarse.

—Quiero ver a mi padre por última vez, haz lo posible para que no muera o le maten antes de tiempo —dijo.

Comprendió mi silencio, mi impotencia. No podría ayudarle solo con el deseo. Entonces continué hablando.

—Dile que echo de menos la tarta de chocolate a las cinco y media en el Faro, los tesoros debajo de las piedras, y que aún conservo las botas con herrajes que compramos juntos.

—Volvé a llamar mañana. Si tengo suerte, podré decirte algo.

Al menos no parecía que Julián hubiese muerto.

Esa noche no llevé a Janín a la cuna. Dormí abrazada a él, sintiendo su intenso calor, su respiración. Otra madre, de ser madre de esta preciosidad, jugaría más con él en la mantita. Le enseñaría a distinguir los colores y los tamaños para que después fuese el más listo de la clase. Más de una vez he creído que todo lo hacía por mi hijo, pero si lo pensaba bien hacía lo básico, lo urgente, y si lo pensaba mejor no me sentía una madre excepcional, solo lo cuidaba y no me esforzaba más de la cuenta.

Al despertarme por la mañana, Janín tenía el pelo mojado de sudor y yo el hombro lleno de babas. Me hice un café pensando en mi eslabón con Julián, su hija Esther.

Julían

Mi hija Esther había conseguido una tarifa reducida para llamarme por teléfono. A veces aguantaba despierta hasta bastante tarde para que coincidiéramos porque durante el día estaba muy atareada con el colegio. Durante el fin de semana recibía alguna llamada suya al mediodía con las voces de sus amigos tomándose unas cervezas al fondo. Una de las consecuencias positivas de mi retirada de Buenos Aires a Dianium había sido liberar a Esther de mí. Ahora podía invitar a quien quisiera sin tener que cortar la fiesta para que yo pudiera regresar a casa o para no cargar con la culpa de que yo tuviese que marcharme a casa de algún amigo o a verme varias películas seguidas y a dar vueltas por ahí para que ella disfrutase de lo que ahora la gente llama «su espacio». Lo más lindo de nuestro apartamento era una hermosa terraza con vistas al puerto, y me gustaba la sensación de que Esther fuese joven y tuviese amigos que se apoyaran en la barandilla de hierro con un vaso en la mano y que la mesa chapada de pequeños mosaicos como el fondo de una piscina se llenara de frutos secos y bocadillos y que sonara la música. Estaba bordeada por jardineras con plantas de enormes hojas verdes y de flores duras entre las que algunos clavaban las colillas con fuerza, y yo estaba seguro de que las plantas preferían estos filtros vigorosamente arrugados a mi mirada melancólica y medio muerta. Esther se merecía su propia vida.

Había tardado en darme cuenta de que, tiempo después de que fuésemos liberados del campo de Mauthausen, en mayo de 1945, yo no lograba ser feliz porque constantemente pensaba en mi falta de felicidad mientras que Raquel solo pensaba en la felicidad de Esther. Su deseo de que nuestra hija fuese feliz era tan grande que no le daba importancia a nuestra desgracia, y no se consentía a sí misma que la amargura ni la tristeza ocuparan un milímetro en su corazón, por lo menos del corazón que se le veía en la cara y en la voz. El otro corazón lo había escondido entre los esqueletos vivientes, entre los ojos desorbitadamente grandes y tristes, entre los gritos paralizantes. Raquel no permitía de ningún modo que ante ella nadie hablase en voz más alta de lo normal ni que se pegase un puñetazo en la mesa. En ese instante su cuerpo se contraía, se endurecía y dejaba de ver lo que había alrededor, se abstraía completamente, dejaba de pensar y de existir porque, si no existía, nadie podría hacerle daño. Cuando la sacaron del barracón junto con dos chicas más a quienes otra prisionera había denunciado por robo, la llevaron a la enfermería con varias costillas rotas y pasó setenta y dos horas entre la vida y la muerte, enmudeció. Una de las otras chicas murió y la otra sobrevivió perturbada. Raquel no podía hablar. Abría la boca y volvía a cerrarla impotente.

A Salva y a mí nos desanimaba profundamente no lograr que reaccionase. Verla así era el principio del fin. ¿Para qué esforzarse en vivir un poco más? Era absurdo. Y entonces sucedió algo. Estábamos los tres apoyados en una pared, mirando el muro de enfrente y la nieve sucia, el maravilloso blanco pisoteado de la nieve, que es lo

más sucio que pueda contemplarse, y oímos una carcajada. ¿Desde cuándo no oíamos a nadie reírse? Sonó como un trueno, un disparo, algo había estallado en medio de nuestra total desolación. No debía de andar lejos aquel ser humano normal, y de hecho enseguida sentimos una queja de dolor. Le habían sacudido bien. Porque cuando te quitan todo, lo que en el fondo quieren quitarte es la alegría de vivir.

El de la risa había venido en una última remesa de prisioneros. Miraba a su alrededor con algo chispeante en la mirada, como si todo el terror del mundo no dejara de tener algo ridículo.

El nuevo pronto se incorporó a nuestro pequeño grupo. Nos dijo que se llamaba Perelló, que era fotógrafo y que el planeta iba a enterarse de lo que pasaba dentro de aquellas alambradas. Fue él quien —sencillamente con su actitud displicente hacia el terror— sacó a Raquel de su ensimismamiento. Raquel dijo que le hacía sentir una gran esperanza y le hacía ver a través del miedo como a través de un papel que se rasga. Se había dado cuenta de que el miedo estaba hecho de un papel viejo que se rompía con solo mirarlo cara a cara. Decía que le hizo comprender que esto no era todo. Que lo que le estaba ocurriendo era un accidente y que la vida continuaría a pesar de los pesares. Continuaría más allá del infierno. Ahora estaba convencida de que sacaría la cabeza de este infierno como de entre las olas del mar, y que respiraría y luego nadaría.

Aunque Salva y yo le estábamos muy agradecidos porque de él emanara algo tan fuerte y tan bueno que había logrado llegar hasta ella y romper el cerco de brutalidad que la rodeaba, nos sentíamos un poco celosos de que eligiera para salvarse a un recién llegado, alguien a quien ni siquiera conocía, al que no había visto nunca. Y creo que por eso Salva se jugó la vida para proteger los negativos que ahora conmueven a la humanidad entera.

En lo que le restó de vida, Raquel se consideró una persona con suerte, y cuando años más tarde se quedó embarazada de nuestra hija Esther dijo que no se lo esperaba y que no existía nadie más afortunado que ella.

Estaba cenando en el comedor cuando me avisaron de que tenía una llamada en el mostrador de la recepción. Por la hora, Pilar, GERALDA yo, y alguno más sabíamos que era mi hija desde Buenos Aires. Me fastidiaba estar tan oxidado, porque mientras me levantaba y llegaba hasta el mostrador el contador corría, y no quería, además de estar gastándome aquí el dinero que debería dejarle de la herencia, encima ocasionarle gastos.

Me quedé helado cuando me dijo que Sandra me buscaba.

—¿Estás segura de que es ella? —le pregunté emocionado.

—Está asustada, eso no puede disimularse. Pero a saber. Prefiero asegurarme antes de decirle dónde estás. Además, creo que no es conveniente que vaya a buscarte al hotel —dijo Esther con voz agotada por el cansancio de la repetición. Esa era su

condena. Hasta que yo no desapareciese definitivamente siempre volvería a sonar la misma melodía, una y otra vez, un disco rayado. Y cuando yo por fin descansara en paz, ella continuaría oyéndola sin querer, y eso me daba mucha pena.

—Es una chica lista —dije con una admiración que me resultó casi ofensiva hacia mi hija.

—Me alegra que tenga la cabeza en su sitio y no te arrastre a hacer ninguna tontería. ¿Bebés suficiente agua?

—Y me tomo la tensión y el azúcar todas las mañanas.

Se quedó en silencio unos segundos y yo también. Fueron los segundos más repletos de significado de toda nuestra vida. A nadie en el mundo le importaba más que a mí que fuera feliz y a nadie le quitaba el sueño tanto como a ella que se me olvidara tomarme alguna pastilla. Ni siquiera a mí mismo. En el fondo me mantenía vivo para que Esther aún tuviese padre un poco más.

Le dije que cuando Sandra volviera a llamar tendría que hacerle una pregunta muy simple que solo ella podría responder.

Sandra

Janín y yo pasamos la mañana del domingo en el parque, luego comimos y él se echó la siesta. Lo hice todo mecánicamente, pensando en la hora de llamar a Esther a Buenos Aires. Y cuando llegó el momento temí que Esther hubiese salido o que no cogiera el teléfono, que no hubiera podido hablar con Julián y que yo no le inspirase mucha seguridad. Temí que Julián se hubiese olvidado de esos pequeños detalles conocidos nada más que por nosotros dos: la tarta, el Faro, las piedras y que su hija me tomase por una farsante. Janín, ya despierto, me miraba desde la manta de juegos en el suelo como si comprendiera mi ansiedad, como si se tomara muy en serio todos mis pensamientos, y oyó como giraban los números en la rueda del antiguo teléfono igual que una carraca. Sonrió al teléfono.

De pronto se hizo el vacío y dejé de pensar, me paré en seco. La voz suave y áspera de Esther preguntó quién era arrastrando las sílabas hasta la mesa donde se apoyaba el teléfono entre una bolsa de patatas fritas y una coca-cola.

—Sandra, de Dianium —dije—. ¿Llamo en buen momento?

Necesitaba tener a Esther a mi favor, no quería que considerara que le fastidiaba la vida más aún.

—Mi padre me ha dicho que te regaló algo sin valor material, pero muy querido para él. ¿Qué es?

Me puse nerviosa, ¿cuántos regalos me había hecho Julián, cuántos regalos de verdad, para mí? Una caja lacada, que aún permanecía sobre la cómoda. Dudé que fuera esto. No quería meter la pata. Si me equivocaba, me colgaría la llamada.

—Un saquito con arena. Se lo diste cuando eras pequeña y él lo llevaba como un talismán o amuleto. Me lo dejó para que me protegiera, pero ahora creo que él lo necesita más que yo.

Silencio. Podía percibirse toda la oscuridad del universo entre ella y yo. Cuando arrancó a hablar lo hizo con la voz entrecortada, como si llorase o hubiese llorado hacía unos segundos.

—No me acordaba... Hace tanto tiempo. Son cosas de niños. Está bien. Se hospeda en un complejo hotelero que se llama Tres Olivos, está entre el monte y el mar, en una zona de nombre La Xara. No ha salido de Dianium. No quiere volver de momento, dice que allí tiene amigos de su edad y un equipo médico muy bueno que vela por él. Iré a verle en vacaciones, cuando termine las clases.

Respiré hondo. Julián seguía vivo y en España; él sabría lo que teníamos que hacer y se alegraría mucho de que no hubiese asustado a su hija.

—No le cuentes esto a nadie más —dije—. Aparte de mí no debe saberlo nadie, por precaución.

Notaba a través de las galaxias como a Esther le flaqueaba la voz y como no se le iba de la cabeza aquel lejano momento en que ella volvió del colegio y le entregó a su padre el gran tesoro del día.

—Dice mi padre —añadió Esther— que no te presentes a verle por las buenas. Preferiría que no se enteraran de tu regreso. Busca una manera discreta de encontrarle.

Comprendido, pensé, esto quiere decir que Julián no ha bajado la guardia y que es consciente de que le ronda algún tipo de peligro. De un tiempo a esta parte no tenía que hacer planes, casi no tenía que pensar qué iba a hacer al día siguiente. La vida iba imponiéndome un camino, iba señalándome por aquí, por allá, como si existiera un destino o un plan que cumplir.

Julían

Violeta vivía, según las indicaciones de Pilar, en uno de los *Bungalows* Bremenn, un complejo de casitas con arcos estilo árabe en la entrada y puertas azul añil. Estaba situado cerca de Punta Negra, una zona de calas rocosas con poca arena donde en los días con viento de Levante las olas pegaban con fuerza y la espuma saltaba hacia arriba varios metros. En los tiempos en que disponía del coche de alquiler me acercaba por allí de vez en cuando porque era el sitio en que mejor respiraba, hiciera bueno o malo. Se me abrían los pulmones y me entraban ganas de comer y de vivir. Ahora el mar estaba en calma y las rocas brillaban esperando su ración de agua.

Tras recluirme en Tres Olivos había lugares a los que no había regresado. Este era uno y otro el hotel Costa Azul, donde viví alguno de los episodios más intensos de estos últimos años. Tampoco había vuelto por el Faro, el lugar en que nos encontrábamos Sandra y yo, que logramos conservar fuera de las garras de la Hermandad. Allí nos sentíamos casi intocables, en otro mundo.

Los *bungalows* tenían salida directa al mar y no guardaban la normativa de la ley de costas. Todo el mundo que debía saberlo estaba al tanto de que desde aquí habían escapado oficiales nazis hacia Sudamérica y que otros habían llegado clandestinamente por la noche para refugiarse en sus frescas y acogedoras habitaciones. Era fácil deducir que Violeta era uno de ellos.

Me adentré en el recinto de los *bungalows*, al que en general le faltaba una mano de pintura. Rehuí preguntar por ella al conserje, que no arriesgaría su trabajo por informarme, y me dirigí a un jardinero que recogía hojas muertas. Era de mediana edad y parecía de la zona, por lo que seguramente sabría algo.

—¿Violeta? ¿No es la mujer que se ahogó?

—Sí, esa.

—Llevo cuidando este jardín diez años y nunca la vi tomando el sol junto a la piscina. Si yo hubiese sido ella me habría pegado la vidorra bañándome y poniéndome de birras hasta arriba.

Cuando salió de esta ensoñación y tiró en el contenedor la última brazada de hojas y flores secas dijo que Violeta se encargaba del alquiler de los *bungalows* y de que las instalaciones estuvieran en condiciones, pero que en el último año más o menos no le daba importancia a nada. Pasaba entre las palmeras y los *bungalows* como un fantasma. Sin embargo, él había continuado trabajando en el jardín a pleno rendimiento por su amor a las plantas. Eran como sus hijas y le dolía verlas envejecer y morir, pero lo que es a Violeta le daba completamente igual todo, lo que me hizo pensar en la repentina huida de Otto y Alice. Probablemente todo le recordaría demasiado a él.

—Creo que el dueño ha puesto las instalaciones en venta. Le aseguro que otro en mi lugar no estaría pegándose esta paliza.

Sin duda el jardinero era alguien a quien hacer el bien le remordía un poco la

conciencia.

—¿Es usted amigo suyo? —preguntó sin dejar de trabajar.

—Amigo de un amigo muy querido para ella. ¿No la vería alguna vez con un hombre de mi edad, algo más bajo que yo? —pregunté pensando hasta qué punto se habría encogido Salva.

Se quedó pensativo mientras ataba un tallo a un sarmiento.

—¿Cree que alguien va a agradecerme lo que estoy haciendo? Un día de estos me echarán y sanseacabó —dijo pasando la mano, sin tocarla, por una rosa aterciopelada.

—¿Le parecía una mujer que quisiera quitarse la vida?

Me miró sin responderme. No estaba pensando en Violeta, ni en mí, sino en la rosa.

—Voy a regar antes de que se achicharren, después ya no será responsabilidad mía.

Lo dejé sumido en sus contradicciones y salí despacio por un sendero de grava y traviesas románticamente viejas. Algunas aún conservaban manchas de la grasa de los trenes, lo que me pareció un detalle cruel por parte del dueño, aunque en manos de estos miserables cualquier detalle inocente era capaz de recordar otro atroz, como si todo fuese cara y cruz, blanco y negro, arriba y abajo, izquierda y derecha: las estaciones de tren, el agua, la ceniza, los botones, los zapatos, el aire, en manos de «ellos», todo acababa envuelto en un dolor incomprensible.

Los *bungalows*, que se suponían blancos como el merengue y azules como el cielo, no habían vuelto a actualizarse desde los años cincuenta. Algunos eran dúplex. Se distribuían en círculo y en el medio resplandecía el intenso azul claro de una piscina en forma de riñón. La bordeaban palmeras altas y bajas, césped, rosales, adelfas y varias buganvillas, cuya hermosura, conociendo ahora al jardinero que las cuidaba, apreciaba mucho más. Cerca, sobre piedras y arena, había un pequeño embarcadero privado muy propicio para fugas nocturnas hacia Marruecos o Sudamérica. Me crucé con una pareja que caminaba cansinamente con unas bolsas del supermercado colgando de las cuatro manos. Eran ingleses y por el rojo de los hombros y la cara debían de llevar aquí tres o cuatro días. Me indicaron que el supermercado estaba justo cruzando la carretera y que, aunque no muy grande, tenía lo imprescindible para el día a día.

Me había puesto para esta excursión la gorra y las deportivas, lo que ante los ingleses me situaba perfectamente en uno de los *bungalows*. Me preguntaron si al día siguiente al atardecer me gustaría tomarme una copa en su jardincito. Iban a hacer una barbacoa. Su *bungalow* era el número 30. Asentí y les di las gracias. Una pareja simpática, de unos cuarenta años tan aburrididos como para tener que agarrarse a alguien de la tercera edad para distraerse. Puede que los hijos estuvieran esperándoles para saltar sobre ellos, y por eso empatizaban desesperadamente con cualquier adulto con quien intercambiar frases sin ninguna consecuencia en la vida futura. Lo bueno de la gente ya hecha es que, al contrario que a los niños, no se la puede traumatizar

más.

Violeta tendría necesariamente que haber hecho compras en el súper. En la entrada me limpié el sudor de la cabeza con la mano, me la pasé por el cráneo y por pelos dispersos que milagrosamente aún permanecían en pie. En el local volví a ponerme la gorra para no resfriarme. Por suerte, había un hombre de mediana e indefinida edad con un peto azul marino salpicado de pinceladas de óleo, lo que podría sugerir que pintar era su verdadera pasión y la tienda la forma de subsistir. Por como se dirigían a él los clientes tenía toda la pinta de ser el dueño. Un chico ordenaba botes de conserva en las estanterías.

Estiré el cuello todo lo que pude en busca, ya que estaba allí, de un paquete de galletas sin azúcar y otro con azúcar. Me gustaba tener siempre en la habitación algo por si me sentía desfallecer.

—¿Le ayudo? —dijo el del peto detrás de mí.

Mientras bajábamos la vista a las estanterías correspondientes le pregunté si era pintor.

Noté que salía su otro yo, el importante, el que contenía toda su alma, en tanto que en este de la tienda solo había lo imprescindible.

—¿Usted también?

—No, pero reconozco a un artista en cuanto lo veo, y esas manchas... ¿óleo?

—Y acuarela. Estoy exponiendo en una galería del centro, la más grande, no tiene pérdida.

—¡Ah!, pues me encantará ir, cuente conmigo. He entrado por casualidad, estoy buscando a una vieja amiga por la zona.

Le conté que se trataba de Violeta. Pero no pude seguir, tuve que hacer un parón para que le cobrara a un cliente en bañador y camiseta.

—Así que Violeta —dijo el hombre—. Era mayor, desde luego, pero muy fuerte, muy sana, una auténtica deportista, nunca se cansaba de andar, y nos extrañó mucho que se ahogara en el mar. —Me hice el sorprendido y expresé toda la tristeza que pude. El tipo prosiguió—: Ella conocía muy bien estas aguas, aparte de que nunca, nadie, jamás, la vio bañarse. Solo mojarse los pies.

Venía casi a diario por la tienda y hablaba mucho con él. Había que tener en cuenta que fuera de la temporada turística en Punta Negra quedaban cuatro gatos, y era cuando él aprovechaba para pintar. Por deferencia le habría preguntado qué pintaba, pero era demasiado arriesgado. Probablemente hubiese consumido el tiempo que me quedaba en explicármelo. De todos modos, dijo apesadumbrado, observando la puerta como si pudiera atraer a la clientela con su mirada, en los últimos tiempos encontraba a Violeta preocupada y volvía la cabeza como si la siguieran. A él le parecieron aprensiones de persona mayor. ¿A qué llamaba él «últimos tiempos»? A los quince días antes de morir.

—Una mañana entró a toda velocidad con la cara descompuesta. Me pidió dormir en la trastienda porque en los *bungalows* habían aparecido ratas, lo que no era de

extrañar por el descuido de las instalaciones, y decía que le daban verdadero pavor. Yo le dije que la podía ayudar a poner trampas o algún matarratas, o llamar a alguna empresa de desratización, pero ella se negaba a volver a su *bungalow*.

Para acomodarla, el pintor amontonó las cajas de cartón en un rincón y le extendió la colchoneta donde él a veces se echaba la siesta. Varios días después apareció muerta en la cama, vestida con los vaqueros, las deportivas y un grueso jersey de lana.

—¿Y no vino nadie preguntando por ella?

—Sí, vino un anciano amigo suyo, preocupado porque hacía varios días que no tenía noticias suyas.

Era una pena no tener una foto de Salva para enseñársela.

—¿Se llamaba Salvador? —pregunté.

—Creo que sí. Ya los había visto alguna vez juntos. Un romance tardío, quizá.

—Sí —dije—, mi amigo Salva estaba muy enamorado de Violeta.

—¡Vaya! —exclamó, pensando seguramente en sus propios amoríos.

Como el pintor no sabía a quien entregarle las cosas de Violeta, se las dio a Salva. Además, ¿quién iba a querer un par de pantalones, un anorak, su ropa interior y su cepillo de dientes?

—¿Y Violeta no tenía nada más? —se lo pregunté como de pasada, sin darle demasiada importancia.

Sabía que esta pregunta le iba a extrañar y la pronuncié en voz más baja de lo normal.

—Es la misma pregunta que me hicieron los otros —dijo él.

Tuvimos que hacer otro parón en la conversación cuando entraron unos chavales a comprar alcohol y frutos secos. Después tuvo que cobrar, esperar porque se les había olvidado algo más y hacer memoria de por dónde habíamos cortado la charla.

—Todo lo llevaba encima, en invierno se lo metía en los bolsillos del pantalón y del anorak. Si se refiere a dinero, no me entretuve en averiguarlo. Me impresionó mucho tener en mi tienda los enseres de una muerta y solo pensaba en deshacerme de ellos.

—¿Cómo eran esos otros hombres? ¿Eran policías?

Negó con la cabeza.

—Dijeron que eran amigos de Violeta, pero yo ya le había entregado los enseres al anciano.

Se notaba que le gustaba la palabra «enseres», la pronunciaba con gusto.

—¿Y se interesaron por Salva?

El pintor se puso rojo. No pudo evitar que una oleada de sangre le subiera a la cara y las orejas.

—¿Es que le ha ocurrido algo?

Asentí de un modo que hacía presagiar lo peor.

—Debería haber llamado a la policía —dijo—. Tendré que vivir con ello toda mi

vida. Toda esta situación me extrañó mucho.

—¿Les describió a estos hombres cómo era el amigo de Violeta? —dije sabiendo que era una descripción muy simple: viejo y flaco.

—No es por eso, sino porque unos días antes de la muerte de Violeta forzaron la tienda y lo revolvieron todo, sobre todo la parte de atrás donde ella dormía.

Le animé con los ojos a que siguiera hablando. No me atrevía a hacerlo en voz alta para no darle la oportunidad de que se volviera atrás.

—Le pregunté a Violeta si este allanamiento tenía que ver con ella. Si tenía alguna idea de quiénes podrían haber sido. Le seré sincero, tenía la esperanza de que lo negara. Pero no, me confesó que se sentía vigilada y que trataría de volver al *bungalow*. «Seguro que ya lo han desratizado», dijo. Recogería sus cosas, sus pocos enseres en cuanto pudiera, pero ya no regresó.

La encontraron entre las rocas como él la vio la última vez: vaqueros y un jersey blanco con cenefa negra hinchado por el agua, unos mechones de pelo le tapaban la cara.

—Ocurrió un día de febrero, un día húmedo y frío —dijo—, aunque haya quien piense que jamás hace frío en un sitio como este.

Por lo visto nadie le quitó el reloj, un Cartier de oro blanco con zafiros incrustados, muy elegante, que contrastaba con su aspecto deportivo. Debajo del jersey encontraron una medalla de oro con un sol esmaltado en negro; tampoco se la arrancaron, lo que llevó a todos a suponer que se trataba de un suicidio. Para lograr quitarse de en medio pudo haberse tirado desde lo más alto del mirador de Punta Negra y caer en una mala postura. O pudo meterse en el mar como tantos poetas hasta ahogarse. Que se supiese, ella no era para nada de ese estilo, pero pensaría que si los poetas lo hacían es que sería una buena manera de desaparecer.

—No puedo quitarme de la cabeza que de no haberse ido aquel día de la tienda seguiría viva. Creo que de alguna forma la abandoné a su suerte.

—Así que se suicidó —dije para ir poniendo las cosas en su sitio.

Cabeceó pensativo.

—Puede que se sintiese acorralada, que no encontrara otra salida. ¿Quién iba a querer matar a alguien que tiene los días contados por ágil que esté?

—Por supuesto —dije, sin perder de vista mi objetivo—. ¿No vio a los hombres que le revolvieron la tienda?

No dijo un no rotundo, ni siquiera un simple no. Un cliente esperaba para pagar, así que se dirigió hacia la caja con las manos metidas en los bolsillos delanteros del peto.

—La galería abre a las ocho —me dijo.

Cuando ya salía por la puerta, me di cuenta de que había perdido agilidad a la hora de sonsacar información. Volví a entrar.

—¿Uno de los hombres que preguntaron por Violeta era fuerte, no muy alto, rapado, patillas finas, con un círculo tatuado en el codo y probablemente vestido de

negro?

Se quedó pensativo.

—Creo que sí. Sí, era algo así. El otro parecía un empollón, muy normal, pelo corto y gafas.

—Gracias —dijo sinceramente—. Y ¿sabe una cosa? Usted no tiene la culpa de nada. Aunque no se hubiera ido de la tienda, Violeta ya estaba sentenciada. Estese tranquilo. ¡Nos vemos a las ocho!

Acababa de comprender que el rollo de negativos había salido de los enseres de Violeta.

Sentía curiosidad por ver qué tipo de cuadros pintaba el del supermercado. Y sobre todo me venía de maravilla para llamar a Pilar e invitarla a la exposición de un amigo, y que de esta forma me devolviera en el coche a la residencia.

—¡Tienes un amigo pintor! —exclamó entusiasmada—. Lo que no se te ocurra a ti.

La esperé en un bar-hamburguesería del Mirador de Punta Negra, de nombre La trompeta, tomándome un café con hielo. Llegó cinco minutos tarde porque había pasado por el apartamento para arreglarse. Se había puesto un vestido negro con flecos y zapatos de tacón fino plateados. Llamaba la atención.

Pensé que Pilar había exagerado su arreglo, pero la verdad es que había más gente así en la galería. Y casi me costó reconocer al pintor. Iba de traje, corbata y un afeitado extremo. Eché una ojeada a los precios de los cuadros y, de sobarme algo de dinero, habría comprado uno, no porque me gustasen, sino porque su acicalamiento denotaba un gran respeto hacia su obra y hacia quienes habíamos acudido a verla. Las telas estaban firmadas con el nombre de Raúl.

Raúl pronunció unas palabras animándonos a comprar, y a continuación se nos sirvió un vino. Pilar y yo nos acercamos a él y le felicitamos. Raúl me propinó una palmadita como a un viejo conocido, y Pilar, con la tercera copa encima, le dijo que le pusieran el cartel de vendido a una pintura con el título de *Tormenta*. Raúl se emocionó, me cogió por los hombros y me soltó enseguida como si quemaran. Seguramente le había impresionado el contacto con huesos tan picudos. Yo estaba acostumbrado a ver huesos de todas formas y tamaños: omóplatos, caderas, rodillas, mandíbulas, pómulos. En el campo pude comprobar que los huesos son los que nos hacen diferentes. El esqueleto y la voz.

—No sé su nombre, querido amigo.

—Mucho mejor —dije—, así no podrá repetirlo. En la medida de lo posible sería ideal que no me relacionaran con Violeta ni con el otro anciano que la acompañaba, ya sabes.

—Su mujer es muy guapa —dijo refiriéndose a Pilar y poniéndome otra copa de vino blanco frío en la mano— y tiene mucho gusto. ¿No se preocupa?

Esboqué una media sonrisa, o eso creí. Nunca estaba seguro de lo que hacía mi cara por su cuenta.

—Un asunto poco claro todo esto de Violeta, ¿verdad? —dijo observando los movimientos de los invitados.

Ahora fui yo quien le cogió por el hombro. Un hombro fuerte de meter y sacar cajas de la tienda.

—Olvidalo, hijo. Ella no te contó en qué estaba metida. No sabes nada, olvidalo. Créeme, será lo mejor para ti.

Mi espontáneo tuteo nos había acercado más si cabe. Me sonrió agradecido. Pilar se aproximó con su sexta o séptima copa, haciendo saltar los flecos del vestido.

—¡Son preciosos! Me llevaría alguno más.

Raúl la cogió del brazo con intención de regalarle una visita personalizada por su obra, momento que interrumpí diciéndole a Pilar que era hora de regresar para tomarme las pastillas y que los cuadros continuarían aquí unos días.

Le hizo bien la brisa y dejar de beber.

—Qué gente tan interesante conoces, ¡aguafiestas!

Condujo como una loca hasta la residencia y me dejó en la parte de atrás, por donde metían las cajas de leche, la carne y el pescado. Aparte de que me encontraba bastante cansado, me parecía una deslealtad hacia Pilar consentir que comprase otro de aquellos cuadros.

La casita de la playa

Sandra

Tenía que regresar a Dianium fuera como fuese para tratar de ver a Julián y advertirle de que le buscaban. Quería contárselo todo cara a cara, ver cómo estaba. En el fondo, a medida que pasaba el tiempo, Dianium, Alberto y Julián iban convirtiéndose en uno de esos sueños insistentes que tratan de resolver algo no resuelto en la vida real.

Salí huyendo de allí una madrugada y le dije adiós con la mano a Julián desde la ventanilla del autobús. Ni siquiera me despedí de Alberto. No llegué a decirle que me gustaba estar con él más que con cualquier otra persona del mundo y que tenía la profunda certeza de que nunca dejaría de gustarme ni un milímetro de su ser y que no soportaría morirme sin hacer el amor con él. Ahora comprendo por qué algunos asesinos necesitan volver al lugar del crimen: para no volver a soñar con ello.

No es tan fácil cortar por lo sano, aunque sea con tu peor enemigo, porque la memoria no corta, no es un cuchillo. Mi memoria continuaba tan anclada en Dianium que tenía la sensación de que yo misma había atraído Dianium hacia aquí.

Había hecho unos días de pleno calor, pero ahora había remitido y teníamos que ponernos algo por los hombros. Le dije a mi hermana que hacía el tiempo ideal para que Janín disfrutara de la playa. Así que, si no tenía inconveniente, me tomaría quince días de mis vacaciones y regresaría antes de que empezara el jaleo de las rebajas. ¿Le importaba que usáramos la casita de la playa? Para animarla, le dije que Santi vendría con el niño y conmigo y que le dijera a Richi que lo dejaría todo como lo encontrase, incluso mejor, y que me encargaría de que el jardinero lo tuviese todo precioso. Ella en contrapartida me pidió que gestionara su alquiler para el mes de agosto.

No me costó trabajo convencer a Santi para que nos acompañara a su hijo y a mí, lo que, según me temía, él interpretó como una invitación a volver a las andadas de nuestra relación. Pero no podría estar sola con Janín y al mismo tiempo buscar a Julián.

—Así que esta es la famosa casa —dijo Santi cuando bajamos del coche y abrí la cancela de entrada.

El olor del pequeño jardín casi me mareó, como si se hubiesen juntado el aroma de antes y el de ahora. La casita tenía dos pisos con persianas mallorquinas verde oscuro en las ventanas y un farol en el porche que daba una luz anaranjada por la noche. También había un conjunto de sillones de mimbre con cojines de lona, artesanía de la zona, capaces llenos de revistas y leña.

Santi respiró profundamente inundando sus pulmones de una situación con la que debía de haber soñado bastantes veces.

Le propuse que mientras él estuviera trabajando yo me ocuparía del niño y al revés.

—¿En qué tienes tú que trabajar? —preguntó Santi intrigado.

—Aprovecharé para visitar tiendas y tomar ideas —dije, molesta porque mi trabajo le pareciera poca cosa.

—Creí que estaríamos juntos, no que fuésemos a turnarnos para cuidar a Janín.

No dije nada, no le dije que mi objetivo era localizar a Julián y que después no sabía con lo que me encontraría. No le dije que no se hiciera ilusiones porque él había venido a Dianium para proteger a su hijo, aunque no lo supiese. Y no hizo falta que se lo dijera, abrió el parque para sentarlo con la mirada en otra parte.

—Conque has venido a trabajar —dijo.

Tenía ganas de discutir, de dar rienda suelta al cabreo reprimido desde hacía no sé cuánto. Me dirigió unos ojos vidriosos como si se le hubiesen encendido de golpe todas las bombillas del cerebro. Ahora me tenía en sus manos, no podía salir corriendo de la casita. Debía obligarlo a pensar en otra cosa.

—¿Por qué no deshacemos el equipaje, ordenamos todo esto y preparamos la cena?

Por fortuna le llamó Lucy, su voccecita atravesó el tímpano de Santi y llegó al mío. No soportaba estar sola, el piso sin él parecía más viejo aún, se aburría, le entraban ganas de llorar. Y Santi tuvo que pasar un rato largo convenciéndola para que no viniera.

Julían

Al día siguiente de nuestra visita a la exposición del pintor no tuve que buscar ninguna excusa para ir a ver a Pilar y preguntarle algo que no me dejó pegar ojo en toda la noche. La visita a los *bungalows* en los que había vivido Violeta y lo que me habían contado de ella el jardinero y el pintor añadía una nueva luz a la vida y muerte de mi amigo. ¿Hasta dónde quiso llegar Salva en su descubrimiento de la Hermandad? ¿Sabía algo más importante aún que haberlos descubierto a ellos mismos pegándose la gran vida en pantalón corto, sin preocupaciones, sin remordimientos, sin culpa, sintiéndose ejemplos vivientes para seres embrutecidos y simples como Martín?

Bolita me recibió ilusionado, me identificaba con correrías por la playa y quizá con su infancia. Para él yo debía de ser como un tío lejano que a veces visita a la familia repartiendo regalos.

Pilar esperó con los brazos cruzados a que yo me diera cuenta de algo novedoso con lo que ella estaba entusiasmada; esperó a que me sorprendiera, estaba contenta. Una situación difícil para mí, porque podría tratarse de un nuevo peinado o de que hubiese adelgazado, aunque podría ser que no se tratase de ella. Raquel siempre me decía que el problema de los hombres es que creemos que las mujeres son tan vanidosas como nosotros.

Y en esta ocasión también tenía razón. De pronto vi el cuadro de Raúl frente a su sillón, y respiré.

—Así puedo contemplarlo cuando quiera —dijo mirándolo embelesada.

—Perfecto. Queda perfecto.

Puede que Salva sospechara un asesinato donde nada más hubo un accidente y que realmente Violeta hubiese resbalado en el acantilado de Punta Negra y que abajo se hubiese golpeado la cabeza con una roca. Porque si la hubiesen empujado, desde luego no era para robarle. No llegué a conocer a esta mujer ni había tenido noticia de ella hasta ahora. No fui capaz de ver todo el conjunto y, sin embargo, ahora ella sobresalía como el pico de una montaña o un brillante, como un color chillón en medio de marrones y grises.

Me senté en el silloncito incómodo reservado a las visitas cortas y *Bolita* se arrastró hasta tumbarse junto a mi pierna, tan arrimado a ella que me daba demasiado calor y podía sentir su respiración. Me giré hacia el cuadro; Pilar me ofreció agua y se sentó en el borde de la mesa balanceando sus piernas rotundas y bronceadas con unos folios en la mano que indicaban que la entrevista tendría que ser breve. Calculé durante unos segundos cómo abordar el asunto de Salva sin alarmarla.

—¿Sabes? Me alivia que Salva tuviese una amiga con la que disfrutar de la vida. Es una pena que Violeta se suicidara y le dejara solo los últimos días de su vida.

Ella cabeceó desde su vida llena de energía.

—Un duro golpe para Salva —dije como reflexionando en voz alta—. No soy

capaz de imaginar cómo reaccionó al enterarse.

—No sé, no se impresionó mucho, parecía que de alguna manera se lo esperaba. Claro que yo no estaba presente cuando leyó la noticia. Salva era el primero que revisaba la prensa todas las mañanas. Le interesaba mucho estar al día, era muy culto. No me extraña que fueseis amigos.

Por lo visto, el suceso venía ilustrado con una foto de Violeta tal como la encontraron unos niños que buscaban caracolas, entre las rocas, espatarrada por la caída o por la bravura de las olas. Nada más saberlo, Salva se dirigió al despacho de Pilar con el periódico en la mano. «Ya no volveremos a ver más a Violeta por aquí», dijo pensativo.

—¿Y ahí acabó todo, con esa frase? —pregunté.

—Bueno, al poco de morir Violeta vinieron a ver a Salvador unos señores muy elegantes en un cochazo. Dijeron que eran familiares de Violeta y que deseaban hablar con sus amigos más cercanos. Se llevaron a Salvador en el coche, querían invitarle a una mariscada.

—¿No notaste nada raro?

—¿Y qué iba a haber de raro en eso?

—Haz memoria. —Le quité suavemente los folios de las manos y la conduje por el codo al otro silloncito. El borde de la mesa le había dejado una profunda línea roja en los muslos.

Por detrás del sillón le cogí sus fuertes hombros y se los oprimí un poco. No se sobresaltó, me conocía lo suficiente como para saber que no pretendía nada más que oprimirle los hombros; luego le pasé levemente la mano por la cara cerrándole los ojos.

—Por favor, no abras los ojos y observa aquella escena con detenimiento. Concéntrate, piensa solo en eso. ¿Estás viendo a Salva con los hombres elegantes?

Estas cosas fuera de lo normal le encantaban a Pilar. Consideraba que hacían su vida interesante por venir de un hombre al que ella consideraba interesante.

—Sí, lo veo —contestó con una sonrisa.

—No, no lo ves, estás distraída, crees que esto es un juego. Y puedo asegurarte que es algo muy serio. Cuando pueda aclararlo, te lo explicaré.

—Está bien —dijo frunciendo el ceño enfadada o concentrada—. Uno era muy alto y delgado. Un extranjero viejo y guapo. Llevaba pantalones grises de lana y chaqueta azul marino con un escudo en el bolsillo y debajo un jersey de cuello vuelto gris como los pantalones. Zapatos negros de cordones. El otro era bastante más bajo y moreno, podría parecer español, llevaba un traje negro y un fular de *cashmere* marrón tapándole el cuello y media chaqueta, un estilazo. Por una parte me chocó que estos dos fueran parientes de Violeta, una mujer tan ruda. Y por otra no, sobre todo por los complementos tan caros que solía lucir, como el reloj Cartier de oro blanco y zafiros que le asomaba por la manga del anorak.

Pilar estaba cayendo en la cuenta de que le habían llamado la atención más de lo

que creía y esto podría distraerla.

—Céntrate en él.

—Va entre los dos cruzando el jardín. Me da pena, es tan frágil.

—¿Te da más pena que de costumbre, es más viejo y débil que normalmente?

—Sí, me da más pena. Es por algo, como si se encogiese excesivamente entre los dos hombres.

—Bien, así que va encogido entre estos dos hacia el coche. ¿Terminan de cruzar el jardín y atraviesan el comedor hacia el vestíbulo o abren la verja que da a la calle?

—Abren la verja. La mayoría de la gente no sabe que también por ahí puede entrarse a la residencia. Ellos sí que parecían saberlo. Pensé que se lo habría dicho el propio Salvador.

—¿Y después?

—Hay un momento en que Salvador vuelve un poco la cabeza hacia mí. Lo que pasa es que él no podía girar la cabeza para mirar atrás o a los lados por la artrosis y puso de medio lado medio torso, y ahora caigo en que eso me entristeció.

—¿Porque te parecía que te pedía ayuda? ¿Que iba un poco a la fuerza hacia el coche?

—No sé —dijo Pilar abriendo los ojos—, son cosas mías. No pasó nada raro, solo que parecía que se despedía.

—Pero regresó.

—Sí. Lo trajeron de vuelta a eso de las ocho, a la hora de cenar, cuando ya iba a marcharme para casa. Y lo encontré como siempre, incluso me dijo una de sus frases: «¿Qué sería de esta fortaleza sin su reina?». No tengo la sensación de haber visto nada especial. No me crees dudas.

—Pero a los dos días murió —dije.

Pilar cabeceó.

—No pudo hacerse nada. Puedes estar seguro de eso, tienes mi palabra. Se echó la siesta y ya no bajó a cenar. Llamaron a su cuarto y al no oír ningún ruido se temieron lo peor. Lo sentí mucho. A veces, como comprenderás, debo mantener la cabeza fría.

Iba a decirle que, por lo que pudiera pasar, había hecho mal involucrándose emocionalmente conmigo más de lo conveniente, pero me contuve. Era absurdo tratar de proteger los sentimientos de una persona que tenía juventud, salud, trabajo y tardes de salsa.

—¿No se os ocurrió hacerle la autopsia?

Me miró con los ojos muy abiertos. Los llevaba siempre muy pintados.

—Julián, Salvador vivía con un pie en el otro mundo. A veces me asombraba verle aparecer para desayunar.

Pilar no tenía ni idea de lo que es tener un pie en el otro mundo, saber con toda certeza que tu vida puede acabar en cualquier momento porque a alguien le dé la gana. Cuando se es viejo se tiene esperanza, incluso cuando se está muy enfermo se

tiene esperanza.

Le pedí a Pilar que le preguntara a Geralda si conocía a una alemana llamada Violeta, y también a Elfe cuando la pillara sobria, pero que no me mencionara a mí por nada del mundo. Confiaba en su absoluta discreción. Como explicación a su curiosidad, podría decir que una vez Violeta solicitó plaza en la residencia y que no volvió a saber de ella.

—¿Y a ti por qué te interesa tanto esa tal Violeta?

—Porque creo que la asesinaron y después tiraron su cuerpo al mar.

—Y quieres escribir una novela policiaca —exclamó Pilar sonriendo—. Venga, Julián, me parece que te imaginas cosas, que has visto muchas películas.

Sonreí. Sonreí por muchas cosas, aunque no me hicieran gracia.

—Si lo supieran, si supieran mis intenciones, nadie contaría nada sobre Violeta.

No podía decirse que le mintiera a Pilar, solo dejaba que ella le diera una justificación más razonable a todo.

Por la descripción de Pilar, los que vinieron a buscar a Salva fueron Fredrik Christensen y otro más de la Hermandad. ¿Se sorprendería mi amigo al verles aparecer? Si lo hizo, no se le notaría. En Mauthausen decidió no darle al enemigo más de lo que le arrebatara a la fuerza, ni un sentimiento, ni una emoción, ni una lágrima, ni una sonrisa. Podrían apoderarse de su cuerpo, pero no de su corazón. Éramos contadas las personas que le habíamos visto fruncir el ceño enfadado o con un gesto de placidez en la cara. A Raquel y a mí siempre nos preocupaba su inexpresividad. Era imposible calibrar la angustia por la que pudiera estar pasando en algún momento. No permitía que se derramara a su alrededor, la contenía, la controlaba, la escondía tras sus modales de escritor refinado. Este era el oficio que elegía con más frecuencia para ir por el mundo, lo que en cierto modo era verdad. De no haber tenido una gran misión que cumplir habría acabado publicando libros y dando conferencias. Se recreaba en cualquier cosa que escribía como si las generaciones futuras ya estuvieran esperando leerlo. Nuestra organización le asignó una cantidad de la que una mínima parte era para su subsistencia, el resto lo empleaba en sus pesquisas o lo devolvía. Decía que para vivir disfrutando de libertad basta con poco y que solamente gasta mucho la gente sin imaginación, por puro aburrimiento.

En cambio yo no podía devolver nada, sobre todo cuando nació Esther. Al poco tiempo supuso un alivio que Raquel encontrara aquel trabajo de secretaria, que nos permitió ahorrar y comprar un piso. No sé por qué recordaba ahora el día en que nació nuestra hija y Salva se presentó en el hospital con un caballo balancín que ocupaba la mitad de la habitación. Los más optimistas dicen que el tiempo es el ahora; pues yo les digo que mi tiempo también es Raquel y Salva, y que ya no están en el ahora.

La Hermandad debió de sentirse vigilada por Salva. Lo verían merodeando por

Villa Sol, por el Nordic Club, por la mansión de Otto y Alice, se enterarían de que se interesaba por sus datos en los diferentes registros administrativos y se preguntarían quién era aquel individuo. Algo así podría haber ocurrido si no fuese porque Salva era extraordinariamente cuidadoso. Lo más probable es que lo localizaran a través de su relación con Violeta. Violeta era uno de ellos, y todo lo que rozara a la Hermandad no escapaba a su control. Pero al llegar a este punto me atascaba. ¿Mataron a Violeta porque era amiga de un cazanazis? No parecía posible que Violeta lo supiera. Violeta era nazi de pura cepa, pata negra. Y por las conclusiones que estaba sacando suponía un apoyo logístico del grupo en Dianium desde hacía muchos años. Le había buscado refugio a Otto en el castillo cuando salió por piernas de Alemania, le llevaba allí la comida y además estaba enamorada de él. Después se dedicaba a acomodar a los filonazis que venían al santuario de Dianium, donde aparte del calor del sol también encontraban el calor de los suyos. Aquí también me atascaba: ¿por qué a Salva le interesaba tanto estar en buena armonía con Violeta hasta el punto de ponerse en el punto de mira? Me dolía la cabeza. Empezaba a ver emparejadas las muertes de Violeta y de Salva.

Fuera lo que fuese lo que unía a Violeta y Salva, la visita a la residencia de Fredrik y el otro es la que le hizo a mi amigo temerse lo peor y escribirme aquella carta de despedida junto con la foto de Fredrik y Karin Christensen tomada en una fiesta de cumpleaños: la simple punta del iceberg de la trama que ahora debía desentrañar.

Sandra

Sobre la una de la madrugada me levanté para llamar a Esther a Buenos Aires. Salí con sigilo al jardín y la luz del móvil abrió un surco en la buganvilla. Algunas hojas rojas se movían como pequeñas lenguas de fuego. «¿Quién es?», dijo la voz ya familiar de Esther. Me puse la mano en la boca para amortiguar la voz. «No te oigo apenas», gritó. Me metí todo lo que pude entre la hiedra y las adelfas que nos separaban del vecino de al lado y me agaché en un inútil acto reflejo de esconder la voz. Aquí abajo olía a tierra mojada y podían oírse arrastrándose los gusanos y las hormigas.

—No puedo hablar alto. Dile a tu padre que le espero mañana, hora española, a las cinco en el Faro.

Tuve que repetírselo otra vez tratando de que mi voz no retumbara en medio de la noche.

—El problema —dijo— es que no puedo llamarle ahora. Estará durmiendo, y cuando se levante estaré durmiendo yo.

—¡No duermas! —le ordené sin poder reprimirme—. Es importante, yo tampoco duermo.

Me colgó mientras decía algo. Puede que recordándome que ella al día siguiente tenía que enfrentarse a unas cuantas clases con niños y debía estar despejada. Puede que lamentándose de una guerra que no terminaba nunca. La amargura del recuerdo no tenía fin.

Cuando salí de mi escondrijo, vi la luz encendida del cuarto de Santi. Brillaba entre las hojas abiertas de la ventana. Probablemente me habría oído y si había algún vecino fumándose un pitillo a la luz de la luna, también.

Así que al día siguiente, cuando a las cuatro dije que iba a darme una vuelta en la moto, Santi no se sorprendió. «Ten cuidado con las curvas», dijo en ese tono medio en broma, medio celoso que en otro momento me habría cargado, pero que ahora era irrelevante, palabras sin importancia. Era mejor que Santi no saliera del mundo normal, de las sospechas normales, de las ideas sencillas. Uno de los dos debía transmitirle a Janín la sensación de que las cosas eran fáciles. Mencionó lo de las curvas porque sabía que iba al Faro a reunirme con alguien.

—Prepárale una papilla de frutas —dije mientras le quitaba la cadena a la moto y la ponía en marcha.

El inquilino loco, que se había quedado aquí después de que yo huyera a Madrid el año pasado, no la había estropeado. Iba mejor que nunca camino del Faro. Y de pronto me vino a la mente la idea de que quizá Martín le hubiese sacado al inquilino las señas de mi hermana en Madrid, y así pudo dar conmigo. Era muy probable.

Cuántas veces hice este trayecto al encuentro de Julián con el corazón en un puño. En el fondo añoraba a la Sandra que había pisado esta carretera por primera vez, que se había citado con Julián por primera vez, que había descubierto el engaño por

primera vez y la alianza de dos seres desconocidos por primera vez. Me recordaba en la «casita de las flores», como la llamaba Julián, la primera vez que se dirigió a mí, y me recordaba probando el peligro ingenuamente como cuando se muerde una fruta rara sin saber si es o no venenosa. Ahora todo lo conocido parecía más real. También el miedo.

Los mismos árboles descendiendo por las mismas montañas, el mismo manto verde abismal. Es tan misteriosa la unión del pasado y el presente... ¿Y si Julián no estaba? ¿Y si Esther no había podido comunicarse con él? La última curva se abrió en una línea recta, el final estaba cerca. El corazón me latía a toda velocidad. Estaba volviendo a mi ayer. Y, mientras para los demás habían transcurrido apenas unos meses, para mí habían pasado siglos.

Julían

Estuve agitado toda la mañana y comí más de lo que me apetecía para conservar las fuerzas. La cabeza ya no me daba para tanto. Ahora trataba de pensar solo en el encuentro con Sandra en el Faro a las cinco, en qué ropa me pondría para que no me encontrara completamente decrepito y no darle pena. Y tampoco podía perder de vista al Carnicero, que ahora mismo estaba hablando en el jardín, en el tono de voz más bajo que podía, con el cachorro Martín y una mujer nueva en estos lares, despeinada, como si acabase de arengar a las masas en un día de viento, y cara de malas pulgas. Lo miraban y escuchaban con reverencia, agachados de cuclillas para continuar a su altura. La mujer no aguantó mucho, se puso en pie y echó una ojeada inquisitiva que me abarcó a mí también. Por un instante temí que me reconociera, lo que era improbable, solo captó un conjunto de viejos borrosos. Todos nos parecíamos un poco llegados a cierta edad, sobre todo los que éramos flacos y llevábamos grandes gafas de sol.

Permanecí inmóvil hasta que sus airados ojos se apartaron de mí. Volvió a agacharse. El sillón de mimbre blanco y ellos tres estaban bajo un almendro que los envolvía en un ambiente romántico, dejando claro una vez más que el universo no distingue el bien del mal. Hacía media hora que acabábamos de comer y el Carnicero en un momento u otro tendría que ir a echarse la siesta. Tal como me imaginaba, a los diez minutos Martín y la mujer lo ayudaron a levantarse y se dirigieron con él a su cuarto.

Yo le pedí a Pilar que me prestara el coche durante dos o tres horas. Me miró con recelo y me dijo que estaría dispuesta a acercarme donde quisiera, pero por mi seriedad enseguida comprendió que podría estar bajándome la autoestima y decidió arriesgarse a que le diera algún golpe a su BMW. Me tendió las llaves mirándome directamente a los ojos. «Voy a dar una vuelta y a comprar unos libros», le dije para tranquilizarla.

Desde que Sandra se marchó nunca había regresado al Faro, guiado quizá por un irracional instinto de supervivencia. A veces, dando una vuelta en coche con Pilar, me había tentado la idea, pero enseguida pasábamos de largo y lo veía alejarse de nosotros alzándose sobre el mar, y sobre las mesas y sillas de la terraza clavadas en la grava. Aunque para mí las cosas no habían cambiado tanto, en realidad todo había cambiado. Y ahora Sandra y yo regresábamos al Faro. Pero yo no estaba dispuesto a contárselo todo, ni a decirle dónde vivía. Quería protegerla.

Aparqué junto al restaurante. Por fortuna no estaba al completo, y dudé dónde sentarme, si entre las palmeras salvajes o dentro, en la cafetería. Faltaban quince minutos y si Sandra se retrasaba, tendría que esperar media hora como mínimo. Me decidí pues por la cafetería; con suerte, me haría con una mesa junto a la ventana desde donde controlar su llegada.

Me apenó no ver a nuestra camarera, la rubia desconfiada que siempre nos

atendía, pero por otro lado era mejor. Cuanta menos gente nos reconociera menos riesgos. Pedí una manzanilla, la cerveza la reservaba para bebérmela con Sandra, y me quedé mirando la arena pedregosa de la explanada, el aluminio de las mesas y las sillas brillando bajo el sol, el cielo azul, las palmeras. ¿Por qué querría verme Sandra con esa urgencia? Creía que era yo quien tenía que buscarla para advertirle que se anduviese con ojo porque la Hermandad se había convertido en un animal herido muy peligroso. La camarera de ahora era muy joven, casi una niña, y no podía imaginarse que algún día sería como yo. Cuando me trajo la infusión le dije que hacía una tarde maravillosa. Quería decirle que los minutos son maravillosos y que los aprovechara, pero nunca me habría entendido. Apoyé la cara en la mano esperando que se enfriara la manzanilla y dejé de pensar. Creo que me quedé dormido.

Noté que me sacudían el hombro. Abrí los ojos poco a poco.

—Perdóname. No he podido salir antes de casa.

—¿Sandra?

Era pleno día, pero agucé la vista como si estuviésemos en penumbra, me costaba reconocerla.

—La misma —murmuró por fin su voz arenosa.

Me recompuse y traté de levantarme.

—No te preocupes —dijo, sentándose frente a mí.

Me había perdido su llegada y ahora ya estaba aquí.

Sandra

Creo que durante la aventura de Dianium, como yo la llamaba, estaba tan distraída con los descubrimientos, los sobresaltos, el peligro y el miedo que no reparé debidamente en Julián. Se notaba que en su juventud había sido guapo. Aún conservaba unos pómulos alargados y rasgos muy agradables bajo las arrugas requemadas por el sol. En sus buenos tiempos mediría uno setenta y cinco, y ahora todavía era algo más alto que yo. Daba la impresión de que no envejecería más. Nunca debió de ser corpulento, no era de huesos grandes. Podía adivinarse que tuvo unas pronunciadas entradas en la frente y pelo oscuro, piel bastante clara. Ahora sobre el cráneo, tostado como la cara, se le formaba una leve aureola blanca. No sabía cómo reaccionaría al verle, por lo que me alivió bastante que al entrar en el local tuviera los ojos cerrados y la mejilla apoyada en la mano. Estaría pensando, durmiendo o descansando de este viaje al pasado, y así pude llegar poco a poco hasta él. En lugar de su querido sombrero, había una gorra Nike a un lado de la mesa. Le puse la mano suavemente en el hombro para no asustarle y sentí el calor que atravesaba la camisa y la chaqueta. Él empezó a abrir los ojos como si le cegara el sol y tardó unos interminables segundos en reconocermé.

—Te has quitado los *piercings* —dijo sonriente, entendiendo por sonriente no estar completamente serio.

Reí realmente contenta de que Julián continuara siendo el mismo.

—Desde que te quitaste el mechón rojo estás cambiada, y ahora además más formal.

—Como dice mi hermana, el catálogo de nuestra tienda está dirigido a mujeres que quieren parecerse a sus madres, y yo tengo que dar ejemplo.

Amplió un poco más lo que podríamos llamar su sonrisa y retiró con la mano la infusión que tenía delante para pedir dos cervezas bien frías, lo que significaba que se alegraba de verme y que había reservado su dosis de alcohol para este momento.

Le conté, dando por hecho que a Julián le interesaba y que a él no le habría ocurrido nada importante desde mi huida, cómo había montado una tienda de complementos y bisutería y que incluso me había metido en una hipoteca para un piso. Después saqué la nota de Martín.

—¿Recuerdas a Martín, uno de los matones de Fred y Karin? Localizó la guardería de mi hijo y dejó esta nota en su bolsa. Estoy segura de que fue él. He venido a avisarte de que te buscan. Quieren saber dónde te escondes.

Julián le daba vueltas a la nota intentando captar toda su esencia. Luego me miró tratando de abrir los ojos todo lo que podía; los tenía un poco grises, como los niños de leche.

—¿Tu hijo está bien?

Cabeceé e hice todos los gestos posibles para asegurarle que el niño se encontraba en perfecto estado y que no creía que Martín tuviese ningún interés en él.

—Al principio pensé que lo había mandado Alberto para buscarme, pero parece ser que quieren acabar contigo.

—Y contigo... ¿Por qué no?

—Porque ya podrían haberlo hecho. Podrían haberme pegado un tiro o unas cuantas puñaladas mientras cruzaba el parque. Porque no sé tanto como tú, porque no tengo tanto rencor como tú y porque me interesa más mi hijo que ellos.

—Demasiado simple, no lo veo claro —dijo pidiendo otras dos cervezas.

—Seguro que Alberto está pensando cómo sacarte de esto. Es muy astuto. —Estuvo a punto de interrumpirme, pero de pronto cerró la boca, quizá se le olvidó lo que iba a decir—. Y conoce muy bien al tarado de Martín.

—Hay más como Martín. Ten por seguro que Alberto no va a poder ayudarte esta vez.

—¿Dónde está? —pregunté con demasiada fuerza, con vehemencia, con el cuerpo echado hacia delante. De haber podido le habría sacado la respuesta de su garganta con los dedos.

—Necesito más tiempo para terminar lo que debo hacer —dijo desviándose del tema de mi pobre romance, al que parecía no darle importancia—, y ellos no van a dejarte en paz hasta que no me quiten de en medio. Y después sabe Dios lo que pensarán hacer contigo.

—¿Por qué quieren encontrarte?

—Podría pensar que por pura venganza. Cuando te fuiste los denuncié a mi organización con todas las pruebas que había reunido, lo que les obligó a huir, y aunque se escondan ya no podrán vivir tan alegremente como antes. Dianium ha sido su último paraíso. Debido a mi edad y al estado de mi corazón no creo que se tomen tantas molestias conmigo. Por mucho que me maten no podrán usar mi pellejo, ni mis dientes, ni mi grasa. Querrán invertir sus energías y su dinero en algo más productivo. Imagino que la razón de su interés en mí es que creen que sé ciertas cosas —dijo muy pensativo—, y yo debo descubrir qué cosas son esas, salvo que tú te sientas en peligro. En tal caso, debería entregarme y se acabó lo que se daba.

Antes de marcharnos le propuse dar un paseo entre las palmeras y sentarnos un rato en nuestro banco. Era una manera de que le diera el aire y se despejase antes de meterse en el coche. Llevaba un pantalón beige, una camisa ligera con manga larga, la chaqueta que se quitó al salir al calor y la gorra.

—¿Sabes? —dije— hace unos meses vine con toda mi familia a pasar unos días en la casita de la playa. Estaba deseando traer aquí a mi hijo, verlo lleno de vida en un lugar donde pudimos morir los dos, pero donde no tuve más remedio que dejar de mirarme el ombligo. Sin embargo, ya nada era igual. Di por hecho que todo esto había terminado y que tú habrías regresado a Buenos Aires con tu hija. Hasta que ha vuelto a aparecer Martín en mi vida.

Nos encontrábamos solos en el banco y me sorprendió que nadie hubiese movido las piedras que un día convertimos en nuestro buzón particular o que no las hubiese

hundido la lluvia. Julián comenzaba a impacientarse cruzando y descruzando las piernas. Moví una de las piedras con el pie.

—Cuando vine con mi familia recogí la caja lacada que me dejaste. Gracias, es muy bonita.

Saqué el saquito de arena y lo limpié.

—Lo dejé por si acaso regresabas algún día.

—¿Pensabas que ya no lo necesitabas?

—Creí que fuera de aquí no me serviría de mucho —reconocí.

—Y en cambio aquí estamos otra vez —dijo levantándose. Tenía prisa. Dijo que tenía que comprar algo antes de devolver el coche. Iba a decirle que tuviese cuidado, pero me pareció estúpido por mi parte. Sobraba. Me guardé el saquito en el bolsillo del pantalón y me marché sin mirar atrás, no quería ser testigo de cómo sacaba el coche del atolladero de otros coches.

Cuando llegué a casa me acordé de la primera vez que vi a Julián ante esta misma puerta. Ahora estaba Santi, llevando a Janín sujeto por las manos para que anduviese sin caerse. Le había puesto después de la siesta el conjunto de peto vaquero con una camiseta de ardillas. Me abalancé sobre él para besarle.

—Hueles a alcohol —dijo Santi.

—Solo me he tomado dos cervezas.

Me sentía incómoda. Éramos una pareja sin serlo. Lo habríamos sido si no estuviésemos en partes opuestas del mundo.

Julían

¿Por qué le dije a Sandra que lo pararía todo si ella estuviera en peligro? ¿Por qué le mentí? Nada en el mundo me detendría. Ya no había nada en el camino que me frenara. Primero me detuvieron Raquel y su deseo de vivir una vida nueva. Más tarde fue el nacimiento de Esther, nuestra voluntad de que creciera sin sentir lástima ni odio. Después mi corazón débil y los años. Creo sinceramente que a veces no me entregué por completo y sin reservas a mi trabajo de perseguir y cazar nazis huidos. Me distraía en cuanto Esther tenía fiebre o a Raquel no le iba bien en su trabajo. Pero había llegado el momento, mi hija era mayor y ya nada me perturbaba.

Las cervezas se me habían subido un poco a la cabeza hasta el punto de sentirme bien en medio del mal. Que la Hermandad me buscara a mí no tenía importancia, el problema era que utilizaran a Sandra y a su hijo para encontrarme. Antes de marcharme, le recomendé que cualquier cosa que debiera decirme se la comunicara a Esther. A ella no podían hacerle nada, porque ni siquiera sospechaban que me tenían ante sus narices en Tres Olivos. Pensar así habría sido demasiado obvio y sencillo para unos seres fundamentalmente retorcidos, les gustaba lo rocambolesco, lo espectacular, lo dantesco. Cuanto más simple era todo, menos entraba en sus cábalas. Darían por hecho que hui con Sandra a Madrid. También podía utilizar en caso desesperado nuestro buzón debajo de las piedras.

Y de alguna manera me sentía ruin con Sandra, cobarde por no decirle la verdad: que Alberto había muerto. Pero decírselo era casi como matarlo con mis palabras, pensaba mientras observaba con gran pena cómo le quitaba la cadena a la moto. Su amor era imposible. Ojalá lo descubriera ella sola y ojalá no sufriera. El sufrimiento no deja pensar.

El asiento del BMW era tan cómodo y estaba tan caliente que me entró un poco de sueño. Aunque no era momento de tonterías. Ahora tenía que comprar algo en alguna parte para dar consistencia a mi salida de la residencia, lo que no dejaba de ser absurdo porque Pilar comprendía perfectamente que quisiera darme un garbeo solo, sentirme libre y dueño de mí y de mis facultades. Por eso no le gustaba un pelo que el personal de la residencia me tratara como a un niño. Sin embargo, en los últimos días el ambiente estaba tan cargado con la gentuza que visitaba al Carnicero y seguramente también por la presencia de Sandra en Dianium que tenía miedo de cometer algún descuido. Se había acabado el lujo de pensar solo en mí. Desde este momento entraba en juego Sandra, así que debía acostumbrarme a no dejar nada a la improvisación. Era consciente de que en la gente de mi edad los despistes son continuos. Se nos puede olvidar apagar el gas o quitarnos unos calzoncillos para ponernos otros y se supone que no nos damos cuenta de lo que nos pasa, por eso tenía que desconfiar de mi confianza en mí mismo. Aunque debo reconocer que he tenido muy pocos despistes en todos estos años, quizá por la costumbre de saber que de eso dependía mi vida.

Puse la radio para espabilarme, pero sonaba una bella y relajante melodía de Leonard Cohen y tuve que apagarla. No quise distraerme buscando otra música más marchosa mientras cogía las curvas de vuelta. Doblé hacia el centro comercial, por el que no había vuelto desde el revelado del carrete. Me pareció más enorme que antes y los carros de la compra más nuevos y relucientes; los clientes, después de descargarlos en los maleteros, los dejaban sueltos como animales abandonados a su suerte. Me quedé sin saber qué hacer cuando vi que uno venía hacia mí de medio lado. No me daba tiempo a esquivarlo, en ese instante cualquier maniobra podría haber empeorado las cosas porque estos carros son imprevisibles. Cerré los ojos con las manos en el volante y sentí que me pasaba rozando por la izquierda. ¿Qué le diría a Pilar?

No fue mucho, un raspón en la puerta. El carro siguió su camino desbocado hasta que lo atrapó un empleado. ¿Para qué protestar?, ya no había nada que hacer, ¿para qué malgastar energías en lo que ya no tiene remedio?, hay que usarlas en buscar soluciones. Raquel no estaba de acuerdo, decía que las energías no hay que reservarlas. A ella le encantaba perder el tiempo hablando con cualquiera y discutiendo por cualquier cosa. Creo que quería decirme que el tiempo lo perdemos de verdad cuando nos morimos. El *parking* estaba hasta arriba y aparqué con exquisito cuidado tratando de no hacer otro arañazo.

Me fui derecho a la sección de ferretería y busqué la zona de los *sprays* de pintura. El BMW era metalizado gris claro, pero ¿cómo recordar exactamente el tono?, parece muy fácil cuando solo ves uno, no cuando tienes ante ti al menos cinco y quizá ninguno es igual al del coche. Deseché los más oscuros y compré tres.

No quedó mal, era una milésima más claro, pero si no te fijabas bien podría pasar. Todo dependía de la agudeza de Pilar, que me temía buena puesto que ella supervisaba las medicaciones de los que ya no estaban en condiciones digamos óptimas. Dirigía bien la residencia, todo estaba más o menos en orden, lo que a efectos de mis arreglos de chapa resultaba preocupante. Ya no me daba tiempo de comprar nada más, en treinta minutos sería la hora de cenar y no quería que Pilar se preocupara y que salieran a buscarme. Tiré los *sprays* a una papelería maldiciéndome por el gasto y puse rumbo a Tres Olivos.

Entré por la puerta justo cuando servían el primer plato. Pilar aguardaba en la recepción y casi no me miró. Seguramente llegaría tarde a algún sitio por mi culpa. La ocasión ideal para haber tenido un regalo a mano.

—Te compensaré —le prometí.

Levantó la vista y se me quedó mirando, buscó una bolsa colgando de mi mano.

—¿No ibas a comprar libros? —dijo—. Tienes la cara roja.

Maldita brisa marina.

—He aparcado en el puerto. Quería pensar.

—¿En qué?

Iba a decir en ti, pero me pareció feo, tosco, desleal.

—En la vida. Cuando tengas mi edad lo comprenderás.

—Ya están cenando —dijo.

Antes del postre oí arrancar el BMW. Ya había anochecido y empezaban a arreglar algunas mesas para jugar a las cartas. El Carnicero se marchó a su cuarto nada más terminar, ayudado por Frida y seguido por un chico con pinta de empollón (la misma expresión que usó Raúl el pintor al referirse a quienes le preguntaron por Violeta), al que llamaban Sancho, como el rey de Castilla, y que se acercaba por aquí con mucha frecuencia. Su aspecto era más corriente que el de Martín: moreno, delgado, pelo corto, gafas, ni alto ni bajo, estatura normal. Solía llevar vaqueros, una camisa remangada, preferiblemente de cuadros, y a veces una bolsa de lona con papeles y libros, nadie en quien uno se fije al principio. Tendría unos treinta y cinco años, y una mirada muy atenta, brillantada por los cristales de las gafas. No observaba alrededor, no escudriñaba, simplemente su atención se quedaba fija en su ídolo o en el balanceo de una rama o en el vaso de la mesa, como si sus pensamientos necesitaran un soporte.

Empezaba a preguntarme si no estarían tratando de formar una sociedad secreta alternativa a la Hermandad, muy dañada por mis denuncias de hacía un año. En cualquier caso, yo debería andarme con ojo cuando me colase en el cuarto del Carnicero.

Geralda, con aire entre amistoso e intrigado, vino a sentarse conmigo.

—¿Dónde has estado? —dijo dándoles vueltas a las perlas del collar.

Era una pregunta demasiado directa y no le contesté. No me gustaba que me interrogaran. Me recordaba a los malos tiempos, cuando cualquiera podía preguntarme y si la respuesta no le convencía darme un par de guantazos, un puñetazo, patearme. Mi propia organización también me interrogó sobre los nombres que había oído y sobre los oficiales que había conocido en el campo de concentración. Y lo peor de que te pregunten es que por la boca no salen las cosas como fueron, porque nada es exactamente como fue y sientes una gran insatisfacción, como si se exagerase o no se le diera la suficiente importancia. No es fácil hablar de la muerte cuando se sigue viviendo, sintiendo cómo la vida va cambiando a tu alrededor. El cuerpo no está hecho de palabras, todo hay que traducirlo.

—Te hemos echado de menos —dijo con esa manera tan agradable de hablar que me hacía pensar que se había enamorado de mí y, también, que si yo pudiera olvidarme de Raquel y de mi atormentada alma podría enamorarme de ella.

—¿Ah sí? ¿Quiénes? —dije algo bruscamente, porque quería irme a la cama y tratar de trazar un plan.

Pero me dormí enseguida, solo me dio tiempo de pensar que las historias y los problemas nunca acaban por sí mismos, hay que terminarlos.

Sandra

Janín, con los brazos en alto, sujeto por las manos de su padre, vino hacia mí lleno de alegría. Estaban esperándome para salir a tomar algo por la calle Principal. Por supuesto, Santi no se creyó que solamente hubiera ido a dar una vuelta. Estaba seguro de que me veía con alguien. La verdad es que nunca llegué a contarle al detalle lo que me había ocurrido en este lado del mundo, y no tuve que hablarle de Alberto para que intuyese que existía alguien. Y he de reconocer que el hecho de que él lo creyera y le inspirase intranquilidad y celos me daba fuerza y esperanza de que lo vería. Pero ¿cómo encontrarle? ¿Cómo podría dar con él? La antigua Hermandad estaba desarticulada y Julián no parecía saber nada de su paradero. Lo cierto es que cuando vivía aquí qué poco me fijé en ciertas cosas. Estaba tan atolondrada primero y asustada después que solo tenían importancia los lugares que me hacían sentir bien o mal, lugares a través de los que podía salvarme o morir: el Faro, Villa Sol, la casita de las flores, el hotel Costa Azul..., total, una isla en medio del mundo. El resto de sitios importantes para la gente normal no contaban, ni siquiera los veía. Así que nunca antes había reparado en lo que vi esa tarde cuando salimos a dar una vuelta por la calle Principal.

Se trataba de un bulevar con árboles en medio, en el que proliferaban zapaterías, heladerías, bancos, un cine reconvertido en tienda de ropa, restaurantes, marisquerías. Santi dijo que al fondo, en la zona menos turística, posiblemente encontraríamos alguna terracita agradable donde tomarnos una buena *pizza*. Me parecía bien, me dejaba llevar mientras pensaba en quiénes serían ahora los nuevos jefes de la Hermandad y si debería ser discreta o dejarme ver para que Alberto se enterase de que estaba aquí y viniera a mí. A veces pensaba que tendría que poner a Santi sobre aviso, tendría que decirle que en mi otra vida en Dianium me secuestraron, que tuve la sensación de que querían apoderarse de nuestro hijo y que me enamoré. Tendría que decirle que se anduviese con cien ojos porque quizá no estábamos seguros. Tendría que hablarle de Julián y explicarle pormenorizadamente todo lo que había hecho por mí. Aunque ¿por dónde empezar? Era mucho que contar y prevenir, y, sobre todo, conociéndole, me miraría con incredulidad, me preguntaría si no estaba exagerando, pensaría que en el fondo de esta pesadilla estaba esa persona que me obsesionaba.

Y así era, no andaba desencaminado, en el fondo de todo estaba Alberto, que no conocía mi auténtica vida, ni cómo era yo fuera del peligro y de Dianium. En cambio, Santi pertenecía al mundo de afuera, no a este. Y contagiada seguramente por la excesiva realidad del Santi del aquí y el ahora, me fijé en aquella tienda encajonada entre el portal de un edificio semimoderno y seminuevo —destinado a gente a la que no le importan lo más mínimo las vistas al mar— y un bar de tapas, que a Santi le dio buena impresión porque los parroquianos eran del pueblo y no turistas.

Permanecí clavada unos segundos en la puerta de la tienda contemplando

lavadoras y placas de vitrocerámica. Sobre la puerta ponía Electrodomésticos Soimens. Pertenecía a la misma cadena que la tienda de Madrid donde entró Martín. La colocación de los artículos en los dos locales a primera vista era igual. Ante el escaparate había una pareja de jubilados extranjeros en pantalón corto, de unos sesenta años, observando una tetera como si fuera un tesoro. A lo lejos se oía gritar a las gaviotas.

—¿Quieres que entremos? —preguntó Santi.

—No, esta zona no me gusta demasiado; además, preferiría regresar a casa, Janín está cansado.

Deseaba alejarme de allí lo más rápido posible. Santi hizo el gesto de no entender nada, aunque se resignó. Empezamos la marcha por una calle lateral en la que no cabíamos con la silla por la acera, pero no quería pasear por lugares que no me daban buen pálpito. Nos tomamos unas cervezas en el jardín de la casita sin hablar apenas. Santi iba atontándose poco a poco, pegándole profundas caladas a un porro, y yo no paraba de darle vueltas al descubrimiento de la tienda. Posiblemente ya existía cuando Villa Sol estaba en activo. Quizá la licuadora donde le hacía los zumos a Karin procedía de allí. Y lo más llamativo era que ella, a quien le encantaba ir de compras, nunca me hubiese pedido que la llevara a esa tienda.

Mientras le daba la cena a Janín, un huevo escalfado con puré de verduras, y él lloraba, yo trataba de consolarle pasándole la mano por la espalda y con la otra buscaba en internet la dichosa tienda. Había sido fundada en 1960 con capital alemán y español y había contribuido a modernizar los hogares españoles y a liberar a las mujeres de la tiranía de las labores domésticas. Pero si la implantación de la cadena era tan antigua, ¿por qué no me sonaba? Había sufrido periodos bajos, e incluso durante los ochenta y noventa apenas permanecieron abiertas unas cuantas sucursales; en cambio en los últimos tiempos había experimentado un notable crecimiento y confiaban en que en una década se extendiera por medio mundo y fuera líder en el sector. Janín había dejado de llorar y ni me había dado cuenta. Ahora tenía los ojos medio cerrados. Le pasé el dedo por las encías con cuidado, le estaba saliendo un diente. Rezongó. Las pestañas brillaban llenas de lágrimas. Sentí mucho que en esta vida Janín no fuera a ser siempre completamente feliz.

Santi se quedó mirando embobado la luna un buen rato y yo me fui a la cama. Janín y yo dormíamos en el mismo cuarto, en las camas de mis sobrinos, Santi en la de matrimonio, donde mi hermana habría exhibido todos los posibles conjuntos de ropa interior con transparencias. No me dormí del todo hasta que escuché cerrarse la puerta de la calle con cerrojo.

Julían

Yo no estaba en la residencia para conservar mi vejez. Mi vejez me importaba una mierda, como diría la Sandra de antes, la que pretendía llamar al pan pan y al vino vino todo el tiempo. No tenía ningún interés en contemplarme viviéndola, estaba aquí para hacerles pagar al Carnicero y a la Hermandad su crueldad en la medida de mis fuerzas y para honrar el legado de mi amigo Salva. Y por eso aquella noche sentí que mi mundo se venía abajo, que lo que me sostenía en pie se tambaleaba.

Serían las dos de la madrugada, la hora del sueño más profundo, cuando me sobresaltaron el parpadeo, entre los olivos y las palmeras, de chillonas luces rojas y amarillas y el estrambótico ruido de una sirena que se cortó de golpe. *Bolita*, desde algún rincón de la residencia, empezó a ladrar y también se calló, a disgusto, con un pequeño gruñido final, como si alguien hubiese ordenado silencio general. Todo lo que ocurre cuando no tiene que ocurrir encierra algo de anormal, desasosegante, trágico en suma, incluso aunque sea bueno. Me puse la chaqueta encima del pijama y bajé al vestíbulo, y como yo otros curiosos a quienes no habían dopado para dormir.

Dos enfermeros nos ordenaron regresar a nuestros cuartos mientras destellos de luz coloreaban las plantas. Hicimos el amago de volver sobre nuestros pasos, pero, en cuanto se dieron la vuelta, James el Carpintero y yo nos escurrimos hacia afuera y nos apostamos tras una palmera de tronco robusto. Hacía tiempo que no nos molestábamos en tratar de convencer de nada a los de bata blanca. Era tiempo perdido, energía tirada a la basura. No había que pedir permiso, había que actuar. Desde allí asistimos en primera fila al gran esfuerzo que tenían que hacer unos enfermeros de verdad para meter en la ambulancia una camilla con el enorme cuerpo del Carnicero encima. Había pillado una neumonía y, debido a su avanzada edad, Pilar debía de estar ya pensando a quién le adjudicaría su cuarto.

Sancho llegó enseguida. Un foco desde alguna parte de Tres Olivos lo alumbró y lo agigantó entre las sombras del grupo allí reunido. Acababa de darme cuenta de que era el cabecilla de la nueva Hermandad.

Había observado que mientras sus colegas le hacían carantoñas al viejo o hablaban sin parar, él pensaba. No hacía esfuerzos físicos como ayudar a la mole a levantarse del sillón o conducirlo trabajosamente a su cuarto. Se limitaba a estar a su lado y en algún momento se le acercaba al oído para susurrarle algo no muy largo, y en ese momento, con frecuencia, el Carnicero le pasaba la mano por el pelo como a un cachorro querido.

Los otros variaban, para la mayoría de los jóvenes venir hasta aquí debía de ser algo parecido a un premio y eran sustituidos por otros que también se lo merecían. Solía acompañarlos Frida, que estaba más fuerte si cabe que antes de la redada y posterior huida de sus jefes, lo que no era de extrañar porque venía a Tres Olivos en bicicleta, y Tres Olivos estaba a quince kilómetros del pueblo. Los músculos de las pantorrillas formaban relieves brillantes en la piel enrojecida por el sol sin llegar

nunca al bronceado. Cuando el Carnicero quería levantarse del sillón del jardín o de una silla del comedor, la buscaba a ella con la mirada, pero le molestaba que le rozara con la melena y un par de veces le dio un manotazo en ese pelo que él no soportaba o quizá en la cabeza. La soldado Frida no se daba por pegada y terminaba de hacer lo que tenía que hacer, pero no se recogió nunca la cabellera, lo que parecía un acto de rebeldía, tratando de no doblegarse a los gustos o las manías de uno de sus pocos ídolos vivos.

También eran constantes las visitas del joven Martín, siempre bien rapado y tatuado, y de la mujer despeinada con cara de malas pulgas. Las mechas rubias y secas, sin vida, salían de su cabeza como culebras deshilachadas. El Carnicero la escuchaba afirmativamente, pero evitaba mirarla, se animaba más con el cabeza rapada porque quizá le recordaba sus años de juventud, de guerra, de camaradería y de cómo perder cualquier tipo de escrúpulos. Del mismo modo que él había tenido a su maestro —el doctor Eduard Krebsach, jefe médico y comandante de las SS—, también querría dejar su legado en estas cabezas huecas. La pregunta es para qué, puesto que él moriría pronto y no podría ver los resultados. Seguramente porque no le importaba tanto el futuro como el pasado. Le tranquilizaría pensar que si sus ideas seguían convenciendo es que eran valiosas, pese a la opinión en contra de la humanidad entera. O sencillamente necesitaba que le hicieran caso, sentirse importante. Imagino que le gustaría ver a sus hijos, y nunca deseché la idea de que aparecieran un día por la puerta, aunque quizá se presentaran camuflados como simples admiradores y los recibiera directamente en su cuarto para evitar llorar delante de nosotros. ¿Lloraría por sus hijos? ¿Llorarían sus hijos por él? No debe de ser fácil llevar en las venas la sangre del Carnicero de Mauthausen, tanto por vergüenza como por un posible orgullo. Quizá si me los encontrara frente a frente, me saltaría la norma de pasar inadvertido y les preguntaría si se puede querer a semejante monstruo y, sobre todo, si desean quererle, si no han tenido que acudir al psiquiatra. La verdad es que preferiría no tener contacto con ellos y que no interfirieran en nuestras vidas, me refiero a la de su padre y a la mía, en esta imposible relación, cuyas riendas yo soy el encargado de llevar.

Se me revolvió el estómago: si él moría por las buenas, en la cama de un hospital, bien atendido, con mascarilla de oxígeno y todas las demás comodidades, mis esfuerzos de los últimos tiempos habrían sido en vano. Me sentí tan abatido que James me cogió por los hombros y me dijo que era mejor no enterarse de nada. Me acompañó hasta mi cuarto y como despedida me dio una palmada en la espalda que me hizo toser.

Sandra

Al día siguiente del descubrimiento de la tienda de electrodomésticos Soimens, cuando salí de la ducha, Santi estaba en la cocina con el pelo revuelto, la cara acorchada y sin afeitarse. Estaba preparando un biberón y una papilla de cereales.

—Le está saliendo un diente —le dije—. Voy a la farmacia a ver qué puede calmarle cuando vuelva el dolor.

—No tardes —me pidió.

—¿Por qué?

—Por si llora —dijo agitando el biberón.

Acababa de ver con toda claridad por qué lo nuestro no pudo ni podría funcionar: porque no soportaba no sentirme libre. Regresaría cuando me saliera de las narices.

Pasé por la farmacia y a continuación me dirigí a la tienda de electrodomésticos. Aunque el día anterior quería irme de allí, ahora necesitaba salir de dudas. ¿Sería una tapadera de la Hermandad? ¿O fue pura casualidad que Martín entrase en la de Madrid? El bulvar aún conservaba restos del frescor de la mañana. Los árboles olían a tierra mojada y del puerto llegaba un resplandor que pronto caldearía el ambiente. Aparqué la moto sobre la acera rogando que no le diera por pasar por aquí a ningún guardia municipal.

Eran las once y media y aún estaba el cierre echado. No madrugaban mucho que digamos. Me tomé un café en el bar de tapas mientras vigilaba la acera. Pregunté a qué hora solían abrir la tienda de electrodomésticos. Depende, a veces ni abren, dijo el camarero. Me puse como límite media hora más de espera y la posibilidad de regresar por la tarde. Pero no hizo falta, al rato se oyó el pesado deslizamiento de una chapa. Pagué y salí.

El empleado dormilón era un chico delgado, moreno, con pantalones vaqueros intemporales, camisa de cuadros con manga remangada hasta el codo, pelo corto de barbería clásica y gafas de concha. Se me quedó mirando con el candado en la mano.

—¿Está ya abierto?

Me indicó con la mano que pasara y no me preguntó qué deseaba.

Se metió en la trastienda y yo me entretuve mirando los artículos expuestos, que vistos con detenimiento no eran nada del otro mundo, más bien un poco anticuados, como el mismo dependiente. Elegí uno por si me viese en la necesidad de comprarlo o al menos de interesarme por él, una batidora de vaso con tres velocidades. Cuando por fin salió de aquellas profundidades le pregunté por ella. Buscó el precio y no supo confirmarme si montaba claras. Sabía tanto de batidoras como yo.

—Me lo pensaré —dije ante su total indiferencia. Pero cuando ya me acercaba a la salida me volví.

—Por cierto, ¿conoce a Martín, un chico fuerte, un poco más alto que yo, cabeza rapada...?

Detecté la sorpresa en sus pupilas, dilatadas. Sus ojos parecían una cosa, su voz

otra.

—¿Martín? —se limitó a preguntar.

—Es amigo mío y el otro día por casualidad le vi entrando aquí, estoy tratando de localizarle.

—Es difícil conocer a todos los clientes. Lo siento.

—Volveré por la batidora. Voy a pensármelo —dije otra vez.

Puede que todo fuese una casualidad e imaginaciones mías. Seguramente Martín no había puesto un pie en esta tienda y seguramente continuaba en Madrid. Lo más probable es que este empleado fuese un profesor en paro o algo así.

En casa, Janín lloraba de dolor y me miró con ojos suplicantes al verme llegar.

—No sabía qué hacer —dijo Santi con tono de reproche.

No contesté, no tenía ganas de mentir ni de dar explicaciones. Abrí la caja que me dio el farmacéutico y me puse a leer el prospecto.

Julían

Sucedió mientras el Carnicero estaba en el hospital luchando entre la vida y la muerte, esa zona en sombras que siempre le había fascinado y que ahora tendría la oportunidad de conocer de primera mano.

Todos los que aún estábamos en condiciones de enterarnos del devenir sabíamos que Elfe se cogía unas melopeas de órdago. Por mucho que se la vigilase, se las ingeniaba para que no le faltase el combustible. En su cuarto siempre había alguna botella escondida, el misterio era de dónde la sacaba. Yo siempre sospeché de Frida. Esta, por la razón que fuese, no la quería sobria y con la lengua clara, aunque aquí no se nos tomase en serio. Quien más, quien menos contaba unas batallas increíbles, que seguramente eran ciertas pero que a nadie interesaban porque ya no había tiempo para esas cosas. Desde luego Elfe en el comedor tenía la bonita costumbre de apurar los vasos de vino de las mesas sin importarle qué labios se hubiesen posado allí antes. A veces debía guardar cama todo un día y las encargadas de asearla y mantenerla con vida decían que no la soportaban, y en alguna ocasión, por descuido o conscientemente, medio la abandonaron en su habitación. Solamente Geralda y Frida le echaban una mano por distintas razones. Geralda por compasión, además de cierta atracción por sus regalos, y Frida por obligación.

Y quizá fue el calor mezclado con el vino, un vino peleón de mesa que se guardaba durante días con nuestros nombres colgados del cuello de la botella, lo que hizo que Elfe no despertase más de la siesta. Aunque era de esperar, fue sorprendente lo repentino del desenlace. Después de comer, la vimos marcharse tambaleándose pasillo adelante y ya jamás volvió viva. Era una de esas personas fuera de control que podrían vivir cien años en esas condiciones. Es como si ni la vida ni la muerte se fijasen en ellas, como si no contaran. No me habría extrañado que se la cargasen, que Frida se hubiera cansado de tener que vigilarla y taparle la boca obligándola a cambiar de tema cuando le daba por hablar de su marido y el Führer. Aunque nadie le prestase atención no tenían por qué correr ese riesgo, aparte de que el Carnicero no soportaba que se le acercase. Cuando iba hacia él con su sonrisa bobalicona de beoda, él le hacía una seña a Frida para que se la llevase a otra parte, y a pesar de que no podían permitirse bajas esta estaba completamente justificada.

No era la primera vez que acudía el médico de la residencia a examinar un cuerpo y hacer la correspondiente alta de defunción. Unas dos horas después, y de la manera más discreta posible, un furgón se la llevó al tanatorio por la puerta de atrás. En esos momentos estaban en la habitación Geralda y una enfermera, pero enseguida llegaron Frida, Martín y Sancho el empollón para recoger sus cosas. Sacaron embalados los cuadros que parecían falsos pero que no lo eran y dos grandes cajas de cartón con su ropa y papeles. Cargaban con ellas Frida y Martín. El empollón se limitó a abrir el capó del cuatro por cuatro. Evidentemente estaba por encima de ellos en el escalafón de la Hermandad, ¿de dónde habría salido?

El entierro fue al día siguiente, pasadas las veinticuatro horas de rigor. Nadie pareció darle importancia a aquel acontecimiento. La vida en el comedor y en el jardín continuaba igual, con los paseos entre los olivos, los recuerdos rememorados una y otra vez, las partidas de cartas y las cabezadas a destiempo. A no ser por Pilar, que apareció de negro, con un traje de chaqueta que la hacía más delgada y unos imponentes zapatos de tacón de aguja, que conociendo el cementerio se le clavarían en la tierra. Yo ya había asistido de lejos un año antes a la ceremonia del marido de Elfe, junto al que depositarían sus restos, y donde habían estado presentes todos los que después tuvieron que huir, incluido el Carnicero. Ya en aquel momento fui consciente de que Elfe estaba sentenciada.

Pilar me preguntó si quería acompañarla. Le daba pena que no hubiese más representación de la residencia en el último adiós a esta buena mujer, débil y probablemente buena persona, como si la debilidad y la bondad fueran parejas. Me evitó declinar su ofrecimiento la aparición de Geralda, menos apenada de lo que hubiese esperado pero con un vestido negro hasta media pierna sobre el que relucían un collar, una pulsera y unos pendientes de platino y brillantes, joyas con toda la pinta de pertenecer a su amiga fallecida. Y de pronto temí por su seguridad. Era difícil saber si Elfe se las había regalado o si ella, en los momentos en que estuvo sola en su cuarto para arreglarla hasta que llegaron Martín y Frida, las cogió pensando que eso es lo que querría la difunta que hiciera. En cualquier caso era una provocación que apareciera con ellas tan pronto. Seguramente no tenía ni idea de que Elfe no estaba tan sola en el mundo como creía, seguramente no había prestado suficiente atención a su relación con Frida y Martín.

La cogí de un brazo y la llevé a un rincón.

—¿No crees que te estás arriesgando mucho luciendo esas joyas?

Como toda respuesta se llevó la mano al collar, en un acto reflejo de protección.

—No importa que Elfe te las diera o que creas que quería dártelas. Aquí hay personas que podrían pensar que les pertenecen.

—¿Y qué van a hacerme, arrancármelas? Elfe me dijo que cogiese lo que quisiera.

—Lo único que te digo es que no te expongas así. Es mejor que pases desapercibida. Esa gente es peligrosa, y no me preguntes por qué.

—Qué gracioso eres —me dijo sonriendo—. Si no las luzco ahora, ¿cuándo?

Me quedé preocupado. Sabía que Frida no iba a consentir que Geralda se apropiase de nada de la Hermandad.

No sé por qué sentía cierto deber de protección hacia Geralda, quizá la responsabilidad de saber algo que ella no sabía y que le concernía, como, por ejemplo, el origen de las joyas. ¿Se las pondría con tanta alegría de conocer su procedencia? Solo sus fuertes antecedentes aristocráticos explicaban que no le impresionara colgarse las joyas de Elfe como si fuera bisutería y que no comprendiese que esta exhibición pudiera levantar resquemor en alguien. Porque en

el fondo consideraría que el destino natural de aquellas valiosas piezas era ella.

Me quedé con la curiosidad de saber quiénes habían acudido al cementerio y esperé a Pilar, que probablemente traería de vuelta a Geralda. Pero no, Pilar bajó sola del coche. Eran las seis de la tarde. Me impresionó su tristeza. Al verme, me hizo una seña para que me acercara a su despacho.

El llanto le había corrido el rímel. Estaba apesadumbrada por el poco caso que le había hecho a aquella pobre mujer. Abrió un pequeño frigorífico panelado de madera y sacó de dentro dos coca-colas y dos frasquitos de ron como los que hay en los minibares de los hoteles. Le dije que a mí la coca-cola me excitaba, pero no hizo caso. Sirvió dos vasos con aquella mezcla que podía dispararme el azúcar y la tensión. Bebí por no desairarla. Ella suspiró con el primer trago como si se rehiciera.

—Tengo su imagen grabada —se lamentó—. Arrastraba una pena tremenda. Ha debido de tener una vida de verdadero sufrimiento, pero ahora ya no hay remedio, no se puede volver atrás y ayudarla.

Se limpió los restos de rímel con los dedos.

—Quizá no ha sufrido tanto, quizá solo era una borracha —dije.

Me miró asombrada, no se esperaba algo así de mí.

—Disfrutaba bebiendo y bebía, nada más. Una auténtica pobre mujer no tiene obras de arte en su habitación ni joyas, no lo olvides.

—Todo falso. Era una desgraciada. Y cuando una mujer parece desgraciada es que lo es, y hay que hacer algo por ella.

No quería discutir con Pilar. Se me estaba subiendo el cubalibre y se me desató una intensa ira interna. Me palpé el bolsillo de la camisa para comprobar que llevaba la pastilla de nitroglicerina. Tuve que apretar los labios para no decirle la verdad, que Elfe había sido mimada por el régimen nazi y por su marido, un cabrón como pocos, y que era una estúpida egoísta. Preferí desviar la cuestión y preguntarle por la gente que había asistido a la ceremonia. Muy pocos, menos mal que la pobre no lo vio. Por lo que deduje, habían estado presentes Geralda, ella y el empollón. Y mientras la introducían en el hueco de la pared, junto a su querido esposo, a Pilar le emocionó contemplar desde allí la bahía completamente plateada y las gaviotas subiendo y bajando llenas de vida.

La dejé con el segundo cubalibre en la mano, era la primera vez que veía a Pilar permitiéndose esa licencia en la residencia, pero el hecho de que tuviese un minibar privado me daba que pensar. Cada vez estaba más convencido de que se habían quitado de en medio a Elfe, siempre había sido un estorbo. Lo más probable es que Frida la envenenara con permiso del Carnicero o quizá del empollón; no era una tarea que encajase con Martín, requería más aplomo.

Podría hacer memoria sobre el menú que tomamos el día de su fallecimiento. Podría indagar sobre quién estuvo cerca de ella y podría llegar a alguna conclusión. Podría hacerlo si esta pobre mujer, como la llamaba Pilar, me importase algo y si tuviera la menor duda de la falta de escrúpulos de la Hermandad para acabar incluso

con alguien de los suyos. Porque si no lo hicieron, podrían haberlo hecho. Con lo que de verdad me hervía la sangre era con todo el tiempo que había tardado en comprender que habían asesinado a mi amigo. Y no tendría respuesta del porqué hasta que no comprendiese mejor su relación con Violeta. Si se habían cargado a los dos sería por algo que a la Hermandad le perturbaba extraordinariamente. Y debía reconocer que, en el fondo, la llegada de Sandra me había desconcertado; el hecho de que Martín la localizara en Madrid debía de tener un sentido que tendría que esperar su turno para ser descifrado.

Sandra

Llevaba dos días sin noticias de Julián y me sentía inquieta; estaba deseando coger la moto y subir al Faro para ver si me había dejado algún mensaje. Pero antes debía serenarme y decidí salir a correr por la playa. Santi se ocupaba mucho del niño, aunque insistía en que nos marchásemos para que Janín volviese a la guardería, lo que en el fondo era un intento de apartarme de mi supuesto amante. Yo no decía nada, no le explicaba que me era imposible irme porque no quería sentirme en peligro toda la vida, no podía abandonar a Julián y debía enfrentarme a la Hermandad. No lo habría comprendido. Le dije que necesitaba el aire del mar. Le dije, temiéndome que lo tomara como una declaración de amor, que su hijo y yo le necesitábamos a él un poco más.

Me miró con los ojos algo entornados, algo sonrientes, se aproximó a mí con el niño en brazos, alargó la mano y me cogió un mechón de pelo.

—Voy a cambiarme —dije, retirándome lo más suave y rápidamente que pude—, quiero correr un rato, ¿te importa?

Negó con la cabeza sin cambiar de mirada ni de semblante y luego besó a Janín en la cabeza de una forma que era como besarnos a los dos. Salí disparada, decidida a sacudirme de encima este momento. El amor de Santi hacia mí me cabreaba.

Corría sin cansarme, como una desesperada. Para llegar a la playa tenía que ir cuesta abajo un kilómetro más o menos y casi me caí de bruces de la velocidad que llevaba. En la arena me quité las zapatillas, correría descalza como en *Carros de fuego*. Tiré a la izquierda, hacia la parte menos concurrida, en la que a veces las únicas huellas en la arena eran las pequeñas pisadas planas de las gaviotas, que salían del mar hacia ninguna parte. Después de un espigón fui dejando atrás un criadero de aves, cuyos polluelos trataban torpemente de sostenerse en pie. Mi objetivo, el límite que me imponía, era unas enormes grúas que se hundían en el azul del cielo. Todos los lugares de Dianium me recordaban a Alberto como si hubiésemos vivido juntos varias vidas y hubiéramos visto juntos las grúas cien veces.

Por esta zona solo me encontraba con perros que me seguían alocados mientras sus dueños los contemplaban correa en mano. Por eso me llamó la atención sentir detrás de mí los pasos de otro como yo, otro corredor que buscaba el anonimato bordeando incómodas rocas y el pronunciado declive de la orilla. Fue al saltar un riachuelo que discurría entre juncos y arena cuando sentí su aliento, una respiración entrecortada pasándome entre el pelo. Salté las grandes piedras que los espontáneos habían colocado para no mojarse los pies y en el último salto sentí una mano en el hombro con un anillo de plata tosca.

Me quedé mirando esa mano tratando de no gritar, ni de volverme de repente, ni de reaccionar de ninguna manera.

La reconocí.

Siempre me sorprendió lo pequeñas que tenía las manos Martín en comparación con su musculatura.

—Estás siguiéndome —dijo de esa manera habitual suya, con esa torpe seguridad que le daba el poder apalear o matar sin consecuencias, aunque en esta ocasión jadeando, lo que dejaba bastante claro que era menos fuerte de lo que parecía y que su corpulencia y músculos tenían como único objetivo impresionar.

No quería que notara que me había sobresaltado. Y en el fondo, en cosa de una milésima de segundo dudé si abrazarle, porque venía de mi vida más importante. Sacudí con fuerza el hombro y la mano cayó como si fuese a estamparse en la arena.

—Eso mismo te digo, ¿por qué me seguiste en Madrid?

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo—. Has estado preguntando por mí.

El no estar loca ni ver fantasmas me hizo sonreír. Entre la tienda de electrodomésticos y él había una conexión.

—¿Quién te ha mandado a buscarme? ¿Alberto? —dije mirándole a los ojos y a sus pestañas mojadas de sudor.

Abrió ligeramente la boca y la cerró sin dejar de observarme, sin parpadear, quizá me veía muy cambiada.

—Eso a ti no te importa.

—¿Cómo que no? ¿Y la nota que dejaste en la bolsa de mi hijo? ¿Cómo te has atrevido a cruzar esa línea? Sabes que esto no va a quedarse así. Policía, ¿te suena de algo?

Se limpió el sudor de la frente con una muñequera que antes era blanca y ahora gris, mientras yo iba tomando segundo a segundo más conciencia de que en Dianium se sentía fuerte.

—Tendrás que demostrar que la he escrito yo.

—Te reconocerá la encargada de la clase de la guardería.

—No lo creo. Y si fuese así, no hay nada malo en querer localizar a una vieja amiga.

—¿Para qué?

Esperaba ansiosa que de sus labios saliera el nombre de Alberto.

—Solo queremos saber dónde está Julián.

Queremos, queremos.

—¿Alberto y tú lo queréis saber?

—Podría ser.

Se acercó más a mí. En un acto reflejo, retrocedí un poco. El sol me quemaba la espalda. Martín siempre había tenido la manía de echarse encima para hablar. Le coloqué la mano abierta en el pecho. Sentí bombear su corazón.

—Solo tienes que decirme dónde está el viejo.

—¿Por qué? ¿Para qué lo queréis? No sé nada de él.

—¿No se marchó contigo a Madrid? Vamos, tienes que saber dónde vive.

Retiré la palma de la mano mojada de sudor y me la limpié discretamente en las mallas.

—Lo tuyo no es correr, ¿eh? —dije.

—Me acuerdo mucho de ti, ¿sabes? Dianium sin ti ya no es igual. Nada es igual aquí. —Me miró con aquella tozudez en los ojos capaz de obedecer cualquier orden por cruel que fuese. La cuestión era saber quién le había ordenado buscarme.

—¿Cómo me encontraste en Madrid? ¿Cómo sabías dónde buscarme? Madrid es muy grande.

Volví a pensar que el inquilino de la casita le habría dado la dirección de mi hermana, que luego la habría seguido hasta nuestra tienda y que así me habría localizado. Era la explicación más simple. Y Martín era muy simple, sin atajos ni curvas.

Se encogió de hombros. Le entusiasmaba parecer más listo de lo que era.

—Si nos dices dónde está Julián desapareceré de tu vida.

No me gustó la forma de hablarme. Lo percibí como una amenaza, y Alberto nunca habría consentido que me amenazaran.

—Ni siquiera sé si continúa vivo —contesté—. No he tenido ninguna noticia suya desde que me marché. Para mí toda aquella historia de monstruos con cara de buenos ha terminado. Fin. Fue una pesadilla, y tú estabas en ella. Preferiría no volver a verte a no ser que me digas quién te envía.

Otra vez la estúpida esperanza de que esto no fuese lo que parecía: Martín amenazándome.

Continuábamos más o menos en la misma posición: yo soportando su cabeza y hombros echados hacia mí, su aliento un poco ácido (si no recordaba mal solo comía carne roja), sus cejas negras y espesas, las finas patillas bordeándole el mentón y la sombra oscura que le envolvía la cabeza igual que un sembrado quemado.

—Quiero que consigas la dirección de ese cerdo. En cuanto la tengas, me llamas a este número. De todos modos, te haré una visita, ya sabes que siempre me has gustado. —Su amenaza tuvo la virtud de activarme de golpe.

Terminó dándome un pellizco en la mejilla y cruzó la arena andando transversalmente hacia la carretera. Al rato empecé a correr detrás de él y vi como se metía en los asientos traseros de un coche. Delante iba conduciendo una mujer de unos sesenta años con unas greñas rubias descoloridas y medio rizadas como alambres y a su lado un cabeza rapada parecido a Martín. Se me estremeció el cuerpo, se encogió como un gato espeluznado por algo mientras mi mente trataba de analizar la situación fríamente.

Continué corriendo otra hora más porque temía llegar a casa y seguir pensando en Martín y en Julián. ¿Y Alberto? No había conseguido saber si estaba metido en esto. De todos modos apreté el paso cuando, como un rayo de sol hincándoseme en el cráneo, vi claro lo que tenía que hacer a continuación, lo que debía buscar. Las zapatillas volaban y el corazón iba un metro delante de mí.

Cruzábamos el sol en silencio. Su sombra me protegía. Sentía mucha felicidad. Alberto se volvió y me ofreció su mano. Su mano. Su mano era el principio de todo su cuerpo. Me llenaba de emoción ver y tocar su camisa medio desabrochada alrededor de su cuerpo delgado. La frente muy roja por el sol. Los pantalones con varias vueltas sobre los tobillos. El pelo casi rubio, escaso y ligeramente largo retirado con los dedos detrás de las orejas. Siempre necesitaba un buen corte, que esperaba que no se hiciera nunca. Me cogió de la mano y luego me atrajo hacia sí y me besó. Sus labios. Los sentí con claridad, realidad y contundencia. Era desesperante.

Julían

A los ocho días, el Carnicero regresó por su propio pie. Lo ayudaron a bajar entre cuatro de un todoterreno verde oliva, que juraría que era el de Fred Christensen, y después lo acompañaron a sus aposentos. Pilar le dio la bienvenida alegrándose, como era su obligación, pero con cara de que, por otra parte, le habían chafado los planes. Estaba mucho más delgado y parecía más alto, más como había sido en su juventud. Tenía incluso la mirada más despierta. Bien, me dije, nada ha cambiado. Salvo que ahora yo casi no podía entrar en su cuarto. Él se pasaba bastante tiempo allí recuperándose. Aprovechaba el rato de la comida o cuando le sacaban al jardín en la silla de ruedas para acercarme a su habitación, cambiar de sitio objetos y llevarme alguno para sacarlo de quicio.

Hasta que una mañana, tras el desayuno, mientras las empleadas arreglaban los cuartos, un sexto sentido me avisó de que algo había cambiado. GERALDA y yo por poco nos tropezamos en el pasillo cuando un hombre con traje gris y un maletín se introdujo en la habitación del Carnicero.

—¿Quién es? —le pregunté de pasada a GERALDA.

—El médico. Pobre Bert. Cuando se lo llevaron al hospital no podía respirar. Y ahora ahí lo tienes, rehecho. ¡Qué hombre!

GERALDA llevaba un vestido color carne con un corte elegantemente antiguo y un collar de perlas que nunca le había visto, probable herencia de Elfe. Se había pintado las uñas de rojo y olía a sales de baño. Siempre parecía a punto de asistir a alguna recepción, aunque luego se sentara en el jardín a jugar a las cartas con abuelos y abuelas que parecían sus sirvientes. Ya nadie se acordaba de Elfe, si es que alguna vez alguien se acordó, salvo cuando se tropezaba con las mesas. Habían fregado y pintado sus aposentos antes de que tomara posesión de ellos un nuevo inquilino, que nunca sabría que se acostaba en la misma cama que una de las protagonistas de la historia más negra de la humanidad.

Sentí el impulso de advertirle a GERALDA que Bert, como la mayoría llamaba al Carnicero, estaba ahora mismo en el jardín y que el médico se encontraría la habitación vacía cuando otro impulso me hizo callar. Era raro que ese hombre no estuviese acompañado por alguien de la Hermandad. El maletín que llevaba no parecía de médico y en ningún momento salió al jardín a tomarle ni siquiera el pulso al Carnicero.

Le vi salir quince minutos después, tiempo suficiente para haber situado dos pequeñas cámaras en la habitación, que ponían fin a mis excursiones al mundo del Carnicero. Deduje que se habría quejado a sus allegados de que perdía memoria, de que cambiaba las cosas de sitio, y habrían decidido colocar cámaras para comprobar si era verdad, y, en caso contrario, convencerle de que no era así. Había que tener en cuenta que para la Hermandad él era una reliquia viviente, a la que había que cuidar y mantener en pie fuera como fuese.

Ahora debería ingeniármelas de otra manera.

Sandra

Tendría que estar agotada de tanto correr, pero no sentía el cansancio. Necesitaba desprenderme del encuentro con Martín antes de llegar a casa. Al subir la cuesta me topé con Santi y el niño en la sillita. Como tardaba, habían salido a buscarme igual que otras veces. Llevaba la camiseta y las mallas completamente empapadas, y Santi sacó una botella de agua de la bolsa de ositos y me la tendió. Bebí y el resto me lo eché por la cara y el cuello. Era increíble que en el mismo espacio y en el mismo tiempo coexistieran la bolsa de ositos y Martín, la casita de las flores y la tienda de electrodomésticos Soimens, el dolor y la alegría, el mal y el bien. Estaban las plantas, los animales y otros planetas, el pasado y el presente, las montañas y los mares. Janín se rio al verme y al mismo tiempo se le caían las lágrimas por el diente que le estaba saliendo. A veces cuesta ver las cosas, distinguirlas, porque están juntas, porque todo lo que existe en esta vida está sobre la misma mesa.

Dije que iba a ducharme. Me quedé con las ganas de contarle a Santi lo que acababa de ocurrirme, pero me pareció humillante para él y muy egoísta por mi parte querer tranquilizarme creándole más inquietud. Probablemente había salido a mi encuentro para comprobar que de verdad había ido a correr, y no a encontrarme con alguien, lo que por otra parte había sucedido, me había encontrado con Martín. Aunque yo hubiese estado enamorada de Santi, él nunca habría sido feliz conmigo porque había algo en mí que le inspiraba sospecha, tensión, desasosiego, celos, melancolía. Sin él saberlo era mucho más feliz con Lucy, lo que pasa es que nunca se sabe en qué consiste la felicidad.

Julían

El Carnicero cada vez estaba más protegido o vigilado por los suyos. Sancho el empollón acudía a verle día sí y día no, en ocasiones acompañado por algún colega de armas de la quinta de Bert, que se acercaba emocionado a su sillón Emmanuelle para saludarle. Deseaban conservarlo vivo el mayor tiempo posible para darle consistencia real a la Hermandad y a sus sueños de superioridad. Necesitaban un espejo en el que mirarse y que les diera la razón. Un espejo en el que ya se hizo realidad un día lo que ellos querían volver a hacer ahora. Resumiendo, un espejo que les devolviera un mundo imposible que un día casi fue posible.

Daba risa que sus propios camaradas de antaño no conocieran la mente del Carnicero y creyeran que ellos le recordaban un pasado glorioso. Lo que de verdad le encantaba era la compañía de jóvenes, le hacían olvidarse de que era un carcamal. No le gustaban los viejos como él, su decadencia, la piel arrugada. Cuando los veía acercarse se hacía el dormido. Al final no tenía más remedio que saludarles con una cordialidad espectacularmente falsa, le daba asco estrechar sus pellejudas manos y que le abrazaran y tocasen donde habitualmente le tocaban: en el hombro, en el brazo, en el muslo o en la rodilla. No lo soportaba, pasaba el trago como podía y luego lo pagaba con Frida desairándola y pidiéndole que por favor se recogiera ese pelo tan largo y tan basto. Entonces Frida, que había empezado a tragarse su orgullo, al borde de algo parecido al llanto, se pasaba las manos por la melena rubia y de aspecto tosco —en eso él tenía razón— y se la anudaba con un mechón sobre la espalda, aunque sin llegar a hacerse la trenza de antes, porque estaba intentando exhibir a la mujer sexy prisionera en sus fuertes muslos y en sus hombros recios, en los pantalones cortos y en las camisetas deportivas.

En Tres Olivos la mirada de Frida se había vuelto sombría, derramaba un azul amargo sobre las palmeras, los olivos y todos nosotros. Me pregunté a quién querría impresionar, de quién se habría enamorado la que yo siempre consideré una máquina literalmente hablando. Nunca la imaginé pensando, dudando, soñando. Solo obedeciendo y ejecutando asesinatos, arrastrándose por el suelo, limpiando los meados de sus líderes, lo que fuera, sin cuestionarse absolutamente nada. Y ahora había cambiado y, para su desgracia, solo yo me daba cuenta de este cambio.

Eran las seis de la tarde. Las ramas se movían creando el punto justo de brisa que soportamos los octogenarios sin resfriarnos. ¡Qué fácil era vivir para los jóvenes! Acababa de llegar un antiguo y decrepito compinche del Carnicero, acompañado de Sancho el empollón. Se habría cuadrado con el brazo en alto de no ser porque Sancho le obligó rápidamente a sentarse en una silla pegada al gran sillón del Carnicero, que lo miró suplicante, inútilmente, porque ese muchacho devoto y con muy buena voluntad no había logrado penetrar en los verdaderos deseos de su jefe. El compinche de armas le susurraba confidencias demasiado cerca. Y, según el Carnicero se alejaba más, el otro se inclinaba sobre él y le echaba encima el aliento. Daba risa, risa trágica,

verle sufrir. Sancho, por respeto, los dejó solos para que hablasen a gusto de sus cosas. Se marchó a dar una vuelta por el campo con un libro en la mano. Probablemente se tumbaría a leer bajo un árbol con las piernas cruzadas, contemplando el ir y venir de las hojas por el cielo.

Era el momento.

Las cámaras de vigilancia que habían colocado en su habitación me impedían entrar allí como antes y debía aprovechar otras oportunidades, como la que ahora se me ofrecía. Me levanté y fui todo lo rápido que pude a mi cuarto. Saqué el llavero del bolsillo, del que solo colgaban tres llaves, la de la puerta de entrada de la residencia, la puerta de mi cuarto y la pequeña de la maleta. Coloqué la maleta sobre la cama, la abrí y cogí uno de los cuadernos negros que un día le robé al Carnicero de su propio barco, el *Estrella*. Aquel día lo buscó como un loco, prácticamente dismanteló la embarcación. Sacó todos los trastos a cubierta en medio del viento, sin poder encontrar una explicación a lo ocurrido. Sus notas, su cuidada letra, se habían volatilizado, pero no sus horrores.

Me metí el cuaderno en el bolsillo de la chaqueta y salí disparado hacia el jardín, pensé, por un momento, que la maleta no era lugar seguro y que debía buscar un sitio mejor donde guardar un material tan sensible. Lo malo era que la parquedad de la habitación no ayudaba, aunque eso ya lo pensaría más tarde.

Ahora mi objetivo era la gigantesca chaqueta del Carnicero colgada del respaldo del sillón de mimbre.

En el jardín, unos dormitaban, otros charlaban y otros jugaban a las cartas. Los más arriesgados estaban fuera, en el campo, con la petanca. Era el momento en que menos gente con bata blanca circulaba entre nosotros. Para ellos era el tiempo de las reuniones, de preparar los menús, de ajustar las medicaciones. También era la hora de la misa en la capilla, de la peluquería y manicura para Geralda. Frida solo llegaba a la hora de comer y de cenar para vigilar que el energúmeno no se desnutriera ni deshidratase. Así que este era el momento ideal para pasar por detrás del gran sillón, sacar disimuladamente el cuaderno de mi bolsillo y pasarlo al suyo, agrandado por el peso y volumen de su mano y por un pañuelo blanco de tela que evité tocar.

Fue cuestión de segundos. El cuaderno ya está dentro del bolsillo, pensé continuando tranquilamente el paseo hasta mi silla. Era de plástico con brazos, un sillón más bien, si la palabra sillón no fuese demasiado ostentosa para un plástico que se me clavaba en las posaderas y en la espalda. A veces me había tentado la idea de pedirle a Geralda que me prestara unos cojines, pero veía al Carnicero hundido en las flores de los suyos y se me quitaban las ganas. Prefería levantarme cuando ya no podía más y sentarme en el balancín, que tenía colchoneta.

Desde el duro asiento de plástico observé detenida y minuciosamente a los grupos y a los solitarios del jardín, y podría jurar que nadie se había dado cuenta de mi maniobra con el cuaderno. Antes de que regresara Sancho, arrastré la silla o sillón entre los árboles, bajo cuyas sombras pasaba desapercibido. Con el transcurrir de los

días, había aprendido a mimetizarme con las plantas, los claroscuros y el resto de ancianos. Sentía que cambiaba de color y camuflaje según el instante y la necesidad. Mientras que la presencia del Carnicero era atronadora y apabullante, la mía se escurría entre las baldosas sombreadas, la deslumbrante gravilla y las gafas relucientes de mis compañeros. Ventajas de haber deseado desaparecer mil veces.

Por fin Sancho regresó, lo cual supuso un alivio para el Carnicero, y este hizo amago de levantarse, lo que obligó al nostálgico criminal visitante a despedirse con un intento de besarle la mano, que Bert retiró asqueado, lo que pudo interpretarse como un gesto de humildad por su parte. Por supuesto, Sancho no captó los aspavientos de protesta del Carnicero rogándole que no le echara encima más mierda trayéndole antiguos camaradas.

Así que a la hora de la cena, cuando llegó Frida para ponerse a su servicio incondicional una vez más, el Carnicero estaba cabreado. Le cabreaba tener que aguantar que sus compañeros de armas le hablaran del pasado glorioso cuando él no estaba viendo ninguna gloria en sus caras, en sus cuerpos ni en su porte, sino un presente calamitoso y en las últimas. Al mirarlos no veía recuerdos bellos, sino el horror de la despedida inminente.

Frida le ayudó a ponerse la chaqueta y a llegar desde el jardín al comedor con un par de cojines floreados bajo el brazo por si los necesitaba.

Él se desplomó en la silla, afortunadamente maciza, y, debido al peso del asiento sumado al cuerpo que soportaba, ella ya no pudo acercarla a la mesa y por tanto al plato de sopa. Frida podría haber intentado levantarlo para maniobrar mejor con la silla, pero a la vista de su cara de malas pulgas cualquiera en su sano juicio habría desistido. No la miraba ni le hablaba. Ignoraba sus esfuerzos por acomodarle, que solo unos bíceps como los de Frida podrían lograr. A ella el sudor le corría por las sienes. Y su pelo, duro, rubio y con un palmo de espesura, le rozaba a él un brazo, la cabeza e, incluso, en un descuido de Frida, la cara. Fue en ese momento cuando al Carnicero se le contrajo la boca de un modo aterrador. Ya no pudo soportarlo más: como quien atrapa una mosca, atrapó un puñado de pelos que le rozaban y tiró de ellos hasta arrancarlos.

Se los mostró a Frida con la mano abierta. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas azules, la garganta le subía y le bajaba tragando saliva. Por suerte, yo había podido evitar sentarme con Geralda, que pretendía que, al hablar, no cesase de mirarla a los ojos hasta que se callaba. Tenía mucha manía con lo que ahora llaman contacto visual. Si se estaba con ella, uno no podía echar una ojeada al frente, ni a derecha ni a izquierda, ni mucho menos para atrás, porque se sentía ofendida. No lo decía con palabras, sino con una mirada reprobatoria. Era una de esas personas con muchos registros en la mirada. Así que suponía una liberación fijarla en cualquiera de mis otros compañeros de mesa, porque a ellos les daba igual dónde mirase yo e

incluso que el Carnicero le arrancase un mechón de pelo a su cuidadora particular. Estaban ensimismados en la Fórmula 1.

Frida se acarició la cabeza y con esa misma mano ayudó al Carnicero a sostener la cuchara en su largo y tembloroso recorrido desde la mesa hasta la boca. Lo mismo hizo con los trozos del chuletón que a veces asaban a la parrilla solo para él. Debía de pagar un buen suplemento para estos lujos, lo que en alguno levantaba admiración y en otros envidia, y me demostraba que con la edad alguno que otro se arrepiente de no haber ido más a lo suyo y de haber cedido tanto, aunque raramente se arrepiente de haber sido un cabrón.

A las nueve de la noche, tras un festín que algún día le dejaría en el sitio, y cuando la mayoría de los residentes extranjeros se retiraban a sus aposentos, entre Frida y un enfermero le condujeron a los suyos. También estaban más acondicionados que los del resto, porque en mis razias por allí me pareció que las cortinas y las toallas eran nuevas y que había un albornoz, que ocupaba toda una pared del baño, haciendo juego con las zapatillas.

No perdí de vista el bolsillo de su chaqueta con el cuaderno de tapas negras. Apenas se notaban sus contornos, y él no metería las manos mientras otros lo transportaran cogido por las axilas y cargando todo el peso sobre sus hombros.

Al principio no se daría cuenta de nada. Le sentarían en el borde de la cama, le quitarían las botas, los pantalones color crema colonial, para lo que tendrían que obligarle a levantarse un poco, también para ponerle los pantalones del pijama, si es que no se cansaban y le dejaban en calzoncillos. Lo que sí le pondrían sería la camisa del pijama, y después, con toda seguridad, tendrían que acompañarle al baño a orinar. O tal vez eso era algo que podía hacer él solo.

Sin embargo, a eso de las once me disponía a retirarme yo también cuando se oyeron voces en el pasillo del Carnicero, voces entre las que resonaba con fuerza la suya. Pasaba entre las paredes como una bola de fuego amortiguando el tímido sonido de las puertas del pasillo una tras otra, lo que me hizo acomodarme más en mi silla frente a la tele. Estaban dando en diferido los mejores momentos de la Fórmula 1. El Carnicero había sacado el cuaderno del bolsillo de la chaqueta. Como si lo estuviera viendo: fue a coger el pañuelo de algodón egipcio para sonarse los mocos a placer (lo que significaba que tampoco necesitaba tanta ayuda, tal como yo sospechaba) y se encontró con la amarga sorpresa del cuaderno. Empezaría a hacer memoria. No recordaba nada de un cuaderno. Iría al lugar donde los guardaba pero vería que allí no faltaba nada. ¿Por qué lo habría cogido y cuándo? En ese instante se le olvidarían todos los achaques. Cerraría los ojos para recordar en vano. Y, sin embargo, de no ser él, ¿quién podría haber guardado el cuaderno en su bolsillo? ¿A quién podría interesarle hacer una tontería así? Había tenido que ser él mismo. Se desesperaría ante esa laguna en blanco de su mente.

Y así fue: se desesperó y empezó a dar puñetazos y patadas a las paredes y las puertas. Dos enfermeros tuvieron que correr pasillo adelante. Geralda, que estaba a

mi lado, se acercó a ver lo que pasaba, y regresó al rato con la cabeza baja. Han tenido que inyectarle un tranquilizante, dijo. Pobre Bert. Tampoco ella comprendía qué podría haberlo puesto así. Durante la cena estaba perfectamente viendo la televisión. Ningún problema para partirse el filete y llevárselo a la boca mientras miraba la tele, dijo ajena a la pesadilla vivida por Frida, que, afortunadamente para ella, se había marchado ya a su casa. No eran buena señal, insistía Geralda, estos ataques repentinos y sin sentido.

Por la mañana lo condujeron al desayuno en una silla de ruedas. Estaba adormilado y abstraído. Se dejó el plátano a medio pelar y la leche se le escurría por la comisura de la boca. Una cuidadora le regañó cariñosamente y él le dijo algo en alemán que sonaba a insulto y desprecio. Ella se retiró con cara de ir pensando: «Como si te mueres, pedazo de animal».

El asunto resultaba lo bastante grave como para que acudiese a Tres Olivos el cabecilla Sancho, con Frida junto a él. Sancho parecía muy preocupado. Los ojos muy abiertos tras las gafas de concha, al contrario que los de Frida, helados y hasta cierto punto indiferentes. Era comprensible que aún estuviera dolida por el percance del mechón de pelo y que prefiriera pasarle la patata caliente al empollón. No es que me compadeciera de ella, me repugnaban su falta de escrúpulos, su fanatismo y su estupidez, pero veía con agrado como le comenzaba a flaquear la devoción por su líder. Como mucha gente débil y manipulable era extraordinariamente susceptible.

Por la tarde apareció el que decía que era médico. Entró en la habitación y al poco salió a la sala de la televisión y les hizo una señal a Sancho y Frida para que entraran con el Carnicero. Empujaron la silla hasta el cuarto y cerraron la puerta. Volvieron a oírse las voces descontroladas, de pronto muy altas, de pronto, bajas, diciendo: «¡No lo entiendo, no lo entiendo!». Las otras voces eran tranquilizadoras. Le hablaban de fallos benignos de memoria. Le dirían que cogería el cuaderno, se lo metería en el bolsillo y luego se olvidaría porque tendría otras cosas más importantes en que pensar. Pero el Carnicero dudaría de todo porque no se acordaría en absoluto de haber cogido el cuaderno y metérselo en el bolsillo. Y, sin embargo, allí estaba y de allí lo había sacado junto con el pañuelo. Y las cámaras darían fe de que nadie lo había cogido del cajón del escritorio, las cámaras darían fe de que él mismo lo sacaba de su propio bolsillo. Me tomé un descafeinado de máquina para celebrarlo. Pedí que me lo cargaran a mi cuenta y también el de Geralda, que andaba por allí algo inquieta, seguramente por el ambiente de nerviosismo que estaba creando Bert.

Sandra

Tras mi encuentro con Martín en la playa, o mejor dicho, después de que él me diera caza, tenía que avisar a Julián fuera como fuese. Su hija me había dicho que se alojaba en el hotel Tres Olivos, pero que no se me ocurriera ir por allí. Eso quería decir que no se sentía seguro, aunque tampoco vigilado, porque si lo vigilaban significaría que lo tenían localizado y no tendrían que acosarme a mí. Quizá pensaba que si alguien me veía y me reconocía en Tres Olivos, me relacionaría con él y a él con Tres Olivos, y con esta gentuza cualquier precaución era poca.

Por si acaso le daba por ir al Faro, fui hasta allí y le dejé una nota debajo de la piedra C. «Necesito verte urgentemente». De todos modos, no era probable que subiera allí todos los días, y cuando viese la nota puede que fuera demasiado tarde. Así que con las mismas entré en la cafetería y le pregunté por el hotel a la misma chica que nos había servido el día de nuestro encuentro. No tenía ni idea. Por supuesto no se acordaba de mí, estaba distraída y con ganas de marcharse. Busqué en internet hotel Tres Olivos, pero tampoco venía ahí. Decidí bajar al pueblo y pensé que era algo que tendrían que saber en otro hotel. El poco aire caliente generado por la velocidad de la moto me atravesaba la camiseta y el pecho. Desde el Faro se veían los fondos turquesa, quietos sin que ninguna ola los moviera, y por los montes, inmensos, descendían oleadas temblorosas de verde. El mundo se había paralizado y a mí me costaba respirar.

Tenía ganas de regresar al hotel Costa Azul de mi anterior vida en Dianium. No podía evitar volver al pasado cuando el pasado estaba tan cerca y solo había que empujar una puerta de cristal. Entré con precaución, como por un suelo minado. Todo permanecía igual aunque parecía diferente, despojado de dramatismo. El vestíbulo era más pequeño de lo que recordaba, apenas nada, y en el mostrador de recepción continuaba el conserje de la peca grande. Nos miramos, yo a él más que él a mí. Estaría acostumbrado a que las caras le sonaran y no supiera de qué. La mía le sonaba vagamente. Desvió la vista hacia la izquierda tratando de recordar. ¿El hotel Tres Olivos? En Dianium desde luego que no. Con ese nombre nada más había una residencia de la tercera edad. ¿Que dónde estaba? Me dibujó un mapa de la zona. Ahora la peca parecía más pequeña entre una piel menos estirada. El conserje había envejecido en poco tiempo.

Quizá no estaba haciendo bien y me arriesgaba demasiado. Podría haberme puesto una gorra y las gafas de sol, ¿por qué no lo hice? Sobre todo cuando nunca me quedó claro si el conserje estaba implicado o no en la Hermandad. Me dejé llevar por el vértigo, por el abismo, por la necesidad de provocar al mal.

Me situé en la calle, a la sombra, para consultar el mapa; el mundo continuaba terroríficamente quieto. Parecía que la residencia estaba lejos y le había dicho a Santi que regresaría en diez minutos, cuando ya llevaba más de una hora danzando de aquí para allá. Lo dejaría para por la mañana bien temprano. Tampoco sabía qué haría una

vez allí, puesto que no podría dejarme ver. Una residencia de ancianos. De pronto, Julián se volvió más anciano de lo que era. Anciano es una palabra realmente fuerte. Lo inmovilizaba, lo invalidaba, lo incapacitaba, lo atontaba. Nunca había pensado que fuese un anciano, solo más mayor que yo. Probablemente no podría mantener el gasto del hotel Costa Azul y tuvo que buscarse algo más acorde con su presupuesto. Cuando me marché a Madrid aquella madrugada, pensando solo en ponerme a salvo, lo dejé abandonado a su suerte, ni siquiera le pregunté si necesitaba algo. Siempre di por hecho que era él quien tenía que ayudarme a mí. Como si unas personas tuvieran el deber de ser más fuertes que otras, más generosas que otras o mejores que otras. Como si unas tuvieran la obligación de llevar sobre sus hombros el peso de la humanidad y otras solo el peso de sí mismos y sus caprichos, sus miserias, odios, amores y manías.

Regresé diseñando una justificación para mi tardanza, aunque cualquiera servía porque Santi estaba convencido de que me veía con alguien, con el amor que había dejado aquí y a cuyo encuentro había vuelto. Lo que en parte era cierto. Deseaba con toda mi alma encontrar a Alberto, volver a verle. Oír su voz, tocar su mano, abrazarlo, besarle, cosas normales, insignificantes en sí mismas, que de no hacerlas desesperan. Pero cuando bajé de la moto para abrir la cancela de la casita oí voces conocidas que me dejaron muy confusa.

Me quedé paralizada. Una situación nueva, un pensamiento nuevo. Necesité unos segundos para situar en el mismo espacio el tono joven y vagamente irónico de Santi y el más cascado, aunque no demasiado grave, de Julián. Había hecho bien en no ir a Tres Olivos.

Santi y Julián. Jamás lo habría pensado. Era como sacar a un personaje de una película o de un libro y ponerlo a charlar con una persona de verdad, a pesar de que aquí no sabría decir quién era el personaje y quién la persona. Persona en su propio mundo y personaje en el mundo del otro. Estarían en el salón, con las puertas de cristal correderas que daban al pequeño jardín abiertas, y me dirigí hacia allí sintiendo algo muy extraño y nada agradable. Nunca imaginé que Santi y Julián fuesen a conocerse, y menos sin estar yo presente. Quizá fue la sorpresa la que me ralentizó, y cuando llegué a las cristaleras Julián ya había salido por la puerta principal. Volví corriendo y lo vi abriendo la cancela con mucha prisa, ni siquiera se detuvo a cerrarla, algo llamativo en alguien tan cuidadoso para todo como Julián.

¡Julián!, llamé sin gritar, pero no me oyó. Tiré tras él para darle el alto cuando estuviera a su altura. Iba medio corriendo, ayudándose con los brazos, como si remara en el aire y le apretaran los zapatos. Me detuve cuando vi que todos sus esfuerzos lo dirigían a un imponente Mercedes negro aparcado en un saliente de tierra. Luego vi pasar el coche a los cuarenta kilómetros por hora permitidos por estos caminos. Conducía una mujer mayor de aspecto aristocrático con el pelo recogido en un moño. Él me miró un segundo. ¿Me habría visto?

—Ese ha estado aquí —dijo Santi con cierto desdén al verme entrar.

—Espero que hayas sido amable con él. Es mi mejor amigo y está en peligro.

—Lo que no entiendo es que le hayas puesto a nuestro hijo el nombre de un extraño. Si por lo menos hubiese sido el nombre de tu padre.

Cogí a Janín en brazos. Si supieras todo lo que estás viviendo y ya has vivido incluso antes de nacer, pensé. Le pasé la mano por la cabeza, y su calor me recorrió todo el cuerpo.

Julían

Ahora necesitaba contarle a Sandra mis sospechas de que a Salva lo habían asesinado y de que no bastaba con haber descubierto que la Hermandad se ocultaba aquí, ahora también tendría que averiguar qué otro secreto escondían. Debía convencerla de que se marchara a algún lugar seguro que ni yo conociese, donde fuera imposible dar con ella. Me las arreglaría solo, y si necesitaba ayuda la encontraría. No tenía tiempo de dejar mensajes en el Faro ni de buscar los que ella seguramente me habría dejado. No disponer de coche propio lo hacía todo engorroso y lento, y ahora comprendía mejor a los jóvenes que han de vivir de prestado y convertirse en unos pedigüños: no tenía más remedio que acercarme a la casita y para eso era imprescindible pedirle el coche a Pilar.

Esperé a las cuatro y media, hora en que se incorporaba por las tardes al trabajo, salvo que nos hubiese dado por salir a comer a Benidorm o al interior, algo que últimamente parecía haber excluido de sus planes.

Llamé a la puerta y entré sin esperar a que contestase. Ella revisaba unos papeles con las gafas de cerca en la punta de la nariz y la cabeza gacha, y cuando la levantó no me miró como de costumbre, sino como miraba a los familiares pesados de los residentes o a los mismos residentes cuando se ponían tontos. Su frialdad me llegó al alma, a la pequeña alma capaz de sentir todavía este tipo de emociones. Habíamos compartido unos meses muy cerca el uno del otro, y ahora debía soportar su indiferencia. Aun así me rehíce y le dije que sentía profundamente tener que pedirle el BMW por una hora nada más y que por supuesto le pagaría la gasolina.

—Lo siento —dijo—, no puedo dejarte ir solo.

Esta sí que era una sorpresa, una contrariedad que no anunciaba nada bueno. En mis planes no entraba enfrentarme a una Pilar que no sintiese simpatía por mí y que me tratara como a cualquiera.

—¿Por qué si puede saberse?

—Ya sabes por qué. —Se quedó pensativa un momento, parecía a punto de llorar—. Lo que más me molesta es que pretendieras engañarme de una manera tan infantil y ruin. Mira que querer disimular el desperfecto con pintura. Nunca más podré confiar en ti.

—No exageres —dije tan avergonzado como si me hubiese meado en los pantalones—. Son cosas de viejo, me preocupaba que no quisieras volver a dejármelo.

—Pero yo no quiero que seas un viejo, ni un niño, quiero que seas como eres. No tener que descubrir que has rozado el coche y que has pretendido disimularlo con un *spray* que ni siquiera es del mismo tono. —Su pena y su rabia se retroalimentaban peligrosamente—. Me siento mal, la verdad. He dudado mucho si decírtelo porque la idea de enfrentarme a ti por esta chiquillada me estresaba mucho.

—Lo entiendo —dije, comprendiéndola de verdad y compartiendo su bochorno.

La pringosa niñez, las vejaciones del campo de concentración y ahora la nauseabunda vejez, qué poco espacio para el decoro—, pero tenía que hacer algo más importante que sentirme ridículo.

Ella se quitó las gafas y abrió la puerta invitándome a marcharme.

—Necesito el coche, Pilar, y pronto, muy pronto, te explicaré por qué.

—Lo siento, Julián, has perdido mi admiración y mi respeto —dijo a modo de despedida en el pasillo.

Me dolía haber pasado de ser un hombre especial a ser un idiota para Pilar, lo que significaba que aún me quedaba vanidad para sentir pena de mí mismo. Sin embargo, mi vanidad solo me importaba a mí, de modo que no era importante, y la admiración de Pilar hacia mí solo le importaba a ella, yo no era culpable de su necesidad de admirar a alguien. Era absurdo que me exigiera colmar su ansia de sabiduría, heroísmo y compostura. Solo podía reprocharme, con toda la razón, que le hubiese hecho una rozadura al coche.

—Está bien, llamaré a un taxi.

—Pero un taxi te va a salir por un ojo de la cara —dijo GERALDA, que había asistido a esta última parte de la conversación cuando vio mi reflejo en el cristal y entró a preguntarme si me apetecía jugar una partida—. Le pediré las llaves a Bert y nos llevaremos su Mercedes. Él ya no lo necesita, el pobre ya no sabe ni dónde está. Creo que ni siquiera tengo que pedirle las llaves, las cogeré del cajón. Seguro que no se entera.

¿Que no se enteraba? Como echara en falta las llaves se volvería loco, empezaría a gritar y a llevarse las manos a la cabeza, lo que personalmente me encantaba y me compensaba del sinsabor de Pilar. Lo que menos me encantaba es que GERALDA viniese conmigo.

—No tienes por qué venir —le dije a GERALDA—. Prometo devolver el coche en perfectas condiciones. —Pilar me miró con un rencor que atravesaba mi persona y se hundía en todas las mentiras y desengaños sufridos durante sus cincuenta años de existencia. Aunque solo hubiese tenido tres desengaños al año a partir de los siete de edad, estaríamos hablando de ciento treinta y nueve frustraciones que yo tendría que purgar por ella.

—Si me hago responsable del coche, me hago con todas las consecuencias —dijo GERALDA.

Me impresionó la idea de entrar en el Mercedes negro que había visto varias veces en la zona del puerto saliendo del garaje de una casa de vecinos con el Carnicero de Mauthausen dentro. Debía de usarlo cuando iba a visitar a alguno de sus colegas de muerte o a reuniones de la Hermandad. Desde que estaba aquí, tenía un lugar preferente bajo el cobertizo. Parecía que era importante conservar signos que hiciesen pensar en un pasado poderoso. Y los nuevos adeptos necesitaban encontrar

en estos veteranos el ideal de dominio y superioridad al que les encantaría pertenecer.

Geralda tardó un poco en regresar y lo hizo con los labios pintados y otro vestido. Agitó las llaves ante mi cara. Si tuviera más vidas que esta, le preguntaría a fondo por su juventud y por esa riqueza que había pasado por ella bañándola de cierto esplendor.

Entré despacio en el coche, debido a mi poca agilidad y también porque estaba entrando en el infierno. Como cuando me metía en el mar: primero un pie, luego el otro, dejando que el agua fuese engulléndome lentamente. Geralda me miraba con cara de impaciencia y cierta compasión. No podía imaginarse que para mí no era un simple cochazo de alta gama, era la cueva del ogro. Aún olía a ambientador, y la tapicería de cuero color crema estaba limpia, como el resto, desde el control de mando a las alfombrillas. Había una gamuza perfectamente doblada junto a las marchas. Iba como la seda. La vida desde aquí dentro parecía una película, algo moldeable al capricho de uno. La refrigeración proporcionaba belleza. El calor de fuera saturaba el campo de un intenso amarillo.

Geralda me hablaba mientras conducía. Y sin embargo yo no oía nada, rodaba entre el campo enrojecido y el cielo azul en una tumba con olor a cítricos. Dudé si ir aproximándome a la casita o que me dejara en el puerto, pero del puerto hasta allí no tenía manera de ir, así que me arriesgué y la guie hasta dos calles antes de la casa. Al fin y al cabo Geralda no tenía idea de nada, le daría lo mismo un sitio que otro. Le dije que iba a bajar al mar desde allí porque aquella parte me gustaba mucho, había rocas y el oleaje era fuerte. Me preguntó si podía acompañarme, también ella necesitaba respirar brisa marina. El entorno de la residencia era muy sano, pero distinto. Así luego regresamos juntos en el coche, dijo.

No es que me pillara por sorpresa su propuesta, en algún momento, mientras sentía la fuerza del cuero venenoso contra mis muslos y la espalda, aleteó por mi cabeza el hecho lógico de que ella fuera a empeñarse en acompañarme todo el rato. Aun así, me sentí torpe y dubitativo a la hora de responder. No le dije ni sí ni no, me quedé sin habla y me limité a mirarla fijamente para que buenamente saliera de ella decirme que se marchaba y que volvería a recogerme dentro de una hora.

—Perdóname —dije—, me gustaría estar un rato solo sentado en una roca contemplando el mar. Tengo que pensar en muchas cosas y necesito paz.

Hizo una mueca que querría decir lo entiendo o no lo entiendo, me parece bien o me parece mal.

—¿Tendrás bastante con una hora para meditar? No puedo dejarte aquí tirado, aunque te lo merecerías.

Le sonreí que era lo más que podía hacer en el estado de agitación en que me encontraba.

—Buscaré aparcamiento y me daré una vuelta por estos senderos, hay casas muy bonitas.

Salí y empecé a bajar hacia el mar. En el fondo Geralda era comprensiva, pero me

habría gustado que se alejara más de allí. A los cinco minutos de oír arrancar el coche me dirigí a la casita. Eran las seis y media, esperaba que aún no hubiesen salido a dar una vuelta con el niño.

El sol planeaba muy cerca de los árboles, de las adelfas y las palmeras, de mi cabeza y del asfalto gris. Era el momento en que se posaba en la fachada de la casita arrancándole reflejos dorados y plateados como si tuviera joyas colgadas aquí y allá. Por fortuna, había pasado el sopor de la tarde y la brisa descongestionaba el ambiente. Solo tuve que empujar la cancela; no la habían cerrado con llave, lo que me parecía un descuido y en definitiva no muy buena señal. En el jardín había ropa de niño colgada en una cuerda atada entre dos naranjos y por el suelo algunos juguetes de plástico.

Antes de llamar a la puerta me quedé observando por las cristaleras del salón a un chico de unos treinta años que le estaba dando la papilla a un niño pequeño. Ese debía de ser el hijo de Sandra y el otro tal vez el padre, el tal Santi. Permanecí embobado unos minutos, porque si lo pensaba bien la vida de Sandra fuera de aquí nunca me pareció real, ni siquiera su hijo. Y ahora me impresionaba verlo en carne y hueso, todo un ser humano auténtico al que se le podría hacer daño.

El padre se levantó, dejó al niño en un corralito y llevó el cuenco a la pila de la cocina, separada del salón por un mostrador de madera. Cuántas cosas necesitaba un niño, cuántas cosas que recordar y que llevar de aquí para allá: biberón, corralito, sillita, pañales, sonajero, chupete, crema, gorrito, más objetos que todas mis lentillas, gafas y pastillas juntas. El padre era un joven normal, sin ninguna característica especial, con un tatuaje en el brazo que lo colocaba en la misma tribu de Sandra. El niño me observaba con los ojos muy abiertos, los tenía brillantes de haber llorado, como el campo cuando sale el sol tras la lluvia. El padre, después de dejar el cuenco en la pila, se metió por un pasillo. Y en ese momento, cualquiera podría haber abierto las puertas correderas, coger al niño y llevárselo. Estábamos él y yo solos contemplándonos. Y estaba pensando volver atrás y tocar el timbre de la puerta cuando sentí una mano en el hombro.

—¿Se le ha perdido algo aquí? —dijo una voz de hombre joven.

Era el padre del niño, que me había visto y había salido por otra puerta para sorprenderme, lo que me alegró bastante. Por lo menos el niño estaba relativamente protegido por él.

—Lo siento. No deberías dejar la puerta de la cancela abierta.

Me miraba pidiendo explicaciones.

—Soy amigo de Sandra. Necesito verla urgentemente.

Ahora me miraba pidiendo más explicaciones.

—¿Es el hijo de Sandra? —dije dirigiendo mi vista hacia el niño.

No estaba dispuesto a decirme nada.

—No sé si te habrá hablado de mí, de Julián.

—Creo que sí, alguna vez.

—¿Puedo pasar? —dije—. No quiero que me vean aquí.

—Que te vean, ¿quiénes? —preguntó devolviéndome el tuteo, aunque yo podría ser su abuelo, cosa que no me disgustó porque denotaba mala leche y falta de respeto, y todo lo que necesitábamos para luchar era eso. Siempre me ha parecido que el respeto encubre cierta idolatría.

—Creo que no sabes nada, o muy poco —dije.

Era una roca, estaba acostumbrado a no hablar de más.

—Muy poco ¿de qué?

—De lo que ocurrió aquí en Dianium hace un año y medio.

El niño todavía estaba en el corralito y él empezó a liarse lo que parecía un porro o un canuto, no sabía cómo se le llamaría ahora.

—Yo de ti —le aconsejé— no lo haría, necesitamos estar al cien por cien de reflejos. Imagina que en lugar de ser yo quien ha entrado en la casa hubiese sido un chaval de veintitantos con ganas de raptar a tu hijo.

Pasó la lengua por el borde del papel, fino como ala de mariposa, y luego lo encendió con un mechero con el nombre de un bar. Enseguida se consumió la punta, ardió velozmente y dejó un olor intenso a hierba. Lo sostenía entre los dedos con mucha destreza, se lo llevaba a los labios con un estilo consumado. El niño nos miraba sentado, con las piernas abiertas como si fueran de goma. Tenía los ojos muy grandes y negros.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Creo que ya es hora de que te marches. Tengo cosas que hacer.

Miré el reloj, no avanzábamos y tendría que marcharme sin hablar con Sandra.

—Tú eres Santi, ¿verdad?

Pegó una calada profunda y larga y disparó lo que quedaba de filtro al jardín con dos dedos.

—Te presentas aquí por las buenas y crees que lo sabes todo de nosotros —dijo.

—Sé lo que he visto y lo que me ha contado Sandra. Vamos a necesitarte.

Sonrió con la misma incredulidad con que habría sonreído yo de ser él.

—Está bien, soy yo quien te necesita. ¿Estarías dispuesto a ayudarme si Sandra me apoya? ¡Ah!, dile que ya no tengo coche y que cada vez me resulta más difícil subir al Faro.

Geralda esperaba en el coche con las manos apoyadas en el volante y el mismo gesto que ponía en el jardín o en el comedor cuando pensaba muy profundamente, imagino que en su esplendoroso pasado.

—He bajado hasta el mar y no te he visto —dijo mientras arrancaba suavemente escudriñando el retrovisor.

No contesté. Su pregunta perdió importancia al ver a Sandra mirándome de pie en la desembocadura de su calle.

Sandra

Pantalones cortos, camiseta de tirantes, gorra visera, gafas de aviador, sandalias planas. Una de tantas chicas que se veían por el pueblo y la playa a todas horas. No había ningún rasgo reconocible en mí. El caballete de la nariz me lo tapaba la montura de las gafas, y los ojos, quizá lo más característico por su color verdoso y porque se inclinaban ligeramente hacia abajo, los ocultaban los cristales de espejo. Los hoyuelos al lado de la boca —que Janín había heredado de mí— solo asomaban si sonreía, algo bastante improbable en estos momentos. Por lo demás, nada destacable a lo que agarrarse para alguien que tuviera que describirme. Con el plano que me hizo el conserje de la peca del hotel Costa Azul en la mano, le dije a Santi que debía hacer algo urgente y que necesitaba el coche, y que pusiera a cocer la pechuga de pollo con las verduras, la zanahoria, el tomate y una patata, que a la una del mediodía lo hiciera puré y se lo diese a Janín.

Santi iba a decir algo, pero le corté.

—No lo haces por mí, lo haces por tu hijo. No te pido que cuides de mí, sino de él. No es a mí a quien vas a dar de comer sino a él. Ya sé que piensas que estás encargándote tú solo del niño, pero creo que es un privilegio que puedas hacerlo. Algún día recordarás con verdadera emoción todo el tiempo que estás pasando con él, la satisfacción de poder cuidarle, de ver cómo se acostumbra a ti y cómo, gracias a tus purés y biberones, está sano y fuerte y precioso.

Cuando terminé de hablar, cogí las llaves del coche del armarito de la entrada. Él me escuchaba con la boca abierta. Janín lloraba por el dichoso diente y porque probablemente había que cambiarle el pañal. Santi ya no se ponía nervioso cuando le oía llorar con desconsuelo.

—De acuerdo —dijo—, pero ¿por qué te has disfrazado así?

No quería que en Tres Olivos me identificaran con el ruido de una motocicleta y por eso cogí el coche. Me acercaría muy despacio a la residencia y, si consideraba que el auto podía llamar la atención, retrocedería y aparcaría en algún remanso del camino. Las doce me parecía una hora prudente para encontrarle, en cuyo caso no sabría bien qué decirle sin comprometerle. Ni siquiera sabía si me reconocería con esta pinta, pero debía intentar que comprendiera que yo también quería verle.

No había pérdida. En el camino destacaba una gran piedra blanca lisa con las letras Tres Olivos de hierro enganchadas en ella. A la entrada había un par de coches, así que lo aparqué ahí. Las instalaciones tenían un aire decadente, de balneario del siglo pasado. Los árboles se reflejaban en las cristaleras.

Sin un plan claro que seguir, entré y me dejé llevar. Tiré hacia la izquierda, por donde asomaba una claridad verdosa de jardín. Había gente de la edad de Julián y algunos más jóvenes sentados o paseando. En el porche, sentado en un sillón de

mimbre muy historiado, vi al que me pareció el Carnicero. No me resultaba tan familiar como otros de la Hermandad, que, quizá debido al estrés que sufrí, se me grabaron lo suficiente como para tener pesadillas con ellos. Pero la que me conmovió y me confirmó que aquel ser descomunal era el Carnicero fue la presencia de Frida. Sus ojos intensamente azules y sus piernas incansables casi me hicieron tambalear, y su visión me obligó a retroceder hacia un lugar más seguro. Ya no llevaba esas trenzas que tanto miedo me daban, ahora tenía el pelo corto con trasquilones, y tristeza o profunda decepción en su cara de mala hostia. Estaba muy rara. En cierto modo era normal, su mundo se desmoronaba. Ya no podía limpiar Villa Sol. No podía vigilar su pureza, ni bañar todos sus rincones con el perfume de las añoradas cumbres nevadas de su mundo perfecto. Por su nueva actitud no parecía que continuar siendo la perra del Carnicero la volviese loca, puede que hacer el mal hubiese dejado de ilusionarle. Incluso la maldad decepciona. A veces me había preguntado si hacer el bien no estaría sobrevalorado, puesto que no siempre se encuentra gratitud ni recompensa, porque al universo le importan una mierda la bondad y la generosidad, e igualmente la crueldad y el odio. Ahora comprendía las reticencias de Julián para que viniera a visitarle. Y sobre todo comprendía que se las había ingeniado para meterse en la boca del lobo.

Frida estaba tan sumida en su metamorfosis que, aunque me hubiese exhibido a las claras sin protegerme tras una columna, una palmera o unas gafas, no me habría reconocido. A los cinco minutos, Frida, ayudada por la misma mujer desgredada que vi con Martín en el coche, condujo al Carnicero a alguna parte, a su cuarto probablemente. Andaba ocupando todo el pasillo, por la corpulencia y porque se iba de un lado a otro, como si cada pierna tirase para un sitio diferente. La mujer desconocida le animaba con frases del tipo: usted puede con todo, adelante, un último paso, campeón. Lo de campeón le irritó profundamente y casi tiró de un empujón a la mujer, lo que no la desanimaba para seguir ayudándole. Sin embargo Frida actuaba con desgana, cumplía con su deber sin demasiado entusiasmo, una novedad que me hizo distraerme del verdadero propósito de esta visita. Eché un vistazo más por el jardín y por un comedor anejo. No había ninguna cara conocida y debía retirarme antes de que volviese Frida, a la que siempre imaginaría, el resto de mi vida, con aquellas trenzas del color de la paja en verano, entrando, hacía un año, en mi habitación de Villa Sol y arrastrándome escaleras abajo hacia el infierno.

Cuando me encaminaba a la salida de Tres Olivos, la encargada de recepción, una mujer de unos cincuenta años, con mucha vida en su piel, bronceada hasta la extenuación, y la franqueza de alguien para quien el mundo es un lugar seguro, me preguntó si deseaba algo.

Desear, qué palabra. Hacía un año desear era un concepto muy simple que se cumplía o se frustraba. Ahora deseaba que no se cumplieran los deseos de la Hermandad en contra de Julián. Le dije que deseaba encontrar a una persona, pero que no estaba segura de que estuviera en esta residencia. Le di un nombre cualquiera

y ella me confirmó que, en efecto, no le sonaba. Y antes de que comenzara a consultar los archivos abandoné el edificio y me subí al coche. Pero me detuve cuando vi salir a Frida y a la otra mujer. Frida montó en una bicicleta y la otra en un coche. Fui tras ellas por caminos de tierra bordeados de naranjales y viñedos, y luego por la carretera general. Ya sabía dónde vivía Frida, a no ser que hubiese cambiado de casa. Me interesaba más la mujer desgredada, así que me lancé tras ella.

Vivía en la ladera del monte, en una pequeña casa con un patio que parecía que iba a rodar hasta el mar. Salieron a recibirla el perro de Elfe, de nombre *Thor*, que a todas luces se iban pasando de uno a otro, y dos personas más que no conocía; en la ventana me pareció ver la cabeza de Martín, lo que me hacía temer que mientras hubiese fanáticos habría hermandades de fanáticos. Di la vuelta lo más rápido posible. Estaba muy preocupada por Julián, tenía que contarle mi encuentro en la playa con Martín.

Según iba acercándome a la casita iba pensando cómo convencer a Santi de que se marchase a Madrid con Janín, o mejor a cualquier otra parte, que fuese a ver a sus padres a Canarias. Les daría una gran alegría ver a su nieto. Debía decirle que tuviera mucho cuidado y que no le dijese a nadie adónde iba. Tenía la sensación, cada vez más creciente, de que estábamos en los preliminares de momentos duros y difíciles, y que lo importante estaba por llegar.

No entendió mi propuesta, lo que tampoco era extraño porque Santi no podía comprender desde la nada más profunda. Él no sabía nada. Al volver de Dianium a Madrid un año atrás le conté algo de Julián y de los nazis que se escondían aquí desde que perdieron la guerra, pero creo que nunca llegó a tomárselo en serio, me escuchaba con incredulidad. A mí me habría ocurrido igual, esa es la realidad. Lo que no se ve y no se siente siempre suena a exageración.

Para él todo el raro asunto de Julián era un pretexto para quedarme a solas con mi amante.

—Te estorba tu hijo, ¿verdad?

—Nunca creí que fueras a caer tan bajo pensando eso de mí —le dije, tratando de sentirme indignada sin poder evitar que mis preocupaciones fueran otras.

—No madurarás nunca —soltó él, en un serio intento de convertirse por un instante en mi centro de atención.

Debería haberme enfadado mucho, pero lo realmente importante era convencer a Julián de que desapareciese o tal vez acabar con lo que quedaba de la Hermandad, lo que era demasiado temerario en una madre que no quería dejar huérfano a su hijo.

—Tengo que trabajar —dijo, abriendo el ordenador.

Estaba segura de que si estuviera enamorada de él y se lo demostrara, todo lo que estaba haciendo, cuidar de nuestro hijo, pasar mucho tiempo a solas con él y soportar mis escapadas casi secretas, lo haría de mil amores y estaría contento. Lástima que no

pudiese recompensarle como él quería, lástima que necesitase que se le recompensara.

Julían

De pronto comenzaron a caer sobre el jardín gotas grandes y calientes, que salpicaban las mesas de madera, las hojas verdes y las sillas. Tres o cuatro me calaron la camisa y se estrellaron contra la visera de mi gorra. Del futuro llegaba un profundo olor a tierra mojada que me infundió ganas de vivir y de ser como sería si pudiera olvidar a mi antojo. Intenté correr hacia dentro con los otros para que no se me estropeará la chaqueta. Era mezcla de algodón y lino, y con el agua se quedaba hecha un guiñapo. Sin embargo, no tuve más remedio que replegarme cuando vi aparecer a Frida para apostarse bajo uno de los enormes brazos del Carnicero. Me quedé asombrado y maravillado al verla, lo que quizá me hizo exponerme más de la cuenta. No podía dejar de mirarla. Se había cortado el pelo y por los trasquilones daba la impresión de que se lo había cortado ella misma en un momento de desesperación, o alguien con muy mala leche. ¿Tendría algo que ver el Carnicero en este asunto? ¿La indujo su desprecio a coger unas tijeras para trasquilarse? ¿O en un arrebato él ordenó a Martín o a cualquier otro que se lo cortara sin ningún miramiento? El caso es que su cuidada melena había ido a parar al cubo de la basura.

Ahora casi siempre estaba por aquí por si se la necesitaba, cada vez más delgada y desmejorada, por cierto, como cuando uno se enamora o como cuando uno se odia a sí mismo y de paso al mundo entero. Y esta vez casi me ve, casi me distingue en la mancha borrosa de las gorras, las gafas y las arrugas porque solo quedaba yo en el jardín, bajo una palmera. Se me quedó mirando fijamente y no me moví, no pestañeé, dejé que su mirada me atravesara como un rayo. La tenía distinta, vidriosa, no bonita, con el mismo extraño brillo que las bombillas en el instante mismo de fundirse. Algo no iba bien para Frida. ¿Con la cabellera le habían arrebatado la fuerza, como a Sansón? En cualquier otro momento su fanatismo la habría alertado del tipo de la gorra y las gafas grandes de sol, camisa de rayas y chaqueta azul claro. Habría sospechado de mí y eso la habría llevado a recordarme. En sus buenos tiempos su cometido principal era ese: sospechar y considerar enemigo a cualquiera que no formase parte de la Hermandad, e incluso encargarse de que ningún «hermano» hiciese tonterías. En cambio, ahora algo la había obligado a bajar la guardia por completo. Algo mucho más importante que la conservación de su especie. Era fácil suponer que se sentía herida y humillada.

En su mirada había rencor. Y ese odio era más importante para ella que alguien como yo. Desvió la vista de mi persona y cargó sobre los hombros con la parte que le correspondía del Carnicero. La otra parte la soportaba un enfermero. Desde que mis jugarretas lo habían descontrolado y gritaba y pegaba puñetazos porque creía que no se acordaba de nada, lo mantenían drogado y no podía con su repugnante alma, menos aún con sus piernas.

Faltaba un buen rato hasta la hora de la cena, un rato que yo pensaba emplear poniendo en orden mis notas y pensamientos, quizá llamando a Esther para decirle,

sin decírselo, cuánto la quería y cuánto habría dado por ser otro tipo de padre, un jubilado normal con un par de *hobbies*, como mis amigos de la partida de los jueves en Buenos Aires. Suponía que ya no me echarían de menos. Al principio se preguntarían por qué tardaba tanto en regresar de España, pero luego comprenderían que no había vuelta atrás.

Sería mejor esperar a que llamase mi hija cuando se encontrara en forma para hablar con su anciano padre en la otra punta del globo, haciéndose mil cábalas sobre cuál sería mi estado real. ¿Para qué intranquilizarla más cuando podríamos aprovechar cada uno por nuestra cuenta este momento de otro modo?

Me encaminé hacia el cuarto del Carnicero. No lo hice con sigilo sino abiertamente, porque no había nada raro en visitar a los compañeros y entretenerles.

La puerta estaba abierta.

Él ocupaba toda la cama a lo largo y ancho. Le dije:

—Hola, ¿estás mejor?

Se incorporó un poco medio sorprendido, medio dopado. No me quité la gorra ni las gafas para que no me reconociera. Eché un vistazo: ya no había cámaras. Consideraban zanjado el asunto. No era extraño que a su edad sufriera alzhéimer o demencia senil.

—¿Quieres un poco de agua?

—¿Quién eres? —preguntó con dificultad.

Serví agua en un vaso sin contestar y se lo di. Me senté a su lado. La mano le temblaba tanto que tiró la mitad en la colcha.

—Vengo a despedirme porque vas a vivir muy poco.

—¿Quién cojones eres? —dijo en un español aprendido a trompicones y de muy mala manera, que a veces se le mezclaba un poco con el árabe egipcio.

Saqué otra almohada del armario y la coloqué sobre la otra. Le acomodé la cabeza.

—Toma, recuéstate, y no te alteres si es que quieres saber lo que ocurre. Si te vuelves loco, llamo a los enfermeros para que te pongan una inyección.

Cruzó las manos sobre la gran barriga.

—No te conozco —dijo.

—Más de lo que crees, pero da igual, lo que importa es que hoy, mañana, tal vez en unos días, uno de los tuyos va a matarte.

Volvió la cabeza hacia mí y continué.

—Puedes pensar lo que quieras, pero la realidad es que eres un estorbo, como lo fue Elfe. Con alzhéimer no puedes seguir siendo el gran líder que eras, tendrán que internarte en una clínica especializada, donde harían preguntas sobre ti y donde tus amigos llamarían la atención... Y todo eso, ¿para qué? ¿Para alargar una situación sin retorno?

Levantó la cabeza para mirarme, más aterrado de lo que creí que a estas alturas pudiera estar.

—¿Tú qué harías en su lugar? —dije.

La dejó caer de golpe.

—Otra posibilidad es que alguien que te odie aproveche tu enfermedad para quitarte de en medio. No todos los tuyos te aman, Bert. Pero la buena noticia es que no estás enfermo. Estás bien. Continúas siendo el mismo criminal sin escrúpulos de Mauthausen. Yo cambié la estilográfica, puse el cuaderno en el bolsillo de tu americana e hice otras muchas cosas. De todos modos, te recluirán o te matarán. No tienes escapatoria.

Le costaba hablar. Lo que le decía entraba en su mente adormilada como un sueño. El sedante que le habían puesto en la comida iba haciéndole efecto. Abrió la boca e intentó tocarme con la mano, apresar algo de mí, sin lograrlo. Interpreté lo que quería preguntarme y le respondí.

—Es verdad. Lo que estoy diciéndote es la pura verdad. Siempre has sido un enfermo, aunque no de alzhéimer. Estás enfermo del alma.

No podía contestar. No podía hacer nada. Estaba quedándose dormido trágicamente, intentando despertarse a base de gruñidos.

Salí del cuarto del Carnicero con toda la desenvoltura de que fui capaz, no había nada de malo ni sospechoso en visitar a un compañero en apuros. De todos modos, me alivió ver a Frida repantingada frente al televisor con la mirada perdida entre las imágenes de un concurso, pensando en su cabellera perdida, en su juventud perdida cuidando al Carnicero, pensando en que, a pesar de la Hermandad, estaba sola. Sola. Tenía el gesto reconcentrado de estar tomando plena posesión de su soledad. A partir de aquí, Frida podría convertirse en un arma descontrolada.

Miré el reloj. En una hora más o menos el Carnicero se despertaría y comenzaría a gritar, y le contaría a Frida todo lo que le había dicho un tipo que había entrado en su cuarto y se había sentado en el borde de la cama para confesarle que era él quien se llevaba sus recuerdos, los cuadernos, las plumas estilográficas, y lo cambiaba todo de sitio. A pesar de que ella venía exudando odio hacia él desde antes del tijeretazo de pelo, yo no podía estar seguro de su reacción. Puede que llamase a Sancho el empollón y comenzaran a investigar. O bien no lo tomase en serio y pensara que había sufrido una pesadilla. O, llevada por su inmensa soledad, le importase una mierda, como diría la antigua Sandra de pelo rojo, lo que pudiera ocurrirle a una bestia parda que ella había adorado hasta la humillación y, en cierto modo, mutilación, que ahora le había hecho caer en la cuenta de que el mundo era inmenso e insondable fuera de los muros de la mente de su amo.

Sentía la incertidumbre de Frida como si fuera mía y no podía fiarme, así que pensé que lo mejor sería volver a mi cuarto y buscar algún escondrijo para el cuaderno de tapas negras aún en mi poder, y que no había enviado a mi organización junto con el resto de la documentación. También debería esconder las fotos de Otto y

Violeta por si acaso. Todo dependía de adónde dirigiera Frida su perspicacia de soldado.

Sandra

Volví a inventar otra excusa para Santi y regresé a la casa de la desgredada, en la ladera del monte. Albergaba el secreto deseo de que Alberto estuviera allí, de que hubiese ido de visita o a controlar los flecos que iban quedando de la antigua Hermandad. Martín no quiso decirme nada de él, tampoco Julián. Pasaron por alto mi pregunta como si hiciese mucho tiempo que no lo veían, como si se hubiera marchado a vivir a otra parte sin avisar a nadie. Alberto siempre fue diferente al resto de la Hermandad. Tampoco se parecía a mí. Era reservado y observador, era romántico y me salvó la vida. ¿Qué hacía metido en algo así? En cuanto le echara la vista encima se lo reprocharía. Le diría: deja toda esta mierda y vámonos lejos, donde no nos encuentren. Por supuesto sería una manera de hablar porque no podía desaparecer con mi hijo, ya encontraríamos la forma.

Era una zona muy agradable y agreste entre árboles, arbustos y flores grandes y coloridas, que me obligaba a hacer maniobras imposibles para que pasaran otros coches y para torcer por caminos que finalmente me condujeron a la casa. Un buen sitio para ocultarse sin esconderse. La ladera era un laberinto de construcciones encaladas o de piedra medio sepultadas en la naturaleza, de la que enseguida salieron dos perros: *Thor*, el perro de Elfe, que no recordaba si me había olido alguna vez; detrás del perro, la mujer desgredada y tras ella Martín. Cuando bajé del coche estábamos todos.

Martín trataba de disimular su sorpresa.

—Yo también sé encontrar a la gente —dije.

La desgredada llevaba un vestido de flores que en su cuerpo parecía una bata de andar por casa. ¿Cómo una mujer de aspecto tan normal, con unas cangrejas moradas en los pies, podía estar metida en el mismo asunto que Martín, Frida y el Carnicero? Miró muy seria a Martín. Parecía que no le costase nada pelearse con quien fuera en cualquier momento. Parecía tener las ideas muy claras y la tensión bastante alta.

—¿La conoces?

Martín la cogió por los hombros.

—Es una vieja amiga —le dijo—. Es esa, ya sabes, la que buscábamos.

Me quedé absorta en las cangrejas moradas. Cuando levanté la vista ambos me miraban fijamente.

—Me alegra que lo hayas pensado mejor, ¿dónde está el viejo? —dijo Martín.

Creía que iba a preguntarme cómo había localizado su casa, pero Martín iba a piñón fijo.

Señalé con la cabeza a la desgredada.

—Puedes hablar, es mi madre.

Iba a exclamar: ¿tu madre? Nunca imaginé una madre para Martín, ni tampoco para Alberto, ni para Frida.

—¿Tu madre? —pregunté finalmente.

—Desembucha o ya sabes lo que ocurrirá.

—No sé nada de él, no tengo ni idea de su paradero. ¿No se te ha ocurrido pensar que podría haber muerto? Era muy viejo.

—Los muertos dejan rastro, y este no ha dejado ninguno.

—Podría haberse marchado a su país. Ya no tenía mucho que hacer aquí.

—Bueno, eso no está tan claro —dijo Martín bajo la atenta y airada mirada de su madre.

—No he venido para hablar de Julián, sino de Alberto.

Madre e hijo se cruzaron rápidas miradas.

—¿Es ese Alberto? —preguntó ella.

Él cabeceó afirmativamente.

—Esta y él se liaron.

—Ya —dijo ella.

—¿Usted también conoce a Alberto?

Creo que mi voz sonó demasiado anhelante.

—Lo conocía —contestó ella con un punto de malicia en la voz—. Murió.

—¿Cómo dice?

Siempre que estaba excesivamente nerviosa, preocupada, las veces que me había encontrado entre la vida y la muerte, me quedaba medio sorda, como si el razonamiento estuviera unido al oído. No entendí lo que me dijo esa buena mujer.

—Murió. Era un chico muy delicado de salud.

No la creí, no podía ser. Martín tenía la cabeza gacha como si yo le diese pena. Me marché corriendo al coche. Cerré de un portazo. *Thor* me ladró despidiéndose, como diciéndome algo.

Julían

El cuaderno estaba en la maleta y las fotos en un sobre bajo el colchón. Con ambas cosas en las manos, me senté en la cama tratando de descubrir algún ángulo o recoveco nuevo. Salva había encontrado uno para el rollo con los negativos, que ya no me servía. Para el cuaderno necesitaría un hueco estrecho y alargado o una superficie plana donde pegarlo. No me encontraba demasiado lúcido. Últimamente ni siquiera descansaba después de comer, no podía desperdiciar el tiempo. Quizá sea importante lo que sienta al final de todo, un segundo antes de la muerte, porque después no lo recordaré, no habrá un después. En el fondo es igual que alguien se muera con la conciencia tranquila o no, puesto que no influirá en el futuro. Da igual que la vida haya sido o no plena. Todo da igual, salvo para el que se queda. Cuando una mano me cierre los ojos, los deseos cumplidos y no cumplidos habrán desaparecido. Y, sin embargo, no puedo dejar de hacer lo que tengo que hacer.

Me arrodillé en el suelo y pasé la mano por debajo de la mesa escritorio. Coloqué el cuaderno. Si a las empleadas de la limpieza no les daba por limpiar allí, sería el lugar perfecto. Bajé al cuarto de mantenimiento, donde había herramientas, y cogí un rollo de cinta aislante. Por lo menos, si me localizaban y registraban mi cuarto, no lo tendrían tan fácil.

Hice un gran esfuerzo para volcar la mesa sin demasiado ruido y lo conseguí. Tuve que sacudirme los brazos varias veces para que circulara la sangre. Tomé el cuaderno y la cinta dispuesto a colocarlo junto al listón del borde. Y entonces vi unas letras algo desvaídas sobre la madera. Me quité las lentillas y me puse las gafas de culo de vaso para ver mejor.

Era la letra de Salva en bolígrafo negro, que se había corrido en algunas letras. «38°48'30''N O° 07'00''E. Amigo mío». Era todo lo que ponía.

¿Qué significaba esto? ¿Era yo el destinatario de este extraño mensaje? En cualquier caso, había llegado hasta esta habitación y esta mesa. Yo era el único que lo había visto y por tanto era su «amigo mío». Lo apunté en un papel y pegué el cuaderno a la madera. Desde luego, si Salva lo había elegido para mandarme un mensaje es que era lugar seguro. También pegué el sobre con las fotos de Otto y Violeta.

Sentía una gran emoción y me palpé el bolsillo donde guardaba la pastilla de nitroglicerina; luego recordé que hacía bastante que no bebía agua y me tomé dos vasos seguidos. Seguro que Esther vivía preocupada por estos detalles.

El enigma Violeta iba señalándome un camino que no sabía adónde me conducía, pero al que necesitaba llegar. Si Salva me había legado los negativos de Otto y Violeta era porque la clave estaba en Otto. Ya había descubierto que a Violeta la mataron. ¿Por qué? Por algo relacionado con Otto. Salva se acercó a Violeta para

conocer ese secreto y también lo mataron. Pondría la mano en el fuego de que quería que yo llegara hasta el final, ¡qué bárbaro! Como si fuese a vivir doscientos años.

Sandra

Cuando Julián me contó que, después de mi marcha a Madrid hacía un año, denunció a la Hermandad y cómo tuvieron que huir a toda pastilla esos viejos nazis que yo por suerte o por desgracia conocí, me vino a la mente la imagen de Karin subiendo artróticamente la escalera para recoger sus joyas de la caja fuerte empotrada en el armario de su cuarto. Las guardaba todas revueltas en una caja, donde yo un día metí la mano con toda la aprensión del mundo y por necesidad. Karin era codiciosa, y por muy urgente que fuese la huida jamás las habría abandonado. Debió de meter la caja en una bolsa y después pasaría los retorcidos dedos por la seda de los vestidos y la piel de los abrigos colgados de las perchas. Los contemplaría con los pequeños ojos que le habían quedado de los grandes ojos azules de las fotos de su juventud, del mismo modo que los cuatro pelos rizados que le caían sobre los hombros desequilibrados eran restos de aquella melena rubia entre la que se metían los rayos de sol para dorarla aún más cuando ella y su marido Fred confraternizaban con el Führer. Karin querría haber escapado con todo lo que ella fue, cosas y más cosas por las que había robado y matado. Pero Fred, con las palabras más cariñosas que sería capaz de encontrar, le advertiría que tal empeño era imposible y que debían salir pitando. Le diría que los alevines de la Hermandad recogerían sus pertenencias y se las mandarían a su nuevo hogar. Un nuevo hogar, otro hogar, diría Karin llorando porque le gustaba mucho llorar delante de Fred. Él la cogería por el brazo con una mano y con la otra cargaría la bolsa con las joyas. Fred tenía las manos más grandes que yo había visto en mi vida, con huesos y tendones tan marcados que parecían pintados encima de la piel. También tenía los pies grandes, en consonancia con su estatura. Andaba como si el suelo quemara, subiendo y bajando los hombros en cada pisada. No abusaba del alcohol ni del azúcar ni de los productos con colesterol, le gustaba el té verde a media mañana, por la tarde y por la noche. En su juventud fue un gran deportista y un asesino importante a las órdenes del Führer. Nunca olvidaré sus pisadas subiendo la escalera de Villa Sol y acercándose a la puerta de mi cuarto, ni sus manos aproximándose a mí en la cama. Nunca olvidaré los pequeños ojos de Karin clavados en mi barriga. Su cara por fin expresaba quién era.

Villa Sol era una mansión hermosa, bañada por la luz verdosa del jardín, invadido a su vez por el sol como si entre las ramas de los árboles hubiese bombillas encendidas. Por la ventana de la cocina se colaban las hojas de un níspero, y era muy agradable verlas mientras me untaba la mantequilla en la tostada. En el salón frente a la chimenea se extendían dos sofás de piel de vaca. En uno se tumbaba Karin y en el otro yo, mirando las llamas o los culebrones que le gustaban a Karin. Era muy romántica y le chiflaba el momento del primer beso. No sé cómo tardé tanto en darme cuenta de que me daba miedo.

Julían

Por suerte en esta zona refrescaba por la noche. Hacía incluso algo de frío y tenía que taparme con la sábana y la fina colcha marrón, a juego con las cortinas y el cojín de la silla. Así que a eso de las dos de la madrugada, cuando sentí el cuello y los brazos completamente fríos, con el peligro consiguiente de una tortícolis, decidí levantarme para cerrar la ventana. Pero antes asomé la cabeza para respirar profundamente el aire con olor a pino que llegaba del monte. En el cielo parecía que las estrellas se apretaban unas contra otras, y entonces oí un susurro que durante el día habría resultado imperceptible, pero que en la oscuridad se amplificó por el *parking*: «Cuidado, no hagas ruido». Era la voz de Frida, lo que me obligó a sacar más la cabeza. Ella y el que parecía Martín empujaban la silla de ruedas del Carnicero, tratando de que su cuerpo no se desparramase por los lados y de mantenerle la cabeza, coronada con una gorra de marinero, más o menos erguida.

Lo llevaron hasta el Mercedes negro del propio Bert, donde esperaba alguien al volante. Solo me sentía completamente seguro de la identidad de Frida y el Carnicero porque todo sucedía entre la luz tenue de algunas farolas, entre sombras. Trataban de que las ruedas de la silla hicieran el menor ruido posible. A nadie le importaban esos pequeños ruidos, a la mayoría solo le importaba la propia vejiga y no sufrir un infarto durmiendo. A nadie, salvo a mí, que me estaba guiando por la luz de las estrellas, sin encender la de mi habitación.

Aunque primero pensé que el Carnicero estaba profundamente dormido, desmayado casi, ahora sospechaba que estaba muerto. Me lo confirmó el hecho de que lo echaran entre los dos en el maletero como un fardo. Un fardo muy grande y pesado. Frida volvió con la silla de ruedas, que medio volaba sobre los adoquines, la dejó en el vestíbulo y regresó corriendo al Mercedes. Lo observé ir marcha atrás con los faros dirigidos hacia mi ventana. No logré averiguar quién conducía. Me hice a un lado, de modo que lo único que podrían ver de mi cuarto sería el armario.

Me fue imposible volver a dormirme. Permanecí sentado en la cama como un pasmarote hasta que empezó a dolerme la espalda. El Carnicero había muerto. Ahora sí que mi diversión había acabado, aunque debía reconocer que últimamente mortificarle casi se había convertido en un engorro. Tenía otras preocupaciones. Solo esperaba que su agonía hubiese sido terrible y que sufriera todo lo posible. La pregunta era: ¿por qué no se había armado la de Dios? ¿Por qué se llevaban el fiambre en medio de la noche? ¿Por qué no le hacían un entierro como a Elfe? En definitiva, ¿por qué no querían que nos enterásemos de su fallecimiento?

Por la mañana me encontraba aturdido. No había pegado ojo, ni siquiera con el medio Orfidal que me metí previendo que al día siguiente debería rendir al cien por cien si quería enterarme de algo.

Bajé tarde al desayuno, con las consiguientes malas caras de las encargadas de la cocina, a las que les faltó decirme que aquello no era un hotel, y en efecto no lo era. Siguiendo la lógica inquebrantable de la vida y la muerte, el Carnicero no estaba. Decidí no preguntar para no llamar la atención. En el jardín, el sillón Emmanuelle inundado de cojines de flores permaneció vacío toda la mañana. En el cobertizo del *parking* el Mercedes había ocupado de nuevo su sitio.

Me interné entre los coches y sin enemigos a la vista escudriñé el vehículo del Carnicero. En las ruedas había arena apelmazada como si recientemente hubiese estado húmeda, e incrustadas en ella se observaban piedrecillas. Evidentemente lo habían llevado a alguna cala donde se le pegó arena y piedras en las ruedas. En el cristal trasero se notaba el impacto de algunas gotas, que habían dejado un pequeño círculo de sal. Era una suerte ver todo esto antes de su inminente limpieza. Intenté abrir el maletero sin tiempo ni tranquilidad para maniobrar, y sin ninguna fortuna. Pensé que encontraría pelos del Carnicero e incluso su gorra. A ellos no parecía preocuparles dejar ningún tipo de rastro.

Incluso podría tratarse de una pesadilla, si no fuera por la presencia de Frida y Sancho al mediodía. Mientras los demás se tomaban el postre, yo no perdía de vista su expedición hacia el despacho de Pilar y su posterior regreso. Lo más llamativo fue que no se llevaran el coche del Carnicero, puesto que ya no pintaba nada aquí y porque podría comprometerles.

La relación entre Pilar y yo se encontraba bastante interrumpida. Las pocas veces que cruzábamos alguna palabra parecía que lo hacíamos con poca cobertura, desde las cumbres de las montañas o en alta mar. Casi la rehuía, porque comunicarme con ella me imponía un esfuerzo extra muy fatigoso, y preferí preguntarle a Geralda por la ausencia de Bert.

Como yo, tampoco ella había pasado buena noche. La había despertado un coche al arrancar a eso de las dos de la madrugada y no pudo volver a dormirse.

—¿Viste qué coche era?

La pregunta dejó su mirada, sus pensamientos y todo su cuerpo en suspenso unos segundos y pasé a otra cuestión. Ni siquiera a Geralda podía contarle nada aunque lo deseara. Era una cuestión de protocolo: no decir jamás nada a nadie en ninguna circunstancia. En mi barco no cabía más gente que Sandra.

—Estoy preocupado por Bert. No lo he visto en el desayuno ni en la comida — dije.

—Se ha marchado, pobre Bert. Me lo ha dicho una enfermera. Sus familiares se lo han llevado a su país antes de que pierda más facultades. Quieren que pase sus últimos días en casa, rodeado de los suyos.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Esta mañana temprano. Creo que han venido a hablar con la encargada y a firmar unos papeles.

Supuse que los familiares en cuestión eran Frida y Sancho.

Para Pilar mejor. Seguro que no había hecho muchas preguntas ni había puesto pegatas. Le quitaban un peso de encima, una muerte más, un entierro más; la libraron de la ambulancia de madrugada, sus luces inquietantes y el efecto en el resto de residentes. Si esos familiares y amigos que tanto le acompañaban y que se gastaban un buen dinero extra en sus cuidados habían decidido trasladarlo a su país, bien trasladado estaba. Los comprendía perfectamente.

Pasé por la habitación del Carnicero. Estaban limpiándola y metiendo su ropa en cajas. Los papeles y documentos ya habían desaparecido.

—Vendrán mañana a recoger sus pertenencias —dijo Pilar detrás de mí.

—Es una pena, ¿verdad? —contesté.

—Bueno —dijo—. Lo prefiero así.

Eché un vistazo alrededor. Se me había quitado el sueño de golpe. En el baño no quedaba un solo medicamento y la ropa de la cama estaba en perfectas condiciones, con la doblez del planchado hecha. Olía a vómito recientemente fregado. La colcha del Carnicero era diferente al resto de colchas de la residencia, pero esta era diferente a la de siempre. Habían tenido que improvisar y actuar deprisa. Todo apuntaba al suicidio, a una ingesta masiva de fármacos. De habérselo cargado Frida le habría bastado con una inyección, no querría limpiar tanta porquería.

Cogí la calavera pisapapeles de encima del escritorio y la metí en una bolsa del supermercado que había tirada por allí.

Me sentía muy bien. El día era muy azul. Ya sabía lo que habían hecho: condujeron el coche hasta el embarcadero de los apartamentos Bremenn y desde allí se llevaron el cuerpo para hundirlo en alta mar. De este modo su familia no podría cobrar la legendaria póliza de seguros que certificaría su muerte y su leyenda seguiría viva. Era mejor una leyenda que un decrepito ídolo con alzhéimer.

Después de personarme en su cuarto y contarle que a su memoria no le pasaba nada, el Carnicero no pudo soportar que lo trataran como a un demente patético, que lo drogaran, que lo compadecieran. Su impotencia para demostrar que estaban equivocados era absoluta. Debió de sentirse terriblemente solo.

Tenía ganas de contárselo a Sandra y de descorchar una buena botella de champán aunque en ello se me fuera la mitad de la pensión, ¡qué carajo!

Sandra

Cualquier cosa que me dijera Santi me molestaba. El poco poder que últimamente tenía sobre mí lo desvanecía la presunta muerte de Alberto. Sabía que era mentira, que era una maldad de esa mujer horrible que había parido un hijo sin luces de ninguna clase. Hice mal en preguntar. ¡Qué tonta!, ¿de verdad esperaba que me dijeran dónde encontrarle? ¿Es que acaso yo les había confesado dónde estaba Julián? ¿Y si Alberto estuviese tan cerca de mí como Julián de ellos? Estaban tan obcecados en sonsacarme a mí la información que no se habían dado cuenta de que lo tenían delante de las narices, en la misma residencia del Carnicero. Era como para morir de risa. Seguro que Julián acabaría diciéndome la verdad sobre Alberto cuando todo terminara. Ahora no quería que me distrajesen con cosas de ese tipo que para él habían dejado de tener importancia desde que murió su pobre Raquel.

Después de ir a Tres Olivos y de comprobar lo lejos que estaba del pueblo fui consciente de lo difícil que Julián lo tenía para moverse sin coche. Lo imaginaba mendigando a unos y a otros que le acercaran al pueblo. Como el otro día, cuando casi me cruzo con él en la casita y vi que le esperaba un Mercedes negro conducido por alguna amiga de la residencia. Debí de pedir que por favor lo llevaran allí. Y pedir favores supone un gran gasto de energía. Idear la frase adecuada, ser convincente con el motivo y dar la impresión de que de alguna manera ese favor será devuelto. No basta con las gracias, las gracias deben ir envueltas en una sólida promesa de compensación. Otras veces tendría que perder toda la mañana o toda la tarde para trasladarse en autobús, y con tanta complicación el Faro estaba prácticamente excluido de sus posibles rutas. Tampoco disponía de dinero para alquilar un coche y yo no podía prestarle el mío, lo necesitábamos, sobre todo si Janín se ponía enfermo y había que llevarlo urgentemente al hospital. No tenía más remedio que sacrificar la vespino y encontrar la manera de entregársela. Quizá era excesiva para él por el viento y el calor, pero le supondría una gran independencia y una preocupación menos. El problema es que no sabía cómo avisarle, así que opté por decirle a Santi que íbamos a hacer una excursión.

—¿Los tres? —quiso saber.

Se alegró tanto que me arrepentí de haber usado la palabra excursión. Sacó del altillo de un armario la nevera portátil y empezó a canturrear. Santi me creaba un enorme sentimiento de culpa por no amarle ni volverme loca por ir de pícnic con él. De todos modos, no quería malas caras, ni sinsabores, ni más explicaciones, ni más mentiras. Preferí seguirle la corriente. Le hacía ilusión ir al chiringuito de Punta Negra. Bañarnos, tomar cerveza, tumbarnos al sol. Además, allí había mucha sombra para Janín.

Por lo menos nos turnaríamos para bañarnos y esquivaba así la ocasión de que nos abrazásemos en el agua. Santi pretendía que fuésemos una familia feliz, creía en eso de cultivar el amor y de luchar por la pareja que ha hecho a tanta gente

desgraciada. Y yo debía procurar que no lo fuésemos en ningún momento porque ese pequeño momento, esa bajada de guardia, esa ilusión momentánea, podría crear todo un infierno. Por lo menos debía ser honesta y no dejarme arrastrar por la comodidad y por ese momento agradable que podría confundir completamente a Santi y hacerle más daño todavía del que ya me pesaba en la conciencia.

Lo preparó todo en un periquete: un tarro con la papilla de cocido y otro con la de frutas. Dos biberones y agua embotellada. Cervezas para nosotros, dos bolsas de patatas fritas y ya nos pararíamos a comprar unos sándwiches. Pañales, un par de camisetas para Janín y el sombrerito, dos toallas y le tendí mi biquini. Por lo menos estos días intensivos con su hijo le estaban enseñando a pensar en el niño por encima de sí mismo, de nuestro fracasado amor, y yo estaba aprendiendo a confiar en él y sabía que si a mí me ocurriese algo Janín estaría en buenas manos.

De todos modos, no me puso buena cara cuando le dije que antes debíamos hacer un recado. Yo iría delante en la moto y él detrás con el coche.

En el cruce con Tres Olivos paramos en un entrante que había visto la vez anterior antes de llegar a la entrada. Le pedí que dejara la motocicleta en el *parking* en un lugar visible y que no se entretuviera, que volviese enseguida al coche.

—Olvida lo que hemos hecho. Es mejor que no preguntes y que no sepas nada. Ahora vamos a bañarnos.

Durante el viaje hizo un esfuerzo por no pensar que le había utilizado para realizar alguno de esos planes míos en los que él no entraba.

—Es una residencia de la tercera edad —dijo.

—No sabes lo que me apetece abrir una cerveza. Lo vamos a pasar en grande —repliqué como toda respuesta.

Julían

La vi por casualidad. Y no me lo creía. Había visto tantas cosas imposibles en mi vida que esta podría ser otra más. Iba hacia la biblioteca cuando al cruzar el *parking* algo me llamó la atención, como cuando reconoces la cara de un antiguo amigo entre la multitud, como cuando alguien pronuncia tu nombre a lo lejos. Fue un fogonazo, una visión que me hizo retroceder. La miré y remiré para cerciorarme de que no era una ilusión.

Era roja y blanca. Un rojo quemado por el sol y un blanco amarillento también del sol. Nadie se había ocupado desde hacía años en darle una mano de pintura. Nunca había reparado con detenimiento en la motocicleta de Sandra. Se me había ido fijando en la mente a fuerza de verla llegar al Faro y luego marcharse. Recordaba su ronquido al arrancar rompiendo el silencio de la siesta. Muchas veces, al verla alejarse, había padecido cierta angustia por la seguridad de Sandra. Era un cacharro tan endeble que hacía que ella me pareciese muy fuerte, la fuerza que otorga la inconsciencia de la juventud. Quien no la haya conocido en Dianium subiendo las cuestas del Tosalet en su pequeña y renqueante máquina para caer en las manos de los habitantes de Villa Sol jamás podrá comprender la verdadera naturaleza de esta chica. Nadie la obligó a ponerse en peligro a ella misma y a su futuro hijo, un peligro al que no quiso dar la espalda precisamente por el pequeño. Era como si Raquel me hubiese mandado a Sandra para reconciliarme con la humanidad. Raquel permanecía viva en mi mente, y por eso mi mente me dirigió a Sandra hacía más o menos un año y medio, cuando llegué aquí sin saber si aún podría valer para algo.

Le tenía cariño a la moto por ser una parte imprescindible de Sandra y de nuestra aventura. Y, sin haberme propuesto nunca saberlo, sabía que junto a la rueda trasera tenía un pequeño desconchón. Me agaché un poco para mirar mejor. En efecto, ahí estaba la rozadura oxidada, y aunque casi con toda seguridad era la moto de Sandra, dejaba un diez por ciento a la duda, porque con los años había aprendido que todo, absolutamente todo, desde lo que parece tan real que es imposible que tenga trampa ni cartón hasta lo que es tan verdadero y auténtico que te cortarías una mano por defenderlo, incluso lo más sagrado en tu corazón, puede ser engañoso.

Tenía las llaves puestas, aunque no la cadena echada, por lo que debía de haberla dejado aquí momentáneamente. La posibilidad de que Sandra estuviese buscándome por la residencia no me hacía ninguna gracia, así que cambié mi propósito de ir a la biblioteca para dar una vuelta por el jardín, comedor y resto de las instalaciones. El aire soplaba caliente, se pegaba a la camisa y los pantalones. Me preocupaba que alguien reparase en la moto y en las llaves y se la llevara; solo su vejez y deterioro la salvaba de ser deseada, como yo. Tampoco creo que se hicieran muchas preguntas sobre su presencia en el *parking*. Podría ser de los jardineros o de los repartidores.

No vi a Sandra por ninguna parte, tampoco por los alrededores ni en la parte trasera, a la sombra de alguna de las plantas agónicas por el calor. Y no sabía qué más

hacer. Ya no quedaban sitios dónde buscarla. ¿Y si la habían descubierto y secuestrado? ¿Quiénes? Desde que el Carnicero había desaparecido la presencia de sus amigos había menguado, y por otra parte ni siquiera se habían dado cuenta de que yo estaba allí, ¿cómo iban a suponer que Sandra vendría a la residencia? Claro que por eso mismo podrían estar vigilándola y haberla seguido hasta aquí. Pero ¿por qué iban a secuestrarla? Si quisieran secuestrarla ya lo habrían hecho antes. Me arrepentí de haber tomado otro café a media mañana porque el pulso se me estaba disparando. La culpa había sido de Geralda, que siempre me empujaba a cometer excesos, cuando no era un café era un chupito o una copa de vino. No sabía si su propósito era animarme o matarme.

Dejé pasar dos horas en la biblioteca de la residencia sin concentrarme en lo que hacía. Desde allí veía el culo de la motocicleta, el flamante y reluciente BMW de Pilar y el Mercedes negro del Carnicero. Esperaba que no se le ocurriera preguntar por aquel cacharro... ¿Y por qué demonios iba a hacerlo?, siempre había aparcadas furgonetas y otras motocicletas ajenas al personal de la residencia. Además, Pilar no era muy perspicaz, no quería descubrir más problemas de los que ya tenía. No le gustaba calentarse mucho la cabeza, prefería sudar tomando el sol o bailando, lo que no le restaba en absoluto sabiduría. Raquel la habría aplaudido.

Anoté los libros de historia referentes a la segunda guerra mundial que habría podido leer Salva. Alguna vez le había preguntado a la encargada por las lecturas de mi amigo y me alegraba que hubiese olvidado ese detalle, no quería levantar ningún tipo de relación entre él y yo más allá de la conocida por Pilar. Empecé con el primer volumen sin éxito y sin poder concentrarme demasiado, estaba más pendiente de los movimientos del *parking*. Esperaba que Sandra apareciese de un momento a otro.

Cuando a las tres horas, con las posaderas completamente entumecidas, la moto seguía allí, comprendí que quizá Sandra la habría abandonado en el *parking* por algo. Podría llamar a mi hija Esther a Buenos Aires y pedirle que llamase a Sandra y le preguntara qué significaba esto, pero yo hablaba muy alto porque no oía bien por teléfono y toda la residencia se habría enterado de la conversación. Por otro lado, no quería torturar a Esther con estas cosas que sabía que la alteraban mucho. Me limité a comer sin gana y a escuchar las aventuras de James el Carpintero como en sueños y a ver nuevos collares y pulseras adornando a Geralda también como en sueños. Si no había novedades por la tarde, esperaría a la mañana siguiente con la creciente inseguridad de estar confundíendome de moto. Quizá el deseo de ver llegar a Sandra como antiguamente en nuestro Faro estaba jugándome una mala pasada.

No dormí bien a pesar del medio Orfidal. Cada dos o tres horas me parecía oír el ronquido de la moto tratando de respirar y ponerse en marcha, lo que me obligaba a levantarme a mirar por la ventana. No veía nada, solo la mortecina luz de las farolas luchando con la brillante luz de las estrellas.

Aunque por la mañana estaba hecho polvo, lo primero que hice fue acercarme al *parking*. Unos coches habían salido y otros habían entrado, y la vespino no se había movido. Desayuné, más que nada para tomarme la medicación y porque no podía consentirme no estar debidamente nutrido e hidratado. Queso fresco sin sal, zumo de naranja, café con leche, tostada, una manzana y un plátano. La mayoría después de este festín tenía que echar una cabezada, yo en cambio sabía cómo gastar las energías. Me ajusté bien la gorra y me puse las gafas de sol.

Monté en la moto cuando comprobé que no había nadie en el *parking* y la puse en marcha. Salí al camino que conducía a la carretera. Por fortuna, el camino era bastante largo y con alguna que otra curva, lo que me serviría de entrenamiento. Si me cayese o sufriera cualquier accidente a mis ochenta años sería desastroso, todas las pesquisas sobre la Hermandad y sobre la muerte de Salva y lo que él quería que yo averiguara se vendrían abajo, se desvanecerían. Sin mis deseos de saber la verdad, esa verdad no existiría y a nadie podría importarle lo que no sabía. No soportaba que mi mundo desapareciera conmigo. Primero fui despacio, acelerando, desacelerando y ensayando con las curvas; era sencillo, como montar en bicicleta.

Me preocupaba que las gafas no fueran suficientes para evitar que me entrara alguna mota en los ojos. Suponía un verdadero peligro que se me rayara alguna lentilla. Aun así, me sentía libre y me iba encontrando más seguro. Me entraban ganas de cantar. Desde aquí me sentía dueño de mí y me llegaba el olor del campo. Nada más entrar en el pueblo, me detuve en un recodo y estuve un rato observando los coches que pasaban. Ninguno había parado por aquí ni detecté interés alguno en mí. No pareció que hubiese peligro en acercarme por la casita. Tampoco iría directamente, daría un rodeo por si acaso. Era tan raro este asunto de la moto que no podía fiarme de nada.

La conduje hasta la verja y me asomé con precaución. Si la moto de Sandra estaba dentro es que me había equivocado de plano, que del mismo modo que ya no diferenciaba los rostros con tanto detalle como cuando era joven tampoco distinguía unas motocicletas viejas de otras.

Escudriñé el porche por encima de la verja y, antes de que pudiera ver nada entre la hiedra, un coche me pitó mientras pasaba lentamente. Paró un poco más arriba.

Era Sandra. Me indicó con la mano que la siguiera.

Conducía despacio para no perderme de vista. Se metió por uno de los estrechos caminos que marcan el sinuoso laberinto de Dianium. Me concentré al máximo para no parecer torpe, quería que Sandra confiara en mí y que se olvidara de mi edad, algo que en verdad ella nunca había tenido demasiado en cuenta. Nos detuvimos en el centro comercial. Primero me pareció una temeridad, pero luego, pensándolo bien, allí pasaríamos más desapercibidos.

Dejé la moto a bastante distancia de su coche. Seguí andando a cierta distancia de

Sandra. Llevaba pantalones cortos, unas sandalias abiertas y una camisa anudada a la cintura. El pelo se le había rizado y asalvajado. Se metió las llaves del coche en uno de los bolsillos del pantalón. Iba pareciéndose cada vez más a la antigua Sandra o, mejor dicho, la antigua Sandra fue un ensayo de esta. En la entrada titubeó un momento y enseguida se dirigió a las salas de cine. Entre otras películas ponían *101 dálmatas*. Remoloneé unos minutos por allí y pedí una entrada en la última fila, seguro que Sandra, al decidir la película, había tenido en cuenta que los niños son mucho menos picajosos y pelotudos que los adultos, entran de lleno en la fantasía y no están pendientes de nada más.

Acerté. Sandra se sentó a mi lado y me ofreció palomitas. Decliné la tentación para no atragantarme; ella de vez en cuando se metía una en la boca. Por fortuna el sonido estaba muy alto; agachamos las cabezas para hablar.

—Has tardado mucho en coger la moto —dijo.

—Quería asegurarme.

—No es buena idea que aparezcas por la casita. Podrían estar vigilándome y encontrarte. Es mejor que nos veamos en el Faro todos los días a las cinco de la tarde. ¿Podrás ir?

—Sin problema —respondí, preocupado por el calor que hace a esa hora y que precisamente por eso es la menos concurrida.

—Me encontré en la playa con Martín. Quiere saber dónde estás. Me pareció que sería capaz de cualquier cosa por averiguarlo. Me dio miedo. ¿Tú sabías que su madre es de la Hermandad? ¿La conoces?

—No lo sé. Si la he visto no la he relacionado con él —dije.

Un padre nos pidió silencio. Era incapaz de abstraerse, se aburría y por eso nunca llegaría a comprender a su hijo.

—Su madre me ha dicho que Alberto ha muerto, pero yo no me lo creo. Esa gente miente, estoy segura. ¿Tú que crees?

—Creo que es mejor que me marche, no me siento seguro aquí —dije levantándome, mientras trataba de disimular.

Me fui derecho a la moto sin mirar atrás, sin decir adiós. Y durante el camino preferí olvidar la información sobre la madre de Martín y la temible pregunta sobre la muerte de Alberto. No quería distraerme, debía estar atento a la carretera. Me alegraba de que por fin Sandra circulara por la vida y por Dianium más protegida que por la simple chapa de este cacharro al que en algún momento debería ponerle gasolina.

Iba sintiéndome más y más confiado en que daría con la clave del asesinato de Violeta. Podía comprender la muerte de Salva, al fin y al cabo era un cazanazis que iba tras ellos, pero no comprendía la de Violeta, y en lo incomprensible e ilógico suele encontrarse la clave del enigma.

Tenía un mensaje sin fecha de Salva escrito en el tablero de la mesa, las fotos de Violeta y Otto y la constancia de la relación entre Violeta y Salva.

La vieja guardia del Carnicero —Frida, Martin y Sancho el empollón— apenas venía por la residencia desde que él, según la versión oficial, regresó a su país. Y cuando venían me parecía que era más por costumbre que por cualquier otra cosa.

El cuarto del Carnicero lo ocupó James el Carpintero, que le tenía echado el ojo por tener vistas al jardín y al monte. Y, aunque el primer piso estaba reservado a los más tocados del ala, Pilar accedió con la contraprestación de que James tocara algunas canciones los fines de semana por la tarde, cuando más melancólico se vuelve el ambiente para aquellos a quienes no visita nadie, una lista que, con el paso del tiempo, cada vez se ampliaba más.

Le ayudé a bajar hasta el cuarto sus cinturones con grandes chapas grabadas en el cierre, sus chalecos de cuero y los vaqueros. De la guitarra y la armónica se ocupó él mismo. Las botas *country* las llevaba puestas y no tenía mucha ropa interior ni productos de aseo. Se afeitaba a la antigua usanza, con una brocha y una navaja de barbero heredadas de su padre, como los anillos de plata tosca que adornaban sus manazas y que había ido heredando de sus amigos.

—Has tenido mucha suerte —le dije mirando el colchón en el que se había desparramado el cuerpo del Carnicero, donde había soñado y maldecido su suerte, y también al mundo, donde debía haber echado espuma por la boca tras tragarse varias cajas de sedantes y donde nunca habría hecho examen de conciencia.

Tampoco sabría que la marca que había en la mesa no era de un tazón de leche, como cabría esperar, ni de un jarrón con flores, sino de un cráneo humano a modo de pisapapeles.

—Esto es otra cosa —dijo James, que hasta ahora había estado recluido en un cuartucho por ser el de aspecto más juvenil y el más pobre. Pagaba haciendo arreglos, cepillando una puerta que no encajaba o encolando las patas de las sillas. A Pilar le hizo un cabecero para su cama con su nombre troquelado en madera de raíz, algo que, conociéndola, tuvo que fascinarla—. Creo que voy a volver a componer. Esta mañana he estado dándole vueltas a un poema para Pilar. ¿Crees que le molestará?

Quizá James era mi repuesto perfecto para las necesidades de Pilar, de lo que me alegraba profundamente, porque ella y yo nos habíamos dado todo lo que podíamos darnos: Pilar a mí su admiración y yo a ella mi respeto. Pero mi tiempo era limitado.

—Le encantará —respondí, absolutamente convencido de ello.

El sillón Emmanuelle permaneció vacío y solo el gato de la residencia se acomodaba entre sus cojines floreados. Ni siquiera James, que había vivido temporadas en la calle y al que nada le daba asco, se sentó en él. Hasta que en algún momento el sillón desapareció junto con los cojines. De la noche a la mañana, ya no estaba. Seguramente adornaría el salón de algún neonazi o de alguno de aquellos ancianos nostálgicos que se creían amigos del Carnicero. Menos probable sería que lo hubiesen enviado a alguno de sus hijos, puesto que oficialmente no estaba muerto.

Al ayudar a James en el traslado de sus cuatro cosas a la habitación del Carnicero, nos hicimos más afines, lo que me animó a preguntarle qué podría significar 38°48'30"NO° 07'00"E, con la ingenua pretensión de que esta pregunta no traería otras. ¿Por qué?, preguntó de inmediato. ¿Dónde lo había visto? ¿Qué creía yo que era? ¿A qué podría referirse? Ya era tarde, había abierto la caja de los truenos, solo confiaba en que se le olvidara. Y la mejor manera de hacer olvidar algo a alguien es obligarle a pensar en otra cosa, así que le pedí que me leyera el poema que estaba escribiendo para Pilar, lo que le complació tanto como era de esperar.

Ni siquiera presté atención. Por suerte ya no había testigos de la Hermandad en la residencia, y por mucho que James se fuera de la lengua no podrían escucharle.

—Es precioso —dije.

—Pues ya verás cuando lo convierta en canción. Por cierto, esas letras y números de que me has hablado antes parecen coordenadas. En la mar las usábamos constantemente.

James también había sido marinero. Menudo tipo.

Me había arriesgado con él, pero ahora ya sabía por dónde continuar la búsqueda, sobre todo porque tenía mi vespino, a la que empecé a llamar para mis adentros *Libertad*. No volví a pedirle el coche a Pilar, y cuando alguna vez Geralda se ofreció a llevarme con el Mercedes negro del Carnicero, que aún permanecía en el cobertizo, decliné la oferta. Por primera vez en muchos años me sentía afortunado.

Por la mañana, a la hora en que los pescadores volvían de la mar, metí una botella de agua bien fría en los interiores de *Libertad*, una naranja, una pequeña navaja para pelarla, mi cuaderno de notas, un bolígrafo y un lápiz, por si fallaba el bolígrafo. Recordaba la cantidad de cosas que necesitaba cuando disponía de coche, llevaba incluso una manta en los asientos traseros. Ahora me bastaba con un jersey por si el aire venía frío mientras conducía. De unos días acá había desaparecido el calor excesivo y el ambiente era muy agradable, se podían hacer muchas más cosas sin miedo a deshidratarse.

Tiré hacia el puerto. Siempre que aparcaba echaba la cadena, como había visto tantas veces hacer a Sandra, porque no debía olvidar que la moto pertenecía a los hijos de su hermana, igual que la casita, y aunque estos detalles no parecían importantes no había por qué descuidarlos si no era imprescindible. Llegaba el olor a pescado fresco, como si al mar se le hubiesen abierto las entrañas. Algunos desayunaban en sus bares preferidos, de cuyas paredes colgaban fotos de barcas y redes. Pedí un cortado y me acerqué a un pescador con la piel tan vapuleada por el viento de alta mar que podría tener treinta o sesenta años. Esperé a que terminara de discutir con otro sobre el precio de las sardinas y le pregunté si quería un café. Me lo aceptó y entonces le enseñé lo que James el Carpintero llamaba coordenadas.

—Sí, señor. Estas coordenadas señalan al monte, ¿verdad, tú? —dijo llamando la atención de otro pescador, que también pidió un café.

—Si no me equivoco, apuntan a unas cuevas a unos trescientos metros monte

arriba. Dicen que allí vivieron neandertales.

—Tú sí que eres un buen neandertal —exclamó el primero, bromeando con ese tipo de chanzas de la gente de a pie con ganas de tener amigos a quienes gastar bromas.

—¿Va a subir hasta allí? —preguntó el segundo—. Es un camino escarpado, lleno de piedra y matorral, muy bonito, pero yo de usted me lo pensaría, puede que quien le ha hablado de estas cuevas haya exagerado y luego se lleve una desilusión. Los coches no llegan hasta allí.

—¿Y una motocicleta?

—Tampoco. Está invadido de especies protegidas y los ecologistas podrían verle, o incluso la guardia forestal; además, el ruido del motor podría ahuyentar a las aves. Yo no me arriesgaría, sobre todo a su edad.

Pagué también su café y les di las gracias, mordiéndome la lengua para no decirle que él no tenía ni la más remota idea de lo que haría cuando tuviese mi edad. Es imposible saber lo que le espera a uno y cómo afrontará la vida. Pero no dije nada. Lograr que viese en mí algo más que decrepitud me habría costado más trabajo que subir a esas cuevas tan difíciles.

Estaba contento. Tenía las deportivas y me compraría un anorak chubasquero por si en el monte refrescaba. Me haría con un palo a modo de bastón para apoyarme y me agenciaría una pequeña bolsa donde llevar agua y una manzana. Saqué de la moto la naranja y la navaja multiusos, y me senté en un poyete del puerto pensando en todo eso mientras pelaba la naranja y veía a la gente entrar y salir de la lonja como un día había hecho el Carnicero y nunca más podría hacer.

Pero tenía algo que resolver. Regresé a la residencia y, después de comer y reposar un poco, abrí la maleta con la llave y saqué la bolsa del supermercado con el cráneo pisapapeles que había cogido del cuarto del Carnicero y tenía guardado bajo el sillín de *Libertad*. Luego emprendí la marcha hacia el centro comercial.

Compré una botella del champán francés auténtico más barato, y aun así escandalosamente fuera de mi presupuesto. Una señorita muy simpática lo metió en una funda térmica para que no se calentara y me obsequió con dos copas de plástico. Al darme la vuelta me guiñó un ojo. Tuve que parar a orinar entre la arboleda, pero logré llegar al Faro a las cinco.

Sandra

Llegué al Faro antes que Julián. Debería buscar un lugar más cercano para encontrarme con él. Cuando lo vi descender de la moto con sus flacas piernas y sus flacos brazos y su delgado cuello cada vez más ennegrecido por el sol, me dio miedo de que se desplomara. Me dio miedo de que un día no lograra llegar hasta aquí. De que el resplandor o alguna mota le obligaran a cerrar los ojos un instante y entonces perdiera la dirección y se estampara contra algún almendro u olivo o, lo que es peor, contra un coche. Sin embargo, él no era cualquiera, había sobrevivido en un campo de concentración. Sabría sobrevivir a la flojedad y la sensación de desmayo. Sabría esquivar los mareos y la muerte, porque aún no habíamos terminado lo que habíamos venido a hacer. Estaba esperándole dentro del coche y vino hacia mí con dos bolsas de plástico en las manos. Entró y me pidió que fuésemos a algún lugar solitario de la playa.

—Parece un buen chico —dijo mientras yo conducía hacia la Almadraba, donde en lugar de arena había piedras redondas, lo que la hacía menos apetecible para la gente.

—¿Santi? Sí, no tengo nada en su contra, simplemente no estoy enamorada.

—Ya, ese es un gran hándicap. Es mejor estar enamorado de la pareja, lo que ocurre es que cuando nos desenamoramos la sensación es peor que la de no haber estado nunca enamorado.

No podía creerme que alguien que siempre tenía el nombre de su difunta esposa en la boca me dijera algo así.

—No te digo que vayas a casarte con él, pero quizá algún día lo que estás viviendo con él no te parezca tan poca cosa.

No consideré oportuno preguntarle por Alberto en este momento, no quería que pensara que era una desalmada.

Aparqué en un terraplén y bajamos como pudimos hasta unas rocas que nos servían perfectamente de escondrijo. Le ayudé con una de las bolsas y le pedí que se apoyara en mi brazo para no resbalar. Hacía buena tarde, en el mar se formaban crestas blancas, parecía irreal, un invento de alguna mente fantasiosa. De vez en cuando pasaba por nosotros una ráfaga de frescor y nos salpicaban pequeñas gotas escupidas por las olas. Entonces Julián se quitó la gorra, se limpió el sudor con el pañuelo y a continuación abrió una de las bolsas y sacó una calavera, que parecía artificial de lo perfecta que era.

—No sé a ciencia cierta de quién es —dijo—, pero creo que merece ser enterrada con respeto.

No es que una calavera fuera lo que más me impresionara del mundo. Me impresionó más que Julián la sacara de una bolsa de plástico del supermercado del centro comercial y que la dejara sobre las piedras redondeadas de la Almadraba. Me impresionó ver que algunas gotas se estrellaban contra el cráneo y que estuviera a

nuestros pies. No pude decir nada.

Julián retiró piedras e hizo un hoyo. Metió la calavera entre la arena húmeda, la cubrió con piedras y dijo que necesitaría lavarse las manos, despegarse la arena, pero que no se atrevía a ir hasta la orilla por si se caía. Lo hice yo. Cogí la bolsa de plástico, la llené de agua y luego la vertí sobre sus manos. Se las pasó por la cabeza y volvió a lavárselas. Le mojé el pantalón sin querer.

—No importa —dijo—. Si eres creyente, quizá puedas rezar algo por este pobre hombre.

Recé un padrenuestro y me santigüé.

—La tenía el Carnicero en el escritorio de su cuarto. Ahora que ha muerto, este pobre muchacho podrá descansar en paz —dijo, y sacó de la otra bolsa una botella de champán protegida por una funda térmica y dos copas de plástico.

En otro momento de mi vida, si hubiese sido yo otra Sandra, esta situación me habría parecido bastante macabra, pero el champán estaba frío y el mar lleno de vida. Solo se oía su rumor y el chillido de las gaviotas, algunas piedras parecían doradas, el cielo no podía estar más azul.

Chocamos las copas de plástico.

—Por el hombre de la calavera —dije, y a Julián le pareció bien.

Julián dijo que estaba absolutamente seguro de la muerte del Carnicero, pero que la Hermandad quería mantenerla oculta para no desanimar a sus acólitos. Prefirieron decir que había regresado a su país para morir en su cama. Julián me contó cómo se las había ingeniado para hacerle creer que tenía alzhéimer. Todo indicaba que se había suicidado, por lo que al final él mismo había sido su última víctima.

Julián saboreaba el champán con una gran sensación de paz y del trabajo bien hecho. Yo también sentía paz. Poco a poco la botella iba bajando. Me pregunté cuánto le habría costado este auténtico champán francés, pero consideré que era el momento de disfrutar del éxito de Julián, que había querido compartir con la única persona que sabría apreciarlo. Consideré que por encima de todo, en lo bueno y en lo terrible, Julián tenía algo de romántico.

Estuvimos una hora contemplando el mar y llevándonos las copas a los labios. No teníamos ganas de hablar, habíamos decidido tomarnos este respiro. A mí se me pasaban por la mente imágenes de Villa Sol, del lavabo de grandes girasoles donde eché la papilla cuando me encerraron y del sol negro pintado en el suelo del sótano, y a Julián se le estarían pasando otras que prefería guardarse para él solo.

Regresamos al Faro en silencio. Al despedirnos me dijo que debía marcharme lo antes posible, que no tenía la menor idea de lo que quería esta gente y que esto nos hacía tremendamente vulnerables. Me dijo que lo ideal sería cambiar de ciudad y no comunicarle absolutamente a nadie mi nuevo paradero. «Santi te ayudará», dijo.

—¿Y Alberto? —pregunté tímidamente como si no tuviera mucho derecho a pronunciar ese nombre.

—Ya hablaremos otro día, te lo prometo, pero ahora tengo que marcharme —dijo,

subiéndose a un cacharro que también lo hacía bastante vulnerable.

Cuando pensaba en Alberto me parecía que hacía algo prohibido o absurdo, me daba la impresión de que solo yo lo había conocido, que solo existía para mí y que no tuvo importancia para nadie más. ¿Por qué había dejado escapar a Julián sin decirme nada de Alberto? Decidí creerle, confiar en que él sabía algo de su paradero y me lo diría en otra ocasión. Ya le había avisado de que le buscaban, entonces ¿por qué continuaba yo en Dianium? ¿Solo para ayudarlo? ¿En qué podría ayudarlo? Él tenía razón, me estaba exponiendo y conmigo exponía a mi hijo y a Santi.

La verdad era que no quería marcharme sin ver a Alberto. Estaba convencida de que Martín y su madre mentían, y que cuando menos lo esperara tendría noticias de él.

Un poco más, me dije.

Regresé de la playa de la Almadraba, después de despedirme de Julián en el Faro, con cierta alegría que no nacía de mí sino del champán. Porque yo en el fondo estaba preocupada y triste desde que la desgredada me dijo eso de que Alberto había muerto. Aunque no la creí en absoluto, me entristecía haber escuchado esa frase. Aparqué en la calle de la casita con la brusquedad de una euforia falsa y me temí que cuando Santi se percatara del olor a alcohol se pusiera borde. Él lo aborrecía, como mucho se tomaba una cerveza, y le parecía que lo más sano y terapéutico para atontarse era la maría. A mí me daba igual lo que hiciera mientras no fumara estando con Janín. Lo maravilloso de no amar es que no amas su salud ni su bienestar, no amas que sea inteligente, ni que quede bien ante los amigos, no amas que no se emborrache ni se drogue ni sea un gilipollas. Lo maravilloso de no amar es que no eres responsable de su perfección ni de sus imperfecciones. Lo terrible de amar a Alberto es que amaba que siguiera vivo y hundirme en sus ojos, en su cuerpo y en su manera de pasarse la mano por el pelo.

Respiré hondo. Aún me rondaba por la cabeza el enterramiento de la calavera, la delicadeza con que Julián le había dado sepultura. A quien quiera que perteneciese le gustaría esta elección. El agua salada llegaría hasta ella y alguna gaviota se posaría sobre el pequeño montículo de piedras.

Al abrir la cancela escuché música y conversación. La voz de Santi, la voz de una mujer y el llanto de Janín mezclados. Puede que hubiese más gente. Abrí despacio y allí estaba ella: Lucy, la pareja de Santi, que quizá no soportaba estar lejos de él más tiempo. Era normal que se sintiera intranquila sabiendo que estaba conmigo, y tuve remordimientos por no tomarme en serio su sufrimiento ni a ella.

Había sido una visita sorpresa y pensaba quedarse unos días. Santi se mostraba resignado. Yo le dije que me alegraba de verla, lo cual era verdad. Ahora Santi no podría tocarme las narices con sus insinuaciones y absurdos celos, y me sentiría más libre de ir y venir. Lucy cogió a Janín en brazos entre las cascadas de pelo dorado y

Janín se rio.

—Mañana iremos a la playa, ¿verdad, cariño?

Fenomenal, pensé, así podría volver por la casa de la desgredada para que me explicara esa mentira de que Alberto había muerto.

Le saqué a Lucy toallas limpias y en un aparte le dije a Santi que ella podía dormir con él en la cama de matrimonio de mi hermana, que por mí no había problema. Él asintió sin alegría y miró a Lucy con cierta ternura, se encontraba atrapado en sentimientos tristes.

Santi subió al cuarto una enorme mochila con muchas cremalleras y bolsillos. Sobre la cama resbalaba una tonalidad acuosa que llegaba de los árboles y del mar. Desde ahí se veía a Lucy y a Janín en el jardín. Parecía que por estar enamorada de Santi también quería a su hijo, que quizá le hacía imaginarlo a él de pequeño y así poder extender su amor al pasado y al futuro.

—El armario está lleno de ropa, pero podéis coger perchas de otros sitios —dijo sin mirarle.

—Se ha presentado casi por sorpresa. No creí en serio que fuese a venir.

—No importa. Al niño le cae bien. Eso es lo importante.

—La verdad es que necesito encerrarme a trabajar algunos ratos —dijo mirando la mochila.

Al bajar me fijé en la barandilla como nunca antes lo había hecho. De madera de pino bastante trabajada, sostenida por barrotes demasiado torneados. Una barandilla excesiva para lo pequeña que era la casa.

—Es una casa muy bonita —me dijo Lucy al verme aparecer.

Le aconsejé que se sintiera cómoda y que lo pasara bien.

Julían

Estuve entretenido mientras elaboraba el plan que había que seguir. Busqué por los alrededores una vara de olivo fuerte y flexible que se me adaptara bien a la mano y eché algunos ratos en el jardín limando los nudos molestos y las asperezas con mi navaja hasta que James el Carpintero me dijo que se lo dejara a él. El resultado no pudo ser mejor, me vino con dos bastones pulidos y pintados en rojo con empuñadura.

—Así mantendrás mejor el equilibrio y no parecerás un abuelo sino un senderista.

Le di las gracias, maravillado por lo bien que sabía su oficio, además de tocar la guitarra y la armónica y de haber vivido la vida a fondo. Era admirable. Y probablemente los nuevos chalecos de ante con flecos que lucía últimamente eran fruto de la admiración de Pilar. También continué con mi propósito de comprarme un chubasquero, que adquirí en la misma tienda donde el año anterior compré con Sandra el tres cuartos forrado de piel de borrego, y una mochila. Todo me costó cuarenta euros, una fortuna. Estaba llegando el momento de hacer algo que me producía vergüenza, algo que nunca pensé que llegaría a hacer: llamar a Esther para pedirle que me mandase dinero. Dentro de poco no podría pagar la residencia, ni mucho menos echar gasolina o comprar siquiera una botella de agua. Los gastos no cesaban y algunos habían sido extravagantes, como la botella de champán y alguna invitación a Pilar a cenar.

Si no me hubiese movido de la residencia, si no hubiera respirado casi, habría llegado a final de mes, pero mi objetivo no era sobrevivir y llegar al final del final como un pajarito, yo estaba aquí para otra cosa. El maldito dinero. Seguro que Esther me lo mandaría, pero ¿qué tendría que hacer para ello? ¿No disfrutar de ningún tipo de vacaciones? ¿No salir al cine ni al teatro? ¿Y si tuviese que hipotecar la casa o vender el coche? Creía que estaba haciendo algo por la humanidad cuando no era capaz de hacer nada por mi hija. ¿Habría bebido ella alguna vez champán francés? Tampoco sabía ganarme la vida como James el Carpintero, no tenía un oficio. Pero no había marcha atrás, no podía recuperar el dinero gastado ni podía ignorar que habían matado a Salva. Tampoco podría ser, por mucho que lo intentara, un viejecito disfrutando de los últimos rayos de sol. Tenía que seguir adelante. Debía armarme de valor y subir a las cuevas.

No tenía ni la más remota idea de por qué me mandaba allí Salva. O yo creía que me mandaba. Pero era la única pista que me obligaba a actuar. Los demás caminos estaban cortados: la muerte de Violeta, la muerte de Salva...; cuando intentaba avanzar por ellos me topaba con una pared. Otto, el amor de Violeta, había huido y me llevaría demasiado tiempo dar con él, puede que estuviera ya en Sudamérica. Y aunque lo localizara, él no me daría la respuesta. A veces me preguntaba dónde se habrían escondido Fred y Karin. Que supiera, la policía no los había localizado, y si lo habían hecho estarían esperando a que se murieran o necesitarían más pruebas para

poder juzgarlos, qué sé yo. No había leído ninguna noticia con sus nombres en los periódicos.

El domingo, aprovechando que algunos familiares se acercaban por Tres Olivos para llevarse a sus padres o abuelos a ver mundo —comer en un restaurante de la playa y tomar un helado en una terraza— y que dejaban huecos en las mesas, me senté junto a James. Geralda me clavaba la mirada desde su silla junto al sitio vacío de Elfe, pero yo me hice el distraído y no me di por enterado.

Le pregunté si le gustaría hacer una excursión al monte. Le dije que me hacía ilusión disfrutar de la flora y la fauna de ese lugar, hacer un poco de ejercicio y sobre todo poner a prueba los bastones.

—Pensaba que los querías para andar por el jardín o entre los olivos, no para coronar una cumbre.

—Estos bastones se merecen algo mejor. Llevaré en la mochila una botella de malta escocés para cuando lleguemos.

—¿Adónde?

—Ya lo verás. Te lo diré de camino.

—Es mejor que la botella la lleve yo.

Quedamos en desayunar pronto al día siguiente, lunes, para aprovechar las primeras horas de la mañana. Le rogué que diera cualquier explicación menos la real sobre la excursión porque en la residencia les alarmaría que yo hiciera un esfuerzo tan grande.

—Está bien —dijo—. Hay que vivir. Por encima de todo hay que vivir.

Aquella noche, durante la tristona cena dominical, James sacó la guitarra y nos cantó la canción que había compuesto para Pilar. Ella escuchaba embelesada con una mano apoyada en la barbilla. La composición no estaba mal, en un estudio de grabación y con muchos arreglos podría pasar. Estábamos envueltos en un silencio respetuoso en que las estrellas tras la ventana empezaban a brillar. A Geralda no llegó a engancharle, parecía distraída, aunque se había puesto elegantísima para el concierto. Los que habían llegado de estar con la familia por ahí entrecerraban los ojos con la cuchara en la mano. Y cuando terminó todos aplaudimos, y Pilar y yo lanzamos un bravo, lo que le obligó a ella a dedicarme una mirada cómplice, que le devolví porque tenía muchas ganas de decirle que comprendía que prefiriese a un músico callejero que a mí y que para eso no tenía por qué haberme humillado reprochándome la rozadura del coche.

Pedimos que nos sirvieran antes el desayuno y salimos a las siete y media en el BMW de Pilar, que ahora conducía James. Me recosté en la tapicería de cuero; sentía el pulso acelerado.

—Vamos a las cuevas —le comuniqué de golpe.

—¿A las cuevas? Haberlo dicho antes —dijo dando un volantazo y soltando un vaho mixto de café y *whisky*.

Me asombraba su resistencia, su falta de miedo a morir.

—¿Piensas alguna vez en la muerte? —pregunté por pura curiosidad.

—¿En la muerte? No, ¿para qué?

—¿No piensas que podría darte un infarto y caer desplomado en cualquier parte y morir?

—Ni se me ha pasado por la cabeza. Vaya tontería.

—¿No te tomas la tensión ni el azúcar?

Me miró sorprendido.

—¿Tengo pinta de hacer esas gilipolleces?

Negué con la cabeza. Miré los anillos de plata gruesa y la hebilla del cinturón. La verdad es que no tenía pinta.

Por las ventanillas abiertas entraba un olor maravilloso a tomillo y a jara, y James empezó a canturrear la canción de Pilar. No teníamos ganas de hablar. Hasta que el camino se cortó y James aparcó a un lado. Abrió el maletero y sacamos mi mochila y la suya. Le pasé la botella de malta.

—¿No te pesará mucho? —pregunté.

—Cuando empiece a pesarme nos la trincamos —dijo. Él no llevaba chubasquero, le bastaba con el chaleco. Tampoco llevaba bastón y le ofrecí uno—. Más tarde —contestó. El sol empezaba a salir.

—Muy bonita la canción. Pilar se emocionó.

—Reserva las fuerzas —dijo—. Ya hablaremos.

Me callé. James era el jefe, pero yo tenía las coordenadas, que no sabía en qué momento confiarle.

—Las cuevas son muchas —dijo mientras yo ascendía descansando en los bastones.

A la media hora tuvimos que parar para beber agua y orinar. Yo tardaba en orinar mucho más que él, que se lo tomó con tranquilidad olfateando flores y guardándose algunas en la mochila.

—Me parece que son especies protegidas y no sé si puede hacerse eso.

—¿Es que nos está viendo alguien? —dijo.

Hacía que me sintiese muy tonto y muy viejo, aunque no tanto como para decirle exactamente qué cueva buscábamos.

Me quité el chubasquero, estaba sudando; menos mal que no pesaba. Me paré para arrugarlo y meterlo en la mochila, también bebí agua. Este era ese momento ideal tan temido por Esther para que me deshidratara. A los tres cuartos de hora sentí que las piernas me fallaban, tenía que pararme cada cinco minutos a descansar con los brazos apoyados en los bastones. Iba llenándose el campo con olor a pino y a resina, mala señal, el calor empezaba a apretar. James dijo que si no dábamos un

impulso ahora ya no podríamos subir.

—No me atrevo —confesé—. No quisiera desvanecerme aquí y hacerte una faena. No quiero ni imaginarme la escena.

—Siéntate debajo de ese árbol —dijo—. ¿Tienes agua? Puedes descansar mientras yo sigo.

Quería estar presente cuando entrara en la cueva, algo que al parecer suponía una hazaña imposible para mí; pero habíamos llegado hasta allí y James tal vez lo consiguiera. No temía a su cuerpo tanto como yo; parecía que corazón y cerebro le funcionaban al unísono, así que me saqué del bolsillo del pantalón un papel con las coordenadas y se lo tendí.

—¿Por qué te interesa esta cueva?

Iba a contestarle que no lo sabía, lo cual era cierto, pero preferí fantasear un poco.

—Dicen que aún conserva rastros neandertales.

Sonrió.

—Menudo neandertal estás hecho tú.

¿Sería ya tarde para hacer de James un nuevo amigo? Sacó de la mochila la botella de malta que le había dado un rato antes. Pegó un trago generoso y luego me la entregó. Dijo que no quería tentaciones por el camino. Miró atentamente su reloj, grande, con pinta de neumático lleno de pequeñas esferas, minuterios y segunderos muy en sintonía con los fuertes anillos de plata ennegrecida y las botas.

—Con la brújula no hay pérdida. De todos modos, quédate con las llaves del coche por si no regreso en dos horas máximo —dijo tirándomelas a las manos con tanta fuerza que tuve que esquivarlas.

Bajar no requería tanto esfuerzo como subir; aun así no era algo que me apeteciera hacer solo. Esperaba que James no falleciera allí arriba.

Sandra

Lucy era una gran ayuda. Con ella en la casa Santi no podía dar rienda suelta a sus sentimientos por mí. Estaba envuelta en algo especial que no sé si Santi llegaba a captar. Con ella Janín era feliz. Lucy le frotaba las encías con la yema del dedo untada de una infusión hecha por ella y dejaba de llorar, se dormía en sus brazos mientras su vaporosa melena rubia le protegía la cabeza del sol. El solo hecho de que tratara con tanto cariño a mi hijo me obligaba a apreciarla. Y esperaba que esta relación prosperase y que Santi y ella vivieran juntos definitivamente o que se casaran, porque me tranquilizaba mucho pensar que cuando Janín estuviera con su padre la persona que tenía al lado también cuidaría de él y le querría.

Otra ventaja de Lucy era su infantilismo. Le encantaba jugar con Janín. Sabía acomodarse a su edad y empujar un camión sobre el césped del jardín sin aburrirse y reírse con ganas a coro con el niño cuando el camión volcaba. Me maravillaba su capacidad de retroceder en el tiempo hasta casi el útero materno. Por muy madre que yo fuese de Janín, me sentía incapaz de encontrar en mi interior a la niña que fui y ponerla a jugar con mi hijo. Me acomodaba a él a la fuerza y por poco tiempo, no podía resistir estar hablando en balbuceos, exagerando los gestos y las palabras. Decir ¡ohhhh! o exclamar ¡qué bieeen! para poder atravesar el fino cristal de los mundos que nos separaban. Me sentía como una mala actriz, que le hablaba forzosamente a un público con problemas de vista y de oído, y esperaba que Janín no se diese cuenta, porque para él todo era normal.

En cambio, a Lucy le salía natural, atravesaba el cristal como si fuese aire. Entendía lo que sentía Janín cuando lloraba o reía, si tenía calor o hambre. Ante sus gritos, desesperación y lágrimas, se volvía hacia él, lo miraba unos segundos y decía «Tiene gases, le duele la barriga». Su cuerpo de modelo se metía por un instante en el cuerpecillo desdentado y lleno de gases e incomprensibles dolores de mi hijo y sabía lo que le ocurría. Le duelen los dientes. Se aburre. Quiere llamar la atención. Quiere jugar. No quiere la papilla, ahora preferiría un zumo. Tiene sed. Tiene sueño. No tiene sueño y quiere jugar. Me fascinaba su empatía, su facilidad para ponerse en el lugar del otro. Y daba miedo. A veces me preguntaba si le ocurriría lo mismo con nosotros, con los que teníamos su edad, huesos grandes, pelo en el cuerpo y la cabeza con miles de millones de neuronas echadas a perder. De no haberse quedado su don anclado en la infancia posiblemente se habría dado cuenta de los sentimientos de Santi hacia mí y de los míos hacia alguien que no estaba en esta casa. Y sería cuestión de días que comprendiera que yo tenía puestos los cinco sentidos en algo que ocurría fuera de aquí, que andaba envuelta en un misterio, aventura o como ella lo llamara. Yo lo llamaba lucha o supervivencia o deber hacia Julián. Y eso sí que me parecía imposible que pudiera intuirlo.

En un primer vistazo, era una chica ingenua, rubia natural y de bote a partes iguales, como si no le bastara con su propio esplendor y debiera añadirle un poco

más. Tenía la cara redonda y los ojos también redondos y azules, las piernas largas y delgadas como el resto del cuerpo en contraste con la cara. Estudiaba unas oposiciones de funcionaria que le permitían no hacer nada mientras no las aprobara, por lo que sacaba y metía los temas del bolso como las llaves o la cartera. Las oposiciones la protegían de alguna forma ante la temida pregunta de ¿qué haces? Ella no quería decir que prestaba partes de su cuerpo para anuncios de catálogos: las manos, el pelo, los ojos, las piernas. No le parecía serio, aunque ganase con esto más que Santi y yo juntos. Le ilusionaba que la gente pensara que se esforzaba mucho. A Santi le daba igual y al resto del mundo también.

Julían

Durante la hora y media que estuve esperando a James, el sol iba cambiando de posición y yo con él. Por el suelo rodaban las piñas y había margaritas y florecillas azules. Por el cielo cruzaban bandadas de pájaros y bandadas de nubes, unas más blancas que otras. Y sin querer me quedé traspuesto. A la media hora me desperté sobresaltado. ¿Y si James había bajado ya y no me había visto? Por culpa del sol estaba en la parte opuesta del tronco y del camino que traería James. Pero él seguramente se habría dado cuenta. Bebí agua, poca porque ya no me quedaba apenas, y permanecí atento a cualquier crepitar de las agujas de los pinos en el suelo o del ruido de sus botas aplastando ramas. No parecía que esta subida fuese muy transitada por los excursionistas ni que las cuevas despertaran demasiado interés. Mejor. Rogaba por no tener que regresar solo en el coche a la residencia y dar aviso a emergencias para que saliesen en busca de James. Cualquiera, y más a su edad, podría resbalar y golpearse con una piedra al caer o deslizarse ladera abajo sin poder agarrarse a ningún arbusto. Las botas de vaquero de James a las que él tenía tanto apego no parecían el calzado más apropiado para andar por el monte. Daba la impresión de que lo que llevaba puesto era todo lo que tenía y todo lo que quería tener, porque era lo único que le gustaba. Si fuese un aventurero me pegaría un trago de malta para sobrellevar la incertidumbre, pero no lo era; todo lo que no fuese estar en mi casa y dormir en mi cama lo hacía por puro deber. Y ahora estaba allí, sentado sobre agujas y piedrecillas clavándoseme en el culo por deber. Por deber estaba disfrutando de la pureza del cielo, del aroma de las plantas, del sonido de las abejas, casi podía oírse cómo libaban el azúcar de las flores. A veces necesitamos que nos obliguen a vivir. Me levanté y me estiré con los brazos alzados y luego en cruz, y oteé hasta donde me llegaba la vista.

Ahora el hecho de que me hubiese entregado las llaves del coche tomaba otro significado más inquietante. ¿Por qué me las había dado si estaba tan seguro de sí y de sus botas y de su brújula? No quería ni pensar en lo que pudiera estar pasándole, a lo mejor en este momento se desangraba tirado en el suelo. ¡Y yo qué sabía! Puestos a imaginar podía imaginar cualquier cosa. El psicólogo que estuvo tratándome durante años tras salir del campo de concentración siempre me recomendaba que no proyectara el pasado en el presente ni en el futuro, lo que podría ser en lo que realmente era. Tardé mucho tiempo en intentar comprender lo que quería decirme, porque en el campo casi perdí la noción de ayer, hoy y mañana, de lunes o jueves. Lo que había ocurrido hacía un mes también estaba sucediendo ahora, que era lo mismo que ocurriría mañana o dentro de una semana. Después, en libertad y poco a poco, fueron separándose los segundos, los minutos, los días, las semanas. Y, sin embargo, no podía dejar de imaginarme catástrofes y atrocidades.

Decidí centrarme en la hermosura del lugar y en acomodarme mejor hasta que llegara James o me viera obligado a actuar.

A la media hora oí algo. Pisadas en medio del silencio de las abejas y del aire que movía suavemente las hojas, me resultaron amenazantes.

—¿James? —grité, levantándome todo lo ágilmente que pude.

—¿Se encuentra bien? —preguntaron dos jóvenes que parecían salidos de la nada.

Contesté preguntándoles a mi vez si se habían cruzado con un tipo con pinta de rockero o de cantante de *country*.

Me miraron extrañados y se ofrecieron a acompañarme hasta abajo. Les dije que había decidido morir apoyado en ese árbol. Luego les sonreí porque no habían entendido la broma.

—Tengo que esperar a mi amigo —dije—. ¿Qué os han parecido las cuevas?

—Nada del otro mundo si no conoces su historia y no la proyectas cuando estás dentro. Tienes que ponerte en la piel de aquellos humanos y sentir el frescor como lo sentían ellos y ver las paredes como las veían ellos.

Eran un chico y una chica de unos dieciséis años. Eran compasivos no solo conmigo, sino con nuestros antepasados neandertales.

—Se les ha juzgado mal —dijo la chica—. Tenían mucha imaginación y amaban a sus semejantes. Hacían collares de conchas.

Seguro que estos jóvenes tenían buenos padres, buenos profesores, buena gente a su alrededor, y eso les hacía pensar que hace cientos de miles de años los humanos eran unos benditos y que con estos del presente aún podría hacerse algo.

—¿Cómo os parece que seremos dentro de un millón de años? —pregunté, por hacer tiempo en compañía.

—Habremos evolucionado espiritualmente y ya no seremos tan materialistas. Habremos colonizado otros planetas y tendremos un sentido más amplio de lo que somos —dijo la chica—. ¡Ah! Y sabremos que no estamos solos en el universo y que no somos especiales. —Él también parecía estar de acuerdo.

—Entonces ¿merece la pena hacer justicia?

—Creemos en una justicia justa —dijo él.

Yo también, dije, y me senté dando por concluida la conversación. Se me secaba la garganta al hablar y no me quedaba apenas agua.

Jóvenes idealistas, nada nuevo bajo el sol.

Con el siguiente crepitar de hojas secas ya no me sobresalté lo más mínimo porque reconocí las botas de James. La suela de cuero machacando las hojas y alguna piña, porque él no iba mirando al suelo como yo en circunstancias en que no conocía el terreno, él siempre miraba al frente, a su público, como si todo lo hiciera en un concierto imaginario.

—¡Ya era hora! —exclamé—. Estaba preocupado.

—Dame la botella de malta, estoy deshidratado.

Yo también pegué un sorbo, y debo reconocer que me animó para bajar. En ciertas ocasiones no hay que ser aprensivo, aunque no lo era por mí, lo era porque tenía una

misión que cumplir y una hija a la que no quería hacer sufrir antes de tiempo y porque no quería dejar a Sandra sin saber la verdad sobre Alberto.

Comenzamos a descender. El alivio del regreso de James hizo que la cueva pasara a segundo plano. Aun así le pregunté.

—¿Encontraste la cueva?

Dudó en contestar.

—¿Por qué te interesa tanto la dichosa cueva?

—Ya te lo dije. Es algo cultural.

—Allí no hay nada. Estoy mareado. Ni siquiera sé si era la cueva que me decías. Creo que no la he encontrado.

Ya no hablamos más hasta el coche. Íbamos pendientes de no resbalar, las agujas de los pinos creaban auténticas pistas de patinaje. Y para mí al menos supuso un verdadero alivio verme dentro del coche. Como yo llevaba las llaves me puse al volante. No me fiaba del *whisky* de James.

—¿Están muy lejos esas cuevas? —dije.

—Puede que no tanto, pero yo no soy un niño y debía pararme, tuve que sentarme muchas veces.

—Me lo imagino. Gracias, James.

No dijo nada, todo lo contestaba de mal humor porque seguramente se había visto envuelto en una aventura sin pies ni cabeza, que no tenía ningún sentido para él.

—Te recompensaré en cuanto pueda —comenté.

—Bueno, no exageres —dijo al fin, en el mismo tono en que me había dicho que yo sí que estaba hecho un neandertal, que fue el mismo tono fraternal en que un pescador se lo dijo al otro.

Llegué agotado a la residencia, con ganas de tumbarme en la cama más que de comer. Se oía el trajín del comedor: ruido de platos, cubiertos, el choque de los vasos contra la mesa, las conversaciones entrecortadas. Geralda me hizo una seña con la mano y me indicó la silla donde se había sentado Elfe hasta su muerte. Yo le indiqué a mi vez mi silla habitual. No tenía fuerzas para iniciar una conversación con Geralda. Aun así, cuando estaba pelándome la naranja apareció a mi lado con un suave perfume a sales de baño que contrastaba con el olor a aceite del pescado que nos habían servido de segundo. Me caía de sueño.

—Pareces cansado —dijo.

—He ido de excursión y estoy molido. No tengo energía ni para masticar la naranja.

Geralda se rio un poco. Nunca habría soltado las sonoras carcajadas de Pilar, siempre dispuesta a que cualquier comentario se las arrancara de la garganta.

—¿Una excursión?, ¿a la playa?

—No, al monte. Quería disfrutar de su flora y su fauna.

—¡Ah! ¡Qué divertido! Podrías haberme avisado. ¿Con quién has ido?

—Con James. Tiene mucha vitalidad.

—¿Y todo bien?

Este era el momento en que podría haberle contado a Geralda que no pude alcanzar mi objetivo y que tuve que esperar a James sentado junto a un árbol. No le habría mencionado las cuevas porque no hay que derrochar información sin necesidad. Sin embargo, deseaba con toda mi alma acostarme y no pensar en nada.

—Todo bien —dije levantándome—. Nos vemos luego.

Permaneció mirándome mientras hablaba y me levantaba, y creo que mientras me dirigía a la salida. Sentía en la espalda sudada de la camisa su serena y racional mirada, su saber estar en esta residencia, en su vejez y probablemente en el perdido *palazzo* de su difunto marido. Sabía llevar con naturalidad su antigua riqueza y abolengo, su actual precariedad y las joyas de Elfe, que la Hermandad parecía haber pasado por alto.

No quería ni pensar en el día en que quisieran ajustar cuentas con ella, en que Frida se presentara en su habitación y la mirase de esa forma fría y cruel, que la animaba a cruzar todas las fronteras. Incluso había atravesado la línea de sus propios «hermanos». No había arrojado ni una lágrima por su líder, el Carnicero, la noche en que ella y Martín se deshicieron del cuerpo. De hecho, desde que no venía por aquí el ambiente estaba menos encrespado. Su presencia alerta, su mirada vigilante, intranquilizaban, sobre todo a mí, que sabía de qué iba. Así que algún día tendría que contarle a Geralda con quien se las estaba gastando sin saberlo. Me preocupaba que le sucediera algo irreparable. Le pediría, como ya había hecho en alguna otra ocasión, que no exhibiera tanto las joyas de Elfe porque volverían. Estaba completamente seguro de que regresarían.

Cerré los ojos viendo en el pensamiento a Geralda tal como acababa de verla. Con un vestido gris oscuro de cuello redondo en el que resaltaban el collar y los pendientes de perlas. El rojo de los labios se había ido perdiendo con los sucesivos platos y quizá dejaría aún un poco en la taza del café.

Sandra

Lucy y Janín se levantaron de la siesta en el sofá y Santi dijo que se iba a nadar un poco. Desde que ella estaba con nosotros el niño lloraba menos y yo me sentía más libre. Había quedado a las cinco en el Faro con Julián, así que cogí el bolso y las llaves y me eché un vistazo en el espejo de la entrada. Pensaba en cincuenta cosas hasta que me encontré con los ojos de Lucy en el espejo. Había estado observándome todo el rato. Probablemente estaba pasándome de la raya y comenzaba a tratarla como una niñera. Iba a decirle que no tenía por qué cuidar a Janín, que me lo llevaría conmigo, pero no me dio tiempo.

—No te preocupes —dijo—. No me importa cuidarlo, lo pasamos bien juntos. Cuando vuelva Santi, lo pondré guapo y nos iremos de paseo. Santi quiere enseñarme el castillo.

Era una suerte que Santi tuviera novia, que fuese Lucy y que estuviera aquí. Ahora él trabajaba más que nunca porque para no vernos juntas y no tener que sufrir una situación tan extraña se marchaba a su cuarto con el ordenador.

En el Faro corría un viento muy agradable y el mar golpeaba contra el acantilado liberando oxígeno a raudales. Se respiraba muy bien. Sin embargo, la tarde iba poniéndose gris y temí que lloviera y que Julián se mojara en la moto y que cogiese una neumonía, que es lo que rápidamente coge la gente mayor. Me metí en la cafetería para ver si estaba y en cuanto oí el crujido de los neumáticos pagué dos latas de coca-cola y salí a recibirle. Pensé que sería más agradable dar un paseo.

Él me dijo que le gustaría que nos acercáramos a Punta Negra porque desde que el Carnicero había muerto y desaparecido no existía tanto peligro de que nos descubrieran juntos. Dijo que los de la Hermandad ya no iban por la residencia, que habían perdido interés. A mí, en cambio, no me convencía eso de que se hubiesen relajado, simplemente no sabían que él vivía en Tres Olivos, lo que no significaba que no estuvieran buscándole. De todos modos accedí, Punta Negra podría ser un lugar tan inseguro como el Faro.

Bajamos a la cala. Julián buscaba algo entre las rocas negras. Las algas se enredaban en ellas.

—Mira, aquí es donde encontraron ahogada a Violeta, una amiga de Salva.

Salva fue quien le hizo venir a Dianium hacía más o menos un año y medio, y desgraciadamente murió antes de que llegara. Gracias a él conoció la existencia de esa colonia nazi, legándole la tarea de descubrirlos ante el mundo, lo que hizo con mi ayuda, aunque el mundo casi no se haya enterado. ¿A quién le importan los nazis de verdad, y no solo los fantasmagóricos de los documentales? Pero ahora Julián estaba descubriendo algo más: tenía la fuerte sospecha de que Salva no murió, como era fácil creer, de un colapso generalizado, tal como le aseguró la directora de la

residencia, sino que lo mataron. Y su muerte estaba bastante ligada a la de Violeta. El agua entraba burbujeante bajo las rocas. Un submarinista comenzó a emerger del mar con algo en la mano.

—¿Estás seguro de lo que dices? —pregunté, realmente preocupada por lo que la Hermandad estuviera tramando.

—Solo me falta descubrir qué es lo que creían que sabía Violeta, que le habría revelado a Salva y que Salva posiblemente me habría revelado a mí. Por eso me buscan.

—¿Y qué es lo que te reveló Salva?

—Intento averiguarlo. Estoy intentando meterme en la cabeza de Salva y adivinar qué quería decirme, pero él era mucho más inteligente y más enrevesado que yo.

Le tendí una de las coca-colas y nos sentamos en las rocas. La observó con cierto temor. Azúcar, cafeína. Pegó un sorbo.

—¿Qué tal te manejas con la moto?

—Es mi compañera ideal. La llamo *Libertad*.

—¿Y si llueve?

—Me he comprado un chubasquero. No te preocupes —dijo mirando hacia la montaña, en cuya ladera vivía Martín y su madre, la desgredada.

No quiso decirme qué había allí, qué pensaba encontrar. Puso la excusa de que no lo sabía.

—¿Cómo era esa mujer, Violeta? —dije mirando las rocas, las algas y la arena oscurecida donde habían encontrado su cuerpo.

—Creo que era una persona muy fiel, sin que su fidelidad suponga nada bueno.

El submarinista se quitó las aletas y el traje de neopreno. Un pulpo agonizaba sobre la arena.

Julían

Por fin me decidí a llamar a Esther para pedirle con toda la vergüenza del mundo que me mandase algo de dinero. Lo que me quedaba me llegaba justo para pagar la residencia, pero necesitaba poner gasolina, comprar productos de aseo. Menos mal que mi hija me había metido en la maleta la maquinilla de afeitar eléctrica y no tenía que gastarme nada en cuchillas ni en espuma. Necesitaba comprar agua embotellada y pagar las medicinas, algún imprevisto como el chubasquero, y no podía confesarle que mis investigaciones me generaban más gastos de los deseables. Al final, de alguna manera, mi hija seguía sufriendo las consecuencias de mi vida, ahora en su propia economía. Y debía reconocer que si ella fuese lo más importante para mí pararía aquí la historia, creo que esto es lo que siempre había intentado decirme Raquel. Debería dejar las cosas como estaban, ya había hecho bastante obligando al Carnicero a sentirse impotente y solo y a suicidarse. Al fin y al cabo, a Salva, cuando murió, ya no le quedaba mucho de vida, y él prefirió morir así, jodiendo al enemigo. Y Violeta no dejaba de ser uno de los suyos y solo me importaba con relación a Salva. Sin embargo, no era tan fácil abandonar, volver a Buenos Aires o desaparecer en cualquier otra residencia lejos de Dianium, sobre todo porque esto no me garantizaba que dejaran en paz a Sandra.

La única solución era dar con la clave, el código, la puerta secreta que liberara a Sandra de esta pesadilla; entonces podría morirme con la conciencia tranquila. Y tenía la sensación de que estaba a punto de dar con ello, con ese algo que no pudo o supo confesarme Salva.

Tardó en descolgar el teléfono porque eran las seis de la mañana para ella y su habitación era la más alejada del salón. Primero tendría que oír la llamada, luego despertarse, saltar de la cama, ponerse las zapatillas, recorrer el pasillo y llegar junto al teléfono. Así que esperé.

—¡Qué susto me has dado! —dijo aliviada y somnolienta—. A estas horas solo podía ser una llamada de España, y como tú nunca me despiertas he pensado...

Estaba a punto de llorar.

—Tranquilízate. Estoy bien, es que necesito dinero y no puedo esperar más, lo siento. Lo siento de verdad, trabajas mucho...

No me dejó acabar.

—Papá, tengo dinero ahorrado. No te preocupes. Dime cómo te lo hago llegar. ¿Comes bien, bebes dos litros de agua al día, te saltas alguna pastilla?

Lo de los dos litros de agua era una exageración, pero le dije a todo que sí. Al final nos quedamos unos segundos en silencio oyendo nuestras respiraciones.

—Papá...

—No te preocupes. ¿Hay algún chico a la vista?

Se rio.

Nunca pensaba en su vida. No sé por qué me parecía una vida fácil. Quizá estaba

angustiada por no tener hijos, o puede que no le gustase el trabajo que hacía en el colegio. Los años habían pasado muy deprisa y yo creía que siempre sería joven y que siempre tendría futuro, hombres que se enamorasen de ella, hijos, nietos, planes. Y el hecho es que continuaba viviendo en el mismo piso en que había crecido, esperando no recibir una llamada desagradable y definitiva. Quizá le había transmitido la idea de que cualquier tipo de riesgo es demasiado peligroso.

Cuando me acosté, todos los coches del *parking*, la luz de las dos farolas que medio los alumbraban y el monte de pinos y olivos del fondo estaban desangelados, solos. Incluso las estrellas resultaban de una frialdad escalofriante. No iba a dormir bien esa noche. Mi hija no se me iba de la cabeza.

Al sábado siguiente me sentía bastante melancólico y desgano. Un sábado radiante por otra parte. Y en medio de su resplandor, me preguntaba a ratos qué estaba haciendo en este lugar compartiendo mi vida con unos desconocidos que ni siquiera sabían quién era yo de verdad. Ni siquiera me apetecía montarme en *Libertad*, no me merecía tantas cosas. Por la mañana di un paseo entre los pinos y después de comer, con el sano cansancio del ejercicio, me senté en el jardín amodorrado. James acercó una silla junto a la mía y me dijo que había escrito otra canción y que cuando quisiera nos íbamos de excursión.

—No creí que aguantaras, la verdad, ni siquiera hasta aquel árbol —dijo.

—Pero si tú nunca piensas en la muerte.

—En la mía, no.

Geralda nos saludó desde su mesa de mus. James la señaló con la mirada.

—Dice que la próxima vez contemos con ella.

Cerré los ojos, quería seguir amodorrado y atontado un poco más. El tiempo pasaba apaciblemente hasta que recibí una llamada de Esther. Me avisó la propia Pilar. «¡Tu hija!», dijo a todo volumen desde la entrada del jardín. Tanto ella como la recepcionista conocían su voz. Me habría gustado tener teléfono en mi cuarto y más privacidad en este sentido, lo que suponía un suplemento absurdo para mi economía.

Descolgué con toda la mala conciencia pasada, presente y futura hacia ella.

—Hola, Esther, perdona mi llamada, fui muy desconsiderado.

El tono de ella era de urgencia, a buen seguro la esperaba alguna clase.

—El dinero te llegará en dos días. Pero ahora debes encontrarte con Sandra en el Faro. Está ya esperándote allí. Es muy urgente. Ten cuidado.

Es muy urgente, repitió. Estas frases me sobresaltaron y preferí creer que Esther no había entendido bien a Sandra y que exageraba.

Sandra

El viernes vino una amiga de Lucy a pasar el fin de semana. Tanto a Santi como a mí nos pareció una gran idea. A veces vernos los tres sentados en el mismo sofá resultaba un poco incómodo. Con un cuarto personaje la situación no sería tan rara, y a Janín le gustaba la gente, le alegraba ver caras nuevas. Sonreía a los desconocidos, dejando claro que no iba a ser un pobre chico introvertido. Le estaba agradecida a Lucy por haber roto ese cargante espejismo de familia de los últimos tiempos. Cuanta más gente hubiese entre Santi y yo, mejor.

Hasta el viernes por la tarde, cuando Santi fue a buscar a la estación de autobuses a la amiga de Lucy, nuestra rutina consistía más o menos en que Lucy fingía que estudiaba los temas de las oposiciones con Janín a su lado en el corralito y Santi trabajaba más que nunca en sus diseños gráficos en una habitación con una pequeña ventana que daba al jardín por donde salía un buen aroma a maría. Mientras, yo iba y venía de mis encuentros con Julián sin saber bien por dónde tirar ni qué hacer. Aunque cada vez iba comprendiendo más claramente el juego de Martín. No quería decirme dónde encontrar a Alberto porque estaba chantajeándome: Alberto por Julián, como en un intercambio de rehenes. De todos modos, me decepcionaba y extrañaba que Alberto no se pusiera en contacto conmigo. No sabía qué estaba ocurriendo, no conocía sus razones. No era una situación normal. Y aunque no quería pensar en las malignas palabras de la madre de Martín diciendo que había muerto, no podía evitar pensar en ellas. Tampoco Martín dio más señales de vida, lo lógico es que hubiese vuelto a la carga si es que tanto le interesaba el paradero de Julián. Los días iban pasando y de no ser porque Julián necesitaba mi ayuda habríamos regresado a Madrid.

Se llamaba Bea. Tenía el pelo negro rizado hasta las orejas, grandes ojos oscuros, un cuerpo rotundo y una simpatía bastante cargante. Se reía por nada con una risa que llegaba hasta el último rincón de la casa. Se levantaba de su asiento a la mínima, sin ninguna pereza, y cogía a Janín del corralito y volvía a soltarlo allí sin ninguna lógica. Mi hijo la miraba con los ojos muy abiertos olvidándose incluso de su dolor de encías. Lucy le dijo a Bea: «Está analizando tu comportamiento. Es un chico muy listo». Bea se rio más fuerte si cabe. No se reía por nada gracioso, sino porque parecía que tenía el cuerpo lleno de risa y debía soltarla, del mismo modo que tenemos que hacer nuestras necesidades de vez en cuando. Y lo peor es que no era una risa alegre que inundase de frivolidad y optimismo nuestro pequeño hogar, sino todo lo contrario: tensaba el ambiente, dando la impresión de que después vendría el llanto y un ataque de pánico. No podíamos seguirla, durante la primera hora coreamos su risa según las fuerzas de cada uno, pero luego desistimos, lo que no la desanimó para continuar con lo suyo, como si seres invisibles le contaran un chiste tras otro.

Mientras preparábamos la cena y poníamos la mesa, Lucy me dijo que Bea estaba nerviosa porque no sabía cómo comportarse en esta situación. Le hice el gesto de que no se preocupara. Y creo que, para no crispar el ambiente, Lucy decidió al día siguiente marcharse a la playa con Bea y Janín, y también a comprar sombreros y biquinis por los puestos del paseo Marítimo.

Yo misma supervisé los zumos y el agua de Janín y le apliqué crema solar por la carita y el cuerpo. De todos modos, sabía que Lucy lo cuidaba tan bien o mejor que yo. Le puso el peto vaquero y una camiseta, lo colocó en la silla del coche y arrancaron.

—¡Uf! —dijo Santi refiriéndose a Bea cuando perdimos el coche de vista—. No hay quien la aguante.

—Está nerviosa, no está acostumbrada a estas situaciones.

Puesto que Lucy se ocupaba tanto del niño, decidí poner un poco de orden en la casa. Recogí la ropa tendida en la cuerda que iba del limonero a las adelfas que nos separaban del vecino. Era la parte más soleada de la casa, de forma que la ropa salía de allí radiante y con un olor a jazmín dulce y penetrante. Casi toda era de Janín. Pero también había ropa de Lucy.

Recibí una de las temidas llamadas de mi hermana preguntándome si alguien se había interesado por la casa. Lo dijo en un tono anormal, cadencioso, dándome a entender que de alguna manera se había enterado de que estaba pasando del tema. Balbuceé algo en un tono que me delataba y me tumbé a leer en una hamaca. No tenía ganas de trabajar más, dejaría para más adelante la limpieza del baño. Ahora necesitaba despejar la mente y entregarme a mí misma un rato. Desde que existía una persona más importante que yo a la que cuidar, los ratos de soledad eran francamente maravillosos. Santi estaba trabajando en el ordenador. El vecino de al lado regaba y me salpicaban algunas gotas. Me quedé medio dormida bajo la sombra de la palmera, cuyas hojas a veces se abrían como una persiana para que entrara el sol. Estaba consiguiendo relajarme. Continuaba oyendo sin oír de verdad. Desde que apareció el maldito anónimo no lograba desconectar del todo. Siempre continuaba unida a la batalla por algún cable.

Al mediodía Santi salió al jardín y me despertó. Me preguntó si tenía algo pensado para comer. Él podía acercarse a comprar comida preparada. O quizá se le hubiese ocurrido a Lucy y por eso no habían vuelto aún. Miré el reloj, llevaban bastante tiempo fuera. Aunque el tiempo pasa volando en la playa, le dije. Seguramente a Janín le habrían dado un zumo y un yogur, y ahora estaría echando una cabezada en la sillita. De todos modos, se me quitaron las ganas de continuar en la tumbona.

—Esperaremos un rato para comer —dijo Santi—, estaría feo empezar sin ellas.

En el frigorífico reinaba la desolación y no llegamos a tomar ninguna decisión al

respecto. Santi se sirvió un café y me tendió a mí otra taza. Me puse unos pantalones cortos sobre el bikini y al rato una camiseta. A las cuatro empezamos a mirar los relojes cada cinco minutos. No quería reprocharle nada a Santi, Lucy y su amiga eran adultas, ¿por qué no iba a estar Janín seguro con ellas? Sin embargo, el estómago se me estaba encogiendo, me estaba avisando de algo. Abrí la puerta. No veía bien, se me emborronaban el almendro y la palmera como si la faz de la tierra estuviera cambiando. Estarían distraídas mirando trapos o tomándose un helado y no se darían cuenta de la hora. No debería agobiarme, ni mucho menos enfadarme. Seguro que Janín estaba entretenido y feliz, seguro que le decían muchas cosas bonitas y le hacían carantoñas.

—Esta Lucy... —dijo Santi con cara de preocupación—, a veces se le va el santo al cielo. Voy a llamarla.

Lamentablemente, el móvil de Lucy sonó sobre la encimera de la cocina. Santi lo cogió y lo dejó caer con rabia. Se maldijo por no tener el número de Bea. Yo iba a decir que la culpa era nuestra por delegar en su novia el cuidado de nuestro hijo, pero me callé a tiempo. Eso que llamamos sexto sentido me obligaba a reprimir la rabia que sentía en contra de Lucy, de Santi, de mí y de un mundo grande y peligroso para un niño.

—Voy a asomarme a la carretera —dijo—. Quédate aquí por si llegan o llaman.

Le miré con angustia, me notaba los labios secos, pegados, cosidos. Afirmé con la cabeza. Le hablé con la mente. Date prisa, dije.

—No te muevas —me ordenó.

Negué con la cabeza. ¿Dónde iba a ir? Aunque, quizá, si no teníamos señales antes de una hora llamaría a la policía. En cualquier caso, no había que exagerar. Me los imaginaba a los tres riéndose, Bea era muy expansiva. Para comprar ropa hay que probársela. ¿Y si se hubiese metido en el probador y hubiera dejado a Janín fuera con su amiga y su amiga se entretuviese mirando otras cosas y no hubiese estado pendiente del niño y alguien se lo hubiera llevado? ¿Y si su amiga hubiese empujado el carrito hacia algún perchero que le llamase la atención y después se hubiera olvidado del niño? Cuando no se está acostumbrado a cuidar de niños, puede pasar cualquier cosa. Se me aceleró el corazón, el corazón me decía que algo había ocurrido. Lucy estaba medio acostumbrada a Janín. Una mitad de ella era consciente del niño, la otra no. Y en compañía de su amiga, entretenida con la charlatanería y las compras, podría haber ganado la partida su mitad inconsciente.

Tres Olivos y Julián perdieron importancia. La preocupación porque la Hermandad lo encontrase perdió importancia. La sensación de peligro me exprimía completamente por dentro, desde el estómago hasta la garganta como una esponja. Eché agua del grifo en un vaso medio limpio para serenarme. Al caer el chorro sobre los platos sin fregar salpicó toda la encimera, el suelo, las piernas. Bebí sin ganas, atragantándome. Me latían las sienes. Debería haber salido yo a la carretera, por lo menos me movería, correría, sudaría. El no saber qué estaba ocurriendo me obligaba

a vagar por la casa y a comprobar cada dos por tres si el móvil estaba encendido. No me atrevía a tirar de la cisterna por si no lo oía. Seguramente el mayor tormento de los presos es no saber qué les sucede a los hijos, a los padres y no poder hacer nada por ayudarles. Un minuto más de plazo, aún no había sucedido nada grave, yo aún podía ser feliz y estar alegre.

Oriné y me lavé las manos como nunca, como un cirujano, por el dorso, por la palma, entre los dedos, en espera de que algo ocurriera, y me di media hora para salir a la calle y lanzarme a buscar por mi cuenta. Hasta que el ruido de la puerta me paralizó. Mientras la puerta no se abriese, había esperanza de que la realidad se burlase de mis miedos.

Entraron Lucy llorando y Bea seria. No vi a Janín con ellas. Y no pregunté por él. No podría soportar la respuesta. Me abalancé hacia la entrada, no estaba sobre los guijarros ni entre las plantas borrosas. Santi llegó corriendo y jadeando. Me cogió los brazos.

—Desde la carretera he visto el coche torcer por el camino. ¿Dónde está Janín?
—preguntó despacio, con cautela, retardando mi respuesta.

No dije nada. Pasamos adentro. Tampoco Santi se atrevía a hablar.

Lucy lloraba desesperadamente con las manos en la cara. Bea nos miraba con los ojos muy abiertos. Podría haber elegido morirme en ese mismo instante, en cambio abrí el grifo, me salpiqué otra vez de agua y le llevé un vaso a Lucy. Le puse la mano en el hombro y la obligué a sentarse en una silla. Sentí que lo que de una forma u otra había estado presagiando desde mi embarazo se había cumplido: ellos querían a mi hijo, y por fin se habían hecho con él. De nada me serviría llorar ni desesperarme. Santi nos observaba apoyado en la mesa.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté a Lucy, tratando de no ahogarme con mis propias palabras—. Cuéntamelo con pelos y señales.

Se pasó las manos por las mejillas, el pelo casi le ocultaba la cara, las rojeces del llanto, el rímel corrido, los labios carnosos y un poco hinchados. Hablaba entrecortada.

—Ha sido horrible. Janín ha desaparecido. No sé en qué momento lo hemos perdido de vista, mejor dicho, lo he perdido yo. Bea no tiene la culpa de nada. La responsabilidad es mía.

Me senté en otra silla frente a ella, estaba mareándome. Y no podía estarlo. Debía salir de mi cuerpo y de mis sensaciones y concentrarme.

¿Cuánto tiempo tardaron en darse cuenta de que faltaba el niño? ¿Cuándo empezó a notar su falta? ¿Preguntaron si alguien había visto una sillita de bebé? ¿Cuánto tiempo estuvieron buscándole y dónde? Lucy no me describió la situación tan minuciosamente como le pedí. Tenía la vista fija en el suelo, no se atrevía a mirarme.

—¡Dios mío! Estaba mirando un collar, creo. Le estaba pidiendo consejo a Bea y

cuando me he girado el niño ya no estaba. Con tantos puestos y tanta gente en el paseo Marítimo me atonté y durante unos segundos no pensé en Janín.

Empezó a llorar de nuevo, y ni Santi ni yo la interrumpimos.

—¿Nadie en todo el paseo oyó llorar a un niño durante el secuestro? —pregunté siendo consciente de verdad, por primera vez, de que Janín ya estaba en manos de la suerte y que yo no debía dejar nada al azar, no debía relajarme nunca y debía estar preocupada siempre porque esa era mi obligación—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que ha desaparecido hasta que habéis decidido regresar aquí?

Lucy continuaba llorando, pero Santi no se acercó a consolarla. La miraba con severidad. Luego desvió la vista hacia la ventana, lo más lejos que pudo, imaginando escenas horribles y culpándose por ellas. Y yo no quería pensar en el miedo que estaría pasando Janín, aunque fuese un miedo que no recordaría nunca.

—Han pasado casi cuatro horas —dijo Bea.

—Lo siento —dijo Lucy acercándose a mí—. Soy un desastre. Nunca tendré hijos por el bien de ellos.

Quería darme pena, quería mi perdón, pero no le di nada. Y a continuación confesó algo que le daba un sentido aún más oscuro a la desaparición de Janín.

Se acordó de la última tarde en que nos vimos en el piso de Santi en Madrid y ella se había llevado al niño de compras. Llegó más tarde de lo normal porque inexplicablemente lo perdió de vista durante un cuarto de hora mientras pagaba una compra en unos grandes almacenes. Fue el cuarto de hora más angustioso de su vida. Tuvo que dar aviso a los guardias de seguridad hasta que por fin la llamaron por los altavoces desde Atención al Cliente. El niño estaba en su sillita sano y salvo en la zona de los vestidores. Creo que quisieron asustarme, dijo.

Recordé que regresó muy seria del paseo y que me evitaba. Entonces lo achaqué a los celos, como si yo fuese el centro de los estados de ánimo de los demás. Qué confundida estaba.

Se me aflojaron las piernas y las manos, apenas si podía marcar el número; me recordaba a una pesadilla que tuve durante cierto tiempo en que no era capaz de marcar el número de Alberto, aunque nunca lo había tenido; me confundía constantemente hasta que me despertaba desesperada. Me pellizqué por si estaba dormida. Pedí a los dioses estar soñando, pero el pellizco me dolió, era trágicamente real. Lucy lloraba. «¡Cállate!», le dijo Santi.

Respiré cuando descolgaron el teléfono.

—¿Esther? Perdona, no sé qué hora será por ahí. Soy Sandra, la amiga de Julián. Por favor, llámale a la residencia y pídele que vaya al Faro ahora mismo, yo voy para allá. Es muy urgente. Es algo de vida o muerte, pero no quiero que le asustes, solo que le convenzas de que vaya allí.

Colgué angustiada y sentía esa angustia en cada músculo de la cara y de todo el cuerpo.

—¿Has llamado a la policía? —dijo Santi confundido y aterrado.

—Aún no. No lo entenderían y quizá lo estropearan todo. —Imaginé que mis palabras le sonarían extrañas a Santi, pero en ese instante me daba exactamente lo mismo. Necesitaba ayuda, apoyo, y sentía que solo Julián podía dárme los.

—¿Y si alguien lo ha encontrado y lo ha llevado a la comisaría?

—Entonces llama y pregunta —dije cogiendo las llaves del coche.

Bea dijo que no sabía qué hacer, si marcharse o quedarse por si la necesitábamos. Lucy le dijo con la cara roja por el llanto que era mejor que se marchase. Cuando salió con el equipaje en la mano, una pequeña maleta de ruedas, no sabía cómo decirnos que no podía ir andando hasta la estación, pero no lo dijo. A nadie le importaba una mierda cómo se fuese Bea a la estación.

No, nadie había llevado a ningún niño a la comisaría. Santi colgó el teléfono con la clara intención de ir a preguntar por los puestos del paseo Marítimo y rastrear todo el itinerario hecho ese sábado por la mañana repleto de gente. Preguntaría en los bares y a todo el que se encontrara. Pero nada más teníamos un coche y además alguien debía quedarse en casa por si llevaban a Janín o nos llamaban por teléfono. Le pedí que confiara en mí y que me esperara. Debía hacer algo importante.

—¿Estás segura de lo que haces? —dijo Santi.

Las manos me temblaban al meter la llave en el contacto. Me las froté e hice crujir los huesos de los dedos. Tal vez a Julián se le ocurriera algo. En último caso, Julián le diría a la Hermandad lo que querían saber, se entregaría a ellos, y ellos me devolverían a mi hijo. Estaba segura de que Julián se sacrificaría. Se acercaba el fin del mundo. Quien juega con la destrucción acaba destruido. Y todo porque un día se me ocurrió venir a Dianium a tomar el sol en la playa. Todo porque solo sabía de la vida la parte normal, no la otra, la parte extraña y oscura.

Procuré no pisar el acelerador más de la cuenta. Por muy tarde que llegase siempre llegaría antes que Julián en la moto. No podía creerme que mi hijo al final acabara en manos de la Hermandad. Pensaba que, desaparecidos Fred y Karin, se había acabado su interés por un niño con el que ni Martín ni Frida —de ser ellos los secuestradores— sabrían qué hacer. Alberto nos ayudaría. Salvaría a Janín del mismo modo que me salvó a mí. Tenía muchas ganas de llorar y ya no pude contenerme.

No podía salir del coche, no tenía fuerza. El sol brillaba tanto que se me clavaba en los ojos. El olor de los platos con restos de arroz y marisco de la terraza del Faro permanecía suspendido en un calor anormal. De pronto el barómetro se había disparado, lo que no impedía que los clientes estuvieran disfrutando de una sobremesa larga, somnolienta, despreocupada, risueña.

Al salir del coche, no pude sostenerme en pie y me caí de rodillas en el suelo. En las palmas de las manos se me clavaron algunos guijarros. Oía la charla y las risas. Me apoyé en la puerta para levantarme. No merecía ser su madre, una madre debe tener un sexto sentido y notar cuándo algo es raro y cuándo su hijo podría estar en peligro. No supe detectarlo al venir aquí por primera vez y conocer a Fred y Karin y luego a Julián. Debí salir corriendo de aquel trío infernal.

Cuando vi aparecer a Julián, arrastrando sobre la grava su pequeña *Libertad*, me metí en el coche y le indiqué que me siguiera. Había demasiada gente en el Faro, todo el mundo había salido a comer y a disfrutar de su normalidad, de su buena suerte. Me hacían daño solo con mirarme. Sería maravilloso estar sentada en una de esas mesas con Janín y con Santi.

Paré en Punta Negra y Julián detrás de mí. En la cala había más bañistas de los esperados. El agua estaba angustiosamente esmeralda. Se veían los pececillos nadando alegremente. Cuando Janín fuese más mayor vendríamos a hacer *snorkel*, lo que no fue un pensamiento muy afortunado porque algo se me atravesó en la garganta y no podía respirar. Las lágrimas se me habían estancado en los ojos, estaba paralizada.

Julián abrió la puerta del coche y lo miré.

—¿Qué te ocurre?

No podía hablar, no podía contarle lo que sucedía, no me corría el aire por la garganta.

—Vamos, sal del coche —me pidió asustado.

Era incapaz de moverme y entró él por la otra puerta. Lo veía todo como en una película, cada movimiento de Julián, las gaviotas llegando a la luna del coche y marchándose. La gente con la frente y los hombros rojos andando hacia algún restaurante cercano. Motas y briznas temblando en el aire.

—Respira conmigo —dijo Julián cogiéndome la mano—. Así.

Lo veía respirando exageradamente para que yo hiciera lo mismo. Creo que quería morir, que no quería vivir lo que pudiera ocurrirle a Janín.

Me frotó el pecho y salió corriendo para volver con una botella de agua. Se echó un poco en las manos y me las pasó por la cara y la frente, por la nuca.

—¡Bebe! —ordenó.

Negué con la cabeza. No podía.

—Intenta tragar saliva. Por favor, ya verás como todo se arregla, sea lo que sea.

Volvió a ponerme agua en la frente y en la nuca, me mojó los labios. Lo que tenía en la garganta empezó a deshacerse, comencé a respirar y me desplomé sobre el asiento. Julián echó el asiento para atrás.

—Descansa —dijo—. Ahora sí que voy a darte agua.

Bebí un poco y cerré los ojos. Quería dormir lo que me quedase de vida. Dormir en medio del mundo vivo. No estar en el mundo normal, estar en otro donde apenas existiese.

Salió y regresó con una coca-cola.

—Necesitas cafeína.

Me tomé la mitad de la lata y me senté. O moría o debería reaccionar. Debía salir de mí misma, olvidarme de mí y pensar solo en Janín. Yo no era la importante ahora mismo, mis sentimientos y mis sensaciones no importaban. Era un soldado con una misión y esa misión era lo único que contaba. Mis emociones me hacían sentirme

miserable. A la mierda las emociones.

—Han secuestrado a Janín.

—¿A tu hijo? ¿Estás segura?

Otra vez eso en la garganta, otra vez las lágrimas estancadas en los ojos. Pero lo vencí, tragué saliva, pegué un trago a la coca-cola recalentada por la mano. Y asentí.

—Una amiga lo ha llevado de paseo y ha vuelto sin él. Lo han cogido en un descuido.

—¿Una amiga?

No contesté. No era el momento de contarle quiénes eran Lucy y su amiga Bea.

—Quizá no tenga nada que ver con la Hermandad. Podría ser que ella se despistase, perdiera al niño y alguien esté tratando de dar con sus padres.

—Podría ser, pero no podemos perder el tiempo con tontas esperanzas. Lo más lógico es pensar que el mismo Martín, que metió aquel anónimo en la bolsa de ositos, esté detrás de esto. Estamos amenazados, Julián, no son fantasías mías. Si por suerte fuese como dices, alguien nos lo devolverá y aquí no habrá pasado nada, pero si no...

—¿Y qué podemos hacer, por dónde empezar?

Mis ojos de soldado buscaron los suyos, pequeños y grises, entre las arrugas y los párpados, detrás de las lentillas y de toda una vida desconocida para mí.

—Está bien. Iré a ver a Frida y me entregaré. Me quieren a mí. Pero antes no estaría de más hablar con tu amiga.

Tiramos hacia la casita.

Julían

Al ver a Sandra me asusté. Al principio esperé junto a *Libertad* a que saliese del coche, pero como tardaba me acerqué a la ventanilla y la vi mareada con los ojos muy abiertos respirando muy débilmente. De no ser por ese hilo de respiración la habría dado por muerta. Enseguida supe que había ocurrido algo grave y que esa gravedad debía de estar relacionada con su hijo. El aliento le olía a acetona, como cuando Esther de niña tenía mucha fiebre y los labios se le habían secado y cuarteado; tenía el pelo pegado a la cabeza por el sudor. Por un instante estuve tentado de llamar a una ambulancia, hasta que empezó poco a poco a recuperarse. Noté como hizo un fuerte acto de concentración y decidió que debía luchar.

Cuando Esther me avisó de que debía venir aquí urgentemente, primero intenté quitarle importancia, pero luego me temí lo peor y tuve que tomarme un sedante. Y lo peor había sucedido, sin darme tiempo a descubrir qué quería de mí la Hermandad. No quise decirle a Sandra que si no les daba lo que querían simplemente me matarían como a Salva, y puede que ella no volviera a ver a Janín. O quizá no lo matarían: se lo quedarían, lo criaría alguna pareja joven, tendría unos supuestos abuelos como Fred y Karin, que lo educarían en el odio racista y antisemita, en el desprecio a los demás y a todo lo que él no pudiera controlar y a lo que no pudiera aspirar, y le convencerían de que su familia y su grupo eran superiores al resto de la humanidad. No le enseñarían a superar las frustraciones ni las contrariedades, y no podría soportar que el mundo no se ajustase a su medida. Pobre chaval.

Cuando llegamos a la casita, el silencio era aplastante. Los insectos zumbaban alrededor de las plantas y del limonero que daba sombra a una de las ventanas bajas. Era demasiado agradable, la típica atmósfera para comer en el jardín y luego echarse uno la siesta sin pensar en nada, dejándose llevar de puro aburrimiento y placer.

Nada más oír el coche y la moto, Santi abrió la cancela y salió fuera. Detrás venía una chica rubia con la cara hinchada y roja, que supuse sería la amiga.

—Estamos esperando a la policía —dijo Santi mirándome con odio, dando por supuesto que mi presencia en sus vidas no era normal ni buena. Y tenía razón.

—¿Eres tú la que iba con el niño? —le pregunté a la chica rubia.

Tenía los ojos grandes y redondos bordeados por unos párpados tan hinchados que le ocupaban toda la cara. Se arrimó a Santi y descansó la cara en su hombro, pero este se retiró suavemente y fue hacia Sandra.

—Haré fotocopias de esta foto de Janín y la pegaremos por el pueblo —dijo Santi.

Sandra y yo cruzamos una mirada, dudamos de que fuese buena idea.

—¿Por qué no esperáis a que venga la policía y mientras me cuentas qué ha ocurrido? —le dije a la chica rubia.

—Se llama Lucy —dijo Sandra—. Es la pareja de Santi.

—Bueno, Lucy, ¿te distrajiste mientras comprabas algo?

Irrumpió en llanto y entrecortadamente contó lo que ella percibió que había sucedido. Santi iba de un lado a otro frotándose las manos y la despistaba.

—¿Notaste en algún momento, tuviste la más ligera sensación de estar siendo vigilada, de que veías a la misma persona en lugares diferentes? ¿No reconoces la imagen de alguien que estuviese en la playa y luego en la heladería y luego en el paseo Marítimo? Cierra los ojos y haz un esfuerzo, seguro que en tu mente hay una persona que se repite.

—Pero ¿qué pasa?, ¿a qué viene este interrogatorio? —dijo Santi fuera de sí. Era normal que tratara de descargar su rabia con alguien y que ese alguien, frente a Sandra y Lucy, fuese yo—. El que mi hijo lleve su nombre no le da derecho...

Busqué la cara y los ojos de Sandra, pero ella miraba hacia abajo. El niño se llamaba Julián, y Sandra no me había dicho nada ¿para que no me sintiera en deuda con ellos?, ¿para no establecer lazos familiares?, quién sabe. De todos modos, no podía quedarme parado, debía intentar algo.

—Voy a ver a Frida —le dije a Sandra.

—No, espera —me pidió ella—. Es mejor que vayamos a casa de Martín y su madre la desgredada. Tú me esperas en el coche. Les diré que sé dónde pueden encontrarte y que me devuelvan a Janín.

Sandra se volvió hacia Santi.

—Hablamos de gente muy peligrosa. Cuando venga la policía les contáis lo que sabéis y que hagan lo que tengan que hacer, pero de esta gente ni media palabra porque podrían hacerle daño al niño.

—Estás como una cabra, y tú también —dijo Santi refiriéndose a mí; había vuelto a tutearme porque yo no era ni su padre ni un viejo honorable. Y pensé que hasta ahora había sido un buen chico.

Sandra

Me reconfortaba la presencia de Julián. Era el único ser sobre la tierra que sabía todo lo que sabía yo sobre la Hermandad y por supuesto más cosas que no me había contado. Cogí dos botellas de agua del frigorífico y una se la di a él. Por nada del mundo podía perderle, solo él me ayudaría a encontrar a Janín. Santi se desplomó sobre el sofá con las manos en la cabeza.

—En comisaría nos han dicho que vendrán enseguida.

Lucy se acercó tímidamente a mí.

—El niño está bien, solo le duele el diente que le está saliendo, espero que no lllore mucho.

Julián no me dijo algo que pensábamos los dos: no es fácil esconder a un niño que llora porque tiene hambre o porque le duele un diente. No es fácil esconderle mucho tiempo, incluso en un sitio como Dianium, donde se había escondido la Hermandad durante cincuenta años.

—Creo que es mejor que no repartan la foto de momento —dijo Julián poniéndose el cinturón de seguridad.

Estaba de acuerdo. Conduje nerviosa, el camino a casa de Martín se me hacía interminable y caótico con tanto sendero estrecho y recodos y las abejas libando los almendros y los matorrales de romero. Y antes de llegar a la casa paré para tranquilizarme.

—No te preocupes por si te ven nerviosa, es tu hijo, lo importante es que les trasmitas con toda claridad el mensaje de que sabes dónde localizarme. Y no hables más, que hablen ellos. Ellos son los que quieren algo a cambio de tu hijo.

Me serené cuanto pude, me dije que era un soldado y que no podía permitirme ser débil. Aparqué fuera de la vista de la casa, en el recodo de un estrecho camino, y me dirigí andando hacia el patio de cemento. Reconocí los grandes maceteros con cactus medio secos que bordeaban la entrada.

Salió a recibirme *Thor*, el perro de Elfe. Me ladró con mala leche. La casa estaba abierta, con aspecto de destartalada, y dudé si entrar.

—Déjame en paz —le dije al perro corriendo una cortina de cuentas.

Se entraba directamente a una amplia cocina en penumbra. Podría ser bonita de no estar llena de cacharros sucios y sin un solo detalle agradable. En la mesa de madera había restos de *pizza*. El perro se estaba cansando de ladrarme cuando del fondo salió la madre de Martín. Llevaba una bata de flores y las cangrejas moradas en los pies. Y un revólver en la mano.

—¡Siéntate! —dijo muy acostumbrada a ordenar, y no a ordenar por placer sino por resentimiento, por un odio vago y general que me englobaba a mí.

Sentí presión en el pecho y me costaba que me salieran las palabras.

—¿Dónde está mi hijo?

Durante un segundo pareció desconcertada.

—¿Tu hijo? Creía que venías por el Alberto ese de las narices. Martín dice que tú le ayudaste a que nos traicionara.

Seguí el consejo de Julián y no hablé, permanecí mirando la cara ancha y llena de ira de aquella mujer.

—¿Qué le ha pasado a Alberto?

—Que te lo diga tu amiguito. Él lo sabe.

—¿Te refieres a Julián?

—Al viejo, ¿se llama así?

—Cuando veas a Martín dile que sé dónde está Julián, el viejo, pero que solo se lo diré si me devuelve al niño.

Bajó el revólver y el perro se enderezó. Me fui hacia la puerta sin saber qué más hacer ni qué más decir.

Julián esperaba dentro del coche.

—Solo he visto a la desgredada, me ha apuntado con una pistola. Creo que no sabe nada.

El cerebro me pesaba como una piedra. Todos esos kilómetros de neuronas y la materia gris que dicen que tenemos y la sangre se habían fundido en una roca y no me dejaban ver lo que había detrás de ella. El cansancio, la tensión de la espera me habían agotado hasta la extenuación, y me dolían el cuello y las piernas. Me comí una manzana por responsabilidad hacia un ser inocente y desvalido al que solo le faltaba que su madre se desmayara. Antes de nacer, cuando descubrí lo que era el terror en casa de los Christensen, debió de sentir miedo. Le llegaría atravesando la placenta como el agua que bebía y la comida que tragaba, de vez en cuando su diminuta memoria le devolvería esa sensación en que las paredes del mundo parece que van a aplastarte. Y yo no había sabido protegerle, ni entonces ni ahora. Mientras otras madres se pasaban el embarazo escuchando música clásica, haciendo yoga y siendo felices, yo había arrastrado a mi hijo a un mundo feroz, del que no era tan fácil salir.

Emprendimos el camino de regreso a casa.

Julían

Se sentía el ambiente tenso de la casita a un kilómetro de distancia. Y encima el calor golpeaba la luna del coche y entraba por las ventanillas como el aire del infierno. Bebí agua de la botella que me había dado Sandra un rato antes. A ninguno de los dos se nos había ocurrido encender el aire acondicionado del coche, nos parecía obsceno disfrutar de cualquier placer mientras el niño estaba. Dios sabe dónde. El hecho de que llevase mi nombre me había conmovido, era un gesto excesivamente bueno y amable. No me lo merecía, no había hecho nada por esta criatura, salvo ponerla en peligro antes de nacer. Sandra aún no lo había aprendido todo, aún le quedaba saber que nadie es suficientemente bueno y que sabiendo esto se evitaría muchas decepciones.

Cuando aparcamos vimos un coche de la policía. Lucy estaba con dos agentes en el jardín. El vecino de al lado había salido a la puerta a fumarse un pitillo en bañador.

—Yo soy la madre del niño —dijo Sandra nada más verles.

Eran dos chicos jóvenes que nos miraban con comprensión. Uno de ellos tenía una libreta donde había ido anotando lo que le contaba Lucy. El otro me echó un vistazo.

—Soy amigo de la familia —dije.

—¿Sospechan de alguien que tenga algo en contra de ustedes? —preguntó el agente.

—Estamos de vacaciones, aquí apenas conocemos a nadie —dijo Sandra.

El policía que tenía el cuaderno lo cerró y dijo que harían todo lo que estuviese en su mano y que aún tenían esperanza de que alguien llevara al niño a la comisaría. El otro no apoyó estas palabras, parecía menos optimista.

¿Quién podría tener interés en un niño? ¿Los pedófilos? ¿Las mafias de trata de niños? ¿Los traficantes de órganos humanos? ¿Los hijos de Satán devotos de los sacrificios humanos? ¿Los que consideran que ellos podrían cuidarlo mejor que sus propios padres?

—Por lo menos, si se llevaron la bolsa de ositos es que tenían intención de cuidarle. Nos pondremos en contacto con ustedes según vayamos sabiendo algo.

—No pienses esas cosas —me dijo Lucy—. A Janín no le va a suceder nada de eso.

—¿Es que lees la mente? —le dijo Sandra, irritada porque en el fondo culpaba a Lucy de la pérdida del niño y, sobre todo, se culpaba a sí misma por no haber estado constantemente con él.

—No, pero sé lo que se siente. Y siento que a él no le está pasando ninguna de esas cosas.

Realmente Lucy parecería un ángel si se pudiese creer en ángeles.

—¿No recuerdas alguna frase que alguien dijese a tu alrededor y que se te quedara grabada por algo, por extraña, o por bonita, o por profunda, o por

superficial? —le pregunté.

—Ahora mismo no puedo pensar —dijo.

Hacía dos horas que Santi se había marchado al pueblo para hacer las fotocopias de la foto y ver sobre el terreno dónde había desaparecido el niño. Seguramente estaba preguntando por aquí y por allá y repartiendo las fotocopias, y cada vez se desesperaría más, no sabría por dónde tirar. Le esperamos sentados en las sillas que había alrededor de la mesa de madera del salón. Enfrente estaba la barra que lo separaba de la cocina y a la izquierda el sofá y dos sillones de mimbre alrededor de una mesa baja sobre la que había un jarrón con flores frescas del jardín. El corralito de Janín estaba junto al sofá con varios juguetes de goma dentro.

Las sillas eran de madera maciza y dura, pero a ninguno se nos ocurrió sentarnos en el sofá ni mucho menos en las butacas de plástico del jardín. No queríamos seguir viviendo como antes, necesitábamos toda la incomodidad posible.

—Si nos vigilan, ya sabrán que estás aquí. No sé por qué no vienen. No sé a qué juegan —dijo Sandra.

—Puede que no sea el momento más oportuno para venir por aquí y que por eso no me hayan visto.

Lucy nos escuchaba asombrada.

—¿No tendríais que contarle todo eso a la policía?

Sandra la miró con tanta dureza que Lucy se levantó y salió al jardín.

—No dirá ni una palabra —dijo al verla salir.

—Tenemos que elaborar un plan —intervine yo.

—Alberto podría ayudarnos. Él podría arreglarlo todo, pero esa mujer horrible dice que murió... Julián, dime la verdad, ¿dónde está Alberto? ¿Es verdad que ha muerto? Dime que no...

Asentí con la cabeza.

Ella fijó la vista en la barra de la cocina. Una mirada helada. El día en que todo esto pasara se desplomaría.

—Alberto te quería —dije pensando en lo que al final de aquella primera aventura de Dianium me confió Elisabeth, su compañera de trabajo—. Él no pertenecía a la Hermandad. La investigaba desde dentro y lo descubrieron.

Volvió la mirada helada hacia mí.

—Eso ya no importa —dijo.

Me temía el momento del regreso de Santi. El sufrimiento se multiplicaba en todos los que querían a Janín, volviéndose insoportable. Entró con las fotocopias en la mano y fue derecho al frigorífico para beber agua. La bebió con asco, se secó los restos con el dorso de la mano.

—Nadie sabe nada —dijo, y soltó las fotocopias encima de la mesa.

Era la cara de un bebé bien alimentado y todo lo feliz que puede ser un ser

sometido a un duro crecimiento, al que tienen que salirle los dientes y estirársele los huesos. Recordé cuando de niño siempre me dolían las piernas como si me estiraran de ellas. Tenía los ojos como su madre, con espesas pestañas alrededor y también la boca de labios finos. E iba apreciándose el rumbo de la nariz. Iba a ser un joven atractivo, alto como su padre y de una complexión agradable. El problema era que del mismo modo que los hombres de mi edad y de mis características parecemos todos iguales con los bebés pasa lo mismo, ¿quién podría identificar a este niño en la playa bajo una sombrilla con una presunta madre a su lado? Y mucho menos si lo habían trasladado a otro pueblo y otra playa, y lo habían metido en uno de esos apartamentos apiñados de la costa.

—No fue una buena idea venir a la playa —dijo Santi mirando a Sandra—, pero tú insististe.

Sandra se contuvo. Probablemente estuviera pensando en la muerte de Alberto como una oportunidad perdida para encontrar a su hijo.

—Y lo siento —dijo Santi dirigiéndose a mí—. Necesitamos la vespino. Tengo que pegar estos carteles y encontrar a mi hijo. Necesitamos el coche y la moto.

—Por supuesto —dije—. No hay problema.

Sandra

He oído tantas veces decir que la capacidad del ser humano para aguantar lo que le eche la vida es infinita. ¿Y qué pasa con los que se suicidan? No parece que todo el mundo tenga capacidad y aguante. La vida a veces es demasiado difícil e inhumana. La esperanza tampoco es fácil. Julián me contó que prisioneros que en el campo de concentración aguantaron las mayores penalidades, humillaciones y perrerías se quitaron la vida al salir y no soportar esa falta de esperanza que les habían arrancado dentro. Fuera del campo, en el mundo libre, ya no había otro sitio adónde ir ni donde les esperasen. El mundo puede ser un lugar muy negro. A Alberto lo habían matado y yo ahora ni siquiera podía recordarle, no tenía tiempo ni espacio dentro de mí.

Julián salió a comprarse una vespino de tercera mano. Le salía más barato que alquilar un coche, y yo en este asunto no podía ayudarle. Lucy se quedó en casa por si había alguna novedad o la policía necesitaba algún dato más. Mientras, Santi pegaba carteles y preguntaba por ahí. Yo regresé a casa de la desgñada. Necesitaba urgentemente la respuesta de Martín.

Esta vez metí el coche hasta el fondo. Aparte de *Thor*, salieron otros dos perros que me dieron mala espina. No podía arriesgarme a que me hirieran y tener que estar en el hospital, así que permanecí dentro del coche tocando el claxon para que saliera alguien. La puerta, como siempre, estaba medio abierta, lo que no era de extrañar con esas fieras protegiéndola. Pero no salía nadie, la cortina de cuentas no se movía. No hacía viento esa mañana, más calurosa que el día anterior si cabe, más aplomada. El cuatro por cuatro, aparcado bajo un techo de brezo, tenía dos dedos de polvo y el espejo retrovisor brillaba como un cristal en la arena del desierto. No entendía por qué hasta ahora no había recibido una respuesta a mi propuesta. Era muy clara: Julián a cambio de mi hijo.

No podía consentir que la fiereza de los perros me disuadiera de insistir. Esperé un poco más. Grité por la ventanilla. Si la desgñada estaba dentro con el revólver en el bolsillo de la bata iría irritándose cada vez más y no podría reprimir su cólera. Seguramente me pegaría un tiro, aunque esto no estaría bien visto por el resto de la Hermandad, que me querría viva.

Abrí la puerta del coche poco a poco, observando la reacción de los perros. *Thor* metió el hocico meneando el rabo. Aproximé la mano al morro, si intentaba morderme cerraría la puerta con fuerza. Le acaricié la cabeza y luego toda la cara. Me miró con sus inocentes ojos negros. Eres un sol, le dije solo a él mientras los otros clavaban las cuatro patas en el burdo cemento del patio y echaban espuma por la boca. Deseaban matarme. ¿Qué os he hecho yo?, grité. Miré fijamente a los ojos de *Thor* mientras abría más la puerta. Los otros perros intentaban meter la cabeza por donde podían. Parecía que hubiesen nacido odiándome. Saqué una pierna y noté

diversos alientos y algo húmedo; no quise mirar, no quería separar mi vista de los ojos de *Thor*. Él me daba confianza y cierta valentía para sacar la otra pierna, y finalmente pude salir completamente y ponerme de pie.

Uno negro y marrón, un dóberman, me ladraba a la cara dispuesto a atacar hasta que *Thor* le enseñó literalmente los dientes. Se situó delante de mí, protegiéndome, y gruñó dispuesto a cualquier cosa, a luchar contra aquellos dos energúmenos adiestrados para matar. Daba la impresión de que *Thor* crecía por momentos, que tenía más pelo, más dientes y más grandes, y una mala hostia monumental. Los otros retrocedieron a una distancia prudencial de nosotros, la sombra de mi protector lamía sus patas. Estaba tan enfurecido que no me atreví a acariciarle de nuevo la cabeza hasta que la levantó hacia mí para mirarme. Gracias, le dije mientras daba unos pasos hacia la casa. Eres un perro muy bueno y noble, un auténtico caballero. Él iba a mi lado rozándome las piernas, me sentía segura. Las cuentas de la cortina se le deslizaron por el lomo llenándolo de colores; eran de plástico y al apartarlas hacían un ligero ruido, como las piedrecillas de un río al pisarlas. Penetramos en la fresca oscuridad del interior. Los otros perros se quedaron fuera resignados, dejaron de estar furiosos y de ladrar. *Thor* se tendió entre la entrada y la cocina, se merecía un poco de descanso.

El silencio era aplastante, no se apreciaban respiraciones aparte de la del perro. Anduve hacia adentro. La cocina estaba como la otra vez, con restos de *pizza* en su caja de cartón y botes de cerveza. Los toqué y no estaban fríos, por lo que deduje que se los habían tomado hacía rato. En cualquier otro momento el corazón me latiría a cien por hora, pero ahora no tenía corazón. Al fondo a la izquierda había una puerta gris que ocultaba un baño algo guarro con elementos masculinos y femeninos: maquinillas de afeitar desechables y cremas para la cara. No había gotas de agua en el lavabo ni en la ducha. Por una puerta se salía a un patio trasero en el que había bicicletas, chatarra y un níspero agonizante. A la derecha parecían estar las habitaciones. Una estaba cerrada y la otra la abrí con sumo cuidado, esperando encontrarme a alguien echando la siesta, quizá a Martín con un poco de suerte.

No hubo suerte. Tenía la cama hecha. Parecía de la desgñada. De una silla colgaba la bata de flores con que me recibió la otra vez y en el suelo estaban las cangrejeras con que se sentía cómoda en la casa. Palpé la bata por si se hubiese dejado la pistola en el bolsillo y luego abrí un armario desvencijado que hizo ruido a madera vieja sin engrasar. Me quedé paralizada, escuchando. En una balda vi una manta doblada y pensé que la desgñada no sería tan ingenua de guardar ahí la pistola.

Pues lo había sido.

Era la primera vez en mi vida que tenía un arma en la mano, sin la menor idea de cómo usarla. Busqué balas y las encontré en una caja de bombones. Cogí un puñado, no más. Me había dejado el bolso en el coche y no sabía dónde guardar todo aquello para no llevarlo en las manos, porque podría verme alguien o los perros podrían

enfadarse si olían a pólvora. Lo único que pude hacer fue metérmela detrás del pantalón, como había visto tantas veces en las películas, entre la cinturilla y los riñones. Estaba fría, pero enseguida comenzó a tomar mi temperatura. Temía que se me escurriera hacia abajo o que se disparase. Las balas me sudaban en la mano.

Regresé rápidamente hacia la puerta recorriendo el pasillo y cruzando la cocina. Me tentó la idea de darle agua a *Thor*, pero no podía entretenerme; me imaginé que los perros tendrían algún bebedero, no parecía lógico que los dejaran morir de sed, los necesitaban. Mi guardaespaldas se levantó y se dispuso a acompañarme cansinamente. En la puerta los otros se levantaron con esas caras avinagradas con las que el pobre *Thor* tendría que convivir y que vérselas. Andábamos despacio para no alterar a las fieras y el trayecto hasta el coche se me hizo eterno. Una vez en el interior me saqué el arma y la dejé en el asiento. Debía salir de allí lo más rápido posible. Ahora sí que todos los perros me persiguieron ladrando. Tendría mucha suerte si no me cruzaba con la desgredada. Si no me veía, no podría saber que yo le había quitado el arma, y afortunadamente los perros no podían hablar ni contarle nada. Esperaba haber pasado desapercibida para los vecinos, lo que con el calor que hacía era muy probable, aparte de lo bien resguardado que estaba ese escondrijo. Traté de aguardar lo menos posible en la intersección entre el camino de la casa y el que llevaba a la carretera, era probablemente el único lugar en que algún curioso podría ver el coche. No me gustaba nada la idea de que alguno le dijera a la desgredada: he visto salir de tu casa un Ford Fiesta gris metalizado, dentro iba una chica morena. Probablemente se enfurecería y le trasladaría esta furia a Martín, y Martín a quien retuviese a mi pobre Janín.

No aprecié durante el camino de regreso a la casita que nadie me siguiese. En cualquier caso, la Hermandad sabía perfectamente dónde vivía y allí me dirigía. En un *stop* aproveché para guardar el arma y las balas en el bolso.

Cuando llegué, Lucy estaba hablando con uno de los dos policías nacionales de la vez anterior. No habían tenido suerte, nadie había visto nada y el tiempo corría. La única pista que podían seguir era muy endeble: un niño que lloraba mucho en una sillita Jané Muum empujada por un chico moreno y una mujer rubia por la calle Principal. Todos los niños se parecen, todas las sillitas se parecen, todas las parejas se parecen. Era como buscar una aguja en un pajar.

Le pregunté si yo podría hablar con la persona que les había aportado esa pista. Dudó, ya vería, ellos sabían cómo sonsacar información sin aportar detalles que luego el testigo creería haber visto. Yo podría confundirla, podría decir cosas que completaran la imagen que ella estaría ansiosa por completar en su mente. Era una mujer que en el momento del rapto o secuestro o pérdida estaba en la calle esperando a su marido y que, como no tenía otra cosa que hacer, se fijaba en la gente que pasaba y de paso en esta pareja. Al día siguiente, después de tropezarse con uno de los

carteles que Santi estaba pegando desenfrenadamente por Dianium, recordó a la pareja y al niño y acudió a la comisaría.

—¿Esa mujer reparó en la ropa del niño?

—No lo recuerda. Dice que parecía que le dolía la boca. Ella ha tenido cuatro hijos. Es lo único que tenemos, o sea, muy poco, casi nada. ¿Por dónde no hay en esta playa padres jóvenes con bebés?

Estaba conteniéndome para no perder toda esperanza, para no derrumbarme. El policía con el uniforme representaba la realidad implacable. No quería que me mirase ni que mirara su cuaderno. Me desplomé en una silla de la cocina.

—Tranquilícese, hacemos todo posible, déjelo en nuestras manos. ¿De dónde viene ahora mismo?

Era una locura pensar que iba a tranquilizarme porque él me lo dijera, ¿cómo iba a dejarlo todo en sus manos? Ellos no sabían nada, no tenían ni la más remota idea de lo que estaba pasando, ¿cómo iban a saberlo?

—Disculpe. Me gustaría saber de dónde viene —insistió.

Si se lo dijera, ¿qué haría? No porque tuviese cara de niño, parecía bastante responsable, sino porque él se esperaría cualquier cosa menos lo que yo le contaría, tardaría mucho en reaccionar y quizá lo estropearía más aún. ¿Qué pensaría si volcara el contenido del bolso sobre la mesa y viese la pistola y las balas? Quizá sospecharía de mí.

—Vengo de dar una vuelta por ahí, por la playa, por el paseo Marítimo. No puedo estarme quieta.

—¿Por qué no ayuda a su marido a pegar carteles?

—Porque todos los niños se parecen, a no ser que tengan una marca muy característica. No creo que resulte.

—Pero habrá que intentarlo, ¿no? ¿O no cree que deba intentarse?

—Tiene un año. Dentro de nada empezará a andar sin ayuda. Están saliéndole los dientes y estoy deseando saber qué voz tiene al hablar. Estoy desesperada. Me gustaría hablar con esa mujer que cree que lo ha visto.

Sabía que él esperaba que llorase. No esperaba unos ojos secos y duros. No esperaba lo que él llamaría exagerada entereza y yo llamaba desesperado ánimo de lucha. Le desilusionó que la voz no me flaquease, oír la voz neutra de quien no puede permitirse salirse de un tono monótono para no enloquecer. Sabía muchas cosas que él no podría adivinar.

Lucy me trajo un vaso de agua y le ofreció otro al policía. Él rechazó el ofrecimiento como si fuera un vaso de *whisky* y yo me lo bebí de un trago, lo que tampoco se esperaba el policía, como si no querer morir deshidratada resultara sospechoso. Tenía la boca pastosa del polvo y la arena de la casa destartada de la desgredada.

—Otra cosa —dijo el policía—. ¿Dónde puedo encontrar al anciano amigo de la familia? —Miró el cuaderno—. Julián, si no recuerdo mal...

Debía pensar con rapidez. No podía darle el nombre de Tres Olivos y que se presentaran allí, alguien ataría cabos inmediatamente. Pero no podía detenerme mucho en pensar porque el policía me miraba sin pestañear.

—Está en unos apartamentos. —Me puse la mano en la frente—. No recuerdo el nombre. Es uno de esos nombres como Almendros o Adelfas. Le diré que le buscan en cuanto venga.

Cerró el cuaderno y salió.

Un caso raro, pensaría, y lo era. Desde que vine a Dianium la primera vez supe para siempre que todo en esta vida es raro aunque no nos lo parezca.

Julían

Mi nueva vespino era casi tan vieja como yo. Tenía tantas cicatrices que ahora me habrían venido bien los *sprays* que compré en el centro comercial para disimular la rozadura en el BMW de Pilar. No sé por qué los tiré. Continuaría llamándola *Libertad*, y si se portaba bien cuando encontrásemos al niño compraría un bote de pintura roja y una brocha y la pintaría. Me preguntaba dónde habrían escondido al pequeño. Tendría que ser un lugar en que los llantos de un bebé no llamaran la atención. En cualquier edificio de apartamentos con familias. Los turistas suelen desconectar y no escuchan las noticias, no quieren complicaciones, no se fijan en los demás en términos problemáticos o trágicos. Es como si porque ellos están de vacaciones, el mundo, la historia y los dramas también estuvieran de vacaciones. Lo que sabía es que debía continuar con mi plan de descubrir qué querían de mí. Aun así, me pasaría por Villa Sol, por si oía o veía algo, y después por la antigua casa de Otto y Alice.

Lo hice sin esperanza, por descartar posibles guaridas y no quedarme con la sensación de que dejaba algo en el aire. Había ido tantas veces a Villa Sol... La última había sido hacía un año y medio, para recoger las cosas de Sandra un día frío mientras ella me esperaba en el hotel. Entonces había menos personas que proteger o posibles víctimas. Creía que tras sobrevivir en Mauthausen y descubrir a la Hermandad de Dianium, poner en peligro a Sandra y luego salvarla era lo más arriesgado y difícil que había hecho en mi vida. No pude imaginar entonces que me esperaba algo más complicado aún.

Los árboles de diez metros de Villa Sol lanzaban ráfagas verdes por el cielo. El portón metálico de la entrada estaba recién pintado y olía a césped regado. Habría aspirado profundamente toda aquella maravilla de no ser porque me repugnaba. En el portón, prendido por alambres a la madreselva, había un enorme cartel de «Se vende» de la inmobiliaria Best Houses.

Se me ocurrió una idea, y no tuve más remedio que bajar a la casita en busca de Sandra. Si hubiese podido, habría evitado tener que enfrentarme a Santi, a cuya vida de alguna manera yo había llevado la desgracia; también a la de ese ser angelical, Lucy, a quien había abocado a una situación infernal. Con mi ansia de venganza o de hacer justicia o de no fallarle a mi amigo Salva estaba echándoles víctimas a los monstruos. Estaba ayudándoles a tener un sentido, un enemigo común, que ahora mismo era yo.

La casita estaba en calma, un poco temblorosa por la calima, como si fuese a desvanecerse de un momento a otro ante mi vista. Tal como me temía, abrió Santi. Cubría todo el hueco de la puerta con la camisa abierta y el torso desnudo, un torso joven pero normal, sin rastros de gimnasio o anabolizantes. Tenía barba de varios días

y los ojos empequeñecidos de no dormir y de intentarlo con fuerza; el pelo se le pegaba a las orejas y un mechón a la frente. El tatuaje que ya había visto otra vez lo situaba en su edad. Llevaba los vaqueros puestos y unas zapatillas para poder salir corriendo sin perder tiempo en caso de necesidad. Me miró con dureza, la dureza que sentía ante el mundo que le había arrebatado a su hijo, su tranquilidad y esa manera de vivir preocupado por cosas pequeñas. Yo llegaba del mundo duro.

No dijo nada.

Sandra y Lucy se precipitaron a la entrada. Cualquier palabra, cualquier ruido, simples pasos acercándose a la puerta podrían traer la noticia esperada. El timbre les sobresaltaba como un disparo.

Pero solo era yo sudando como un pollo.

—Pasa, pasa —dijo Sandra cogiéndome del brazo y tirando de mí hacia dentro.

Me quité la gorra en cuanto me sentí en la sombra.

—Tráele un vaso de agua no muy fría —le ordenó Sandra a Lucy.

Lucy, desde que la vi la primera vez, iba perdiendo armonía. Fue hacia la pequeña cocina moviendo las piernas y los brazos atolondradamente bajo un minivestido de tirantes que en otra circunstancia habría motivado a cualquier hombre joven.

—La policía ha preguntado por usted —dijo con unos ojos, una boca y una voz que en otra circunstancia habrían sido bonitas.

En manos de la Hermandad la vida siempre era oscura, trágica y cruel. ¿Por qué los nazis de todos los tiempos, aquellos y estos, eran tan grotescos y crueles? Lucy esperaba alguna reacción con unas hebras de pelo rubio entre los labios resecos.

—De momento nadie va a decirles nada de Julián —intervino Sandra mirando firmemente a Lucy y Santi.

—Tengo que proponerte algo —le dije a Sandra.

Sandra

Aunque no sabíamos si valdría para algo seguimos la sugerencia de Julián, y Santi y yo nos acercamos a Best Houses, una agencia inmobiliaria situada en un saliente entre la bahía y el interior del pueblo. Le obligué a afeitarse y a ponerse una camisa limpia. Le dije que se dejara llevar, que no se extrañase de nada y que no pusiera caras raras. Le dije que todo era por el bien de nuestro hijo. Si en algún momento el niño ha estado en una casa que vamos a visitar, lo notaré, dije.

—No sé por qué confías en ese —dijo refiriéndose a Julián—. Le obedeces en todo. ¿No te das cuenta de que es un manipulador?

Hice una mueca parecida a una sonrisa, no podía hacer otra cosa. Se sonríe porque se es feliz o porque alguien está completamente equivocado y se tardarían cien años en hacérselo comprender.

—No sé qué habría sido de mí si él no se hubiese cruzado en mi camino. Con eso tendría que bastarte.

Aparcó contra el bordillo de la acera.

—Tranquilízate, somos una pareja que queremos comprar una casa. No queremos asustar a nadie.

El agente nos echó una mirada experta: ¿de verdad estábamos interesados en comprar o éramos un par de curiosos sin nada que hacer? Nos dijo el precio de Villa Sol y también que tenía alguna casa más parecida a esa y con mejores condiciones de pago.

—Nos gusta esa —dije—. Un amigo mío la alquiló no hace mucho.

Santi miraba hacia otro lado. El agente lo vigilaba de reojo.

—El caso es que estoy solo en la oficina. Tendrán que volver en una hora o dos.

Santi se levantó de un salto. «Tú haz lo que quieras, yo me marchó», dijo mirando el reloj. Yo también me levanté. Iba a decir que regresaríamos otro día cuando el vendedor abrió un cajón.

—Está bien, cerraré un momento.

Aparcamos delante del cartel de «Se vende», que podría suponer el final de una historia, aunque no para ellos, ellos seguían.

—¿Por qué la venden? Es muy bonita —dije.

—Los dueños son muy mayores. No pueden ocuparse de ella y han decidido regresar a su país. La vida cambia. Pero nosotros nos ocupamos absolutamente de todo, del mantenimiento y de las gestiones.

Abrió la puerta metálica. Cruzamos el jardín, bastante cuidado. Solo el agua de la piscina estaba verdosa y con hojas. El vendedor me leyó el pensamiento.

—No se preocupe, en cuanto se limpie estará en perfectas condiciones.

Las mismas hamacas en que nos tumbábamos Karin y yo, el cenador con las sillas de hierro forjado. Los tres permanecimos un segundo contemplando la fachada, por cuya puerta parecía que iban a salir de un momento a otro ella y Fred. El visillo de la

ventana de la cocina se movió ligeramente y el corazón me dio un salto.

El vendedor abrió y dijo que mirásemos el tiempo que necesitáramos y que luego cerráramos la puerta, él vendría más tarde para echar la llave. Confiaba en que no tocáramos nada ni dejáramos ningún grifo abierto. Algunos muebles y pertenencias se los llevarían los antiguos dueños cuando llegara el nuevo propietario. Hice otra vez la mueca que simulaba sonrisa y que me evitaba perder el tiempo hablando. Santi volvió a mirar el reloj.

—Tomen nota de las dudas y preguntas, y luego hablamos en la oficina.

Cuando oí arrancar el coche del vendedor, abrí la puerta del sótano. Bajé corriendo. Santi venía detrás.

Habían tratado de borrar el sol negro del suelo, pero quedaban rastros de los rayos y el núcleo casi entero.

Tan rápido como pude, le conté a Santi una versión abreviada de lo que había ocurrido allí. Él no salía de su perplejidad. También a mí me parecía increíble, una completa pesadilla.

—Aquí me iniciaron. Podría decirse que soy un miembro renegado de la Hermandad. Aquella noche sudaba, tenía frío, estaba muy enferma. Me bajaron por esas mismas escaleras entre dos y estuve a punto de morir. Y parece que nunca me dejarán en paz.

—¿Qué es eso? —preguntó Santi observando el suelo.

—Un símbolo nazi, como los símbolos de las sectas.

Ya sabía lo que iba a preguntarme: cómo íbamos a encontrar aquí a Janín. Le cogí la mano para que no hablara, le rogué en silencio que me dejara recordar. Ahora parecía un sótano inocente con herramientas ordenadas junto a la pared y un ventanuco a ras del jardín. Sillas apiladas en un lado donde se sentaban los miembros de la Hermandad para escuchar quién sabe qué y una alfombra enrollada en una esquina con la que tapaban el sol negro.

Subimos al salón. El sofá aún tenía la huella del cuerpo retorcido de Karin. En la cocina había desaparecido la vajilla y el juego de té de filo dorado en las tazas y los platos; en su lugar había uno barato. Pasamos a la salita biblioteca y abrí el armario donde Fred guardaba su uniforme de la SS. Tampoco estaba. Se lo conté a Santi, que me observaba abrir y cerrar alacenas y armarios e ir y venir en busca de algo que ni yo misma sabía qué era. Quedaban los libros y la mesa de despacho de caoba. Decidí subir las escaleras, pisar una vez más el mármol blanco sin abrillantar con algunas motas más oscuras en las que fijé la vista cuando me bajaron al sótano tiritando de fiebre. En la barandilla con filigranas de hierro forjado el polvo se agazapaba entre las hojas y las delicadas rosas. En el pasamanos de caoba Karin y Fred habían dejado impresionadas las palmas de sus manos para siempre. Sentí náuseas, como si hubiese veneno en el ambiente, el estómago revuelto. Entré en el que había sido mi cuarto prestado en aquella casa.

—En esta habitación estuve secuestrada y temí que quisieran arrebatarme a mi

hijo —le dije a un Santi desconcertado, que empezaba a dudar de que yo no necesitase ayuda psicológica.

La misma cama, las mismas cortinas de florecillas azules, un armario en cuyo techo colocaba mi bolsa con la ropa, porque nunca llegué a colgarla en las perchas. En este cuarto tuve mucha fiebre, tiritaba tumbada en la cama, y aquí en medio de la noche vi acercarse a mi barriga las grandes manos de Fred. Cuántas cosas pensé y sentí. Sobre la mesilla había un dibujo que posiblemente se hubieran dejado los hijos del inquilino del verano anterior. Nunca podrían imaginar la vomitona que eché en el lavabo de grandes girasoles amarillos del pasillo, fruto de la fiebre y el miedo. Si ahora cerraba los ojos podía oír las pisadas cortas y pesadas de ella y las largas de él subiendo la escalera y acercándose a mí.

El dormitorio de Fred y Karin permanecía en penumbra, con las contraventanas cerradas. La luz que lograba entrar se estiraba sobre la colcha y los cojines de raso salmón que tanto le gustaban a Karin y que tanto debió de dolerle abandonar. El armario vacío indicaba que prefirió llevarse los vestidos, los abrigos de pieles y las joyas. En la caja fuerte no había nada. Recordé el vestido rojo de Karin extendido sobre la colcha salmón y el collar de rubíes. Ni rastro de todo esto. Y sin embargo ellos continuaban estando, ellos se habían llevado a mi hijo. De alguna manera las grandes manos de Fred habían llegado hasta él.

Repasé vagamente el resto de habitaciones y bajamos las escaleras. Santi me seguía. En un minuto estábamos en la salida; con Julián habría tardado diez. Pero él quizá habría reparado en algún detalle, se habría dado cuenta de algo que a mí me pasaba desapercibido. Un último vistazo al jardín por si veía por allí algún detalle que enlazara con Janín.

—Entonces ¿era verdad lo que me contaste de la Hermandad y los nazis que vivían aquí y que casi acaban contigo?

—¿Por qué iba a mentirte? —dije cerrando el portón, tal como nos había pedido el vendedor.

—Creía que exagerabas. Creía que te habías enrollado con alguien y que no tenías ganas de darme explicaciones.

—Hubo alguien. Fue el que me salvó, y todos los días me acuerdo de él. Dicen que ha muerto. A nuestro hijo lo han secuestrado ellos y nosotros sabemos quiénes son. Llama a Lucy. Pídele que le diga a Julián que venga con la moto. Dile que le esperamos por los alrededores de la casa de Otto y Alice.

Julían

Al quedarme a solas con Lucy pudimos hablar un rato con calma. Hizo té entre lágrimas de culpabilidad y nos lo tomamos en la mesa de la cocina sentados en las duras sillas de madera maciza, hasta que le dije que yo necesitaba estirarme un poco en el sofá. Es cuestión de supervivencia, más que de comodidad, soy terriblemente viejo, le dije. Adelante, dijo mientras recogía unos baberos del niño, los doblaba acariciándolos y se los llevaba a la nariz y la boca.

—Quítese los zapatos si quiere —dijo, lo que me habría venido muy bien, pero que no me atreví hacer por si entraban de improviso Sandra y Santi, y Santi lo malinterpretaba.

—Este té está muy bueno —comenté.

—Tiene ginseng —dijo mecánicamente.

—¿Llevas mucho tiempo con Santi?

—Desde que Sandra lo dejó. Bueno, la verdad es que nunca llegaron a estar juntos del todo. Yo la comprendo. A ella no le gusta tanto como a mí. Es normal que lo dejara.

—Claro —dije pensando que a mi Raquel le gustarían Sandra y Lucy. Le parecerían buenas chicas, y no era justo que a estas chicas les ocurriera algo tan terrible como perder a Janín.

—Así que estabais comprando en el mercadillo, estabais entretenidas con unos collares o pulseras o algo así, y de pronto notaste que ya no sentías el roce de la sillita del niño.

Se echó a llorar con las manos en la cara, tapándose, ocultándose del mundo.

—Algo así. Lo he contado tantas veces que no sé si fue exactamente así o he llegado a creerme que fue así.

—Es normal. Se lo llevaron en cuestión de segundos. Ahora lo que tienes que pensar es que vamos a encontrarlo y que todo va a salir bien. No pienses en lo que crees que hiciste mal porque eso te bloquea. Imagina que tú eras alguien que estaba viendo la escena. ¿Qué ves?

—No lo sé. Estaba muy lleno de gente, y esta vez Janín no lloraba por el diente, estaba muy distraído y contento, acababa de darle zumo con el biberón y un beso en la cabecita. Odio a Bea.

—¿Cómo era el vendedor del puesto?

—Vendedora. Una chica entre *hippy* y tecno con un clavo en el labio. Ella misma hace las joyas.

—¿Son joyas buenas?

—De latón, muy bonitas.

—¿Había alguien más en el puesto?

—No, solo ella.

—¿Y mirando joyas como Bea y tú? ¿Recuerdas a alguien cerca de vosotras?

Lucy estaba esforzándose, pero su sentimiento de culpa era tan fuerte que solo se veía a sí misma dejándose robar al niño.

—¿Notaste alguna respiración detrás de ti, alguien te rozó o te empujó un poco?

—Noté la risa de Janín mientras me probaba un collar y no dejé de sentir en la pierna la sandalia del niño.

—¿Te golpeaba de vez en cuando?, ¿te daba pataditas?

—Sí, claro. —Se quedó pensativa, movía los ojos buscando algo entre sus membranas—. Creo que al pagar ya no sentí la sandalia. Hubo un poco de lío porque queríamos pagar varios a la vez y la chica del clavo no tenía cambio para todos.

—¿Viste en algún momento a alguno de los que también pagaban?

—De refilón, tengo la sensación de haber visto a una mujer rubia con el pelo corto, una extranjera.

—¿Por qué te fijaste en ella?

—No me fijé.

—Entonces ¿por qué la miraste de refilón?

—Me empujó un poco. Sentí su brazo contra el mío. Y por eso dirigí un poco la vista hacia ella.

—¿Y fue entonces cuándo dejaste de sentir la sandalia del niño en tu pierna?

Lucy metió la cabeza entre los brazos como si intentara escapar por un hoyo.

—No lo sé —dijo gimoteando—. Era el puesto de un mercadillo, todo fue muy rápido. Yo intentaba pagar el collar y Bea unas pulseras.

—Sí que lo sabes. No tengas miedo a recordar.

—Creo que sí, quizá fue en ese momento —dijo con desesperación; se le había acabado la paciencia.

—¿Y dices que una mujer ha declarado en comisaría que vio por la calle Principal a una pareja con un niño en una sillita que podría ser Janín?

Cabeceó afirmando y lamentando ser la causante de tanto daño. Podría haberle dicho que yo era más culpable que ella, pero tenía el pensamiento puesto en esa pareja que no había metido enseguida al niño en un coche para llevárselo lejos, según la testigo, lo que me hacía recelar de que de verdad se tratase de Janín.

Llevaba mi nombre, podría ser mi nieto y ni siquiera estaba seguro de poder reconocerle. Lo vi de pasada un día en la casita. Sus padres y sus auténticos abuelos habían disfrutado muy poco de él, y él no había llegado a ser consciente ni siquiera de su propia existencia. Sentiría alegría y dolor sin saber qué era eso. Por mucho daño que el Carnicero y otros como él nos hubiesen hecho en el campo a Salva, a Raquel y a mí, no era comparable con el que podrían hacerle al hijo de Sandra. Más terrible que cualquier otra cosa que me hubiese ocurrido en la vida sería haber puesto en las manos de la Hermandad a esta criatura mientras yo intentaba acabar con ellos. Nada es tan fácil. Sandra, ¿por qué tuviste que venir a Dianium? y ¿por qué tuviste que encontrarte con los monstruos? y ¿por qué tuve que abrirte los ojos salvándote o poniéndote en peligro?

—¿Al volverte no viste ya a la mujer rubia?

—No vi a Janín y no me fijé en nada más, solo lo buscaba a él con la vista y empecé a desesperarme.

—Pero ¿en tu campo de visión no había una cabeza rubia?

Cerró los ojos, que parecieron más hinchados aún.

—O ya no estaba o me pasó desapercibida.

Si la rubia era Frida, no era extraño que actuase rápidamente y con esa sangre fría que le corría por las venas. Puede que la acompañase Martín y que, como una pareja normal, se mezclaran entre la gente del paseo Marítimo y enseguida se plantaran en la calle Principal, donde los vio la mujer que acudió a la comisaría de policía. Por supuesto era suponer por suponer, encontrar algo con lo que seguir adelante.

Me sobresaltó el sonido de un teléfono. Lucy abrió los ojos lentamente, le costaba despegar los párpados y volver a ver el pequeño salón y a mí, lo que se llama la cruda realidad.

Contestó la llamada y se dirigió a mí.

—Santi y Sandra quieren que se reúna con ellos en casa de Otto y Alice. ¿Quiénes son esos?

Se pueden cometer las mayores barbaridades y los mayores crímenes y que solo se enteren unos cuantos y que esos cuantos lo olviden pronto. A veces no se enteran nadie. Lucy no tenía ni la más remota idea de quiénes eran Otto y Alice, y como ella la mayoría de la gente.

Libertad II arrancó bien. Siempre que me subía en ella existía la posibilidad de que no se pusiera en marcha; como yo cuando me acostaba por la noche, existía la posibilidad de no despertar o de despertar en malas condiciones, así que era una bendición que pudiera conducir hasta el Tosalet sin empotrarme en alguna curva.

En la plazoleta me esperaba Santi, que se subió en el sillín de detrás. ¿Y Sandra?, pregunté. Nos espera allí, dijo.

Ella ya había saltado la valla y había abierto la puerta desde dentro.

Lucy

Desde el mismo momento en que le conocí, me enamoré de Santi. Todas las tonterías que hacía las hacía porque quería gustarle, y sentía que siendo yo misma nunca le gustaría lo suficiente. Él siempre querría a Sandra, la madre de su hijo, del mismo modo que el sol sale cada mañana, que el día tiene veinticuatro horas y que necesitamos oxígeno para vivir. Hay cosas que, por mucho que lo intentemos, no cambian. Llevaba su foto en la cartera, y no podía tirarse a la basura nada que se hubiese dejado ella por la casa de Santi, ni siquiera un recibo del supermercado. Me daba cuenta de que Sandra me despreciaba un poco, de que le parecía una boba. Y tenía razón, no daba una cuando ella estaba delante; y cuando no estaba siempre me comparaba con ella, y cuanto más distinta me sentía de Sandra menos creía que le atraía a Santi. El colmo de todas las sandeces en que se puede caer fue marcharme a Dianium con ellos. Lo hice para que él no me olvidara, para que la presencia de Sandra no me sepultara completamente en el pensamiento de Santi.

Eché cuatro cosas en una mochila y me metí en un autobús camino de la costa. Tardé cinco horas en llegar. En una estación de servicio me dieron ganas de volverme, pero subí otra vez y me quedé mirando por la ventanilla, los árboles, los peñascos, las casas de campo, los pueblos, hasta que paramos definitivamente en la estación de autobuses.

La dirección de Sandra estaba a unos tres kilómetros del pueblo, cerca de una playa rocosa. No le pedí a Santi que fuese a buscarme, así que hice autostop hasta casi el camino en que estaba la casa. Hacía pendiente hacia el mar y al ser tan estrecho las ramas de las adelfas y las enredaderas caían sobre el asfalto. Busqué despacio el número, muy arrepentida de haber llegado hasta allí, un lugar en que todo me hacía sentir una intrusa, desde el fuerte olor de las plantas hasta la luz verdeazulada que bañaba la cerca blanca de madera.

La casa era pequeña en comparación con otras que había visto desde la carretera, por eso seguramente Santi la llamó «casita» cuando me dio la dirección. Me sentí bastante ridícula al abrir la cerca, ¿qué pintaba yo ahí, por muy novia de Santi que fuese? Uno sabe muy bien qué lugar ocupa en el corazón de otra persona. Y sobre todo en el de Santi, que nunca tuvo la mínima intención de engañarme. Para él lo primero en su vida eran su hijo y Sandra, o al revés; luego venía yo, lo que no estaba nada mal para alguien con la autoestima por los suelos. Casi nunca me había sentido querida por alguien a quien yo amara, y Santi me quería un poco.

A Sandra pareció aliviarle mi visita. Quizá le agobiaba el amor de Santi. Los comprendía muy bien a los dos. Una vez en mi vida, con un inglés llamado Tom, me sentí como Sandra, y en el resto de mis relaciones, como Santi, y es mejor lo segundo que lo primero. Es infinitamente mejor hacer el amor con alguien que te guste mucho a hacerlo con alguien que te guste poco.

Aunque los tres procurábamos que la situación pareciera lo más normal posible,

me desquiciaba, me aturdí, y por eso me centré en el niño y en arreglar la casa. Lo quería mucho, era una preciosidad, un caramelo. Cuando le besaba estaba besando a Santi de niño y todo el tiempo que pasaba con él jugando en el fondo era como si lo pasara con su padre. A Sandra no le importaba que lo besuqueara y me echase la siesta abrazada a él.

No me extrañaba que Santi estuviera loco por ella. No era guapa, mucho menos que yo, desde luego. Tenía un poco de caballete en la nariz y los ojos un poco curvos, pardos tirando a verdosos embarrados, con muchas pestañas, eso sí; los labios finos, nada del otro mundo, y, sin embargo, pesaba mucho en el ambiente, como si estuviera hecha de bronce o de plata. Santi me dijo que antes de tener al niño era una cría caprichosa, con un mechón de pelo teñido de rojo, *piercings*, pero que en Dianium le ocurrió algo que la hizo como era ahora. De la otra Sandra solo le quedaban los tatuajes y unos minúsculos agujeros en la nariz.

Yo tendía la ropa, la doblaba, cuidaba de Janín, regaba el jardín, no sabía qué hacer para no sentirme tan incómoda, un estorbo, así que invité a mi amiga Bea a pasar unos días con la intención de que fuese mis otros ojos, de que los observara y me dijera si mis esfuerzos con Santi eran o no inútiles. Y, sobre todo, para no encontrarme sola en un mundo ajeno.

Cuando mi amiga y yo estábamos a solas no paraba de contarle mis impresiones. Me obsesionaban los detalles, las miradas, el tono de la voz. No veía el momento de escapar de aquella casa con ella y el niño a dar vueltas por la playa y por los puestos del paseo Marítimo. Era como llevarme a Santi conmigo, solo conmigo.

Era sábado por la tarde y había mucha gente pasando lentamente por los puestos. Nosotras nos acercamos a varios con la sillita del niño. No me di cuenta de nada. Me distraje pensando en lo mucho que Santi amaba a Sandra. Sufría por ese amor que no era para mí, era como un misil fuera de trayectoria. Creo que estaba llorando mientras contemplaba un collar de coral y le preguntaba a mi amiga si no estaría volviéndome loca. En medio de esa borrachera de sensaciones no me enteré de que alguien se llevaba al niño. Debieron de pasar cinco minutos o más sin que percibiera nada raro.

No sabíamos qué hacer, si buscar por el paseo entre los puestos o avisar a Santi. En ese instante toda mi vida se convirtió en una inmensa tontería, incluso la frustración que tanto me hacía sufrir no tenía ningún sentido, un pasatiempo frente a lo que acababa de ocurrir. Se me nubló la vista y no oía bien. No entendía que mi amiga me animaba a que yo recorriera el paseo mientras ella esperaba allí por si aparecía el niño. ¿Cómo era posible que alguien se lo hubiese llevado? Sería un error, lo devolverían. Como cuando alguien se confunde de abrigo. Tal vez no le puse el tope a las ruedas y la silla se deslizó, y alguien estaría esperando a que lo viniesen a buscar.

Recuerdo que llevaba un vestido ligero de flores hasta los tobillos, con el que

sudaba subiendo y bajando por el paseo. Crucé la calle para preguntar en los bares de enfrente con la esperanza de toparme con la carita de Janín en cualquier momento. No era posible que me ocurriera esto. Era una confusión y de pie entre los puestos saturados de collares, pendientes y máscaras africanas le pedí al universo que se volviera del derecho. Cerré los ojos, pedí que la realidad ocupara su verdadero sitio y eché a correr donde esperaba mi amiga. Me miró con pánico. Tenemos que avisar a sus padres, no podemos perder más tiempo, dijo.

Ahora nada tenía importancia, ni Santi, ni Sandra, ni yo. Me encontraba atrapada en el terror. Mi amiga se marchó enseguida, huyó de la tragedia y no volví a saber de ella. La casita se volvió oscura y silenciosa, incluso a pleno día parecía oscura. En el corralito donde jugaba Janín estaban sus juguetes de goma y en la habitación los pañales, la ropita y el jarabe para la tos. Tenía algunas flemas agarradas al pecho que le hacían toser y me preocupaba que acabaran en una infección con fiebre.

Sus padres se pasaban el día de un lado a otro buscándolo y la policía decía que también lo buscaba, pero Sandra y ese amigo suyo, un hombre bastante mayor llamado Julián, no les tomaban en cuenta.

Ese hombre, Julián, se empeñaba en preguntarme muchas cosas. Quizá no llegaba a fiarse de mí, quizá pensaba que yo sabía más de lo que decía. Creía que mi cabeza había estado trabajando mientras alguien secuestraba al niño cuando en realidad estaba distraída tratando de desentrañar mi relación con Santi. Para que no siguiera agobiándome, le di la razón en algunos detalles como que fue una mujer rubia la que pudo deslizar la sillita hacia ella y luego confundirse con la gente. La verdad era que no lo recordaba. Me hizo cerrar los ojos y centrarme en aquel momento, pero yo solo recordaba las últimas palabras de mi amiga cuando giré la cabeza y no vi al niño. «Santi acabará queriéndote, no te preocupes».

Parecía que esta simple frase de consuelo había abierto las puertas del infierno. Sin ella saberlo, había pronunciado un conjuro para que Santi me odiara.

Sandra

Una noche lluviosa de hacía ya una eternidad, me puse en pie en el sillín de la moto para ver la fiesta que estaban dando en su mansión Otto y Alice. Recordaba que no habría sido difícil colarse al otro lado, solo que por entonces nadie se habría atrevido a intentarlo, y no por las cámaras de seguridad, sino porque Alice amedrentaba con su mirada, sus andares y su delgadez de huesos grandes. Todo lo que había hecho en su época de esplendor nazi había quedado impreso en ella como una hoja prehistórica en una roca.

Ahora la situación había cambiado y con ayuda de Santi salté al otro lado. La madreselva me ayudó a sujetarme, los pequeños ganchos por los que trepaba me ayudaron a poner los pies y a impulsarme. Podrían haber sonado las alarmas, podría haberme visto algún vecino y haber avisado a la policía. Pero a esa hora nadie pasó por allí, y si pasó no le pareció extraño que yo saltara o le dio igual. Santi y yo teníamos pinta de pareja normal, acomodada. Seguramente ese hipotético alguien pensaría que nos habíamos dejado la llave dentro. O bien estaría por allí mirando villas para alquilar alguna y no quería líos. El caso es que cuando llegamos a la casa no nos lo pensamos dos veces y me colé. Actuamos con una rapidez pasmosa. Abrí el portón desde dentro.

Estaba todo hecho una pena. Las columnas dóricas estaban desconchadas por algunos sitios y las plantas habían crecido mucho y luego se habían secado y se entrelazaban con otras anormalmente verdes, como si solamente estas hubieran recogido toda el agua de la lluvia. Pero sobre todo faltaba el ladrido de los diminutos perros de Alice. ¿Dónde estarían? ¿Quizá muertos entre los sarmientos y las hojas secas? La puerta de entrada a la casa estaba cerrada, les había dado tiempo de echar la llave en su rápida huida. Me pregunté, mientras inspeccionaba por dónde podríamos entrar sin tener que forzar la puerta, qué es lo que en el momento de salir huyendo se lleva una mujer como Alice. ¿Los perros, las joyas, las cremas y vitaminas milagrosas?, ¿algún cuadro valioso? La casa estaba rodeada de grandes cristaleras, ventanas, puertas, sus moradores no querían perderse ni un rayo de sol, ni una gota de vitamina D, ni un milímetro de bronceado. Alice siempre parecía bañada en oro viejo. Me pasaban por la cabeza imágenes de Alice y algunas de Otto sin distraerme de mi propósito, que era encontrar lo más rápidamente posible un resquicio por donde entrar en la casa.

Nunca había estado en la parte de atrás y me sorprendió descubrir latas de cerveza vacías entre la maleza y algunas bolsas de plástico de patatas fritas pegadas a los adoquines rosáceos. Otros antes que yo habían saltado la valla y posiblemente habían encontrado la manera de entrar. Si los nazis tuvieron que salir por piernas puede que dejaran alguna ventana sin cerrar. Iba empujándolas deprisa, no podríamos entretenernos mucho dentro si lográbamos entrar. Santi ya habría vuelto a la plazoleta para esperar a Julián. Ellos dos llamarían menos la atención que Julián y yo, o que

Julián solo.

Por el cristal de la puerta y la ventana de la cocina entraba la sombra del ramaje de los árboles, que se reflejaba en las cacerolas colgadas del techo. Empujé la puerta por si había suerte y cedió. No tuvieron en cuenta la puerta de la cocina al salir corriendo. Había pisadas en el suelo de distintas deportivas. El agua del grifo había salpicado las baldosas ajedrezadas y luego habían pisado encima; en algunas partes se había derramado cerveza y estaban pegajosas. Los chavales de la zona habían descubierto que podían pasar aquí la tarde y si ellos no habían llamado la atención tampoco la llamaríamos nosotros. Abrí con aprensión el frigorífico. Había fruta, mantequilla y mermelada en mal estado, lo que significaba que esta casa era intocable para la Hermandad y que ni siquiera Frida, la encargada de limpiar, se había atrevido a venir por aquí.

Pasé de la cocina al salón y me impresionó el silencio de la gran escalera de mármol por donde en otro tiempo bajaba Alice haciendo ondear los pantalones de terciopelo. Me dirigí al vestíbulo y abrí la puerta de la calle. El olor de fuera y el olor a cerrado de dentro se unieron un instante. Subí la escalera de mármol de dos en dos. Nunca había estado arriba, así que abrí las puertas de las habitaciones buscando un olor a bebé, un posible rastro de Janín, aunque era improbable que lo hubiesen traído a una casa prohibida por la razón que fuese. El cuarto de la cama con dosel y dorados por todas partes debía de ser el de Otto y Alice, decorado con tan mal gusto como el resto de la mansión. Todo era caro y lujoso, aunque no bonito, no producía ninguna sensación agradable. Los okupas ocasionales no parecía que se hubiesen dado un revolcón en la cama. Seguramente solo les interesaba pasar el rato en el jardín. Abrí la siguiente habitación y la siguiente, hasta que oí la voz de Santi. Bajé corriendo.

Julián, nada más verme, dijo que sospechaba que al niño se lo había llevado Frida y puede que Martín. Santi lo miraba con rencor, odio, pena e impotencia.

—Lo único que he descubierto es que unos chicos vienen aquí a beber.

—Echemos un vistazo —dijo Julián paseando la vista despacio por las paredes, las mesas y el suelo.

Todavía estaban colgados los espejos con marcos de oro y los muebles en su sitio. Todo tan pesado que casi era imposible robarlo. Sin embargo, la falta de ceniceros y jarrones había aligerado un poco la atmósfera.

—No se han llevado casi nada.

—Esperan volver. Se fueron para volver. Por eso no han puesto la casa a la venta, ni tampoco la alquilan —dijo Julián, cogiendo una foto de encima de la chimenea—. No se han resignado a marcharse definitivamente.

Abrió el marco de la foto, la sacó y se la guardó.

Subimos de nuevo a las habitaciones mientras Santi se quedaba fumando abajo, no creía en lo que estábamos haciendo.

—No hay nada, ¿verdad? —le pregunté a Julián contemplando las cortinas de terciopelo del dormitorio principal.

—Puede que sí haya algo —contestó enigmático.

Abandonó la casa y, cuando se perdió el ruido de la moto, Santi y yo salimos cerrando la puerta.

Santi llamó a Lucy por si había habido alguna noticia y para decirle que tardaríamos un poco en llegar.

—No para de llorar, me pone de los nervios y dice que ahora seguro que Janín está dormido y tranquilo, ¿no se da cuenta de que no es normal que diga estas cosas?

A mí me tranquilizaba escucharla. Tenía el don de conectarse con nuestro hijo y sentía sus estados de ánimo de una manera profunda y sincera. Y por eso Julián tenía muy en cuenta todo lo que decía, y yo quería que no parara de decirlo porque eso significaba que seguía vivo y que yo podía seguir viva un poco más.

Julián se marchó y no sabíamos qué hacer, por dónde tirar, los planes se nos agotaban en cuanto los ejecutábamos. Nos quedamos mirándonos aterrados, aislados entre las ventanillas y el capó del coche, abandonados por la suerte. Había que idear rápidamente un nuevo paso a dar para no desmoronarnos. ¿Por qué no nos acercábamos por la comisaría? Pretendíamos que nos pusieran en contacto con la mujer que dijo que vio a una pareja con el niño de las fotocopias pegadas por todo Dianium. Santi se había esforzado mucho y podíamos ver a nuestro hijo en los semáforos, las paredes, los árboles y en las vitrinas de las tiendas y los bares, siempre con el mismo gesto entre sonriente y dolorido, con el mismo pelo, con el mismo suéter de rayas bajo un peto vaquero, con los ojos abiertos pidiendo ayuda, cualquier clase de ayuda. No podía soportarlo, me pellizqué por si milagrosamente era una auténtica pesadilla. La realidad se me clavaba en el estómago y de nada serviría gritar y revolcarme por el suelo, lo que sentía era mucho más que gritar y revolcarme.

La comisaría estaba cerca del puerto, y desde allí se oía a las gaviotas y a los turistas que bajaban de los cruceros. No vimos a ninguno de los dos policías que conocíamos, lo que parecía buena señal. Estarían investigando o bien entrarían en otro turno. Tuvimos que presentarnos ante una chica cuya sedosa coleta rubia le caía por la espalda del uniforme.

Le enseñamos una de las fotocopias. Es nuestro hijo, dijimos. Nos miró tragándose la lástima, lo que la obligó a mostrar un gesto demasiado frío. Era su forma de no decirnos que era terrible lo que nos ocurría y que esperaba que a ella no le pasara jamás.

—Queríamos hablar con la mujer que declaró aquí en comisaria que vio a una pareja en la calle Principal con un niño que le pareció nuestro hijo.

—No conozco el expediente, y en todo caso deben dejar trabajar a la policía. Quienes llevan el caso la habrán interrogado o la interrogarán.

—Pero ellos no conocen al niño. Hay cosas que nosotros podemos preguntar y ellos no —dije intentando buscar en sus ojos a una futura madre acongojada por sus hijos.

—Es el procedimiento.

—¿Y qué ocurrirá si mi hijo no aparece? —Aquí me interrumpí, empecé a desfallecer, a marearme, y Santi tuvo que guiarme hasta una silla.

—Tráigale un vaso de agua, por favor —pidió Santi.

La agente lo hizo. Fue a un lugar lejano a por el vaso. Era de cristal, con las huellas de todos los dedos que lo habían sostenido, probablemente gente como yo que necesitaba seguir adelante fuera como fuese.

—El protocolo es el protocolo —dijo la chica.

—Ya tendrían que haber encontrado al niño. Cada minuto que pasa es precioso. ¡Qué mierda me importa la ley que os da de comer a ti y a tus compañeros! No valéis para nada —saltó Santi enojado.

Él iba exaltándose cada vez más y yo iba ahogándome. Terminé el agua y ya no tenía nada más a lo que agarrarme que al vaso lleno de huellas fuertemente impresas como las mías.

—Vámonos —le dije a Santi tirándole de la manga de la camisa—. No perdamos más el tiempo.

A la chica continuábamos dándole mucha pena, pero también le indignaba que quisiéramos pasar por encima de los límites de su uniforme.

Salimos despacio y anduvimos hacia el coche derrotados y sin más plan que regresar a la casa, vacía de Janín. Nos apoyamos en el capó antes de abrir. Nos daba miedo entrar, regresar a la nada. Si por lo menos estuviera Julián con nosotros.

Cuando Santi metió la llave en la cerradura alguien pasó por nuestro lado. Una mujer gruesa con melenita.

—Sígueme —dijo sin pararse.

—¿Cómo? —preguntó Santi.

—Vamos —ordenó ella unos pasos por delante de nosotros sin volverse a mirarnos.

Empecé a caminar detrás de ella y Santi me siguió. Torció por una calle y se metió en un portal.

Santi estaba alterado y le cerré la boca con un pisotón. Había que dejar que hablase ella.

—No me pregunten, y si me ven por la comisaría no me conocen, les agradecería que respetaran mi anonimato. Esta es la dirección de la testigo que buscan. Ojalá encuentren pronto al niño. No puedo entretenerme, lo siento, voy a tomarme un café.

Sacó del bolso una hoja con la foto de una mujer y una dirección. Había hecho una copia mientras hablábamos con la policía de pelo sedoso. Esta iba vestida de paisano, quizá era una administrativa o algo así.

Le apreté la mano con que me había entregado la copia, y ella inclinó la cabeza,

pero no me miró con compasión. Cruzó la calle y se metió en el bar de enfrente.
Ya teníamos un lugar a dónde ir.

Julían

Estaba deseando observar con detenimiento la foto de Otto que había cogido de encima de la chimenea de su casa. Llegué a Tres Olivos desde la mansión cuando anochecía, lo que era una auténtica temeridad. No debía correr riesgos hasta dar con Janín, este era el último objetivo de mi vida.

Al entrar en el vestíbulo, Geralda me salió al paso.

—Casi no llegas a la cena —dijo, sonriente y elegante como si me estuviera dando la bienvenida a su *palazzo*—. Hoy nos sentaremos juntos.

Le dije que tenía que lavarme las manos y que bajaría enseguida. ¡Dios santo!, tenía ganas de estar unos minutos solo, de ir al baño tranquilamente, de lavarme la cara con agua fría, de mirar la foto y de pensar.

Me restregué la cara a conciencia con la toalla, para que me circulara bien la sangre antes de enfrentarme a la visión de Otto posando en pleno monte entre matorrales junto a lo que parecía una gruta. Llevaba botas altas sobre pantalones de lana y una cazadora. Se apoyaba en un palo y sonreía como diciendo «deber cumplido» o «he llegado donde quería». La cicatriz que le cruzaba la cara, fruto de su bravuconería juvenil, le daba un aire de heroicidad. Juraría que era monte Dianium y que esa podría ser la cueva que me había señalado Salva, aunque no era como la imaginaba. En esta habría que entrar agachándose mucho, casi arrastrándose. También había otro par de hombres jóvenes, completamente desconocidos para mí, tan satisfechos como él. Bebían de una bota de vino, típica de la zona, y habría otro más haciendo la foto. Tenía que averiguar qué significaba esto, porque quizá era precisamente este detalle el que la Hermandad creía que yo sabía.

Se me había olvidado por completo la cena cuando llamaron a la puerta. Me sobresalté, tuve que salir de mis pensamientos, guardar la foto en el bolsillo y abrir, lo que me llevó más rato de lo normal.

Era James el Carpintero.

—¿Te encuentras bien? —dijo con los pulgares metidos en el cinturón de piel de serpiente.

Lo mandaba Geralda a buscarme. Se preocupaba por mí. Debió de ser una mujer espectacular en sus buenos tiempos cuando vivía con el aristócrata, lo que se notaba en sus modales.

James iba desbocado.

—Me he tomado un par de whiskazos haciendo tiempo para cenar, perdona —dijo haciendo resonar las botas cuando entrábamos en el comedor.

Geralda nos hizo un gesto con las manos llenas de anillos, que en ella no resultaban recargadas. ¿De verdad se interesaba por mí? ¿De verdad le preocupaba que me quedase tieso en mi cuarto?

—Hace días que no te veo, no paras un minuto. ¿Ya no te importamos?

Intenté sonreír, pero estaba tan preocupado por el niño que no podía.

—He tenido que ir al médico varias veces. Tengo la tensión alta, el azúcar. Estoy hecho un asco.

—No hace falta que lo jures —dijo James.

—No digas eso —repuso Geralda cogiéndome del brazo e inclinándose sobre él, de forma que sentí algo así como un pecho.

Estaba acostumbrada a conquistar a los hombres, sabía cómo hacerlo, y su vejez no era un obstáculo; lo más intrigante era que la mía tampoco. Me sentí incómodo. James me dio una palmada en el hombro que me molestó. Hice un esfuerzo por no irritarme. Desde la desaparición, muerte, suicidio o probablemente asesinato del Carnicero, la residencia no tenía ningún interés para mí. De no haber sido secuestrado Janín, habría alquilado una habitación en alguna casa en el pueblo, a ser posible cerca del puerto, para ir todas las mañanas a ver los barcos y la gente pasar. Ya no necesitaría medio de locomoción y reduciría al mínimo los gastos, de forma que podría mantenerme con mi pensión. Pero no había venido a Dianium desde tan lejos para descansar frente al mar. Mi sino era ir contra las olas, contra la corriente y contra mi condición de jubilado.

—Pareces un niño en esa moto, ¿no te da miedo darte un golpe? —preguntó Geralda.

—Un día te llevaré a dar una vuelta —dije tomándome lo que me quedaba de pescado apresuradamente. Y aún faltaba el postre.

—Luego James va a tocarnos algo, ¿verdad, James?

No dije nada, quería largarme. Abrí el flan industrial y me tomé una cucharada. James me dijo que si no quería más él se lo terminaba. Se lo pasé y se lo comió con mi propia cucharilla. No le daba asco nada, estaba vacunado contra todo.

—¿Sabes una cosa? —dijo Geralda frenando con la mano mi intención de levantarme—. No creo que vayas tanto al médico como dices. Eres muy misterioso. ¿Dónde vas, aparte de ir a buscar neandertales por las cuevas del monte?

James miró para otro lado. Yo me paralicé un segundo. Ahora la palabra cueva me ponía alerta.

—¿Y tú?, ¿dónde vas tú? —le pregunté un tanto bruscamente sin querer hacerlo.

James me miró sorprendido y yo también me sorprendí. Geralda no se alteró: o le pareció normal mi salida de tono o su educación la había acostumbrado a no darse por enterada, o no le importaba absolutamente nada cómo me dirigiera a ella.

Solo dijo: «Yo soy tu amiga, no lo olvides».

Salí pitando para el cuarto. Y aunque me parecía una pérdida de tiempo dormir me sumí en el ritual de la ducha, el cepillado de dientes, el latoso lavado de las lentillas, y ya con el pijama puesto y las gafas de culo de vaso saqué del bolsillo de la chaqueta la foto de Otto junto a la cueva, despegué del tablero de la mesa las fotos de Otto y Violeta, y abrí mi cuaderno de notas. Antes de meterme en la cama desdoblé la manta que dejaba a los pies, porque por la noche refrescaba y por la ventana entraba un maravilloso aire puro con olor a tierra. Me gustaba dormir con la ventana abierta,

sentir que el oxígeno me entraba directamente a los pulmones.

Medio incorporado sobre las almohadas, contemplé las fotos sin pensar, sin hacer cábalas, me dejé llevar por esa excursión de Otto a las cuevas y por ese amor de Otto por Violeta o, mejor dicho, de Violeta por Otto. Habría hecho lo que fuese por él. Aguantar que se casara con Alice y aguantar verle en ratos perdidos y aguantar amarle en silencio. Otto, a su lado y al lado de la cueva, resultaba muy masculino, fuerte, atrevido, tal vez irresistible para las mujeres por su corpulencia y sus ojos claros y la cicatriz. Sin embargo, a Alice, cuando estaba en casa tirado en el sofá mirando la televisión, le parecería un pelele, un mastodonte torpe y sin gracia, un bruto detrás de los ágiles pasos de ella. Otto necesitaba a Violeta para verse en el espejo bueno y necesitaba a Alice para no tener que verse en el espejo malo.

En la foto de la cueva aparecía en pequeños números casi borrados la fecha de 1962. ¿Qué pasó con Otto en 1962? Me encomendé a Salva una vez más: Salva, ¿qué ocurrió en esa fecha que tenga que ver con la cueva, si es que las coordenadas que me dejaste correspondían a ese lugar?

Apunté en el cuaderno todo lo que se me pasó por la imaginación hasta que se me cansó el brazo. Después de guardar las fotos en el cuaderno, lo puse en la mesilla, me quité las gafas y apagué la luz. Por la ventana entraba otro tipo de luz, la verdadera luz.

Me dormí pensando que quizá tendría que poner al corriente a mi organización de lo que estaba sucediendo, quizá ellos podrían enviar a alguien para ayudarnos a recuperar al niño o al menos para que estuvieran al tanto del posible asesinato de Salva. Pero lo que podía ofrecerles era muy vago, indicios que se deshacían entre los dedos. No me tomarían en serio o considerarían demasiado endebles mis sospechas. Ellos ya habían dado por desarticulada la colonia nazi de Dianium. También había que tener en cuenta que cada vez contaban con menos recursos, a casi nadie le interesaban estas viejas cuestiones, nadie invertía dinero en el pasado. Y yo no podía perder el tiempo tratando de convencerles de la gravedad del caso.

Empecé a pensar en hacerle una visita a Frida.

Lucy

El único que no me odiaba y que no me culpaba de lo ocurrido era Julián. Él se empeñaba en que yo, sin saberlo, poseía la clave del paradero del niño. Me veía como la solución del problema en lugar de pensar que era su origen. En cambio, Santi y Sandra, sin reprocharme nada, me mortificaban. Santi me ignoraba, procuraba no mirarme. Lo único que a esas alturas quería era no haberles destrozado la vida y no odiarme a mí misma, así que intentaba aliviarles diciendo que mi conexión con su hijo era tan grande que podía sentir lo que él estaba sintiendo en cada momento: que lloraba, que reía, que estaba bien, que jugaba. Trataba de darles esperanza y de alguna forma crear una realidad en la que Janín estuviera bien. Julián me creía y Sandra necesitaba creerme. A Santi le asqueaba oírme decir aquellas cosas.

Resistí lo que pude en la casa, a la espera de que se produjera un milagro. No podía dormir, ni comer, ni siquiera me cambié de vestido ni me peiné para que todo siguiera igual que en el instante en que Janín me fue arrebatado. Había que hacer lo posible para que el mundo que le esperaba permaneciera intacto. Me pasaba el tiempo en la casita esperándoles a ellos o a los policías, que me miraban con cara de incredulidad o de recelo, pero ninguno traía noticias. Me consumía pensando en Janín y en el momento en que desapareció de mi lado, y no me venían a la mente nada más que la frase de mi amiga «Santi acabará queriéndote, no te preocupes» y el collar de cuentas de coral que sostenía en la mano cuando desapareció. Hasta que no pude más, metí a voleo un par de camisetas en la mochila y me despedí ante la atónita mirada de Sandra.

Sandra

La dirección de la mujer testigo era una pizzeria en la plaza del Castillo. Cuando llegamos, estaba muy atareada poniendo servilletas y cubiertos sobre manteles de cuadros rojos y blancos. El local no era grande y aunque no era fin de semana probablemente se llenaría para cenar. Sobre las mesas, aparte de las servilletas y cubiertos, había un vasito con una vela aún sin encender y un jarrón con dos florecillas de tela, con los que habría que jugar para colocar las *pizzas*.

Le dijimos quiénes éramos, y habríamos añadido que estábamos desesperados pero no queríamos condicionarla. Solo le rogamos que nos ayudara mientras la seguíamos de mesa en mesa.

—Ya no estoy segura de nada, la verdad —dijo colocando las copas—. Creo que fue una tontería acercarme por la comisaría, hay tantos niños por todas partes.

—Sí, pero usted tiene cuatro hijos, sabe de lo que habla. Sabe distinguir bien a los niños.

Abrí el bolso para sacar la fotocopia con la cara de Janín, y Santi me cogió la mano y me la apretó un poco; no debía enseñársela, no debía darle pistas.

Era una de esas mujeres que le han hecho frente a la vida, que han criado a los hijos, han montado un negocio y se conservan ágiles y fuertes, lo que se dice una mujer con los pies en la tierra.

—¿Podría describir lo que vio?

—Lo he contado varias veces y ya no sé si todo es cierto. No quiero que se hagan ilusiones, yo les comprendo muy bien. Cuando algún hijo mío se ha perdido he sentido morirme de angustia. Perdonen, no quería decir eso.

Me senté en una silla ante aquel mantel en que enseguida habría vino y risas y ganas de pasarlo bien.

—El niño iba en una sillita Jané. Llevaba sandalias de goma azul cielo con calcetines blancos, lo que me hizo gracia. Me pareció que llevaba un peto vaquero y la típica cara entre llorosa y sonriente de estar saliéndole un diente. Tenía muchas pestañas. La policía me preguntó cómo podía haber visto todo eso desde la distancia en la que me encontraba. Yo estaba enfrente de ellos sentada en la heladería y les dije que por mi trabajo estoy acostumbrada a fijarme en la gente y que por eso me fijé en ellos, que estaban esperando cruzar el semáforo que hay entre el quiosco de prensa y la *boutique* del pan.

—¿Y cómo era la pareja que acompañaba al niño?

—Él era moreno y cuadrado, y a ella no la vi bien. Él iba como van ahora todos los jóvenes, enseñando brazos musculosos, nada del otro mundo. Tendrían de treinta y cinco a cuarenta.

El corazón se me aceleró. Era cosa de Martín y Frida. Ellos tenían a Janín. Por supuesto había más parejas como ellos en Dianium, pero esas otras parejas no iban con un niño parecido a Janín, ¿o sí?

—¿Y qué pasó a continuación? ¿Qué hicieron?

Se quedó pensativa con una bayeta en la mano.

—No lo recuerdo.

—Por favor, haga memoria. Necesitamos encontrar a nuestro hijo.

—A ver —dijo apoyando la bayeta en la frente—. Creo que tiraron para arriba. Tengo la sensación de haber seguido viendo las piernas de la mujer entre el gentío que buscaba sitio en las terrazas.

—Unas piernas fuertes, ¿verdad?

—Creo que sí.

Le lance una mirada significativa a Santi, que no comprendió. Julián lo habría captado al segundo. Seguro que la mujer era Frida.

La mujer testigo ya no podía ayudarnos más. Ojalá pudiera hacerlo. Yo la creí. De hecho, ella no había perdido a ninguno de sus cuatro hijos y a mí me habían arrebatado al único que tenía. Saqué del bolso la fotocopia y se la entregué.

—La pondré en la puerta —dijo.

No nos deseó suerte, no nos dio ninguna esperanza, no dramatizó más la tragedia. Solo dijo que pondría la cara del niño en la puerta.

Habíamos aparcado en la explanada junto al puerto y decidimos ir a pie a la calle Principal y recorrer el posible itinerario de la, para Santi, misteriosa pareja. Podría contarle quiénes eran, pero le resultaría demasiado extraño; en el fondo era una información que le sobraba, lo único que debía saber ahora es que íbamos tras el rastro de un hombre moreno y una mujer probablemente rubia y probablemente fornida. ¡Qué más daba quiénes eran! Había que localizarlos.

Cruzamos el paso de peatones frente a la heladería sintiendo la mirada de la testigo sobre nosotros y preguntándonos si también la habrían notado la pareja de secuestradores. Tiramos hacia arriba, observando las terrazas extendidas en las aceras, tratando de penetrar las respiraciones y los pensamientos que hubiesen dejado allí; aspirábamos el aire con fuerza como si en el aire estuvieran flotando sus intenciones.

No podrían haber ido muy lejos andando, a no ser que les esperase algún coche, lo que habría sido muy arriesgado porque era una calle muy transitada y saturada de terrazas y hubiese sido farragoso plegar la sillita y meterla en el maletero y al niño en el coche. Seguramente alguien se habría entretenido contemplando esta operación mientras se tomaba una cerveza y se habría fijado en el niño. Seguimos caminando un poco más buscando el lugar idóneo donde pudieron subir a un coche y pasamos por la tienda de electrodomésticos Soimens y por la taberna en que nos habíamos tomado algo.

Casi me había olvidado ya de la tienda. Creía que podría localizar a Martín a través de su madre y que lo encontraría en su destartalada casa de campo, algo que no

ocurrió, por lo que parecía inútil volver por allí; y además la desgredada habría echado de menos su revólver y no quería que lo relacionara conmigo. El otro lugar en que había visto a Martín y donde debería volver a preguntar por él era la tienda. En cuanto me lo echase a la cara le diría que Julián se entregaría a cambio de mi hijo, y que primero me lo entregaran y yo les diría dónde encontrar a Julián. Julián estaría completamente de acuerdo conmigo, qué más le daba morir un poco antes, me había dicho. También podría buscar a Frida para hacerle la misma oferta, pero no quería anticiparme y meter la pata porque no tenía ni idea de cómo manejarla ni de cuáles podrían ser sus pensamientos ni sus debilidades, y porque probablemente no tenía ningún pensamiento ni ninguna debilidad. Me daba mucho miedo que fuese ella quien se ocupaba de Janín.

La tienda estaba cerrada aunque por una de las ventanas laterales se veía una luz, una bombilla colgando del techo. Se la habrían dejado encendida o estarían haciendo la contabilidad. Me quedé a la espera de poder ver algo más y Santi me preguntó qué miraba con ese gesto de amargura que le había deformado la cara y que también parecía de desprecio.

—Es una intuición. Alguno de los que han secuestrado a Janín ha estado en las casas que hemos visitado en el Tosalet y en esta tienda.

Agitó la cabeza para remover todos los pensamientos.

—Si sabemos quién lo ha secuestrado, ¿qué hacemos aquí, por qué no vamos a la policía?

—No es tan fácil. No tenemos pruebas.

—No lo entiendo.

—Es igual. Ya lo verás por ti mismo.

Vi pasar la cabeza del chico con gafas y pelo cortado a lo seminarista con el que hablé cuando vine a la tienda preguntando por Martín. Ante la inquietud de tener que esperar al día siguiente, no me lo pensé dos veces y llamé con los nudillos en el cristal. Al principio no hizo caso.

—¿Qué haces? —preguntó Santi con voz de enfado, pero que era en realidad de tristeza.

No contesté y llamé de nuevo.

El chico volvió la cabeza y cerró y abrió los ojos para verme mejor. Estaba asombrado. Le pedí por señas hablar con él. Él hizo la seña de que no podía y volvió la cabeza. Di más fuerte con los nudillos. El cristal no era muy allá y casi me lo cargo. Se giró hacia mí irritado. Miró a Santi, su cara de malas pulgas, de depresión y de no importarle nada. Yo puse un gesto amable para darle confianza y que no pensara que íbamos a robarle o a meterle en un lío. Le rogué con las manos juntas que abriera la ventana, pero él dudó un segundo y me indicó que fuésemos a la puerta.

Subió un metro el cierre metálico con gran estruendo. Se agachó y salió a la calle.

—¿A qué viene esto? —dijo—. No abro hasta mañana.

Llevaba la misma camisa de cuadros de la última vez, u otra muy parecida, y los mismos vaqueros. Tras los cristales de las gafas los ojos parecían más grandes de lo normal.

—No es eso —dije—. Estoy buscando a un chico moreno cuadrado, rapado y con un sol tatuado un poco más arriba de la nuca. Sé que viene por aquí.

—Tu cara me suena —dijo.

Santi se limitaba a mirarle de arriba abajo odiándole o perdonándole la vida.

—Ya he venido otra vez preguntando por la misma persona. Se llama Martín.

—¿Y para esto me has hecho levantar el cierre? Si ha venido por aquí no lo recuerdo.

—Venga, vámonos —dijo Santi cogiéndome del brazo.

¿Por qué me costaba despegarme de aquella malla metálica y de aquel tipo? ¿Qué esperaba que sucediera? Sería el cansancio el que de pronto me clavó los pies en el suelo como si hubiese llegado al final del camino. El chico se impacientaba, imaginé que debía terminar lo que estuviera haciendo en la trastienda.

—Lo siento —dije—. Creía que podría ayudarme. Creo que ese tal Martín ha secuestrado a mi hijo. —Rectifiqué—. A nuestro hijo.

De pronto, toda su atención se dirigió a Santi. Lo observó muy concentrado, arrugando el entrecejo para verlo mejor. Luego desprendió su mirada de él como si hubiese dejado de interesarle.

—Creo que debería dirigirse a la policía, no aquí.

—Claro —dije, y seguí a Santi, que ya caminaba calle abajo harto de todo.

Julían

Estaba decidido, iría a ver a Frida. Como me había duchado por la noche, por la mañana solo tuve que afeitarme y ponerme las lentillas, lo que no era tarea fácil porque a veces se me caía alguna al lavabo o al suelo y me costaba encontrarla. Afortunadamente esta vez todo discurrió sobre ruedas y fui uno de los primeros en desayunar. Aún estaban colocando las tazas para el café y los bollos, magdalenas, cruasanes, galletas integrales sin azúcar, y el comedor estaba fresco. El sol iba avanzando lentamente por el jardín y pronto atravesaría las ventanas del comedor. Habían regado y un delicioso olor amortiguaba el que año tras año y día tras día había ido impregnando el comedor: algo de lejía, algo de comida, algo de medicinas, y algo de todos nosotros. Por mucho que se ventilase siempre quedaba ese algo flotando en el ambiente. Me tomé un buen café con leche en taza grande y un par de magdalenas, y para terminar una manzana. No sabía si podría regresar para comer y necesitaba estar fuerte, o, mejor dicho, no estar muy débil.

Al salir al *parking* me encontré con Pilar, que cerraba su BMW con el mando a distancia. Le eché un vistazo a los arañazos que traté de disimular con *spray* y que aún estaban allí.

—Cuando tenga tiempo lo llevaré al taller —dijo siguiendo mi mirada.

—Bueno, lo siento —me disculpé una vez más.

—Ya nos ha llegado la transferencia de tu mensualidad, espero que no andes mal de pasta.

—No te preocupes. Mi hija me ha mandado lo que necesitaba.

Era la primera vez que le oía la palabra pasta, lo que indicaba que su relación con James el Carpintero iba bien y que le ayudaba a ampliar su vocabulario. También me pareció que llevaba una falda más corta de lo habitual y un peinado más informal. Me pareció que a este paso acabaría cambiando sus tacones de aguja fina por unas botas camperas.

—¿Y todo bien? —dijo mientras se dirigía a la entrada.

—Todo bien —contesté mientras me dirigía hacia la moto—. Por cierto —grité hasta que se volvió hacia mí—, ¿quién fue la última persona con la que habló Salva antes de morir?

Hizo el gesto de que no lo sabía o de que yo estaba obsesionado con su muerte o de que tenía muchas cosas que hacer.

A los tres kilómetros conduciendo la moto sentí que el sueño me vencía. Imaginé que me habían dado descafeinado y encima me había puesto hasta arriba de magdalenas. Tuve que parar entre los olivos y sentarme con la espalda apoyada en un tronco; de buena gana me habría tumbado sobre la tierra, pero estaba húmeda en algunas partes. El sol me adormecía más y más. Era muy agradable ir cayendo poco a

poco en una semiinconsciencia contra la que no podía luchar.

Al cabo de no sé cuánto, sentí una mano en el hombro.

—Abuelo, ¿está bien? —dijo una voz suave de hombre joven, una voz que también tuve alguna vez antes de que las cuerdas vocales se me volvieran de lija.

Era Sancho el empollón, con su aspecto de eterno estudiante. Había dejado el coche mitad en la carretera, mitad en el olivar, con la puerta abierta por si tenía que meterme dentro para llevarme a algún hospital. A todas luces regresaba de Tres Olivos. Me echó agua por la cabeza y la frente, un agua cuyas gotas me resbalaron por el cuello y me mojaron la espalda. Le dije que me encontraba bien, que me había apetecido echarme una pequeña siesta mañanera.

Volvió a preguntarme si necesitaba ayuda y me confesó que su abuelo tenía mi edad y que él sabía muy bien lo que eran esos momentos de desmayo y de no sentirse uno bien. Todo lo que sabía se lo había enseñado su abuelo, él lo quería mucho y le molestaba que la gente no respetara a sus mayores.

Me puse en pie con su ayuda, le di las gracias y estuve a punto de decirle quién era yo y entregarme. Estuve a punto de decirle que me cambiaba por el hijo de Sandra y que después les diría lo que quisieran. Estuve a punto de convencerme de que quizá este chico no era consciente del mal que hacía y que sería comprensivo con la situación. Como digo estuve a punto, pero al beber de la botella que me tendió los circuitos comenzaron a funcionar de manera más o menos normal y no dije ni pío. Era raro que el empollón visitara Tres Olivos cuando ya no estaban ni Elfe ni el Carnicero y nada le ataba allí. Quizá fuese a saldar unas últimas cuentas con Pilar, a pagar algunos gastos pendientes.

Aunque me entregara al empollón, este querría que le dijese algo que yo no sabía qué era. Y hasta que no lo averiguara el intercambio no era posible.

No encontré, camino de la casa de Frida, ningún bar donde tomarme un café que me espabilara, pero puede que no hiciese falta y que me espabilaran las circunstancias.

Me equivoqué dos veces de camino. No era fácil acertar por estos senderos pedregosos con chumberas, palmeras e hileras de buzones en las cunetas y el olor a azahar de los naranjos. No se movía una mosca. Del cielo caían silencio y calma. Por fin reconocí su buzón color verde oxidado, en que solo ponía el nombre de la casa y un número, repleto de publicidad.

Dejé la moto entre unas zarzas y atravesé cautelosamente un patio empedrado con ropa tendida. No reconocí ninguna prenda de niño. Me sobresaltaron dos gatos que salieron de entre las plantas que crecían contra las tapias del patio encalado de blanco. En cualquier momento podría aparecer Frida y no tenía muy claro qué iba a decirle. La casa era de una sola planta y podía asomarme prácticamente por todas las ventanas. En la que daba al patio junto a la puerta de entrada vi a Frida hablando con

la madre de Martín y también —esta sí que era una buena sorpresa— con el Ángel Negro, cuyo nombre real era Sebastian Bernhardt, cabecilla intelectual del grupo. No podía creérmelo, así que algunos todavía andaban por aquí. ¿Por qué no tenían miedo? O mejor dicho, ¿qué era más importante que el miedo a que los cogieran y los extraditaran a otra vida desconocida? Hablaban con cansancio, como si no encontraran la solución a algo. Había tazas sobre un hule y una cajetilla de cigarrillos turcos y colillas en un plato. Puede que Frida y él fueran lo que quedaba del núcleo duro de la Hermandad.

Respiré hondo para que el corazón no se me desbocara, no porque temiese que me cogieran, me torturasen y me mataran, sino porque aún no tenía nada que ofrecer a cambio del pequeño. Me asomé por el resto de las ventanas, una tenía los visillos corridos pero no me pareció divisar ningún niño dormido, ninguna respiración. A los niños los delata cualquier cosa: el llanto, el olor, los juguetes, los pañales. No podrían mantenerle todo el tiempo drogado. Los pañales, los pañales. Junto a un emparrado había un cubo negro y grande de basura. Lo abrí y miré dentro. Como no podía ver todo el interior lo volqué en el suelo hacia mí. Buscaba pañales, cajas de leche infantil, algún chupete roto. Iba separando los desperdicios despacio, hasta que oí la puerta y las voces de las dos mujeres y el hombre. Hablaban en español porque la madre de Martín no debía de saber alemán. Se la veía satisfecha de estar con ellos, realizada. Dejé el cubo como estaba y me refugié entre las plantas que se enmarañaban junto a la tapia. Por suerte yo era flaco e iba vestido de gris. Me tapaban unas adelfas y unos gladiolos, y rogué que en ese momento no comenzara a hacer aire y se movieran.

Sebastian se metió con la española en un coche, y Frida inició el regreso a la casa; pero en medio del patio se detuvo, algo le llamó la atención. Contuve la respiración todo lo que pude sin ponerme en riesgo. Olfateó el aire. El cubo abierto y volcado debía de estar desprendiendo un verdadero hedor del que me protegían los gladiolos y las adelfas. Fue hasta él con largas zancadas, de mal humor, apartó de un manotazo un par de moscas, le pegó una patada al gato que ya zascandileaba entre los desperdicios, puso en pie el cubo y lo tapó. No se la veía precisamente contenta. Luego fue detrás del gato, que huía de ella como podía, y cuando lo atrapó lo arrulló entre sus brazos. Se paseó con él haciéndole mimos y, cuando el gato logró escaparse y saltar a tierra firme, dobló la esquina que me tapaba la puerta principal y supuse que había entrado en la casa. Era mucho suponer, pero estar de pie y sin moverme me cansaba mucho y podría marearme, así que no tuve más remedio que salir.

¿Qué haría Frida tanto tiempo en la casa? Había pasado de estar ocupada todo el día limpiando las villas de los señores de la Hermandad para que nadie metiera las narices en ellas y luego a cuidar del Carnicero en Tres Olivos, que ahora tendría que sentir cierto vacío.

Saqué el cuaderno de notas del bolsillo y escribí: «Sé lo que le hiciste al Carnicero de Mauthausen y que te ayudó Martín. Sé que no está en Alemania sino

probablemente en el fondo del mar. Quizá no a todos tus amigos (y son muchos) les agrada una noticia así. Su confianza en ti podría verse amenazada. Tengo fotos llevándolo en la silla de ruedas hasta el maletero del coche. Me parece muy bien lo que hiciste con él. Mis labios estarán sellados para siempre si me dices dónde está el niño. Espero la respuesta en el Faro, debajo de una piedra cuadrada a los pies del banco de madera que hay entre las palmeras salvajes. Las ocho de la mañana será la fecha límite».

Basta. Me había cansado de escribir de pie, sin moverme. Arranqué la hoja lo más silenciosamente que pude y me aventuré a doblar la esquina. Me agaché al pasar por debajo de la ventana. Dejé la hoja prendida en el quicio de la puerta de entrada con la esperanza de que esa bruta la viese al salir. Por si acaso, cambié de idea y la deslicé por debajo de la puerta. Salí pitando arrimado a la tapia.

El rojo descolorido de *Libertad II* asomaba por detrás de las retamas como algún tipo de flor grande y solo por eso no me pilló Frida. Cuando iba a ponerla en marcha, ella salió corriendo al sendero y me alegró comprobar que aún gozaba de suficientes reflejos y rapidez para agazaparme tras las ramas y la moto. Me sorprendió que no notara algo no habitual en el paisaje que ella tendría que contemplar a diario cuando venía a buscar el correo al buzón o salía a entrenar esas torneadas, musculadas e incansables piernas, lo que indicaba preocupación y bloqueo. No se habría esperado en mil años que alguien le saliese con el asunto del Carnicero. Cuando calculé que ya se habría metido en su guarida puse a mi vieja amiga en marcha y nos fuimos.

Sandra

Al llegar a casa, Lucy estaba haciendo el equipaje, si llamamos equipaje a meter ropa hecha un rebujo en la mochila; ni siquiera cogió los temas de las oposiciones, cada vez más doblados y sucios. Estaba mucho más delgada que al llegar a Dianium, todos estábamos más delgados, demacrados y tristemente rabiosos, enfadados. Poníamos el vaso con un golpe en la mesa; cerrábamos dando portazos; nos dejábamos caer en las sillas como si quisiéramos hundirnos en la madera y pasar a otro mundo; nos duchábamos llorando para que los otros no nos vieran, y tomábamos pastillas para dormir y pastillas para poder soportar el despertar y poder seguir buscando a Janín sin desesperarnos más de la cuenta. Lucy ponía velas que no había que apagar y cuando una corriente de aire las apagaba enseguida volvía a encenderlas. A mí me asustaba que una simple corriente de aire pudiera acabar con la vida.

—¿Qué haces? —le preguntó Santi tirando las llaves del coche contra el fondo del frutero de cristal.

Lucy se sobresaltó, más que por el ruido de las llaves porque se sobresaltaba por todo; hasta el sonido de una mosca la hacía estremecerse.

—No sé lo que hago. No sé lo que debo hacer. Dime qué quieres que haga y lo haré.

Santi abrió el grifo y lo cerró. Seguramente tenía sed, pero no le apetecía beber.

—Haz lo que quieras —dijo.

—Necesito salir de aquí, no porque yo quiera, no quiero desentenderme, ni aunque estuviera a un millón de kilómetros podría desentenderme, pero algo me dice que tengo que irme.

Fui a la cuerda del jardín y recogí un bikini y unas camisetas suyas que llevaban allí tendidas desde lo de Janín.

—No creo que puedas hacer más de lo que has hecho.

La frase no fue muy afortunada y ambas miramos hacia la mochila. Luego le pregunté en voz baja, tratando de que no me oyese Santi, cómo sentía que estaba Janín. Lo pregunté con miedo porque me extrañaba la intempestiva decisión de marcharse. Y al segundo me arrepentí de haberlo preguntado. Santi tenía razón, lo único que valía era encontrarlo.

—No tiene hambre, no tiene sed, te busca con la mirada y llora por el diente, pero a veces se ríe, a veces está contento. De momento, lleva una vida más o menos normal.

Respiré, sentí profundamente a mi hijo con su olor, con sus lágrimas, con dolores por los gases, por los dientes, y por el dolor en sí y jamás perdonaría los días de su vida que me estaban robando.

Santi salió de la cocina al jardín, aunque el jardín le desesperaba más que la cocina. La vida abierta, el aire puro, los árboles, las flores nos atormentaban más que cualquier agujero y que la oscuridad. Cuando salimos, estaba sentado en un escalón

con la cabeza entre las rodillas; cualquier alegría o belleza del mundo le sobraban.

—Adiós —dijo Lucy con la mochila al hombro.

La miré hasta la saciedad sin saber por qué: un vestido arrugado de algo como la seda, quizá demasiado transparente, unas sandalias y el pelo revuelto.

—¿Tienes dinero? —preguntó Santi sin sacar la cabeza de entre sus rodillas, cada vez más picudas.

—Tengo todo lo que necesito —dijo Lucy sentando cuáles eran los principios de su vida.

Nos quedamos más solos; el dolor de Lucy me reconfortaba, me hacía compañía, su irrefrenable llanto y su sentimiento de culpa llenaban un poco el inmenso vacío de mi corazón.

Me senté en el escalón junto a Santi, notaba el roce de su brazo. Este brazo había sujetado a Janín y aún conservaba algo de su calor y puede que de su olor. Agaché la cabeza y acerqué la cara al brazo buscando un rastro de olor de mi hijo. Santi me pasó la mano por la cabeza.

Mi familia no tenía ni la menor idea de lo que estábamos pasando. Por nada del mundo quería que viniesen y montaran la de Dios. Lo estropearían todo. Le pedí a Santi que no dijera nada. Solo nosotros podríamos conseguir algo, ni siquiera la policía podría luchar con esta gente.

—Pero ¿qué gente? —se exasperó Santi—. Tú y tu amigo estáis volviéndome loco.

—La gente que ha inventado la crueldad, el sadismo, las cámaras de gas, la gente que piensa que otra gente no es humana, sino animales como los cerdos o los conejos o las ratas.

—¿Estás hablando de esos viejos nazis que te obsesionan?

—Tienen seguidores jóvenes, y de todas las edades, quizá conozcas a alguno y no lo sepas. Muchos se esconden tras caras agradables, parecen personas decentes. Están por todas partes.

—¿Y qué les habéis hecho para que se ensañen con nuestro hijo?

Santi no podía comprender la magnitud de la situación ni de las pretensiones de la Hermandad hacia nosotros.

—Sencillamente les descubrimos. Es como descubrir un alfiler entre esas plantas —dije señalando los geranios y sin estar segura de que fuera una buena comparación—. Sabíamos quiénes eran y Julián los delató. Dejaron de ser invisibles, ¿comprendes?

Me escuchaba con el ceño fruncido sin comprender por qué yo había tenido que meterme en semejante gilipollez.

—Pues entonces que se entregue. No veo dónde está el problema.

—Sería así de fácil si solo le quisieran a él, pero pretenden que les entregue algo

que él no tiene, y lo está buscando para dárselo a cambio de Janín.

Me miró incrédulo. Y según me miraba también yo sentí una enorme incredulidad sobre la posibilidad de encontrar a Janín.

—¿Crees que realmente la mujer-testigo vio a nuestro hijo? —dije para escapar de mis pensamientos.

—Puede ser. No es ninguna desocupada que tenga que inventarse historias para entretenerse, tiene mucho curro con el restaurante.

Santi hizo el amago de sacar el papel de liar, pero volvió a meterlo en el pantalón; no se merecía relajarse, no se merecía ningún placer, ninguna evasión mientras su hijo estuviera atrapado.

—Había una persona que hubiera podido ayudarnos, pero me han dicho que ha muerto. Si no fuera verdad, él encontraría a Janín.

Santi deshizo el entrecejo, necesitaba toda la amplitud de la frente para comprender que acabábamos de llegar al punto donde estaba esa otra persona que él siempre había sospechado, de la que siempre había recelado y de la que yo siempre había evitado hablarle.

—Se llamaba Alberto y pertenecía a la Hermandad, pero era distinto a ellos. Era sensible, era compasivo y me ayudó a escapar.

—No entiendo nada. ¿Para qué te quería esa gente? —dijo andando de un lado para otro y moviendo la cabeza con toda la negatividad del mundo.

—Es igual. Te lo contaré en otro momento, ahora me siento muy mal, estoy tan cansada...

Julían

El guante estaba arrojado y Frida lo había recogido. Aburrida y desorientada como estaba, sin referentes claros, con sus líderes dispersos, con secretos que guardar, estaba seguro de que se acercaría por el Faro. Le picaría la curiosidad y también el miedo a lo que el autor del anónimo pudiera saber de ella.

Le había puesto como hora límite las ocho de la mañana. Yo iría por la tarde. Antes quería pasarme por la Biblioteca Municipal de Dianium, donde ya estuve hacía meses cuando buscaba rastros de Salva en cualquier cosa que él hubiese hecho o leído. En aquel momento no tenía la más mínima idea de lo que buscaba; ahora, en cambio, ya estaba en disposición de poder detectar cualquier alarma, cualquier clave.

Muchas cristaleras corridas con el rastro de las últimas lluvias y los últimos calores para que los estudiantes dejaran vagar la mirada para asentar conocimientos o por mero aburrimiento. La encargada se me quedó mirando haciendo memoria. Le enseñé el carnet. La recordaba bien porque tenía unas señas de identidad muy marcadas. Llevaba una bata blanca, el pelo recogido y unas gafas bastante grandes, como si no quisiera que se le escapara ningún ángulo de visión.

—Ahora lo recuerdo —dijo con afabilidad pero sin sonreír—. La sección de Historia, ¿verdad?

Le alabé su espléndida memoria, aunque entre tanto juvenzuelo yo destacaba bastante, como en su día habría destacado Salva. Busqué en la hemeroteca la fecha de 1962. Me fui derecho a los volúmenes que trataban del nazismo. Me llevé varios a una mesa y empecé a hojearlos uno por uno buscando los subrayados y notas al margen.

En mis idas y venidas a los estantes reparé en alguien que me sonaba de haberlo visto un año antes en el mismo sitio donde se encontraba. Me sonaba un libro de una tonelada abierto ante él, me sonaba su cara pálida y descompuesta. Con dos dedos, se manoseaba una pequeña perilla igual que entonces y miraba hacia las socorridas cristaleras, y en ese momento se irguió un poco para sacar un pañuelo del bolsillo y se limpió los ojos, posiblemente lágrimas. Luego se sonó la nariz y después se cogió la cabeza con las manos. No quise ver más. Los volúmenes que acarreaba me pesaban lo suyo. Los dejé sobre la mesa de un golpe y volví a hojear. Llegué a un capítulo donde se recogían nombres de jerarcas nazis que habían pasado por España camino de Latinoamérica o de otros destinos. El nombre de Otto estaba encerrado en un círculo y Salva había subrayado (no me cabía duda de que era su trazo) el siguiente texto: «El científico alemán Heinz Krug, que durante la segunda guerra mundial colaboró en el programa nazi de misiles en la base de Penemünde, desaparece sin dejar rastro. Se sospecha, según noticias procedentes de Israel, que Krug ha sido secuestrado por los egipcios». Estrellé la mirada contra las cristaleras. Si Salva destacó este párrafo es porque era importante, porque significaba algo. Estaba en el camino correcto, por lo menos en el camino trazado por Salva y que antes no supe

descubrir entre la maleza ni en la oscuridad. Ahora empezaba a iluminarse. ¿Cuándo empezó Salva a reflexionar en estos términos sobre Otto? ¿Y por qué? Yo tenía un dato que quizá él desconocía, o tal vez no: la foto de Otto junto a la cueva con la borrosa fecha del año 1962. Así que yo conocía el hecho de que ya en ese año Otto estuvo en Dianium, sin poder determinar cuánto tiempo ni para qué. Y puede que Salva hubiese llegado a descubrirlo a través de Violeta. El autor del artículo que tenía ante mí destacaba el prestigio de que gozaba Otto entre los científicos nazis que ayudaban a Egipto a alcanzar la supremacía estratégica sobre Israel.

De todas partes me venían señales que no era capaz de cuadrar. Me ponía nervioso no poder sumar dos y dos. Y, sin embargo, estaba seguro de que aquí estaba encerrada la información que la Hermandad quería de mí. Otto tenía algo que ver con el tal Krug, y yo poseía la imagen gráfica de que, en el momento de su desaparición, Otto estaba en Dianium, lo que le situaba en el centro de un tinglado que yo en este momento no comprendía. Mientras mis amigos de Buenos Aires seguían jugando a las cartas y agarrando grandes berrinches por sus pequeñas inversiones en bolsa, yo tenía la vida de un niño en mis manos.

Dejé los volúmenes sobre la mesa en la que se dejaban los libros sacados de las estanterías para que la encargada los colocase en su sitio, y de ahí la necesidad de una bata blanca, para no mancharse de polvo. Le hice un saludo con la cabeza al salir y resistí la tentación de mirar al estudiante, no quería más sufrimiento ajeno.

Al llegar al Faro, aparqué detrás de una palmera donde la moto no se veía mucho y entré a tomarme un cortado para espabilarme. ¿Por qué no tendría unos cuantos millones más de neuronas? Si a Salva lo mataron es que le fue fácil llegar a alguna conclusión.

Sintiéndolo mucho no pude dejar propina; para mí los céntimos no eran calderilla, sino monedas con valor real. Me tomé el café tratando de atar cabos, no podía permitirme el lujo de pensar que la vida del niño dependía de lo que mi inteligencia diera de sí. Debía actuar sin precipitación, con serenidad, dejando que las piezas encajaran, y así, despacio, di una vuelta por el Faro y me asomé al acantilado, de unos quince metros de altura. De pronto me di cuenta de que con un simple empujón me quitarían de en medio, pero no antes de que hablara. Salva pudo mantenerse firme porque no tuvieron a mano a ningún Janín para presionarle.

Al Carnicero no habría sido práctico arrojarle desde aquí puesto que aparentemente seguiría vivo en Alemania. Seguramente se lo llevarían en una barca desde el embarcadero de los *bungalows* hasta alta mar y allí hundirían el cuerpo. Sin embargo, convenía que el cadáver de Violeta apareciera en un lugar más o menos visible y transitable pero abrupto, para que pudiera pensarse en un accidente, entre las rocas de Punta Negra, por ejemplo. Para que fuera un castigo ejemplar de cara a Salva.

Había fondos oscuros de algas en el agua y estaba empezando a chispear. No tenía sentido que se deshicieran del niño. Si no lo grábamos recuperarlo, se lo entregarían a una pareja de la Hermandad para que lo criase. Por suerte, llevaba el chubasquero bajo el sillín. Volví atrás para cogerlo. Sí, estaba ralentizando el momento de levantar la piedra y comprobar si Frida había contestado a mi mensaje. Pero ya no podía demorarlo más. Me agaché y la levanté. No había nada, la tierra estaba un poco húmeda. Dejé caer la piedra. Estaba pensando que tendría que avisar a Sandra de que nuestro buzón estaba maldito cuando sentí una presencia detrás de mí. La presencia no se movía, estaba esperando que lo hiciera yo, aunque antes de emprender el levantamiento de mi esqueleto, que me llevaría varios agotadores minutos, giré la vista. Vi las fuertes pantorrillas de Frida, doradas por la brisa, con una leve pelusa blanca en los gemelos. Llevaba minifalda, lo que la humanizaba un poco. Me apoyé en el banco y en una rodilla, y también en la tierra para enderezarme; luego me senté para recuperarme del esfuerzo y me froté las manos.

—Así que eres tú —dijo.

—¿Quién iba a ser, si no?

La respuesta la desconcertó.

—Mira, el Carnicero era un cerdo, nunca valoró lo que hacías por él y te obligó a cortarte el pelo. Tenías una melena preciosa, parecías una actriz, de verdad. Es lo más humillante que puede hacersele a una mujer.

Me miraba asombrada, con los ojos abiertos. Se le llenaron de lágrimas.

—¿Por qué me dices todo eso?

—Porque es verdad. Y porque quiero que sepas que te comprendo. Ya estaba bien de desprecios. Era un viejo egoísta y estúpido al que había que acompañar al váter.

—No siempre fue así —dijo, y los ojos se tragaron las lágrimas y se quedaron secos—. ¿A qué ha venido esa nota? ¿Crees que me das miedo?

—Estás sola.

Esperé a que encajara la palabra sola, en la que era difícil saber si habría pensado alguna vez. Cabía la posibilidad de que cumplir órdenes la librase de reflexionar sobre lo que debía o no debía hacer.

—No tan sola.

—Más sola que antes. Ya sois menos y ha entrado gente más joven que tú. A pesar de tanta dedicación, no estás en primera línea, si permites que te lo diga.

Me miró con odio. Las gotas iban haciéndose cada vez más grandes.

—Yo puedo...

—Ya sé que puedes quitarme de en medio si quieres, pero yo no te he traicionado, yo no te he vejado. Yo te respeto. No voy a delatarte a la policía si me dices dónde está el niño.

Por un instante pareció desconcertada. Enmudeció apretando los labios para que no saliera ni el aire. Contuvo dentro de sí sus recelos. Empezaba a preocuparme que se me mojaran los pies. A ella le daban igual la lluvia y el viento que comenzaba a

formarse como una caracola sobre el mar.

—¿El niño? —preguntó.

—El niño de Sandra, ¿te acuerdas de ella?

—Sí, la que escapó —dijo con el pensamiento en otra parte.

—Lo habéis secuestrado.

Permaneció callada bajo la lluvia. No podía preguntar sin delatarse, no habían contado con ella. Ella, que hasta ahora se había encargado de todos los trapos sucios de la Hermandad y que ayudó a bajar a Sandra, medio desmayada, al sótano de Villa Sol para iniciarla, había sido dejada de lado en un asunto tan importante.

—Si no sabes nada de esto es mejor que no les digas que me has visto ni que has hablado conmigo. Yo nunca les diré que te cargaste al Carnicero.

—Está en Alemania.

—En la Alemania que hay en el fondo del mar. Les has dejado creer que se suicidó. A Sancho no va a hacerle ninguna gracia sospechar de ti.

—Estás en Tres Olivos —acababa de caerse de una nube—, ¿cómo no te he visto?

—Porque yo me preocupé de que no me vieras.

Me di cuenta de que tampoco sabía que me buscaban.

Era evidente que la mujer rubia que vio la testigo con Martín el día del secuestro, y la que vio Lucy en el puesto del mercadillo, no era Frida. Puede que tampoco el niño fuese Janín.

—Estabas muy ocupada tratando de agradarle al Carnicero. Y cuanto más hacías por contentarle, peor.

Se le agrió el gesto. Frida ya no era la misma; según se iba desmoronando la Hermandad, se iba desmoronando ella. Ahora expresaba las emociones.

—Lo ha secuestrado Martín —dije—, y nunca imaginé que pudiese hacer algo así sin ti.

—Ya hemos hablado bastante por hoy —replico ella dando por concluido su nuevo tormento.

La vi montarse en la bicicleta. A ella no le asustaban las curvas ni las cuestas, ni la lluvia, ni la oscuridad, ni la soledad. Le asustaba no tener jefes que le dijeran lo que tenía que hacer.

Sandra

Por la noche no paró de llover. Se oía el lento y rítmico golpeteo de las gotas en las hojas. Y traté de concentrarme en su música.

No dormíamos, o dormíamos narcotizados por grandes dosis de Orfidal, y nos levantábamos con los ojos hinchados y la cara acorchada de no pegar ojo, de dar vueltas y más vueltas en la cama y en la cabeza. O nos levantábamos con la misma cara descompuesta por haber caído en un falso sueño, que solo nos servía para poder levantarnos una vez más. Nos cruzábamos con los pelos revueltos y no nos hablábamos, no nos mirábamos. El primero que llegaba a la cocina hacía café en un cazo medio limpio que hubiese por allí, no nos parecía bien limpiar, ni que la cocina y las habitaciones estuviesen agradables.

Necesitábamos que todo fuese lo más desagradable posible. Nos acostábamos en las sábanas revueltas que no habíamos cambiado desde nuestra llegada y aun así sentíamos que estábamos traicionando a nuestro hijo y las terribles calamidades que estuviera sufriendo. Cuando nos dábamos una ducha procurábamos que fuese rápida, sin deleitarnos, tratando de que el agua deslizándose por la piel no se convirtiera en un placer. Por supuesto no volví a correr por la playa y ni en sueños se nos ocurrió bañarnos en el mar. Cuanto más áspera era nuestra vida, más en contacto nos sentíamos con nuestro hijo.

Eché agua en el cazo y lo puse en el fuego. No habíamos retirado el corralito del niño lleno de juguetes de goma de la cocina y evitaba mirarlo para no romperme en mil pedazos, pero tampoco tenía valor para llevarlo a su cuarto. Si quitaba de en medio el corralito lo estaba quitando a él de alguna manera. Eché el último café que nos quedaba. Compraría de paso un paquete en cualquier tienda, necesitábamos mantenernos despiertos, pero no pensaba entrar en un supermercado a llenar el carro de la compra como si pensáramos vivir a pesar de todo. Yo no quería vivir a pesar de todo, ni creo que Santi tampoco.

Cuando el café empezó a hervir lo retiré. Enjuagué dos tazas del café del día anterior y saqué unas magdalenas que todavía quedaban por allí. A Janín le gustaban esas magdalenas, se entretenía mucho deshaciendo un pequeño pedazo en la boca.

Pensé que debía trazar el plan del día mientras contemplaba el limonero, el almendro, los dos naranjos y la palmera que le daban tanto encanto al jardín de la casa. Y lo que en un momento es encantador en otro es el infierno. Se me atragantaba, me daba ganas de vomitar. Me recordaba el mal y el destierro del paraíso. Caía una lluvia fina y el sol de vez en cuando asomaba entre las nubes como un cristal y volvía a esconderse.

Oí a Santi llamarme con voz sobresaltada. Miré hacia el diminuto cristal que quedaba en el cielo preguntándome qué podría haberle sobresaltado más de lo que ya estábamos.

Me esperaba en la cocina con algo en la mano.

—¿Qué es esto, puedes explicármelo? —preguntó.

Me acerqué más. Desde lo de Janín no veía bien.

Era la pistola que le robé a la desgredada. La dejó en la mesa con cuidado. Estaba de mal humor, como siempre desde lo de Janín, y el hallazgo del arma le daba la oportunidad de agriarse un poco más.

—No te preocupes, la descargué. Las balas están en el cajón de mi mesilla.

Evidentemente, si había encontrado el arma es que había registrado mis cosas. No se lo reproché. No me importaba lo que pudiese estar buscando.

Se la colocó en la sien. Y esta es una imagen que no podré olvidar nunca. Por la ventana de la cocina se veía la palmera. El fregadero estaba lleno de cacharros que íbamos reutilizando según los necesitábamos. En la encimera había migas de las magdalenas y de algún trozo de pan que habíamos cortado en algún momento. Mi sudadera colgaba del respaldo de una silla, una camiseta suya estaba tirada en un rincón y sobre la mesa permanecía arremolinada la ropa que había cogido del tendedero cuando Lucy se despidió de nosotros y en la que había prendas de Janín que no me atrevía a tocar. ¿Le protegerían del agua ahora que estaba lloviendo? Era propenso a los catarros y ni siquiera sabían qué jarabe tomaba.

Nos miramos nuestras caras acorchadas y nuestros ojos hinchados y nuestras cabezas sin peinar y las camisetas que usábamos tanto para dormir como para salir a la calle a buscar al niño. No sabíamos qué hacer, tal vez a Julián se le ocurriera algo.

—Creo que deberías ir a buscar a Julián a Tres Olivos, a ti no te conocen. Puedes decir que eres un asistente social.

Dudó, pero no teníamos ningún otro plan. Cogió los vaqueros del brazo del sillón y se los puso.

—Guarda eso —dijo refiriéndose a la pistola.

¿Y si quedase alguna bala en el tambor? ¿Y si a Santi le hubiese dado por apretar el gatillo para hacer algo tan trágico como lo que nos ocurría?

La llevé con dos dedos hasta el cajón de mi mesilla.

Lucy

Cuando dejé la casita eché a andar por el borde de la carretera hacia el pueblo. El mar quedaba detrás de las casas y las palmeras. Aún podía oír su sonido, a veces era más suave y otras más fuerte, pero nunca desaparecía. Habría preferido quedarme aquí porque de marcharme a Madrid no sabría cómo irían las cosas, me desesperaría no tener noticias. Ahora por lo menos sufría la pesadilla desde dentro.

¿Huía? ¿Los abandonaba? Cuando me despedí, Santi fumaba en el porche con unas ojeras que le llegaban a los pies y Sandra, sentada en una silla de la cocina, ni siquiera se giró hacia mí. Un ser adulto con capacidad para pensar e ir de un lado a otro no tiene una necesidad real de que nadie se preocupe por él, estaba claro, y menos por mí, que era la causante de esta desgracia.

Para llegar a la estación de autobuses tenía que pasar por la calle Principal, lo que me llevó andando más o menos una hora y media. Podría haber hecho autostop como hice a mi llegada, hacía ya una eternidad, pero necesitaba cansarme, sentir el fresco de la mañana entrando por las flores del vestido. Algún coche paró sin pedírselo, seguramente le intrigaba esta chica medio vagabunda, medio *hippy*, solitaria. La humedad que venía del mar me rociaba la cara y el pelo, cada vez más sucio y apelmazado. Empezaba a pensar en tomarme un café y comer algo. No tenía lo que se llama hambre, pero al alejarme de la casita tan solo unos kilómetros mi cuerpo empezaba a funcionar. Me maldije por poder hacer lo que quisiera y aun así haberme considerado a veces desgraciada. Incluso con estas pintas atraía a algunos conductores, que insistían en ayudarme. Les gustaba a los hombres por joven y por rubia y por parecer ingenua. Nada de eso importaba. No me importaba la imagen que los tíos tuviesen de mí. Mi pelo grasiento y enredado era más mi pelo que el pelo sedoso y suave, que acababa siendo más de ellos que mío.

Me senté en un banco de madera frente a un bar de tapas, no tanto para descansar —la mochila iba casi vacía, sin los temas de las oposiciones— como para sopesar cómo pedir un café gratis. Tenía justo el dinero del autobús de vuelta. Con las prisas me había olvidado las tarjetas de crédito en Madrid, menos mal que en un bolsillo de la mochila siempre quedaba un remanente.

Julían

Estaba pensando cómo volver a la carga con Frida y decirle que Martín la estaba utilizando porque su verdadera aliada era su madre, cuando vi a Pilar entrar en el comedor buscándome con la vista.

Me hizo señas de que saliera.

—Este joven es un asistente social —dijo con unos ojos y unos labios muy pintados a pesar de lo temprano que era—. Viene por si necesitas ayuda. Ojalá a mí también me ayudase alguien.

—Gracias —respondí, verdaderamente asombrado ante la presencia de Santi.

—Tenemos que arreglar algunos papeles —dijo él, dando por sentado que nos íbamos por ahí.

Le pedí que me acompañara al cuarto a recoger la medicación del mediodía por si acaso.

Aún no habían arreglado la habitación y olía a cerrado, no a mí, sino a un olor peculiar que traspiraban las paredes y las almas que habían pasado por allí.

—Mira —dije en voz baja, señalando la mesa por debajo—, aquí guardo algunas fotos pegadas al tablero y también unas coordenadas que señalan una cueva en el monte.

Él se arrodilló y se asomó ligeramente, luego echó un vistazo alrededor mientras yo contabilizaba las pastillas y las envolvía en un trozo de papel higiénico. Me las metí en el bolsillo del pantalón.

—Siempre llevo una pastilla de nitroglicerina aquí —le dije señalando el bolsillo de la camisa—, por si el infarto llama a la puerta. No quiero asustarte, pero si ese momento llega me la pones debajo de la lengua.

Hizo un gesto advirtiéndome que no era su nieto ni alguien a quien le importara mi vida.

—Aquí —dije señalándole el bolsillo de la chaqueta mientras me la ponía— llevo el cuaderno de notas.

Santi era como un adolescente rebelde. Todo lo escuchaba a medias, hacía caso a medias, se resistía a medias a que ocurriera lo que estaba ocurriendo y a que yo existiera. No me extrañaba que Sandra se lo hubiese pensado antes de comprometerse con él. Era muy difícil lidiar con un incrédulo. En Buenos Aires uno de mis colegas era así: de entrada no se creía nada, ante cualquier comentario torcía el gesto, vivía en un mundo extraño en que solo existían el mus, nosotros, el camarero y las tapas que nos ponían con las cervezas.

Fuimos al *parking* y cogí el chubasquero de debajo del sillín.

—Sandra tuvo aquí un amante, ¿verdad? No me lo ha negado. Me da igual con quien estuviera liada. Ahora me da igual todo.

No dije nada. No quise mencionar a Alberto. No había que complicar más las cosas con el pasado, sentimientos a flor de piel y un montón de matices siempre

dudosos.

Tuve que centrarme y olvidar a Alberto como lo había olvidado todo el mundo menos Sandra. Pensé en Frida, que habría estado dándole vueltas al asunto del niño raptado.

—Sandra tiene un arma, ¿lo sabías?

Negué con la cabeza, ¿de dónde la habría sacado?

—¿Sabes manejarla? —pregunté.

—Ni que fuera de la Asociación del Rifle.

—Yo puedo enseñarte —me ofrecí—. No quiero que os hagáis daño.

—Uff. ¿Qué pasa con ese amante?

—Primero tomemos un café en el Faro —dije poniendo en marcha la moto. Él se subió en el coche con toda la incredulidad del mundo.

No creía que Frida se pasara las horas vigilando por segundo día. Ella no podía saber que yo volvería a subir. Mi regreso se debía a una simple intuición. Pedimos un cortado y un café solo. Mientras los servían salí y fui hasta las palmeras salvajes, me senté en el banco y levanté la piedra cuadrada. En una bolsa de plástico de congelar alimentos había un mechón de pelo rubio. No quise abrirlo por si había que llevárselo a la policía. Me sentí mal, con náuseas, ¿qué significaba esto? Desprendí los granos de tierra de la bolsa y me la metí en el bolsillo. Me repugnaba que Frida le hubiese cortado un trozo de pelo con unas tijeras al niño, ¿no se acordaba de cuando se lo cortaron a ella? Hay dos clases de personas: las que odian hacer el daño que les hicieron a ellas, y las que necesitan hacer el mismo daño que les hicieron para librarse de él. Y Frida era de estas últimas. Esperaba no haber puesto al niño en un peligro mayor con Frida.

No le dije nada a Santi del mechón. Esta información solo serviría para angustiarle y desconcertarle más y para que intentara ir a la policía, como si la policía, por el hecho de serlo, pudiera saber todo lo que sabíamos Sandra y yo. Lo único que conseguirían sería hacerles huir y que se llevaran al niño más lejos, si no algo peor.

Saqué el cuaderno de notas del bolsillo y busqué una tarjeta de visita que hacía un año y medio me entregó Elisabeth, la compañera de trabajo de Alberto. Le pedí a Santi su móvil y marqué el número de teléfono. Me dirigí al baño para hablar tranquilo.

No recordaba que tuviera la voz tan áspera, solo el pelo rubio recogido en una coleta, la nariz enrojecida por el frío y el anorak amarillo, aquella tarde en que me dio la noticia de la muerte de Alberto y de su verdadera identidad.

Le expliqué quién era yo. Me recordaba perfectamente. ¿Me encontraba bien? ¿Tenía algo nuevo que contarle? Antes de poder decir nada me recomendó que me olvidara de los flecos sueltos que quedaban de la Hermandad, la organización estaba

ya quemada y acabaría dispersándose completamente. No le conté nada del secuestro del niño ni de que había miembros nuevos y con bríos renovados. Solo le pedí que le contara lo que le había sucedido a Alberto a la joven de quien él estaba enamorado por aquellos días. Se llamaba, se llamaba, dijo ella haciendo memoria.

—Sandra —dije.

—Sandra, claro.

—Creo que tú conocías los sentimientos de Alberto hacia ella mejor que cualquiera y le gustará que le cuentes que era un gran tipo, que era tal como se imaginaba que era.

Santi me esperaba de pie.

Sandra

Me dio un vuelco el corazón al oír el sonido del móvil. Siempre estaba esperando alguna noticia, pero cuando llegaba me temblaban las piernas. Por la calle subían del mar un grupo de chiquillos con aletas debajo del brazo. Casi siempre tenía la puerta abierta para que lo que tuviese que llegar entrara sin tener que llamar. Estaba abierta para que si alguien venía con Janín no se encontrara con la puerta cerrada.

Era una mujer que se llamaba Elisabeth con voz de sabérselas todas. Se presentó como amiga de Alberto. Julián le había pedido que me llamara porque ella había tenido mucho contacto con Alberto, estuvieron investigando la Hermandad durante dos años, hasta que llegamos Julián y yo y el asunto tomó otro rumbo.

Yo escuchaba anhelante mientras caminaba arriba y abajo de la pequeña cocina y el salón. No podía aventurarme a salir al jardín y que con el viento se perdiese alguna palabra. Elisabeth dijo que Alberto se arriesgó mucho por mí y no pudo contarme el asunto en el que estaba metido para no ponerme en peligro, cuanto menos supiese sobre él, mejor. Dijo que le habría gustado tanto hablarme abiertamente de su vida, de cómo era en realidad, de lo que sentía por mí, de la impresión que le causé la primera vez que me vio. Yo era una chica tan franca, tan directa, con tanta vida que inmediatamente se sintió responsable de mí. Enseguida comprendió que Fred y Karin querían chuparme mi frescura y mi bondad, y que no me dejarían escapar. También comprendió que pudiese interesarles mi futuro hijo, nueva sangre para la Hermandad. Confió en que quizá el viejo Julián me abriese los ojos. Y dijo que él jamás imaginó que Julián y yo pudiésemos cruzarnos en su camino. Fue una auténtica sorpresa. De pronto, dos intrusos estaban poniendo la operación patas arriba. Porque a Elisabeth y a Alberto no les interesaban tanto las viejas glorias de la Hermandad como trincar a la red de neonazis que iba formándose a su alrededor. En el fondo, con la estampida de los nazis perdieron mucha información y muchas pruebas para poder continuar trabajando. Y antes de que todo estallara, la Hermandad sospechó que había un topo. Entre los candidatos a topo también estuve yo, pero finalmente se sintieron traicionados por Alberto y con toda probabilidad lo mataron, aunque lo presentaron como un accidente. Sentía mucho tener que confirmarme su muerte al mismo tiempo que su amor. Quería hacerlo personalmente porque Alberto le confesó lo que sentía por mí y maldijo mil veces haberme conocido en una situación tan crítica. Le preocupaba mucho que me ocurriera algo y soñaba con hacer un viaje conmigo cuando todo terminase. Elisabeth no sabía si había elegido un buen momento para contarme algo tan terrible, y en su descargo tenía que decir que Julián la había animado a hacerlo.

Me sentí desvanecer. Estaba agotada y mareada de andar de un lado para otro mientras escuchaba en un espacio tan pequeño y me dejé caer en el sofá. Era la primera vez que me sentaba allí desde lo de Janín, pero ahora ya no sentía la comodidad de los cojines ni el mullido respaldo, no suponía una traición a las

adversidades de mi hijo; era como estar sentada en el suelo o en la calle, se acababa de borrar la frontera entre lo agradable y lo desagradable. Se lo habían llevado con lo puesto, y en el fondo me hacía la ilusión de que alguien lo estuviera cuidando.

—¿Estás ahí? —repitió Elisabeth varias veces.

—Lo siento, estaba pensando en mi hijo.

—¿En tu hijo? Sí, claro, a Alberto le habría hecho muy feliz conocerle. Me dijo que el hecho de que estuvieras embarazada era quizá lo que te daba tanto coraje.

Nunca ha sido coraje, pensé.

—¿No sabes lo que le ha ocurrido a mi hijo? —pregunté.

Hubo un gran silencio.

—Es igual —dije—. Alberto ya no puede ayudarme.

Colgué. La desgredada me había dicho la verdad. Alberto había muerto. Maldita esperanza. No quise creerla. No quise ver la realidad cuando Julián desviaba la conversación sobre el paradero de Alberto. No quise darme cuenta de que si Alberto hubiese vivido me habría buscado, o por lo menos habría tenido alguna noticia suya. ¿Y de qué más no quería enterarme? Incluso Santi atontado por un porro tenía más luces que yo.

Había perdido a Alberto. Antes por lo menos no sabía que lo había tenido. Ahora lo había perdido y ya no podía seguir pensando en él. Nada lo devolvería a la vida. No podía ayudarme a encontrar a Janín. Era una pena no saber usar la pistola porque iría a ver a la desgredada y la encañonaría con ella, pero seguro que se reiría de mí. Era una fanática, una loca. Era mejor encontrar a Martín fuera como fuese.

Julían

—Vamos a ver a una amiga mía —le dije a Santi mientras se tomaba su segundo café—. No te dejes llevar por los nervios. Es una completa psicópata y ayer parecía no saber que sus colegas han secuestrado al niño, pero hoy quizá se le escape algo.

Eché una mirada a su gran incredulidad y desprecio por todo lo que yo hacía y le dije que, pensándolo bien, era mejor que fuésemos en su coche y que al llegar me esperase fuera.

—No entiendo por qué no haces todo esto con la policía —dijo durante el trayecto, que yo iba indicándole lo más cuidadosamente que pude.

Aparcó delante de la casa, a plena vista.

—Porque no hay tiempo —dije, y salí del coche dando trompicones como si tuviera pies postizos. Me daba mucha rabia ofrecer una imagen tan patética ante Santi y que, con razón, desconfiara plenamente de que yo pudiese recuperar a su hijo.

Permaneció apoyado en el capó.

¿Le merecería la pena alguna vez a alguien darle una mano de cal a esta fachada y otra de pintura negra a las rejas? Más que una casa era un cobijo, cuatro paredes entre las que guarecerse de la lluvia y de quienes pretenden pegarte un tiro. Hubo un momento, en los primeros tiempos de esta historia, en que aquí Frida vivía con Martín y otros cachorros de igual calaña; pero ahora Martín se había refugiado en las faldas de su madre, los otros se habían dispersado, al Carnicero le habían dado lo que se merecía y ella se encontraba más sola que la una. Y aunque no es probable que reflexionara mucho sobre la soledad, la soledad la había vuelto susceptible y vulnerable. Sentía cierta amargura, como si la hubiesen expulsado de su familia después de habérselo dado ella todo. Primero fue el trato vejatorio del Carnicero y ahora la dejaban al margen de algo tan importante como el secuestro de un niño.

Llamé con los nudillos. Sentí que me miraba desde alguna parte. Yo hice como que no me daba cuenta de nada. Y abrió.

—He encontrado tu mensaje.

Tenía las mandíbulas apretadas, no por mí, sino por el mundo. A saber cómo fue su infancia, probablemente dura, y una adolescencia sin pena ni gloria y una vida adulta de perro rastrero.

—¿Puedo entrar?

Me señaló con la cabeza el coche y a Santi.

—Es un taxista. Hace servicios en negro.

No se lo creyó. Seguramente en esa infancia dura suya aprendió que por encima de todo hay que desconfiar. Quizá en el colegio nunca estaba segura de si se estaban riendo o no de ella, y optó por pensar que siempre se reían.

—¿Tienes padres? —le pregunté.

—¿Qué mierda te importa si tengo o no padres?

—¿A ti no te importa lo que le pasa a la gente?

—Entra —dijo con sus malas pulgas habituales.

Saqué el plástico con el mechón rubio. Y en cuanto lo saqué me di cuenta de que no era de bebé. Era demasiado grueso, demasiado rubio.

—¿Es tuyo este mechón?

No dijo nada, apoyó las manos en una mesa sin sentarse. Se le marcaban los músculos de los brazos y los tendones de las manos. Estaba a punto de explotar. Miraba por la ventana con odio.

—Ese no es taxista.

—Vamos al grano. No entiendo qué pretendes decirme con esto —dije sacudiendo el plástico ante su cara.

Me lo arrancó de un manotazo. Yo también echaba ojeadas por la ventana y veía a Santi completamente distraído maldiciendo su suerte. Si Frida me estrangulaba no se daría ni cuenta.

Los vaqueros se estiraban sobre los muslos y la espalda apenas le cabía en la camisa de algodón blanco. Una vez más tuve que reconocer que era muy fuerte.

—No hagas tonterías —dijo—. No me creo eso del niño.

—¿Por qué no lo descubres por ti misma? De haberlo secuestrado, ¿dónde lo esconderían?

—Tú no eres mi padre ni mi abuelo.

Por fin reaccionaba a algún estímulo. Acababa de acordarse de la familia, de su infancia, en que la autoridad era a todas luces masculina.

—No, no lo soy, pero ¿te habría gustado que lo fuese?, ¿te hacían muy feliz tu padre y tu abuelo?

Una nube negra pasó por sus ojos claros.

—Eran hombres —dijo—. Tú eres un viejo.

—Y eso ¿es mejor o peor?

—Me da igual, no me importas nada.

Iba a decir «tendrías que superar eso, sea lo que sea», pero me detuve a tiempo. Se habría cabreado y aquí terminaría nuestra charla.

—¿Por qué tendría que contarte nada de un niño? —dijo.

—Porque ellos no te respetan, te ocultan cosas importantes. No entiendo cómo el bueno de Martín no te ha puesto al corriente del secuestro del hijo de Sandra. Francamente, creía que tú eras la responsable y por eso he venido a verte.

Continuaba siguiendo con la vista los movimientos de Santi en el coche y al mismo tiempo me vigilaba a mí. No necesitaba mirarme para tenerme controlado. Cualquier cambio, como apoyarme en un pie en lugar del otro, era percibido por los sensores de su piel de gato, que se erizaba y se aplacaba según su estado de humor, sus celos y sus miedos.

—¿Qué te hace pensar que no estoy al corriente? El niño está en mis manos.

—Tú no sabes nada del niño. Ese mechón no es de un niño, es tuyo, de tu precioso cabello que Bert ordenó cortarte. Ese sí que era parecido a tu abuelo, ¿a que

sí?

Cogió un cuchillo de la encimera y se volvió hacia mí.

—¡Déjame en paz! Bert me quería como a una hija.

Le costaba gritar, le salían perdigones con cada palabra.

—Por eso te lo cargaste —dije gritando también.

Dirigió el cuchillo hacia mi estómago con odio hacia los hombres de su familia y hacia Bert, pero era yo el que tenía a mano. Y por un instante sentí cierto alivio, una agradable cobardía. Si Frida acababa con mi vida, yo dejaría de ser responsable de la vida de ese niño que llevaba mi nombre y de sentirme terriblemente culpable ante Sandra y, sobre todo, me libraría del dolor por lo que pudiera pasarle a manos de estos sádicos. No lo soportaría. Y, para ser sincero, para ser pragmático, como decían ahora, no tenía nada sólido con lo que tirar para adelante, todo eran suposiciones y descubrimientos a medias. Estaba desesperado. Así que clavame el cuchillo, pensé con fuerza, como un auténtico cobarde.

No retrocedí ni un milímetro. Me quedé donde estaba mirándola a los ojos.

—Lo malo de los viejos es que no os da miedo morir —dijo, lanzándome varios perdigones a la cara.

—¿No le dio miedo al Carnicero? ¿Él quería morir?

Me puso el cuchillo en el ombligo, o eso creía ella, porque en realidad lo apretó contra un pliegue de piel que lo cubría. Quería verme temblar, pero yo pensaba que ni siquiera tenía que echar mano de la pastilla de nitroglicerina que llevaba en el bolsillo de la camisa. No la necesitaba, estaba tranquilo como nunca y contra todo pronóstico no moriría del dichoso corazón, que había mantenido funcionando contra viento y marea a base de diez pastillas diarias. Tenía gracia la cosa, moriría de una cuchillada.

Al cabo de un minuto más tenso para ella que para mí, separó el arma con la punta roja. Unas gotas de sangre me mancharon la camisa. Como tomaba un anticoagulante, mi sangre se volvía muy aparatosa en cuanto sangraba un poco.

—He pensado que quizá estaba haciéndote un favor —dijo limpiando la punta del cuchillo con un trozo de papel de cocina.

Volvió a mirar por la ventana y yo también. Santi estaba ahora apoyado en la puerta del coche.

—¿Es el padre del niño? —preguntó.

No contesté.

—¡Pues vaya padre! Podrías estar desangrándote en el suelo y no se enteraría. Toma —dijo dándome otro trozo de papel de cocina—, sangras como un cerdo.

Me lo puse sobre la camisa mientras abría la puerta y enseguida se empapó.

—Todos los niños que secuestren y todos los jóvenes que capten solo servirán para arrinconaros a vosotros, a la vieja guardia. Iré todas las tardes a mirar debajo de la piedra en el Faro por si decides ayudarme.

Vi cómo tiraba el plástico con el mechón a la basura. La mente de esta mujer era como un jeroglífico antiguo, cuyo código, una vez descifrado, podría tener un

contenido de lo más simple.

Santi se quedó pasmado cuando me vio aproximarme con la mano en la barriga llena de sangre.

—¡Madre mía! ¿Qué ha pasado?

Nos miraba alternativamente a mí y a la cara en la ventana de la casa. No sabía si ayudarme o ir a pedirle explicaciones a aquella matona.

—Vámonos. Estoy bien. Ya se cortará la hemorragia.

Dudó, pero no podía hacer otra cosa.

—Déjame en la residencia, allí hay enfermeros.

—Esa mujer..., ¿es de la banda?

Asentí.

—¿Y sería capaz de hacerle algo a... a... Janín?

—No sabe nada, por eso está irritada y lo ha pagado conmigo. Creo que tuvo una mala experiencia con su padre y con su abuelo, y luego la ha tenido con el Carnicero. Odia a los hombres de cuarenta para arriba. ¿Podrías hacerte cargo de mi moto? Mañana en cuanto pueda me acercaré por la casita para recogerla y para que establezcamos un plan de actuación.

No me dijo que no. Por lo menos, la ida de olla de Frida, como diría Sandra, había servido para poner a Santi de mi parte. Y cuanto más unidos estuviésemos, mejor.

Sandra

Como Santi se había llevado el coche, me puse una sudadera que colgaba del respaldo de una silla y me dirigí en la moto a la guarida de Martín y su madre. Pasé despacio por el sendero que conducía a su casa y vi aparcado el todoterreno verde oliva, antigua propiedad de Fred y Karin. Los perros comenzaron a andar despacio y con las orejas estiradas hacia el camino como si oliesen mis intenciones. No ponía en duda que su olfato fuera capaz de desechar el olor a gasoil que desprendía el viejo tubo de escape para aislar el mío y reconocermé. Di la vuelta y estacioné en un entrante de tierra roja detrás de un árbol que no era ni un pino ni una palmera y cuyas ramas desprendían un fuerte olor. No sabía qué estarían haciendo Santi y Julián. Desde que Lucy se había marchado, la casita se quedaba sola y si la policía conseguía algo tendría que llamarnos a los móviles, aunque a ellos les gustaba más ir en persona, porque cualquier noticia de esta naturaleza hay que darla cara a cara o simplemente por la costumbre de rastrear algún signo de culpabilidad en nosotros.

Estaba dispuesta a esperar detrás del árbol lo que hiciera falta porque notaba la presencia de Martín en la casa: el coche, regalo o préstamo de Fred y Karin, se lo encomendarían porque o no podían llevárselo adonde quiera que hubiesen ido o temerían que pudiese delatarles. Más ventanas abiertas de lo normal, la cortina de cuentas sujeta a un lado como si a alguien que no fuese la desgredada le molestase. Los perros más contentos que de costumbre. *Techno* de fondo, probablemente destinado a Martín. Me lo imaginaba con su camiseta negra, el tatuaje, el anillo de plata, aporreándola para soltar adrenalina. Siempre alguien o algo tenía que pagar el pato.

Cuando cesó la música pensé que en algún momento Martín tendría que salir.

Tuve que esperar media hora más para oír los alegres ladridos de los perros y el motor del todoterreno. Conocía su ronroneo. Lo conduje tantas veces para llevar y traer a Karin, sintiendo siempre su mirada maligna en la mejilla o en el pelo, penetrándome el oído como si buscara un resquicio por donde llegar al cerebro y robarme los pensamientos. ¿Quién habría ocupado mi lugar? ¿A qué incauta o incauto habría cobijado y ayudado para chuparle la sangre donde quiera que estuviese?

Salían los dos en el coche, su madre de copiloto. Parecía contenta, seguramente por ir con él. Cuando unos días atrás exploré la casa, no encontré ningún rastro de otro hombre que no fuese Martín, por lo que gran parte de la vida de esa mujer estaría dedicada a su hijo y a sus sueños rotos y rencores. Le pasó la mano por el hombro como si le dijera que todo lo que hacía estaba bien hecho. No me vieron, iban ensimismados en sus cosas.

Me tapé la cabeza con la capucha de la sudadera y salí del terraplén lentamente; me dispuse a seguirles en la moto a una distancia prudencial. No podía saberse si yo era una chica o un chico, uno de tantos estudiantes que a la salida del instituto llenan los senderos, caminos y carreteras de Dianium. La madre tenía una energía tremenda,

no paraba de hablarle moviendo las manos, la cabeza y todo lo que yo alcanzaba a ver. Dejé que se interpusiera algún coche sin miedo a perderles porque el todoterreno destacaba como un monumento a la maldad.

Por fortuna, había otros jóvenes que se incorporaban a la carretera y que luego nos pasaban o se desviaban, pero alguno seguía nuestra misma dirección, por lo que Martín no me prestó atención. Aminoré cuando se detuvo para que bajara su madre. Solo alcancé a ver cómo se besaban cariñosamente y ella le pasaba la mano por el cráneo afeitado. Me habría gustado saber adónde iba la desgredada pero no podía dividirme, así que dejé que el todoterreno me rebasara y seguí detrás de él hasta que nos metimos en el pueblo y tuve que adentrarme por una calle adyacente para no levantar sospechas. No era difícil seguirlo. Lo aparcó cerca del trenecillo que recorría la costa y yo hice lo mismo.

Procuraba que no me viese a través de los escaparates y los retrovisores de los coches o de sus propias gafas de sol. La pasada lluvia había dejado el ambiente inusualmente fresco. Aun así, algunos extranjeros jubilados iban en pantalón corto. Recordé como Fred, a diferencia de Julián, que enseguida echaba mano de su pañuelo al cuello, nunca temía el frío ni las corrientes de aire; a Karin y a él les volvía locos el sol. Eran capaces de abrasarse, como si pretendieran no dejarles nada a los demás. Karin se tumbaba en la hamaca, cerraba los ojos y los labios se le estiraban en una mueca de placer. A veces se pasaba las manos de dedos retorcidos debido a la artrosis por los pechos y esa noche oía ruidos y gemidos que habría preferido no oír.

Daba largas zancadas para no perderle, pero sin correr en ningún caso para no llamar la atención, hasta que nos metimos por la calle Principal y una fuerte intuición me llevó sin seguirle ya, sin esperarle, hasta la tienda de electrodomésticos. Desde el escaparate de la zapatería de enfrente le vi entrar en Soimens. Crucé hasta la tienda y desde fuera vi como hablaba con el chico con pinta de seminarista. A continuación, los dos se metieron por la puerta que llevaba al almacén. Doblé la esquina para fisgar por la ventana por la que miré unos días atrás. La persiana estaba echada. El chico de la tienda conocía a Martín y me lo negaba; luego también este simpatizaba con la Hermandad o bien había querido protegerle sin tener ni idea de la clase de canalla que era. Podría esperar a que salieran, poner al corriente a este hombre de que Martín había secuestrado a mi hijo y pedirle que le hiciera entrar en razón. Era completamente absurdo. Si lo sabía no me ayudaría y si no lo sabía no me creería. Pensarían que estaba loca.

Esperé una media hora sentada en un banco tomándome un helado de cucurucho para completar mi imagen estudiantil, no porque me apeteciera tomármelo. No me entraba en el estómago; de hecho se estaba derritiendo y pequeños riachuelos de chocolate y menta se me pegaban en la mano. Cuando la dependienta me preguntó qué sabores deseaba, elegí los de siempre, los que más me gustaban, solo que yo ya no era la de siempre. Había dejado de gustarme el helado, me empalagaba y me daba asco. Y se me cayó al suelo cuando vi entrar en la tienda a la desgredada con prisa y

una bolsa de supermercado en la mano. Me senté en un banco más alejado y esperé. A la media hora me sonó el móvil.

—¿Qué haces? —dijo Santi.

—Estoy frente a la tienda de electrodomésticos. He visto entrar a Martín primero y a su madre después, y no creo que estén comprando una lavadora. Estoy segura de que todos saben dónde está el niño y quién lo cuida.

Santi permaneció mudo un momento. No sabía bien quiénes eran esas personas, nunca le había hablado a fondo de todos ellos; a algunos ni siquiera se los había mencionado.

—Tendríamos que contárselo a Julián —propuso Santi.

Ahora fui yo la que me quedé callada. Él no tragaba a Julián, jamás le había visto con buenos ojos.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo—, pero he cambiado de idea sobre él. Hasta ahora creía que era un abuelo aburrido que se aprovechaba de nuestra situación para tener compañía.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

Colgué de golpe porque vi salir a Martín y a su madre con una caja entre los brazos. Parecía un calentador de agua. Ya no llevaba la bolsa del supermercado.

No creía que todo fuese pura casualidad aunque lo pareciese. De todos modos, yo no podía hacer nada allí. En la tienda no me dejarían pasar del mostrador y encima crearía una alarma peligrosa, así que me decidí a volver a seguirles, puesto que tendrían que llevar a algún sitio el calentador de agua que aparentemente acababan de comprar.

Me sentía más cómoda con la moto que con el coche. Me camuflaba con los chavales de la zona, podía aparcar en un momento y en cualquier parte. Me sentía ligera con ella. Le di la vuelta a la sudadera por si se le había quedado en la retina a Martín, lo que no creía probable. Era gris claro por fuera y negra por dentro. Por lo demás, llevaba pantalones vaqueros como más de la mitad de la población y botas con hebillas como la otra mitad. Atardecía. El sol se estaría poniendo, el mar se lo iría tragando poco a poco, lo que sería increíblemente hermoso para alguien que acabase de aterrizar en este planeta. Yo no quería saber nada de hermosura ni de belleza hasta que no encontrara a mi hijo.

No tiraron para la casa destartalada del monte. Iban hacia la playa de rocas. Pasaron por Punta Negra y se internaron en los *Bungalows* Bremenn. ¿Podría ser que retuviesen en uno de ellos a Janín? No se me había ocurrido, pero ¿dónde mejor esconder a un niño que rodeado de familias con niños bajo el férreo control de la Hermandad? Los vi salir del coche con la caja del calentador de agua y meterse en uno de los *bungalows* que tenía las luces encendidas de alguna ventana.

Estuvieron unos diez minutos y se marcharon. Se había pasado del atardecer al

anochecer en un plis plas y de pronto se encendieron algunas falsas piedras del jardín y los farolillos de los porches, el neón de Chez Alfredo que había un poco más allá y algunas luces entre frondosos árboles de casas que por el día ni siquiera se veían. Aunque aparentemente se podía entrar y salir, estaba segura de que alguien vigilaba cualquier movimiento. Así que salté un parterre que casi me rasga los pantalones y me dirigí al *bungalow* visitado por Martín y su madre.

Cerré los ojos ante la puerta. Respiré hondo para captar cualquier olor, cualquier ruido por mínimo que fuese, pero no pude distinguir ni el llanto ni los balbuceos de ningún niño. No olía a bebé, un olor intenso difícil de amortiguar y de ocultar. Y yo hubiese distinguido el olor de mi hijo entre miles y el llanto y la risa también entre miles. Oí pasos dentro, quizá estaban observándome por la mirilla de la puerta. Me situé a un lado tratando de escudriñar el interior, una sombra cruzó los visillos. Puede que simplemente les hubiesen encargado comprar un calentador de agua para este *bungalow*; entre ellos se hacían constantes favores, aunque antes esos cometidos solía hacerlos Frida.

—¿Busca a alguien? —dijo detrás de mí una voz masculina. No sonó agresiva, más bien cansada.

Al volverme el hombre sonrió. Llevaba un mono azul, botas de goma y un cubo con hojas en la mano. Parecía el jardinero.

—Al principio todos los *bungalows* parecen iguales. No la he visto pasar. —Agradecí que siguiera hablando porque debía pensar con rapidez.

—Busco a unos amigos con un niño pequeño. Hace unos días que deben de estar por aquí.

—Hum... ¿Cómo es el niño? Yo me paso aquí todo el día, pero ya sabe, la gente va y viene.

Le di las características de Janín.

—Aquí no he visto ningún niño, aunque para asegurarse mejor llame —dijo refiriéndose a la puerta de madera blanca junto a la que estábamos.

—Creo que no se trata de mis amigos. Volveré mañana.

—La salida es por ahí —dijo—. Es mejor que no salte los parterres porque podría hacerse daño.

Le di las gracias sin estar segura de lo que había sucedido. Podría ser que le hubiese alertado sobre Janín y que de tenerlo oculto aquí se lo llevaran a otro sitio. Me dio mucha rabia haber metido la pata. Sentía en la espalda la mirada del jardinero. La luna llena iluminaba la carretera y la humedad me bañaba la cara. Me dieron ganas de llorar. Quería saber, por encima de todas las cosas, qué voz tendría mi hijo cuando supiese hablar, qué voz tendría de niño y luego de mayor cuando superara la edad del pavo. Quería verle ir al colegio y hacerse un hombre. Quería saber cómo sería de mayor y si tendría hijos. ¿Sería estudioso o un bala perdida? ¿Haría el botellón con sus amigos? Todo el futuro estaba apretado en su pequeño cuerpo. Reprimí el llanto como pude, solo dejé escapar unas cuantas lágrimas, pero enseguida

cerré la compuerta de la autocompasión. Ahora solo debía pensar en Janín, en que en alguna parte estaba esperando que yo llegara.

Julían

Por Tres Olivos corrió como la pólvora que había llegado ensangrentado.

Salí del Ford Fiesta de Santi, cuya tapicería manché al apoyarme con la mano para bajar, crucé el vestíbulo lo más rápidamente que pude y al llamar al ascensor dejé una huella roja en el botón, con la mala pata de que al llegar a mi piso James el Carpintero venía clavando los tacones de las botas por el pasillo y me vio. Me pareció más alto que nunca y más enjuto, quizá porque yo iba encorvado, no por el dolor, sino por la sensación de que debía tenerlo.

James me saludó y tardó un poco en darse cuenta de que algo me pasaba. Me cogió el hombro con su manaza de empuñar la guitarra eléctrica y sacó las gafas de cerca del bolsillo.

—Dios santo, ¿qué te ha pasado?

—No es nada —dije liberando el hombro y huyendo hacia mi cuarto.

Pero sus botas me siguieron. Entró conmigo y me pidió que me tumbara en la cama. No le hice caso. Me quité la camisa, me lavé el estómago con una esponja y las manos, me sequé y me puse una gasa con un esparadrapo en el picotazo que me había hecho Frida con el cuchillo. Luego lavé la camisa concienzudamente, porque si la sangre se secaba sería más difícil eliminarla. James me miraba hacer bastante sorprendido. Seguía mis movimientos como si fuese a desplomarme.

—Me han atracado en la calle. No es nada. Ya estoy bien —dije abriendo el armario para sacar otra camisa.

Le rogué que no dijera nada, no quería ser la comidilla del comedor. Me preguntó si me había asustado, si había pasado miedo.

Negué con la cabeza porque era la pura verdad.

—No, son cosas que pasan. O te matan o no te matan, si no te matan no ha ocurrido nada.

Se quitó las gafas y se atusó en el espejo. Conservaba una buena mata de pelo entre blanco y rubio. Yo me eché una simple ojeada, nunca me había ensimismado en mi imagen, y menos ahora que solo veía pellejo.

—Estoy orgulloso de ti —dijo cogiéndome otra vez del hombro—. Te espero abajo.

Me bebí un buen vaso de agua y comprobé que las plaquetas ya estaban funcionando y que la hemorragia se había cortado. Luego pasé la mano por debajo del tablero de la mesa. Todo seguía en su sitio. Nadie había movido nada. Lo detectaría de inmediato. Con que hubiesen desviado un milímetro el cuaderno que había encima de la mesa lo habría notado, por tanto no tenía por qué preocuparme. Me puse un jersey fino, el pañuelo al cuello y me tumbé unos minutos. Ya que no había muerto, debía cuidarme. Era casi una obligación hacia mis amigos y hacia mis enemigos.

Cuando entré en el comedor me di cuenta de que James se había ido de la lengua. Geralda ya se las había ingeniado para que le pusieran su cubierto junto al mío, aunque ella normalmente comía en otra mesa. La luna llena iluminaba el jardín y los olivos del fondo. No parecía un mundo real.

—¿Te duele? —preguntó ella.

—No ha sido nada, de verdad, cambiemos de tema.

James me guiñó un ojo desde el lugar de Geralda.

—Eres muy valiente. En lugar de acobardarte, te has limpiado la herida y no le das importancia. No me esperaba tanto de ti, la verdad.

No sé por qué no me agradó que Geralda supiera que yo era valiente o que no era cobarde o que no me aterraba la muerte. Quizá fue por la intensidad con que me miraba, por la ansiedad que había en sus palabras, por su exquisito perfume. Su curiosidad me agobió. A ella no tenía por qué importarle tanto lo que me ocurriese. Podría importarle a Pilar, con la que había mantenido una amistad más estrecha, pero no a Geralda.

—Me han atracado y me han quitado todo el dinero. Te agradecería que me prestases algo.

—Claro —dijo ella cortando el filete y ligeramente incómoda por la petición—. ¿Lo has denunciado a la policía?

Me limité a masticar muy despacio, tal como me aconsejaba siempre el médico.

—También necesito que mañana me acerques al pueblo.

Se quedó pensativa mientras su cabeza elaboraba preguntas y más preguntas. Durante unos segundos no se dio cuenta de su extrema seriedad, se le escapó, pero yo la percibí. Era una seriedad de analista, de matemático, una seriedad detrás de la cual había una gran cantidad de sinapsis.

—¿Después de desayunar? Yo también tengo que hacer algunas compras.

Sandra

¿Qué conexión había entre la tienda de electrodomésticos y los *bungalows*? ¿Era Janín la conexión entre estos dos puntos u otros asuntos que estos cabrones se llevasen entre manos? Dicen que las galaxias forman una intrincada red unida por partículas de materia oscura que hoy no sabemos cómo es y ni siquiera si es real. Mientras no se descubra esa materia, siempre será misteriosa y una mera posibilidad. Mientras yo no supiese dónde estaba Janín todo se reducía a una especulación, pensaba contemplando la luna, las estrellas. La oscuridad entre ellas era angustiosamente profunda y extraña. Oía a Santi dar vueltas en la cama de la habitación de al lado. Su nerviosismo ya no tenía que ver conmigo. Y yo de buena gana habría ido a su cama y me habría escurrido a su lado. Le habría abrazado para no sentirme sola en la inmensidad del cielo, de donde Alberto había desaparecido y donde era tan fácil desaparecer. El calor de Santi me habría reconfortado. Estaba al lado, podía hacerlo, y por eso mismo no lo hice, porque no quería usar mi poder en beneficio propio. Cerré los ojos intentando descansar. Una noche más, un día más, el tiempo pasaba volando. Me quedé traspuesta de las tres a las seis de la mañana.

Me despertó el fresco, había dejado la ventana abierta. Me tapé con la manta y cuando entré en calor me levanté. Por muchos amaneceres que hubiese visto en mi vida nunca llegaba a acostumbrarme a ellos. Eran traumáticos y no me gustaban. El cielo comenzaba a despejarse y, como si un decorador colocase un foco en un lado, empezaba a volverse azul. Hice café con frío y un nudo en el estómago.

Mientras me lo tomaba me puse los vaqueros, el sujetador debajo de la camiseta que llevaba y la sudadera del día anterior. A media mañana tendría que quitármela y anudármela a la cintura. Me tomé otro café más con una leche un poco agriada que me dio ganas de vomitar y una magdalena que había por allí. Me lavé los dientes y la cara, cogí la pistola del cajón de mi mesilla, la cargué con dos balas teniendo mucho cuidado de apuntar a la pared, la metí en la mochila, cogí las llaves del coche y salí. En el jardín la noche había dejado una fragancia fresca que me desagradaba profundamente. Preferiría oler a cañerías podridas y a ratas muertas. Santi me llamó desde la puerta, descalzo. En calzoncillos y con lo delgado que se había quedado parecía muy alto.

—¿Dónde vas? —preguntó con cara de no haber dormido más de dos horas—. Ayer la Frida esa de los cojones casi mata a tu amigo.

Esperé la explicación completa. Tratándose de Frida me lo creía. Después de haberse cargado a su líder máximo, el Carnicero, tendría muchas ganas de cargarse a un enemigo de verdad. Pero no era lógico, ¿por qué iban a quitar de en medio a Julián nada más dar con él sin torturarlo ni sacarle la información que deseaban?

—Le pinchó en el estómago y él se puso a sangrar. Lo dejé en la residencia.

—¿Os encontró ella?

—No, fuimos a su casa. Yo le esperé en el coche, no pude hacer nada.

—Tienes café hecho en la cafetera. La leche está mala.

Esto quería decir que Julián, por su cuenta y riesgo, sin decirme nada, había ido a entregarse a Frida. Me parecía extraño que se pusiera en sus manos sin una transacción clara: Janín por Julián. No me lo contaba todo, quizá porque no teníamos tiempo de comentar los pasos que dábamos cada uno. Como él no sabía los que estaba dando yo.

Me encaminé hacia el monte. Me sabía el camino de memoria. En cuanto dejé el casco urbano atrás, me metí por caminos estrechos entre naranjales. Y luego por otros más estrechos todavía que me obligaban casi a encaramarme en la pared cuando me cruzaba con otro coche. Por fin llegué a mi destino y pasé despacio por la casa destartada de la desgredada. El todoterreno no estaba y no se apreciaba movimiento, por lo que temí que no hubiese nadie, que estuviesen en ese lugar donde tendrían retenido a Janín. Me desplazé un poco más y eché el freno de mano. Esperaría hasta oír a los perros ladrar o el ruido de la cortina de cuentas. No quería meter la pata más de lo necesario. Daba palos de ciego, pero no podía estarme quieta. Tenía que actuar, no consentir que las aguas se estancaran.

En otras circunstancias, a estas horas, habría necesitado otro café bien cargado, pero ahora no, ya me encontraba bastante excitada. Esperé desde las siete menos cuarto hasta las ocho y media atenta a cualquier soplo de brisa y a cualquier ruido de motor. Tendría que contar con la posibilidad de que Martín regresara en cualquier momento y entonces echarlo todo a perder.

A las ocho y treinta y cinco, las cortinas de cuentas rompieron el silencio. Los perros ladraron y correataron por el patio. Bajé del coche y me agaché tras una chumbera ennegrecida. Los perros danzaban alrededor de las cangrejeras de la desgredada. Echó algo en los cuencos y luego se estiró todo lo larga que era, que no era mucho. Llevaba una de sus batas de flores intemporales, que servían tanto para el frío como para el calor. Aunque ella no venía de países fríos como sus jefes, los imitaba en todo lo que podía y también los imitaba en no tener frío y en ser una hija de la gran puta.

Se metió para adentro. Me guardé el arma en el bolsillo de la sudadera sin estar segura de que el arma tuviera el seguro puesto, lo que me creaba una sensación de peligro extra. Me fui directa hacia la casa. Los perros no sabían si seguir a lo suyo o morderme. *Thor* meneó el rabo. La desgredada no se percató de mi intrusión porque era normal que a esta hora y comiendo estuvieran un poco revueltos. Procuré que las cuentas de la cortina no chocaran y pasé muy despacio. La casa daba al norte y toda la luz que podía tener al cabo del día la tenía ahora. Entraba por la ventana de la cocina y llegaba como un gran charco de agua hasta la mesa de madera, siempre llena de restos asquerosos de comida. La abarcaba a ella. Las flores de la bata resplandecían como en un jardín lleno de montículos y hondonadas. Algunas lucían

ajadas, como si la Hermandad no le soltase bastante dinero para renovar la tela. El pelo se le abría por detrás y dejaba ver una gruesa raya blanca del cuero cabelludo. Tampoco debían de darle bastante para peluquería, quizá todo se lo llevaba Martín en su puesta a punto neonazi.

Lavaba una taza muy despacio, quizá me estuviera viendo en el cristal de la ventana y pensando cómo sorprenderme. Entonces se me ocurrió que tenía que hacer algo que debería haber hecho antes: cerrar la puerta de la calle para que no pudiese llamar a los perros. Usaría un tipo de silbido o palabra especial para el ataque. Hice ruido y ella echó a correr hacia su habitación, juraría que a buscar la pistola. Y a no ser que guardase otra por allí se llevaría una gran decepción. Se oía ruido de cajones. Y «me cago en la puta», «hijos de Satanás», «os voy a cortar los huevos» y otras lindezas por el estilo. Tenía una boca peor que la mía. Dudé si esperar a que saliera o entrar.

Me decidí a entrar.

Sobre las cajas de cartón, zapatos y otros enseres que vi en mi visita anterior ahora había tirado sábanas y toallas buscando el arma.

—No la busques más, la tengo yo —dije mostrándole el bulto en el bolsillo derecho de mi sudadera.

Se notaba la forma y se notaba que pesaba porque ese bolsillo colgaba mucho más bajo que el otro. Aun así, me observaba con incredulidad y tuve que descubrirle la culata.

—¿Nos vamos entendiendo? —dije metiendo la mano en el bolsillo y rogando no tener que sacar la pistola o revólver o como se llamara ese chisme, pues en tal caso ella se daría cuenta de que no sabía sujetarla ni mucho menos disparar y se descojonaría de mí, por lo que no tendría más remedio que intentar apretar el gatillo diese donde diese la bala, posiblemente en alguna de las flores de la bata.

Permaneció reflexionando, sopesando qué hacer.

—¿Dónde está Martín?

Hizo una mueca de desprecio. Moriría antes de decirme dónde estaba su niño, su amor, el ser por el que ella odiaba a toda la humanidad menos a los que le habían acogido.

—Si no me llevas donde está mi hijo, el tuyo va a tener que demostrar cuánto te quiere. Esperemos que no te lleves una sorpresa.

Abrió los ojos tratando de leer en el aire alguna pista sobre lo que debía hacer.

—No sé de qué me hablas.

—Pues entonces andando. Nos vamos de excursión.

No se movió. Me miraba escudriñando hasta qué punto yo podría ser fría y peligrosa.

—¿Qué habrías hecho tú si alguien hubiese raptado a Martín cuando era un bebé? Piénsalo —dije con todo mi ser en tensión. Podía sentir las pupilas y la raíz del pelo, los labios.

Dio unos pasos indecisos.

—No quiero mataros ni a Martín ni a ti si no es necesario.

Empuñé el arma con decisión dentro del bolsillo.

—Vámonos —ordené.

Ella iba a cerrar la casa y se lo impedí.

—¿Dónde vamos? ¿Qué pasa con los perros?

—Métete en el coche. Conduces tú.

Me dio asco que pusiera sus posaderas en nuestros asientos y que tocara el acelerador y el embrague con las cangrejas. De alguna forma esta mujer furiosa y fanática estaba entrando de lleno en nuestro mundo. Iba dirigiéndola mientras examinaba su nariz, su mandíbula, su piel tosca y algo grasienta, demasiado brillante, y me preguntaba cómo habría sido su niñez, su juventud y cómo acabó siendo el perro más arrastrado de la Hermandad después de Frida.

—Aún estás a tiempo. Después no sabemos qué puede pasar. Esto va a descontrolar completamente a Martín. Las dos sabemos que no es precisamente un genio. —Me miró dolida, lo que me llevaba a imaginar a Martín de niño como el tonto de la clase, ignorado por sus compañeros y por los profesores, jugando solo en su cuarto hasta que empezó a meterse en pandillas de su estilo y su madre descubrió que ahí se le consideraba como uno más y que era feliz—. No sabemos hasta qué punto podría enloquecer y meter la pata.

Había una mezcla de ira y tristeza en su mirada. Volví a la carga.

—Si me dijeras ahora mismo dónde está el niño y pudiese llevármelo, yo os diría dónde podéis encontrar a Julián y aquí se acabaría todo. Libraríamos a Martín de tener que matar o de morir.

—No es tan fácil —dijo ella para sí, sin mover apenas unas mandíbulas fortalecidas de tanto gritar en las manifestaciones ultraderechistas y probablemente en su casa o en la cumbre del monte Dianium—. ¡Martín no es un traidor ni yo tampoco! —exclamó con varios signos de admiración. Estaba recuperando la fuerza que ardía en alguna parte de su cerebro.

—Os están utilizando. Y puedo asegurarte que el perdedor como siempre será Martín.

—O tu hijo —dijo.

—Entonces mataré a Martín con todas las balas que guardabas en el cajón de tu mesilla.

En este momento movió la cabeza negativamente. No tenía que haber dejado la casa abierta ni un segundo. Malditos perros. Y tendría que haber escondido la pistola. No debió caer en la tentación de sentirse segura. Había llegado a creer que ellos llevaban las riendas y se descuidó.

Yo no iba a cometer su error y no dejé de empuñar el arma en ningún momento. Iba dirigiéndola con la gran calma de la desesperación.

—Recto, ahora gira a la derecha, a la izquierda.

Estaba claro que ella no sabía dónde íbamos, no conocía el camino y en ningún momento se adelantó un milímetro a mis indicaciones.

—¿A dónde vamos? —preguntó con la autoridad que emanaba de su ser furioso.

Julían

En el desayuno no vi a Geralda y pensé que se le habría olvidado lo del préstamo de dinero y acercarme al pueblo, así que me dispuse a esperar pacientemente a James el Carpintero, uno de los últimos en desayunar debido a esa juventud interna que le hacía dormir como un chaval. Le pediría que cogiese el coche de Pilar y me llevase cerca de la casita. Quizá eran excesivas estas precauciones, pero estaba tan acostumbrado a tenerlas que aunque en Tres Olivos ya no quedasen nazis a cualquiera se le podría escapar cualquier cosa, sobre todo si no sabían que lo que decían podría ponerme en peligro. Consideraba buenos amigos a Geralda, a James e incluso a Pilar, a pesar de que ahora nuestra vía de comunicación era a través de James.

La camarera dejó una taza de café con leche humeante y un par de tostadas con mantequilla en su sitio habitual. Hacían la vista gorda con sus horarios, les parecía atractivo y le consideraban el artista de la residencia no solo porque amenizara las tardes de domingo con su guitarra, sino porque tenía pinta de cantante bohemio y desorganizado, y en el fondo les parecía mal que alguien así hubiese envejecido como el resto de nosotros. Los demás éramos viejos, mientras que él era un joven en el que se había cebado el tiempo como en los Rolling, los Beach Boys o Cher. Como Clint Eastwood, por poner otro ejemplo.

Oí con alivio los tacones de sus botas sobre las baldosas del año de la pera. Se tomó un buen sorbo de la taza.

—Chico, esto revive a un muerto —dijo pegándole un gran bocado a una tostada, lo que me permitió contemplar unas buenas muelas de oro, que en Mauthausen le habrían durado bien poco. Le brillaban entre la lengua y las migas de la tostada.

Le pedí que me llevara en coche y él dijo que sin problema. Era estupendo que tuviese tan dominada a Pilar. Aun así me extrañó el comportamiento de Geralda, que parecía siempre dispuesta a echarme una mano.

Creo que a James le ayudaba mucho ser alto y espigado, lo que te obligaba a imaginártelo en un concierto tocando la guitarra con sus largas piernas abiertas. En el fondo le admiraba y admiraba su vida callejera y libre. Se le notaba que había sido muy libre mientras que yo llevaba el encierro dentro.

—Voy a aprovechar para comprar un par de púas para la guitarra —dijo—. Estoy componiendo como un loco. ¿Cuándo quieres que volvamos al monte?

—No sé, creo que es demasiado para mí.

—Pues no vas a quedarte con las ganas de ver la cueva.

Cerré el pico, la palabra cueva me hacía pensar en el niño de Sandra y en lo poco que sabía James de la maldad. Podía conocer el hambre, el sueño, el frío de las calles de Dublín sobre un cartón en un portal. Podrían haberle puesto los cuernos y haberlo sufrido con dolor, podría haber sido víctima de las drogas y el alcohol, pero todo eso no dejaba de ser vida; no había conocido el extremo de la maldad y la crueldad sin

fisuras. Lo miraba conducir, miraba su cara algo picada por la mala vida y me parecía un niño.

Se empeñó en que teníamos que buscar mi moto donde me habían robado y pinchado en la barriga y poner una denuncia en comisaría. No quería dejarme solo. Se puso muy pesado, así que le dije que primero iríamos a comprar las púas y luego a buscar la moto. Le pareció fenomenal.

Era una tienda con todo tipo de instrumentos musicales, muy apropiada para que James se distrajera. Yo mismo me habría quedado embobado con un precioso piano de cola que acaricié con la mano si no tuviese que aprovechar este momento para salir pitando.

Más tarde me disculparía diciéndole que quise dejarle a su aire para que disfrutara plenamente comprando las púas. Llegué hasta la parada de taxis de la estación de autobuses con la lengua fuera y me desconcertó que no hubiese ninguno; le pedí a un chico que por favor me acercara con su vespino hasta la carretera de las Rocas. Y aunque era normal que le extrañara mi petición, le estaba costando demasiado reaccionar. Miraba a su alrededor pidiendo ayuda a sus amigos, hasta que uno de ellos dijo que él me llevaría.

—Este va a comerse el mundo —le dije al dubitativo asustadizo como venganza, pero en el fondo no me lo creía ni yo, los tontainas suelen llegar a la cumbre aupados por otros tontainas.

Le pedí que me dejara en la carretera, esquina con el caminal de la casita. Al bajar, le pregunté por qué me había traído.

—¿No te preocupa que esté ido, que no sepa lo que hago? Mira tu amigo, se lo ha pensado dos veces.

—¿Usted quería venir aquí, sí o no?

—Sí, claro —dije.

—Pues ya está. No nos liemos más.

Quizá estaba equivocado y el mundo iba a empezar a moverse al ritmo de este muchacho. El mundo, quién sabe lo que iba a ser del mundo. La calle era cuesta abajo, una suave pendiente que según iba acercándose al mar se pronunciaba más. En los días lluviosos resultaba melancólica para alguien como yo, a quien respirar la maravillosa humedad de un día más casi le entristecía. Y para un joven resultaría romántica. Y en el ardiente calor del verano era un refugio ante cualquier tentación de pensar más de la cuenta.

La casita. Ya había llegado. No se oía nada. El coche de Santi no estaba aparcado en la puerta. La cancela parecía de juguete y la valla de madera podía saltarla hasta un niño, incluso yo podría saltarla. Entré. Tampoco la puerta estaba cerrada. Santi fumaba sentado en una de las sillas de madera. Pensaba absorto en el humo, como suelen pensar los fumadores. Tuve que hacer ruido para que me prestara atención.

—¿Qué tal la herida? —dijo.

—Bien. Solo fue un rasguño.

No me preguntó cómo había llegado hasta aquí desde Tres Olivos. Las vespinos, una más vieja que la otra, estaban junto al limonero. No me atrevía a preguntar si había alguna novedad, no me atrevía casi a hablar.

—Me da la la sensación —comenté— de que tengo en la punta de la lengua lo que ellos quieren saber. Creo que debo tirar un poco más de hemeroteca.

Hizo una mueca desdeñosa ante la palabra hemeroteca. Me ponía en su lugar. ¿Cómo puede perderse el tiempo con algo tan muerto como una hemeroteca? Una hemeroteca es el pasado, y nosotros estábamos vivos y debíamos correr y matar o morir.

—Es importante conocer al enemigo, conocer sus deseos nos da mucha ventaja.

—Palabrerías —repuso—. ¿Por qué no vamos a visitar otra vez a la tal Frida? ¿Por qué no torturamos a esa hija de puta hasta que cante? ¿Por qué estamos aquí sin hacer nada?

Le pregunté por Sandra y se encogió de hombros de una manera que significaba que allí ya cada uno hacía lo que le salía de las narices sin dar cuenta a nadie.

—Vamos a esperar un rato a que vuelva. Seguro que no está perdiendo el tiempo —dije.

Me ofreció un cigarrillo por la costumbre de ofrecer y sin esperar respuesta se encendió uno con lo que le quedaba del anterior. Yo me senté en el sofá, que evitaban, como si su incomodidad pudiera aliviar la de su hijo. Empezó a recorrer la cocina sin hacer nada, sin recoger los platos ni enjuagar los vasos, como si la limpieza fuera una frivolidad, un lujo y un pecado. Me tumbé para descansar mejor, no podía permitirme más sacrificios de los inevitables. Bendita juventud en que uno puede mortificarse, autodestruirse y destrozarse porque se soporta todo. Cuando no se soporta nada, todo cambia.

A pesar de la tensión que se respiraba en la casita, se me cerraron los ojos por el agotamiento de haber tenido que dar esquinazo a James y hacer autostop para venir hasta aquí. Y quizá fue el humo del cigarrillo de Santi y los mullidos cojines y el silencio lo que hicieron que mi mente por un instante se tranquilizara y que tuviera la visión de un Mercedes muy parecido al del Carnicero y una conductora muy parecida a Geralda detrás de la moto del chaval que me recogió. Me pareció verla por el retrovisor de la moto y volví la cabeza instintivamente, pero no quería marearme haciendo tonterías y ya no pensé en ello. Fue un espejismo, un *flash* como dicen ahora, un algo que no sabía si eran imaginaciones mías. ¿Para qué iba a seguirme Geralda? Aunque era posible, ella me dijo que iría a hacer compras al pueblo. Así que no era imposible que me viera en la estación de autobuses y que decidiera acudir a mi rescate, aunque al final nos perdiera de vista.

Me remordió la conciencia haberme quedado traspuesto pensando en Geralda cuando oí voces en la cocina.

Me costó bajar las piernas, se me habían quedado algo frías y los ojos me escocían un poco por las lentillas. Al rehacerme y levantarme me hubiese llevado un

susto si algo pudiera sorprenderme aún. De todos modos, tuve que cerciorarme de que no eran imaginaciones lo que estaba viendo.

Las calles más oscuras

Sandra

Hice que la desgredada aparcara junto a la cancela, de forma que ella pudiera salir del coche y entrar en el jardín sin ser vista por ningún vecino, salvo por alguno extremadamente curioso, lo que no sería relevante porque todas las casitas estaban ocupadas por gente de paso, turistas o profesores en tránsito de los institutos de enseñanza media de la zona. Le pedí que echara el freno de mano y que me diera las llaves. A continuación bajé y abrí la cancela y la puerta del coche.

Al minuto Santi salía a la puerta. Desde lo de Janín, los sonidos, por pequeños que fueran, se habían agigantado o nuestros oídos se habían agudizado. Hasta una gota de lluvia cayendo de una hoja podía encerrar algún significado. Y el ruido de la puerta ni te cuento. El motor de un coche. Gente hablando en la calle. El balbuceo de un niño. El móvil vibrando en la mesa. Temíamos especialmente el timbrado de los policías encargados de nuestro caso. Nos aterraba cualquier posible noticia suya, nos creaba imágenes insoportables de niños muertos encontrados en el arroyo que se vertía en el mar o entre los juncos o en un vertedero. A estas alturas los dos policías, con lo que sabían, no serían capaces de encontrar a nuestro hijo vivo.

La desgredada echó una ojeada a las plantas, a la mesita redonda de hierro con sillas a juego, a las adelfas, los naranjos, el limonero, a la gravilla del suelo, al pequeño porche y al farol de hierro que colgaba del techo. Barrió con la mirada la fachada de color ocre y las vespinos atadas a un tronco. Se encontraba alerta, empapándose de todos los detalles que era capaz de reunir y que su instinto le decía que en algún momento le servirían para escapar de nosotros. Se estaba preparando para lo que fuese a llegar.

Santi la miró encajando una sorpresa más, una extrañeza más. ¿Qué hacía aquí esa mujer? La empujé hacia adentro. Santi se apartó a un lado.

—Es la madre de Martín —dije mientras pasaba rozándole.

—Pues ahí tienes a tu amigo —replicó encendiéndose un pitillo y exhalando la primera calada como si en ello le fuera la vida.

Nada más entrar, uno se encontraba a la derecha con el sofá del saloncito, separado del comedor por el tono de la decoración y que se unía a la cocina por una barra de madera. Al principio no vimos a nadie. Volví a empujar a la desgredada por la espalda con la mano hasta el centro de aquel conjunto de cosas. La tela de flores de su bata o vestido estaba mojada. Seguramente la inquietud de conducir hacia un lugar desconocido la hizo sudar como nunca. Noté en la mano carne entre mullida y musculosa. Parecía fuerte, pero jamás podría correr tanto como yo, y Santi la tumbaría de un manotazo.

Siéntate ahí, le dije señalándole una de las sillas de madera maciza del pequeño comedor. Pensaba atarla para desentenderme de ella por un rato. Y fue entonces cuando entendí la frase de Santi, «Ahí tienes a tu amigo», a la que no había prestado atención para no distraerme de la desgredada.

Surgió como un gato de entre los cojines del sofá. Primero hizo un pequeño ruido, una tos y después alzó ligeramente las piernas, las botas, se sentó y se levantó.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —dijo Julián como si regresara del centro de la tierra.

—Buscaremos una cuerda por los cajones y debajo de la pila. Tiene que haber un rollo de la cuerda de nailon que usamos para tender la ropa —dije.

Y entonces ante la mirada asombrada de Julián, saqué del bolsillo de la sudadera la pistola y se la di.

Tenía la mano fría y huesuda, pero no le temblaba, y seguro que sabría qué hacer con el arma mejor que yo.

—Es mejor que busques tú la cuerda —dijo apuntando a la madre de Martín.

La desgredada lo miró tratando de recordar. Julián le sonaba de algo. No era consciente de que probablemente lo habría visto en las fotos que un día repartieron por la Hermandad y quizá en Tres Olivos, pero no estaba segura de nada.

—¿Y por qué está aquí? —preguntó Julián con mucha prevención.

—¡Qué suerte!, encontré un rollo entero de cuerda. —Empecé a desenrollarla con una alegría infantil, alocada—. Porque la estamos secuestrando. Martín tendrá que decidir si su madre o Janín. Ojo por ojo.

Santi entró expulsando la última bocanada de humo. Se lo tragaba como si fuese agua y lo devolvía como si fuese el demonio.

—Déjame a mí —dijo—, esta se va a enterar de lo que es un buen nudo.

La amordazamos con el primer paño de cocina que había por allí, sucio de pasarlo por la encimera. Se lo colocamos entre los dientes y lo atamos detrás de la cabeza. Debía de ser bastante desagradable, pero entre algo desagradable y una tortura hay un abismo. Nos miraba con los ojos muy abiertos, lo único que podía mover sin trabas aparte de la cabeza. La bata sudada un rato antes se le empezaba a enfriar.

Eché los visillos de la ventana de la cocina, por donde entraba una mañana fresca y apacible.

—Será mejor colocarla en este rincón para que nadie desde fuera pueda ver su sombra.

Nos pusimos a ello Santi y yo. No queríamos que Julián hiciese esfuerzos extras después del pinchazo que le propinó Frida. Pero la silla era terriblemente pesada, como si la madera estuviera rellena de hierro, y la desgredada también pesaba lo suyo y encima no queríamos hacer demasiado ruido. La arrastrábamos como podíamos hasta que ella se rebeló, movió el culo y la cabeza y los ojos y se nos volcó la silla de lado. El golpe debió de ser tremendo. Gemía todo lo que podía con la garganta, le faltaba la respiración. Enderezamos la silla con bastante esfuerzo. Ella nos hacía señas con la cabeza. Le desanudé el paño.

—¿Qué hostias quieres? —le grité para dejar claro que podía ser bastante más dura que ella.

—No puedo más.

Necesitaba ir al baño. Yo tampoco quería que aquello oliese a los meados de la desgredada, así que tuvimos que desatarla. Santi me preguntó cómo no había pensado antes en eso. Le contesté fuera de mí, deshaciendo los nudos con toda la rabia que me cabía en las manos, que nunca había secuestrado y atado a nadie, que no iba a decirle antes de atarla: «¿Desea ir al baño la señora?».

—Bueno, ya está —dijo Julián—, que haga lo que tenga que hacer antes de proceder de nuevo, así se podrá trasladar cómodamente la silla hasta el rincón. Eso sí, Sandra, tendrás que entrar con ella. No me fío.

Tuve que soportar el ruido y el olor recalentado del chorro de orín que salía del cuerpo de aquella mujer en cuyas entrañas se había gestado a Martín. Y después no tuve más remedio que ver de reojo cómo se subía las bragas y se bajaba la bata, y cómo se lavaba las manos, y también vi los frascos de perfume de mi hermana al alcance de sus manos. En el espejo vi cómo ella los miraba. En un rápido movimiento podía coger uno, romperlo por la mitad en el lavabo y rajarme el cuello antes de que Santi pudiera socorrerme. Por si acaso, decidí retroceder hacia la puerta, y mientras lo hacía, ella, en un abrir y cerrar de ojos, cogió un frasco de Chanel, lo rompió contra el lavabo, tal como había imaginado que haría, pero a mí me dio tiempo de abrir, salir y correr pasillo adelante. Eran cuatro pasos de pasillo en los que pudo darme alcance, pero no lo hizo. Al aterrizar en el salón-comedor-cocina, Julián y Santi me miraron sin entender nada; yo tampoco entendía hasta que comprendí que no intentaba herirme a mí, habría sido inútil. Regresé recorriendo los cuatro pasos en dos zancadas.

Estaba apoyada en el lavabo con la muñeca izquierda ensangrentada. Encogidos en la puerta, Santi y Julián miraban atónitos. Ella nos amenazaba con el cristal enrojecido. El cuarto de baño estaba inundado de una maravillosa fragancia que eliminaba todo rastro de mal olor de la desgredada.

—Tenemos que curarte. Estás desangrándote —dijo Julián con un tono de profunda humanidad que ella no se merecía.

—No vais a convertir a mi hijo en un chivato. No vais a chantajearle a mi costa —murmuró con las mandíbulas apretadas.

—Dentro de media hora te desmayarás y te cortaremos la hemorragia. No vas a morirte —continuó Julián, el más apto sin duda para dirigir este asunto, aunque sin mucho tino por cierto, porque ella se cambió el cristal de mano, dispuesta a cortarse la otra muñeca.

La herida era poco profunda y la sangre espesa, como si le corriera barro por las venas. Sentí alivio. Esas gotas que salpicaban el lavabo y las baldosas blancas eran la confirmación de que mi hijo seguía vivo, de lo contrario Martín no podría delatar a nadie. La esperanza me inspiró, fui hacia ella y le di un puñetazo en su cara carnosa y brillante. Se tambaleó y se llevó las manos a la nariz, el cristal cayó al suelo soltando algunas gotas más de perfume. Ahora también le sangraba la nariz. ¡Qué se joda!, exclamé. La cogí del pelo y la obligué a sentarse en el bordillo de la bañera.

—No quiero que ponga perdido el saloncito —dijo mientras yo me escuchaba decirlo como si fuera otra persona.

Santi buscaba torpemente gasas, algodón, alcohol y esparadrapo. Julián pidió calma y se encargó de curarla. Primero la muñeca. La desinfectó con un buen chorro de alcohol, por lo que tuve que amordazarla con una toalla para que no se oyeran sus alaridos, y luego le puso un algodón en el orificio nasal.

—No sé —dijo—. Parece que tiene roto el tabique.

Traje una bolsa de hielo del frigorífico y se la aplasté contra la nariz. Julián le pidió que se sostuviera ella misma la bolsa y la mujer la estampó contra los baldosines de enfrente. Me dieron ganas de volver a darle, pero no quise empeorar la situación, no quería más sangre.

Cuando se le cortó la hemorragia de la nariz la condujimos a la silla. Ella no colaboraba y tuve que darle unos cuantos empujones, cada vez me apetecía más pegarle. Me gustaba coger un puñado de su estropajoso pelo y tirar de él. Cuando le hacía daño, deseaba hacerle más y más. Jamás habría podido darme pena, solo ganas de machacarla. En uno de los tirones de pelo Julián se me quedó mirando.

—Es muy fácil pasar la línea, domínate —dijo.

Pero ¿de qué línea estaba hablándome? Me importaba una mierda cruzar la línea. Yo no quería ser mejor que ellos, lo único que me importaba era ver a mi hijo.

Volví a ponerle el paño en la boca y esta vez apreté más fuerte, con la sensación de que en algún lugar también Martín estaría sintiendo cada empujón, cada tirón de pelos y las cuerdas clavándosele en las muñecas y los tobillos. Sentiría la furia de su madre y su desesperación. Sería algo extraño, descorazonador, que no tendría nada que ver con las sombras de su niñez y su patética soledad. La miré con infinito desprecio.

—¿Y ahora qué hacemos con ella? ¿Y si en este momento viniesen a vernos los policías que llevan nuestro caso? ¿Y si algún vecino la ha visto entrar? Habrá que darle de comer y de beber, y en cualquier descuido podría ingeniárselas para llamar la atención. Es muy hija de puta —dijo Santi encendiéndose un pitillo.

—Si nos viésemos obligados a deshacernos de ella —intervino Julián con calma y naturalidad— sería complicado porque es bastante voluminosa, pesa mucho y nos llevaría una eternidad cortarla en trozos. Tendríamos que optar por trasportarla a alta mar y allí arrojarla al fondo atada a una piedra grande. Pero a ver quién es el guapo que levanta una piedra de ese calibre. Desde luego sería más factible trocearla. ¿Tenemos una sierra?

Por primera vez la desgredada miraba aterrorizada de verdad. Y era increíble este Julián, porque mientras Santi y yo a medida que nos desesperábamos nos íbamos por el lado oscuro del vocabulario, el de él se refinaba más, con palabras como optar o factible. Parecía que estaba leyendo lo que decía.

—Voy a limpiar el cuarto de baño. La desgredada lo ha dejado perdido —dijo.

Santi salió al jardín. Podría haber fumado dentro, pero necesitaba aire fresco.

Mojé una toalla, la pasé por todas partes y luego la metí en una bolsa de plástico para tirarla en algún contenedor. En el fondo de mí, en ese lugar recóndito (usando el vocabulario de Julián) en que se guardan los peores pensamientos, yo había matado a la desgredada y la toalla ensangrentada era una prueba. Me sentía en lo que llaman «el otro lado de la ley», en las calles más oscuras, y no me pesaba ningún tipo de culpa ni de pecado. Y pensar que cuando era niña me daba miedo atravesar un campo por la noche y un simple pasillo.

—He estado pensando —dijo Julián mientras me veía atar la bolsa— en posibles lugares donde esconderla. Un lugar donde a Martín ni a sus colegas se les ocurra buscarla. Ahora no podemos salir deprisa y corriendo a alquilar un apartamento, que en todo caso no sería muy seguro.

No sabía adónde quería llegar. Los sitios que conocía eran esta casita, la residencia Tres Olivos o los *Bungalows* Bremenn. Todos lugares descartados. Villa Sol estaba en alquiler, y nada más quedaba la mansión de Otto y Alice.

Santi entró y se lavó las manos en el fregadero; también se restregó una mancha en la camisa.

—Bueno, ¿qué se te ha ocurrido? —le pregunté a Julián.

—La meteremos en el sótano de la mansión de Otto y Alice. La casa está cerrada esperando que sus dueños vuelvan y parece que a nadie de la Hermandad se le ocurre ir por allí. No están autorizados a ocuparla o, por lo que vimos el otro día, no tienen ningún interés en limpiarla. Es el mejor sitio.

Afirmé repetidamente con la cabeza.

—Tendremos que esperar a bien entrada la madrugada para hacer el traslado. Solo los pescadores están despiertos a esa hora —dijo Santi sin dejar de restregar la mancha—. Yo iré antes.

Julián se puso el chubasquero; un bolsillo le colgaba más que el otro por el peso de la pistola. Cogió las llaves de la moto. Me sobresalté, no quería que nos dejara solos. También Santi se puso tenso; en cambio, la desgredada cerró los ojos aliviada.

—Tengo que dejarme ver por la residencia. Volveré en cuanto pueda, no os preocupéis.

Me pregunté si sería capaz de seguir adelante con esto sin Julián. Me pregunté si hubiese podido sobrevivir en Villa Sol sin él. Santi tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Haz café! —le ordené con la voz más agria y fuerte que fui capaz de sacar del pecho.

La desgredada era una espectadora en primera fila de nuestra tragedia. Con gusto la habría colocado cara a la pared, pero quería vigilar sus gestos y no tenía ya ganas de acercarme a ella para cambiarla otra vez de sitio.

Julían

Tuve que pararme a ponerle gasolina a *Libertad II*. Menos mal que llevaba el chubasquero porque hacía un fresco que para mí era frío. Desde que cumplí los ochenta siempre tenía frío y si tenía calor me desvanecía, así que en principio casi era mejor el frío si no se temía una pulmonía. La pulmonía era un peligro latente. Algunos amigos míos, que ni siquiera habían estado en Mauthausen y no sabían lo que era estar desnudos en un patio nevado, habían muerto por una simple neumonía. Los habían llevado al hospital porque tenían fiebre y allí les habían detectado una neumonía; habían empeorado y luego habían muerto. Cuando recuperásemos al niño me reiría de las neumonías. Pensaba comprar unas cuantas botellas de champán para compartirlas con Sandra y Santi con lo que me quedase en mi escueta cuenta y bañarme desnudo en el mar. Si en cualquier momento me ingresaran en un hospital sería después de bañarme en pelotas.

—Estaba preocupada por ti —me dijo Geralda nada más verme.

—Estoy bien —dije—. Vengo de recuperar la moto.

—¿Dónde estaba?

—La habían dejado donde me atracaron. Es tan vieja que no les ha interesado.

Se rio.

—Ya sabes, los viejos. ¿A quiénes les interesamos? —dijo.

—Tú estás de muy buen ver. No tendrías que estar aquí.

—Ya —dijo cabeceando y moviendo su aristocrático cabello entrecano, hoy suelto en una melenita—. Y tú eres muy valiente. Mira que venir sangrando sin quejarte. James aún no ha vuelto. Es un veleta.

No me dijo nada de haberme seguido y yo no podía preguntar por si eran imaginaciones mías. Puede que no quisiera incomodarme dándome a entender que le preocupaba que me pegara un golpe por ahí.

Cómo pasaba el tiempo, ya prácticamente era la hora de comer. El tiempo siempre va en contra, cuando durante la infancia quieres que vaya rápido va a paso de tortuga. Cuando necesitaríamos un respiro, un parón del reloj, decide ir a toda leche. Olía a sopa de ave. La residencia estaba impregnada de la hora de mediodía, que para nosotros eran las dos en punto, momento en que a la mayoría le tocaba la segunda toma de las diversas medicaciones. A las dos ya estábamos sorbiendo la sopa y tragándonos las pastillas. Para algunos esta era toda su vida, saber qué había de segundo plato y que le tomaran la tensión. Para otros como James y yo era una simple circunstancia de la vida, aunque a decir verdad a él le interesaba siempre mucho saber qué había de postre. Le volvían loco las natillas y los profiteroles de chocolate acompañados del vino peleón de la mesa.

A las dos menos cuarto ya estaba en mi sitio con la servilleta sobre las piernas. Quería ser uno de los primeros en ser servido y salir pitando para la biblioteca municipal. Tuve que llamar la atención varias veces de la camarera y hacerle ver que

yo había sido el primero en llegar, lo que pareció molestarle tanto como si hubiese llegado tarde. Desde que no tenía el favor de Pilar me trataban como a uno más.

Estaba terminando el lenguado con patatas panaderas cuando llegó James.

—Hay sandía —le dije.

—He estado buscándote esta mañana por todas partes —dijo James.

—¿Has comprado las púas?

Se le habían olvidado. Se puso tan loco mirando guitarras que se le fue el santo al cielo. Después había empezado a buscarme a mí, luego pensó que le habrían puesto una multa por aparcar en la zona de inválidos y cuando ya estaba a mitad de camino se acordó de la púas. Pensé que su maravillosa vida de dispersión y vagabundeo le había hecho desmemoriado, no se había visto obligado a fijarse en los detalles, ni a ser suspicaz, ni a mirar hacia atrás. Era un niño.

No me comí la sandía para no estar yendo al baño toda la tarde y me levanté antes de los cafés y las infusiones. Me deshice como pude de la buena de Geralda y me marché a la biblioteca antes de encaminarme a la casita, donde me esperaban Sandra, Santi y la desgredada atada a una silla.

Saludé a la bibliotecaria y pasé por la mesa del eterno estudiante de las gafas. Ahora llevaba una venda elástica en la muñeca y los nudillos amoratados, como si tuviera una segunda vida fuera de allí y no muy tranquila. Me fui derecho a los gruesos volúmenes. Abrí el que hablaba de Otto y sus colegas y de cómo España había sido un lugar de paso para ellos y en ocasiones de residencia. Volví a la frase subrayada por Salva sobre Otto y la desaparición del científico Heinz Krug.

Busqué ese nombre con la tensión por las nubes debido a la excitación. Resulta que en aquella época Krug trabajaba en el programa de misiles egipcio..., entonces ¿por qué iban a secuestrarlo los propios egipcios? ¿No lo secuestraría el Mossad? Volví a mirar la foto de Otto en la cueva. Tal vez los hombres que estaban con él no eran camaradas nazis. Su aspecto no era precisamente ario.

Lo que estaba a punto de sospechar parecía increíble, pero era la explicación más lógica.

En este punto me quedé contemplando al estudiante de una manera tan intensa que se sintió incómodo primero y luego verdaderamente molesto. Se levantó y vino hacia mí.

—¿Qué te pasa, abuelo?

—Nada, hijo, que creo que he dado con la clave de todo este asunto y que pronto podremos liberar a la criatura.

Me miró con pena hacia él, con asco hacia mí. Qué más daba, era él quien estaba eligiendo esta vida tan demencial. Volví a leer la última página por si mi imaginación estaba interfiriendo en la realidad. Debería subir a la cueva fuera como fuese. Pero antes iría al centro comercial a comprar algo para cenar. No confiaba en que Santi y Sandra cayeran en esa pequeñez. Compraría algo básico y neutro a la vista que no hiciera pensar en ningún tipo de placer para que no se sintieran culpables una vez

más. Y también pensé en las necesidades de la desgredada, como la llamaba muy acertadamente Sandra.

Sandra

Según pasaban las horas, por el cuerpo me corrían sapos y culebras. No sentía el corazón. Tuvimos que desatar a la desgredada para llevarla al baño, pero esta vez no le soltamos las manos ni le quitamos la mordaza y tuve que bajarle las bragas. Luego se las subí mientras tiraba de la cadena. Al salir me dio una patada con una de las cangrejas y yo le propiné un bofetón.

Se le cayeron las lágrimas. Podrían ser de rabia, de lástima de sí misma, de odio. Me importaban una mierda sus asquerosas lágrimas. Como si una lágrima pudiera redimir de algo.

—No sé cómo puedes llevar esas greñas. Pareces una loca —le dije sentándola de un golpe en la silla.

Apretó las mandíbulas.

—¿Por qué no gritas ahora? —dije sabiendo que era imposible.

Santi me veía hacer. Estábamos deseando no estar tan solos. Y la presencia de la desgredada nos hacía sentirnos más aislados todavía. Santi cogió el mando de la televisión, pero no la puso. Lo sostuvo en la mano como tanteando su peso muerto y se quedó fijo en la negra pantalla viéndose a sí mismo borroso, deshaciéndose en el cristal. Yo me senté en una silla y me concentré en pensar en Janín. Al nacer mi hijo, estuve quince días en casa de mis padres. El niño no paraba de llorar y dormía conmigo en mi antigua cama de eterna adolescente. Le daba el pecho cada cuatro horas. Me encantaba su olor y que estuviera acurrucado junto a mí. Le besaba la frente siempre un poco mojada.

La desgredada cerró los ojos y se durmió, la cabeza se le inclinó hacia el hombro izquierdo. Santi fumaba en el jardín haciendo guardia y asqueándose de la vida. Yo seguí pensando en Janín, en que mi hermana le había regalado unos patucos apaches con flecos que a él le encantaba mirarse y con los que daba pasos cogido de las manos. Todos sus detalles, que antes solo eran simples detalles, se me agrandaban en la mente: los colores de los leotardos, el dibujo del peto sobre el pecho, una casita con chimenea que echa humo... Me sentía culpable porque su llanto me hubiese irritado algunas veces. Ahora lo daría todo por oírle llorar.

Julián apareció con un *pack* de pañales de adulto, dos pollos asados y una barra de pan. Los pollos despedían un olor muy fuerte y se me revolvió el estómago. Según él, era una temeridad y una inconsciencia no alimentarse. Cuando empezó a recoger los cacharros y a lavar vasos, me acerqué a ayudarle.

—Siéntate en el sofá. Ya lo hago yo —dije.

Por un instante los tres nos olvidamos de que la desgredada nos observaba. Tenía los ojos un poco hinchados de llorar y de dormir, de pensar. Casi agradecí tener que fregar los platos y barrer, limpiar la mesa con la bayeta y lavarla bien porque olía a

tomate agrio. Me vino bien adecentar aquella guarida que iba pareciéndose a la de la desgredada, lo que tampoco era un buen síntoma; nosotros éramos otro tipo de gente. ¿O ya no?

Cuando Santi entró, la sala relucía y Julián estaba enfrascado en escribir unas notas en el sofá. Solo él lo usaba. Se había quitado las botas y extendía las piernas sobre los cojines.

—Ayúdame —le dije a Santi solo para que hiciera algo—. Pon los pollos en esa fuente.

—¿Es que estamos de fiesta? —preguntó con ese horrible sarcasmo que había desarrollado en los últimos días.

—A ella habrá que darle algo. No queremos que se muera hasta que la matemos, ¿verdad? —Me sorprendía oírme a mí misma hablando de matar sin darle importancia. Hace nada el bien y la vida estaban en un lado, y el mal y la muerte en otro. Ahora no había separación. El secuestro de Janín había derribado la frontera entre el odio y los sentimientos normales. Solo tenía que mirar a la desgredada para saber que yo estaba dejando de ser normal y también Santi y Julián.

Santi hizo lo que le dije de mala gana. Soltó los pollos en la fuente como si los estuviera tirando en la basura y desgajó un muslo. Se acercó a la desgredada.

—Voy a dejarte la boca libre. Como grites, te parto la cara, aunque por aquí nadie podrá oírte y si te oyen pensarán que estás disfrutando. Luego voy a acercarte este muslo de pollo a la boca y vas a pegar un bocado no muy grande. Vas a masticarlo y te lo tragas, y luego morderás otro trozo. Si haces tonterías, no volveremos a darte nada más. Tienes grasa de reserva de sobra.

Nunca en mi vida imaginé que llegara a gustarme ver sufrir a una persona, que la crueldad me produjera satisfacción.

Santi le acercó el muslo a la boca y ella mordió; luego le escupió a la cara el trozo de pollo. Terminé de doblar un paño con grumos de la papilla de Janín y me acerqué a ellos. Le crucé la cara con el paño con todas mis fuerzas. No quería que Santi acabara pegando a una mujer, aunque fuese la desgredada, no quería que nos envileciera hasta ese punto. Y el hecho de que aún me quedasen escrúpulos significaba que pensaba en el futuro, y el futuro era mi hijo. Ella gritó y Santi le metió el muslo de pollo en la boca.

—Parece que quieres dejar huérfano a tu hijo. Vuelve a gritar y te meto esto por la garganta —le espetó Santi.

Se lo sacó y le ordenó que volviese a morder.

Ella apretó los dientes y los labios. Se notaba que se los habían besado poco. Los tenía blancos, sin vida, no circulaba la sangre por ellos. Hacía mil años que solo los usaba para comer, beber y hablar. ¿Engendraría a Martín con besos o sin besos? Quizá su hijo le recordara los pocos que había tenido y por eso lo amaba tanto. Amaba un poco de amor.

—¡Muerde he dicho! —insistió Santi con rabia restregándole la pata en la boca.

De pronto los labios se le pusieron brillantes y empezó a apreciárseles la forma. Hacía bien en no pintárselos.

La pata de pollo comenzaba a deshilacharse. Santi tenía los dedos grasientos y ella no se rendía. Julián dejó de tomar notas y se levantó del sofá. Todos los allí presentes comprendimos que si no la matábamos ahora no nos tomarían en serio.

—Aquí no —dijo Julián poniendo las cosas en su sitio—. Vamos a cenar, a descansar un poco y luego la trasladamos. Tápale esa bocaza.

Santi volvió a amordazarla con el paño sucio y desde donde estaba lanzó el muslo de pollo baboseado y descarnado a la basura.

—¿No se preocuparán en la residencia si no llegas esta noche? —le pregunté a Julián.

Los ojos de la desgñada sopesaron mis palabras y se clavaron en Julián. Se le estaba despejando una incógnita. Ya sabía dónde había visto a ese hombre: en Tres Olivos.

Le tendí el móvil de Santi para que llamara. Permaneció pensativo un momento y marcó un número.

—Hola, Pilar. Sí, estoy bien, no te preocupes. Me preguntaba si vendrías a tomar una copa a casa del pintor. ¿Recuerdas?, el de la exposición. Ya, lo siento. Bueno, nos veremos mañana, voy a quedarme aquí esta noche y quién sabe si también mañana. No, no estoy seguro de poder llegar a comer, ya sabes cómo son los artistas.

Me devolvió el móvil diciéndome que era una manera de decirle a la encargada de la residencia que no iría esta noche sin dar explicaciones de una manera directa.

—¿Y si ella hubiese aceptado la invitación? —pregunté.

—Es jueves, y los jueves va a bailar con hombres vigorosos.

La desgñada escuchaba atentamente, estaba muy interesada por saber qué se le había escapado durante los días de visita a la residencia para atender al Carnicero. Se me ocurrió ponerle dos algodones en los oídos, pero al momento se me olvidó. Desde que me dominaba la intensa y devastadora preocupación por Janín, mi mente pasaba de una cosa a otra a la velocidad del rayo. De los algodones pasó a los pollos sobre la mesa. Después de ver el muslo en la boca de la desgñada, me daban verdadero asco.

Julián abrió el frigorífico, sacó un tomate maduro que no llegaba a estar podrido y lo hizo picadillo sobre un trozo de pechuga.

—Venga —dijo—, es lo único que vamos a comer esta noche.

—Gracias, pero no puedo. Me dan arcadas solo verlo.

Santi obedeció y masticó el otro muslo mirando hacia la ventana. Afortunadamente había luna menguante y la calle estaba poco iluminada. Salvo que el vecino contiguo estuviera fumándose un pitillo en el porche a eso de las cuatro de la madrugada, nadie nos vería meternos en el coche con la desgñada, solo se oiría el ruido del motor al arrancar. Cuando Santi terminó, lanzó el hueso al cubo de la basura. Mordió un trozo de pan para quitarse el gusto y yo hice lo mismo. El pan

estaba bueno, simulaba ser artesano, cocido en horno de leña, y si uno no se ponía tiquismiquis podía creérselo. Se me hizo una bola en el estómago.

El único que cenó despacio y casi saboreando cada bocado fue Julián. En el fondo de mi corazón se lo reprochaba y me levanté de la mesa. Me marché a la cama. Era terrible tumbarme y cerrar los ojos. Aunque me sintiese muy cansada, mi mente se despejaba como cuando tomaba anfetaminas para los exámenes. Lo veía todo con una claridad extraña que me ahogaba. Y sabía que poco a poco la claridad se volvería vidriosa y confusa, como una fuerte resaca, y ya no serviría para nada, así que no tuve más remedio que tomarme un Orfidal. Me acosté vestida, ni siquiera me quité las botas, y me tapé con la sábana y la colcha. Oí los pasos de Santi, que iría a hacer lo mismo en su cuarto, y pensé que Julián necesitaría una manta con la que taparse. Pero no tenía ganas ni ánimo para hacer nada más.

Julían

Les desperté a las cuatro como habíamos acordado. Me había abrigado en el sofá con un par de albornoces que encontré en el cuarto de baño y procuré taparme la cabeza con un cojín para no escuchar los ronquidos de la madre de Martín. Logré quedarme traspuesto una hora seguida. No podía llamarse dormir porque lo oía todo en sueños, incluso oía más ruidos de los que podría haber, como la puerta de la calle, una ventana que se abría y pasos de botas militares.

No olvidaba que tenía la pistola cargada a los pies del sofá y al alcance de la mano. Solo tenía que cogerla, a lo que me daría suficiente tiempo puesto que si alguien entraba no me vería a simple vista. El sofá estaba de cara a una falsa chimenea y el que entrase solo vería su alto respaldo.

Hice café bien cargado y vi como la retenida sufría algunos espasmos musculares. Ella sabría. Se le había brindado comida y la oportunidad de un mejor trato y lo había rechazado. Mientras no se muriera, no me daba pena. Ni tampoco después me la daría, solo preocupación. ¡Bah! Morir no es tan fácil, antes del final una persona como ella tendría que pasar por muchas fases de enfermedad y debilitamiento. No habíamos hecho nada más que empezar. Salí fuera. El jardín estaba en calma y también la calle. Subía olor a sal y en medio del silencio se apreciaba un remoto oleaje. Hacía frío, la humedad se metía en los huesos. El café me vino bien. Reuní todo lo que debíamos llevarnos: los pañales, el café, lo que quedaba de pan y de pollo. Estos chicos no tenían ni idea de lo que estábamos haciendo. Cogí unos calcetines y una camiseta de hombre de entre un montón de ropa doblada en una silla. Lo metí todo en una bolsa de plástico del supermercado.

Al primero que desperté fue a Santi. Se levantó de un golpe.

—¿Qué pasa? —dijo completamente desconcertado.

—Ya es la hora. Toma, una taza de café.

La cogió entre las manos y fue bebiendo según bajaba las escaleras. Iba descalzo y sin camisa.

—Hace frío, ponte algo encima.

Volvió a subir y bajó con un Lacoste color rosa que no parecía de su guardarropa. Se puso otro café y observó a la desgredada, que dormitaba; de vez en cuando abría los ojos, para cerciorarse de que todo aquello no era una pesadilla, y volvía a cerrarlos para huir de ella.

—Es mejor que te adelantes con la moto y saltes la valla con mucha cautela, te cueles por la ventana del otro día, abras la puerta y el portón —dije—, para que cuando lleguemos Sandra y yo con esa en el coche la metamos entre tú y yo y la bajemos al sótano. Mientras, Sandra aparcará en una calle donde el coche no levante sospechas. Tú puedes dejar la moto en cualquier sitio.

No hizo falta que despertara a Sandra, bajó restregándose la cara con una toalla. Le puse una taza de café con dos cucharaditas de azúcar, necesitaría toda la energía

posible. Ya estaba vestida, así que le pedí que dejara en el coche la bolsa del supermercado y que lo acercase a la puerta. No había tiempo que perder, no podíamos tener las luces de la casa encendidas tanto tiempo, nunca se sabe quién podría verlas. Mientras, le desaté las manos a la desgredada y le pedí que se desatara los pies. La apuntaba con el arma. Me obedeció, había algo en mí que me hacía más temible que los otros.

—Ahora vamos al baño y nada de tonterías. Haz tus necesidades. No te preocupes por mí, he visto toda la inmundicia humana del mundo.

Ella se subió la bata y se sentó en la taza sin quitarme la vista de encima, por si acaso yo le daba la oportunidad de actuar.

—¿Sabes una cosa? Ya no te necesitamos. He descubierto cómo recuperar al niño sin ti. Si te pego un tiro al único que le dolería es a tu hijo; a los demás les daría igual, no eres uno de ellos.

Cuando terminó, intuí claramente que sopesaba la posibilidad de reducirme. Era una mujer fuerte con poderosas mallas en los brazos y yo un viejo con el corazón hecho polvo. Sopesó la inconveniencia de que sonara un disparo a estas horas en que todo el vecindario a la redonda lo oiría.

—Las casas de alrededor están vacías y un tiro suena como un millón de cosas que se caen al suelo. Y en último caso, lo haría sin pensar en las consecuencias —dije mirándola fijamente a los ojos.

En el salón le pedí que se sentara y esperamos a que entrara Sandra. Le até las manos a la espalda y le puse una sudadera por encima con la capucha cubriéndola. Salimos. La sentamos detrás. Yo cerré la puerta de la casa mientras Sandra ponía el coche en marcha. Recé para que no nos parara ningún coche de la policía ante la que sería difícil explicar por qué llevábamos a una mujer atada y amordazada, no quería problemas con ella durante el viaje. La mujer no hacía más que maquinar cómo salir corriendo para reunirse con su hijito.

Era muy impresionante, en la carretera hacia el Tosalet, ver la mancha oscura de los árboles que se unía con las estrellas. Centelleaban sobre las abismales ondulaciones de los montes como si al firmamento se le hubiese caído una capa de piel. Daba la impresión de que si levantaba la mano y la metía en esa oscuridad alguien o algo tiraría de mí hacia arriba. De momento estábamos aquí abajo haciendo lo que podíamos. La desgredada también miraba de vez en cuando aquella inmensidad, seguramente pensando cómo se las arreglaría su hijo sin ella.

Me asombró la pericia de Sandra para llegar hasta la mansión de Otto y Alice con las luces apagadas desde el principio de la calle. Santi entreabrió el portón y yo ayudé a salir a la desgredada. La encañoné por el costado. Y aun sabiendo que no podría matarla allí mismo era una advertencia de que podría hacerlo más adelante en cualquier cuneta. Anduvimos rápidamente hacia la casa. Santi entornó el portón sin cerrarlo del todo para que pudiese entrar Sandra.

Hacía frío en la casa. Saqué una linterna del bolsillo, las luces nos habrían delatado. La retenida miraba con los ojos bien abiertos aquel lugar al que hasta ahora no había tenido acceso. Un lugar intocable para ella, la morada de uno de sus máximos líderes. La luz de la linterna resbalaba por la chimenea de mármol verde, por los sofás de raso amarillo, por las escaleras blancas, por los muebles de caoba. Cogí la bolsa de pañales. Para bajar, Santi la condujo por el brazo, no queríamos que se cayera o que se tirase por las escaleras.

Con la linterna exploramos lo que pudimos del sótano, hasta dar con un sofá de cuero de dos metros donde puede que Otto se echara algunas siestas. En el estante superior de un armario había varias mantas. Le pedí a Santi que cogiera una porque yo no llegaba y además tenía que hacerme cargo de la pistola. También le pedí que le desatara las manos.

Le tendí a la desgredada la bolsa de pañales y le ordené que se pusiera uno. No podríamos estar siempre presentes para llevarla al baño. A buen seguro Sandra, al retenerla o secuestrarla, no había caído en estos detalles y se habría dejado llevar por esa imagen de las películas de alguien atado a la cama, que puede pasarse días y días sin que su cuerpo expulse nada.

—El sótano está insonorizado —dije—. Vas a estar muy cómoda en ese sofá de piel, no sabemos si humana. Ya sabes lo caprichosos que son tus jefes.

Ella se subió el vestido. Era la segunda vez que asistía a esta escena. Santi se volvió de espaldas. Cuando se lo bajó parecía más ancha de caderas. Le indiqué que se pusiera unos calcetines y una camiseta que había traído de la casita y a continuación que se tumbara. Lo de la piel humana lo dije para que sintiera rechazo por el sofá, pero como era muy probable que fuese verdad procuré rozarlo lo menos posible. Santi apareció del fondo del sótano con una buena cuerda y un par de linternas más.

—Aquí hay de todo —dijo.

—¿Hay también una sierra eléctrica? —pregunté de espaldas a la desgredada, pero sintiendo su aterrada mirada sobre mí.

—También, y guantes de goma. Y hay un congelador con tartas y precocinados.

—Vivían como reyes —comenté mientras buscaba la manera de atarla al sofá—. Trae un destornillador. Tengo que abrir un agujero por donde pasar la cuerda.

Al final conseguimos dejarla bien atada. Las tres linternas la alumbraban desde una mesa como si fuese un cuadro, pero como no queríamos que cuando saliese el sol se la pudiera ver por alguno de los ventanucos del sótano tuvimos que correr el sofá con ella encima unos metros. Acabé agotado y busqué un grifo para beber agua. Como decía Santi, había de todo, también un baño con ducha. Me lavé la cara y bebí agua con la mano. En un jarrón alargado había unas flores de tela. Las tiré y puse agua. Luego busqué una goma estrecha y alargada, que posiblemente usaban para el riego automático del jardín, la corté y la metí en el jarrón. Lo puse al lado del sofá y la goma la sujeté con la mordaza de la boca.

—Así podrás beber siempre que tengas sed, aunque sin exagerar porque podrías quedarte sin agua.

Santi se quedó admirando mi obra con la cabeza ladeada, como si tuviera que tomar perspectiva.

—Ya es hora de comunicárselo a su hijo, Martín se llama, ¿no? —dijo.

Sandra

La mansión de Otto y Alice parecía tan deshabitada como siempre. Después de que entraran en ella Julián, Santi y la desgredada, aparqué el coche en una calle lateral. Las luces no estaban encendidas. Bien. Miré en todas direcciones antes de entrar y cerré el portón por dentro. No pude evitar que el cerrojo retumbase en medio de la oscuridad. Por suerte, una vez en el interior era imposible que se nos viera. Los tupidos y altos árboles lo impedían y solo desde los últimos pisos del hotel Dianium podría vislumbrarse algo. Me guiaba por la luz de las estrellas y la poca que llegaba de la luna. Me conocía el sendero hasta las columnas dóricas y el porche; olía a hojas putrefactas, como si aún no se hubiese terminado de secar el agua de la piscina, y dejé la puerta abierta para poder ver dentro. Me llegó un ligero resplandor, como si en el centro de la tierra hubiese una fogata. Fui hacia allí, el silencio era completo.

—¿Sandra? —Oí que Santi me llamaba—. Baja, yo te alumbro —dijo desde el sótano.

Respiré. El descenso se me hizo interminable. Y al llegar al final vi la cara de Santi desfigurada por la luz de las linternas. Casi grité y me di cuenta de que tenía los nervios a punto de estallar a pesar del Orfidal que me había tomado por la noche.

Me abrazó, y por primera vez no rehuí su abrazo. Permanecí un poco con la cara entre el cuello y el hombro. Eché de menos a Alberto y me odié por tenerlo en mis pensamientos en un momento así.

—Está todo controlado —dijo Julián iluminando a la desgredada, que nos observaba con terror.

—Ni siquiera sabemos cómo se llama —dije.

—Ahora vamos a hacer más café en esta cafetera que he encontrado —dijo Julián—. En esa bolsa hay pan.

Yo no decía nada.

—En el sótano hay de todo —repitió Santi con voz melancólica.

Saqué el pan. Julián tenía razón. Debíamos desayunar. Nos esperaba un día muy intenso.

La desgredada estaba tapada con una manta y tenía un cojín debajo de la cabeza. Ahora llevaba calcetines —que me sonaba haber visto tendidos— debajo de las cangrejas. Y por lo visto el asunto del baño se había solucionado con un pañal. No tenía de qué quejarse. Casi estaba mejor aquí que en su destartada casa. Estaba más caliente y no tenía que ocuparse de darle de comer a los perros. Si fuese lista, trataría de descansar hasta que llegase la tormenta. Estaba mucho mejor que yo. Me cambiaría por ella un millón de veces con tal de que mi hijo estuviera libre como el suyo. Nada de lo que pudieran hacerme era comparable a la angustia de no saber qué le estaba ocurriendo a Janín.

—Tendríamos que ir a su casa. Martín debe de estar allí esperando que llegue su madre.

Nos tomamos varias tazas de café cada uno, esperando que la cafeína nos diera la solución, nos alumbrara el camino que debíamos seguir, como a mí un rato antes la linterna de Santi. Y esperábamos que su profundo olor no atravesara las paredes de la mansión y llegara lejos. El café sabía un poco raro porque estaba hecho con agua del grifo, pero nos hizo entrar en calor y despejarnos.

—Tendríamos que mandarle a Martín un anónimo como él hizo contigo cuando lo metió en la bolsa del niño —dijo Julián.

No teníamos un plan. Improvisábamos sobre la marcha y eso no era bueno. Seguro que los sentimientos de amor, angustia y desesperación nos nublaban las entendederas; no es tan fácil ser inteligente. En este momento habríamos necesitado a alguien que valorase la situación desde fuera, un directivo trajeado con la cabeza bien fría y muy seguro de sí mismo.

—¿Para qué perder el tiempo con anónimos? Vamos a por él.

Fui a la cafetera a buscar otro café. Su fuerte sabor a cañería estaba en completa sintonía con mi ser. La cafetera era una Melitta algo antigua con restos de polvo pegados al cristal, pero funcionaba a la perfección. Estaba en un rincón, sobre una mesa alargada con mosaicos incrustados en la madera, que seguramente se cubría de cruasanes y todo tipo de bollería en los desayunos de la Hermandad. Enfoqué la linterna alrededor; el sótano en algún momento estuvo bien acondicionado. Había lámparas de pie y alfombras persas, probablemente auténticas, enrolladas junto a las paredes, sillones individuales de raso rojo y otros de piel donde se repantingarían Otto, Fred, el Carnicero y otros viejos nazis. Parecía que el sótano de Villa Sol, la casa de Fred y Karin, estaba más destinado a las ceremonias y este, a las fiestas. Retiré una sábana y apareció un tocadiscos, que usarían en sus años más ágiles, allá por los sesenta o setenta. Cualquier estudioso del posnazismo se volvería loco aquí dentro. La luz de la linterna caía sobre los vinilos melancólica, decadente, nostálgica y fría, muerta. La voz de Santi me hizo reaccionar.

—¿Qué dices, Sandra? ¿Vamos a la casa de esta loca?

Julián se sentó en el sillón de raso rojo y cerró los ojos. Estaría pensando o quizá dormitando un poco. No se había quitado el chubasquero.

—Julián debería quedarse aquí o, mejor, marcharse a la residencia. Esto es algo entre Martín y yo desde el momento en que ha secuestrado a mi hijo.

—A nuestro hijo —puntualizó Santi desencajado. Le parecería que así el niño estaría más protegido, menos solo en este universo frío y extraño.

—Probablemente a estas horas Martín ya haya sumado dos y dos y haya ido a la casita a rescatar a su madre —dijo Julián dando por hecho que al llegar a su casa Martín no cayera como un ceporro en la cama pensando que mamaíta estaría haciendo recados para los *bungalows* de Punta Negra.

La desgredada cerró los ojos y se arrebujó como pudo en la manta. Nuestra charla había dejado de interesarle y había decidido descansar, lo que significaba que no teníamos ni idea de dónde estaría Martín, de lo contrario se habría mantenido alerta.

De todos modos, iríamos a echar un vistazo Santi y yo. Y debíamos marcharnos de aquí antes de que se hiciera de día y pudiesen vernos.

Buscamos por el vestíbulo las llaves de la casa. Miramos en cajas de madera tallada y de plata. No podíamos perder más tiempo, así que pusimos un tope debajo de la puerta para que no se cerrara y no tener que volver a entrar por la ventana, y lo mismo en la cerradura del portón. Desde fuera no noté nada llamativo, ninguna luz, ningún olor que no fuese a hojas podridas y a jazmín.

Julían

En cuanto se marcharon, salí pitando. La desgredada roncaba. Me cercioré de que tuviese a mano la goma para beber agua y apagué las linternas. Comenzaba a clarear débilmente en algún punto y los ventanucos rectangulares del sótano ya no eran tan negros. Subí las escaleras con cuidado. Arriba, en el vestíbulo, el salón y la cocina, comenzaba a entrar la luz y nada hacía sospechar que por aquí había trasiego humano. Afortunadamente, los ronquidos de la desgredada no eran capaces de llegar hasta arriba. Si alguien de la Hermandad entraba en la casa, solo notaría que unos críos habían estado bebiendo en el jardín. Arrastré los desperdicios de la mesa de la cocina con un paño y los eché en una bolsa de plástico, estaba harto de verlos cada vez que pasaba. Abrí la puerta de la calle y vi que Santi y Sandra la habían encajado con un cartón para no tener que entrar por la ventana. ¿Se habrían llevado Otto y Alice todas las llaves? En las casas normales siempre hay alguna copia por si acaso. En mi hogar de Buenos Aires, a pesar de que mi hija y yo disponíamos cada uno de nuestras llaves, dejábamos un juego en un frutero y otro lo guardaba la asistenta. Y al tener que salir corriendo llevándose únicamente lo más valioso, joyas, dinero y alguna ropa, era lógico pensar que se olvidarían las llaves de repuesto. No quería perder mucho tiempo buscándolas porque empezaba a clarear, y de aquí a un sol fuerte y rojo había un paso.

Me situé en medio del vestíbulo y no encontré ningún sitio donde yo las hubiese dejado. Había un armario ropero, un espejo grande, una consola de nogal con incrustaciones de nácar sin cajón. Luego me situé en medio del salón. Probablemente estaban aquí para no tener que perder el tiempo yendo a la cocina a buscarlas. Aquí sí que había cajones en muebles nobles, más espejos, cuadros, ceniceros de cristal de Murano. Cerré los ojos y sujeté mis llaves. Dónde las dejaría caer. Fui hacia la chimenea como si las propias llaves me condujeran allí. No estaban a simple vista, pero sin pensar deslicé la mano detrás de un reloj de cerámica muy historiado. Y mira por dónde, sentí el metal en los dedos.

Había cinco llaves y tuve que ir probando una por una sin cerrar la puerta. Me ponía enfermo mi torpeza, me odiaba en estos momentos en que se me caían las cosas al suelo, parecía que metía la llave al revés adrede. Y la claridad ya iba colándose entre las ramas. Crucé el jardín encorvado como esquivando lluvia o bombas. Procuré que el portón no chirriase y me propuse acordarme de traer un poco de aceite para suavizarla mientras el secuestro durase. Volví a meter el tope en la cerradura.

Me separé rápidamente del portón y desde enfrente miré a derecha e izquierda. Se oyó un golpe, como de un vaso al estrellarse contra el suelo, y algunos ruidos propios de la madrugada. Santi y Sandra se habían llevado el coche pensando que yo no saldría, pero en algún sitio estaría la vespino. La encontré en una callecita boscosa. Una cascada de florecillas blancas y amarillas caía sobre ella. Tuve que hacer un puente para ponerla en marcha. Mi antigua compañera. Era muy agradable el frío que

venía de la montaña por un lado y del mar por otro. Tiré hacia la casa de Frida en monte Dianium.

Las curvas de la carretera me eran ya más familiares que el pasillo de mi casa. A veces tenía remordimientos por no pensar profundamente en mi vida pasada; quería vengarla y seguía amando a Raquel, y me preocupaba que mi hija no fuera feliz, pero no tenía tiempo de darle vueltas a los recuerdos. Me sentía culpable por no haberme quedado quieto en el punto en que mi amor se fue y la vida ya no estaba delante sino detrás. Ahora cada día hablaba menos con ella, siempre tenía que salir corriendo porque el hijo de Sandra estaba en peligro, probablemente por mi culpa. Raquel me diría: anda, ve, no seas tan aprensivo. Cuando ahora me despertaba a las cinco de la mañana y me quedaba mirando el techo, lo primero que me venía a la cabeza no era Raquel, sino ese niño que llevaba mi nombre, al que había visto un par de veces; pero a él no podía consultarle como hacía con Raquel. Ella tenía una buena mata de pelo negro rizado, cejas espesas y caderas anchas, y siempre estaba dispuesta para que nos echáramos una buena siesta juntos. Borré su muerte, apenas la recuerdo. Cuando asoma en mi mente un pico de aquella sábana, de aquella toalla empapada de sudor, de aquel dolor, sacudo la cabeza y los desecho como si fueran gotas de agua. No quiero nada de esto para Raquel.

Casi me pasé la casa de Frida. Parecía que me empujaba el viento. Me introduje por el pequeño camino que desembocaba en la casa de cemento gris, un proyecto sin terminar.

El coche estaba bajo un emparrado, por lo que ella también estaría. Me cercioré de que llevaba la pistola en el bolsillo del chubasquero. La vi trajinar por la ventana de la cocina. Estaba ensimismada fregando los platos con unos guantes rosas de goma. Un año antes me habría detectado desde lejos, sin embargo ahora le costó trabajo levantar los ojos, lo que quería decir que tenía su corazoncito o su orgullo; y no hay nada que bloquee tanto a una persona como el corazoncito y el orgullo.

Me vio cuando toqué con los nudillos en el cristal. Me miró depositando todos sus duros pensamientos en mí. El azul de sus ojos parecía arrancado de un trozo de hielo. Nadie que conociese salido de los campos de concentración más atroces había llegado a ser así. Volvió a sus platos. Le apetecía seguir odiando un rato más a quien tuviese en la mente. No quería estorbos, no quería hablar con nadie. Se comportaba como una enamorada que se encierra en su cuarto a pensar en su amor. Volví a tocar con los nudillos. Me señaló la puerta. La tendría abierta. Frida no tenía miedo a nada, salvo a no ser querida por sus jefes.

Entré en la cocina y ella siguió a lo suyo, ni siquiera se volvió. No tenía ganas de hablar. Cuando terminó el fregoteo, puso la cafetera. Me señaló una taza con pájaros dorados, minúscula entre el guante de goma.

—De acuerdo —dije, por pasar al lenguaje oral—, pero sin veneno, por favor.

Resopló y meneó la cabeza como diciendo: no tengo ganas de hablar.

La dejó sobre la mesa y me senté. Puso un azucarero del mismo conjunto que la

taza y el platillo y se volvió hacia la encimera para cortar unas rebanadas de pan.

—¿Es ese el cuchillo con el que me pinchaste el otro día?

Volvió a resoplar. Parecía una niña enorme con sus pantalones cortos, sus botas, los calcetines y una camiseta.

Pegué un sorbo al café, estaba bueno, y con lo poco que había dormido lo aguantaría bien.

—Te está creciendo el pelo, menos mal. En unos tres años lo tendrás como antes.

El cuchillo se paralizó en el aire sobre la rebanada.

Ella estaba pensando, yo también. Debía reconocer que no tenía planeado por dónde seguir. Me venía bien un respiro.

—Eres una buena chica, gracias a ti Bert ha vivido tanto tiempo.

Se volvió hacia mí con el cuchillo manchado de mantequilla y los guantes rosas. Metí la mano en el bolsillo y acaricié la pistola.

—Ya sé quién eres —dijo—. Te buscan. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

—Es normal. Tienes muchas cosas en la cabeza.

—¿Qué quieres? ¿Quieres chantajearme? Si me da la gana no sales vivo de aquí.

Claro, este era su punto flaco, el que la animó a pincharme el otro día. Su miedo a que se enteraran de que se había cargado al Carnicero.

—No se suicidó, ¿verdad?

En el hielo azulado de sus ojos brilló la satisfacción como el sol sobre el Ártico.

—Me estás cabreando —dijo, y clavó la punta del cuchillo en la mesa con una fuerza descomunal.

—Ellos no te ordenaron matarle. Lo hiciste por tu cuenta. Algo tan impensable que decidieron que se había suicidado y te encargaron deshacerte de él con la explicación de que se había marchado a Alemania.

—No tienes pruebas.

—Acabaría confesando, créeme, tú no eres tan fuerte como Violeta.

Se quitó los guantes con parsimonia como si a continuación también fuese a quitarse la camiseta y los pantalones.

—Violeta, Salva, Bert...

—¿Qué quieres que te diga? Ni me acuerdo de esos dos.

—A Violeta y a Salva los mataron por algo que les interesa mucho, y yo sé lo que es.

Le cansaba la conversación, el estira y afloja. Era una mujer de acción expeditiva.

—Estoy ofreciéndote la oportunidad de que Sancho te admire y te respete, de que cuente más contigo que con Martín. Ahora eres un cero a la izquierda.

El hielo azulado se aclaró todavía más para bien o para mal. Era difícil saber qué había en la cabeza de esta psicópata. Aunque podría ser significativo que se pusiera un café, no en una pequeña taza con pájaros dorados sino en un enorme tazón, y que no tocara la tostada. Se le había quitado el hambre.

—Lo que estoy intentando decirte es que me gustaría que no me vieras como un

enemigo. Ayúdame y yo te ayudaré. Yo quedaré bien con los míos y tú con los tuyos.

Vino hacia mí con el tazón en la mano. Empuñé bien la pistola y la dirigí hacia ella dentro del bolsillo. El café estaba hirviendo y no me haría ninguna gracia que me lo echara por encima. Sus muslos torneados y fuertes rozaban mis rodillas.

—Eres un bocazas. Hablas tanto que no te entiendo.

—Tú me dices dónde está el niño. Y yo te digo dónde está algo que ellos buscan desesperadamente y por lo que mataron a Violeta y a mi amigo Salva. Puede que te nombraran jefa de Sancho.

—Muy bocazas para unas cosas y muy poco para otras. Tendrás que decirme algo más de eso que buscan.

—Cuando tú me digas algo del niño. Escúchame bien, quiero que le des un recado a Sancho. Dile que el viejo Julián conoce el secreto de Otto y que en el momento en que el niño dé señales de vida y se les permita a sus padres verlo, yo me entregaré y les daré las claves que Violeta le dio a Salva y que Salva me entregó a mí. Dile algo más. Dile que esta información le otorgará un gran poder sobre la Hermandad. Si no eres tonta... —Aquí arrugó el entrecejo, debía de tener un gran complejo de inferioridad, que hacía saltar las alarmas a la mínima—. Si no eres tonta —repetí, regodeándome en esta palabra que tanto la mortificaba— sabrás sacar partido de la situación. Te advierto que si al niño le ocurre algo te mataré sin contemplaciones y haciéndote sufrir. Aunque no te lo creas, he visto tormentos que ni te imaginas. Pero si el niño vuelve con su familia tal como salió de ella, dejaré que acabes con mi vida con esos guantes rosas de goma.

Si algo tenía Frida es que sabía escuchar. Sabía quedarse callada tratando de discernir si se la engañaba o no.

El café me vino bien y dudé si acercarme por la residencia antes de volver a vigilar a la desgredada en casa de Otto y Alice.

Sandra

Íbamos hacia los pinos, las jaras y los matorrales salvajes donde se ocultaba la casa de la desgredada a la busca de Martín, y sentí que me mareaba y que iba a desmayarme. Le pedí a Santi que parara en cuanto pudiese. No terminé la frase, por el cuello me subía una fatiga que me impedía sostener la cabeza. Lo vi todo negro y se me cerraron los ojos. No era la primera vez que perdía el control de mi cuerpo y que experimentaba lo que debía de ser morir, y sabía que cuando llega ese momento uno está en manos de los demás y finalmente de Dios. Oía vagamente la voz de Santi y después nada, desaparecí.

Desperté tumbada junto a la carretera. Tenía la cabeza apoyada en las piernas de Santi y la nuca mojada. El agua me chorreaba por la espalda. Tenía un caramelo en la boca.

—Chúpalo. ¿Estás mejor?

Asentí, pero me daba miedo moverme. Las nubes iban contorneándose y un rayo de sol se me clavaba en la frente. De repente vi a Janín venir hacia mí con los brazos abiertos, ya andaba. Había comenzado a andar sin ayuda, y sus primeros pasos habían sido para alguien que no lo quería.

—Vamos al hospital —dijo Santi ayudándome a levantar.

Me sujetó demasiado fuerte para meterme en el coche.

—Estoy bien. Solo me he desmayado. Ya sabes que tengo la tensión baja.

—No sé —dijo cabeceando mientras ponía el coche en marcha.

—Te digo que no es nada. No podemos perder un día en el hospital.

Se encontraba en una encrucijada, su hijo o yo. Su hijo indefenso y en manos de extraños o yo, adulta y libre. El hospital podía esperar.

—No creo que Martín esté en casa de su madre. Aún no se ha dado cuenta de nada.

Y en efecto, todo permanecía tal como yo lo había dejado al llevármela. Los perros esta vez gruñeron, enseñaron los dientes y se abalanzaron sobre nosotros sin éxito porque Santi pasaba de ellos, no le imponían el más mínimo respeto. Salió del coche y fue directo a la casa como si fueran invisibles. Uno le mordió el borde del pantalón y se lo sacudió sin mirarlo siquiera. Yo iba tras él custodiada por mi amigo *Thor*, que al verme movió el rabo.

—Mira a ver si tienen agua —dijo Santi—. Yo echaré un vistazo dentro.

La verdad es que pensé echarles agua en un cubo, como la otra vez, pero al instante se me olvidó de nuevo. Pasé a la casa destartada detrás de Santi. Martín no había pasado por allí. De todos modos, abrimos los dormitorios por si acaso estaba dormido. En el que debía de ser el suyo había una camiseta negra perfectamente planchada sobre la cama y en la pared, cubriendo todo el cabecero, el águila de una bandera preconstitucional. En la estantería varios libros con la cruz gamada en la portada y sobre la mesilla el *Mein Kampf*. La verdad es que se trataba del único

cuarto un poco ordenado, el único en que su madre ponía auténtico interés.

—Si no está aquí, ¿dónde puede estar ese idiota? —dijo Santi.

Le dejamos una nota sobre la camiseta en el mismo sentido que la que él me dejó en la bolsa de ositos de Janín. «Me ha encantado conocer a tu madre. Ahora tiene todo el tiempo del mundo para pensar en ti, del mismo modo que yo pienso en mi hijo. Si quieres verla, llama a este número». Escribí el número de Santi, y nos encaminamos a los *bungalows* de Punta Negra.

En cuanto llegamos y anduvimos unos metros nos salió al paso el jardinero al que ya conocía. Dudé si él se acordaría de mí entre tantas caras de paso. Llevaba un azadón en la mano y un cubo en la otra.

—¿Buscan a alguien? Es un recinto privado, solo para clientes.

—Claro —dijo Santi—. Hemos quedado aquí con un amigo. No es que sea exactamente un cliente, colabora con las instalaciones. Hace recados y cosas así. Se llama Martín.

Se nos quedó mirando, y nosotros a él con toda la ingenuidad que fuimos capaces de recuperar de nuestra más remota infancia. Y para no darle facilidades de reconocermelo, me volví y fingí que admiraba unos geranios. Él le hablaba a Santi, pero me observaba a mí, lo notaba.

—¿Y dicen que se han citado aquí con él? No sé si hablamos de la misma persona.

—Vive en la ladera del monte con su madre y..., bueno..., nos marchamos esta tarde y quería enseñarnos los *bungalows*. Digamos que somos como hermanos.

Santi entrecomilló lo de hermanos en el aire con los dedos. El jardinero dejó caer el cubo en el suelo. Era de plástico y rebotó.

—¿Por qué no le llaman al móvil? Yo no estoy seguro de poder ayudarles.

—¿Y si damos una vuelta por si le vemos?

—Eso no es posible. Queremos que nuestros huéspedes se encuentren a gusto.

No hablamos, no nos movimos. Santi ante él y yo ante los geranios, por lo que se vio obligado a añadir algo.

—No es agradable sentirse observados por intrusos.

Observar. Intrusos. Parecía que venía de descuartizar a alguien con la azada.

—Su cara me suena —dijo inclinando el cuerpo hacia donde yo estaba.

—Eso me dice mucha gente. Creo que soy la prima o la vecina de todo el mundo.

—Y su voz también me suena.

Cerró los ojos para escucharme mejor. Debía de gustarle la música porque los cerró con deleite. Y mientras los tenía cerrados y un rayo de sol afiló más la azada, vi salir a Martín del mismo *bungalow* que había estado escudriñando hacía unas noches sin ninguna fortuna.

Fue cuestión de nada, de segundos, el dirigirnos hacia él y que el jardinero volviera en sí y nos siguiera.

—Mira por dónde —dije—, aquí está nuestro amigo.

—Hola, Martín —exclamó Santi—. Te traemos un recado.

El jardinero preguntó con la mirada qué hacía: ¿nos seguía la corriente o nos daba con la azada? Y Martín tuvo que pensar, tuvo que pensar tanto rato que incluso el jardinero acabó aburriéndose. Hasta que se le ocurrió algo.

—Tu madre está esperándote en casa. Está muy preocupada. Me ha llamado al borde de la desesperación.

Le sonreí un poco para mandarle un mensaje subliminal en esa sonrisa mía, aunque todo parecía bastante evidente.

Algo iba mal, muy mal, yo no tenía por qué decirle nada de su madre. Salió disparado hacia su coche.

Los tres permanecimos unos segundos contemplando cómo corría.

—¿Ve cómo era importante encontrarle?

—Ya sé de qué me suena —dijo el jardinero—. La otra noche.

Pero nosotros también emprendimos un paso ligero hacia la salida.

Nos dio tiempo de ver arrancar el todoterreno verde oliva que un día condujimos Fred y yo misma. Sabía lo que había en la guantera y que en la tapicería del copiloto destacaba una mancha.

No hizo falta ponernos de acuerdo para dirigirnos a la mansión de Otto y Alice. Era de cajón que Martín, en cuanto viese la nota que habíamos dejado en su casa llamaría al móvil de Santi y sería perfecto que escuchase los jadeos de su madre.

Debíamos tener mucho cuidado al entrar en la mansión porque el sol, aunque débil a las nueve de la mañana, era un foco sobre cualquiera que anduviese por la calle. Menos mal que habíamos dejado la cancela atrancada. Pronto Martín daría la voz de alarma en la Hermandad y se dispararía un dispositivo de vigilancia en cualquier punto que ellos consideraran neurálgico. Era difícil calibrar el número de miembros de su ejército, pero como el jardinero podría haber muchos. Los viejos gerifaltes disponían de dinero suficiente para hacerse con súbditos. Así el jardinero tenía un trabajo seguro y cierto poder, sentiría que pertenecía a una corporación que le protegía. Seguramente antes tuvo que matarse a podar y plantar de jardín en jardín por una miseria y ahora llevaba un buen dinero a casa. Había decidido hacer lo que le ordenaban sin preguntar.

El portón cedió, el topé cayó y entramos. Pasamos rápidamente y una vez dentro anduvimos con precaución. La puerta de entrada estaba abierta, solo tuvimos que empujar. Dentro no se oía nada, ya no estaba oscuro. La luz atravesaba los visillos de la ventana de la cocina y las cristaleras del salón desde las que se divisaban plantas salvajes, ramas secas y un estanque ya convertido en un charco verde con hojas podridas. El agua de una fuente que salía de una pared no paraba de manar y en alguna parte habría una piscina donde Alice estilizaba su figura. Nos cercioramos de que la mansión estaba suficientemente protegida de miradas indiscretas por la valla,

los enormes pinos y las enredaderas. No les gustaban los fisgones.

No hacíamos ruido. Ambos llevábamos deportivas con suela de goma. Observamos que alguien había recogido los restos de comida de la mesa de la cocina. Movimos la cabeza de un lado a otro. Nos habría venido bien tener la pistola, pero era justo que la llevase Julián porque era el único que sabía manejarla. Me juré que cuando esto terminara y tuviese a mi hijo en mis brazos, aprendería a disparar y también defensa personal, y me sacaría una licencia de armas. Ya no confiaba en la bondad humana, solo en algunas personas. Quizá habían mandado a alguien a limpiar, a Frida probablemente. Y si en efecto se trataba de Frida, estaría esperándonos abajo bien preparada y Julián quizá inconsciente. Sin embargo, era raro que no quitase el tope al portón. Aún con esta duda, Santi se decidió a abrir cajones todo lo despacio que pudo en busca de algún cuchillo grande y afilado. Hizo ruido y a mí el corazón me dio un salto. Nuestros planes se estaban estropeando. No éramos unos buenos padres, no sabíamos proteger a nuestro hijo. Éramos unos imbéciles y tendríamos que haber puesto toda la información que teníamos en manos de la policía. Nos miramos desalentados. Santi me entregó otro cuchillo y unas tijeras. Era ridículo. No podríamos nada contra la mortífera Frida.

Anduvimos despacio hacia la puerta del sótano y abrimos con un pequeño crujido. Si salíamos de esta habría que poner aceite en los goznes. Las escaleras estaban vagamente iluminadas por la claridad que entraba por los ventanucos. Delante iba Santi y yo dispuesta a no sé qué con el cuchillo y las tijeras, rogando no tropezar.

Al llegar abajo, comprobamos que no había nadie, ni siquiera Julián.

No nos dio tiempo de pensar más. El móvil de Santi sonó. La desgredada volvió la mirada hacia nosotros. Yo estaba apoyada en la mesita de cerezo, las filigranas del borde se me clavaban en los muslos.

—Voy a pasarte con tu madre —dijo Santi—, pero solo podrá decir una palabra.

Le acercó el móvil a la boca y le retiró un poco la mordaza. No se entendía lo que dijo porque no podía mover bien la lengua, pero Martín supo que era su voz.

—No, no hablarás con ella. Ya tienes mucho más de lo que nosotros tenemos con nuestro hijo. Sí, soy el padre. Preguntas mucho y contestas poco, ¿no te parece? —Santi estaba pendiente de la respuesta del otro—. ¿Cómo? ¿Qué dices? Tenemos todo lo necesario para hacerla desaparecer. Nadie sospecharía de nosotros... De acuerdo, cuando nos des alguna prueba de vida de nuestro hijo le quitaré el trapo de la boca y podrás hablar con ella.

Si la quería la mitad de lo que le amaba ella, le dolería en el alma imaginársela con un trapo en la boca, un trapo que podría ser, como así era, algo completamente repugnante, infectado de bacterias, y que por tanto podría crearle llagas e incluso una septicemia mortal.

—Y otra cosa —añadió Santi—. Estamos hartos y cansados. Como no nos asegures que el niño sigue vivo nos la cargamos. Tenemos muchas ganas.

Colgó sin más y se puso a llorar. Se sentó desmoronado en el brazo del sofá donde estaba la desgredada y se sujetó la cara con las manos. Nunca le había visto llorar. Le había visto hacer que lloraba, gimotear un poco cuando le dije que lo nuestro no iba a ningún lado, emocionarse cuando le anuncié que estaba embarazada y descajarse cuando le expliqué que no pensaba vivir con él. Le vi casi llorando en todas esas ocasiones, pero no llorando de verdad como ahora. Se secaba los ojos con los puños y volvía a secárselos con la manga, con un pico de la camisa; tuvo que levantarse para buscar un trozo de papel higiénico. La desgredada no sentía pena, no empatizaba con un dolor parecido al suyo, lo miraba sin piedad.

Me separé de la mesa y fui hacia ella, pero Santi me detuvo.

—Así no arreglamos nada —dijo.

Julían

El no disponer de móvil me limitaba mucho, pero nada más llegar a Dianium decidí no tener más gastos de los imprescindibles, lo que hacía que fuese una especie de fantasma de otro tiempo entre gente de verdad. Y precisamente esto me salvaba de no estar localizable ni detectable. En el fondo, todo lo que se inventa tiene como fin último controlarnos más cómodamente.

Tras mi excursión a casa de Frida decidí regresar a la residencia, aunque allí no me esperaba ya ningún cometido. Pero no podía desprenderme así como así de mis pocas y últimas costumbres: entrar en mi cuarto, donde tenía mis pocas pertenencias, y entrar en el comedor, donde tenía mis pocos amigos. Me ducharía, me cambiaría de calzoncillos y de camisa, que lavaría en el baño y dejaría colgados de la barra de la cortina de la ducha, me quitaría un rato las lentillas y después desayunaría con mis compañeros. No tenía edad de vagabundear sin parar, necesitaba algo de rutina para no desintegrarme en el aire. Al mediodía regresaría a la mansión con algo de comida para cuatro.

Antes de desayunar y de hacer todo lo que tenía pensado fui a mi cuarto y revisé el tablero de la mesa, que nadie había tocado. En cambio, alguien había abierto el armario. Los cajones estaban mal cerrados, algo imperceptible para los demás, pero no para mí. Mis calcetines ya no estaban colocados igual. Puede que fuese cosa de la curiosidad de alguna chica de la limpieza, que pensaba encontrar dinero o algo de valor. Me tumbé en la cama todo lo largo que era intentando calmarme, pero no pude. ¿Y si no había sido una limpiadora? ¿A quién dentro de la residencia le podían interesar mis cosas?

Cuando consideré que había recuperado algo de fuerza me dirigí a ver a Pilar.

Ahora yo le era indiferente, así que me hizo esperar cinco minutos fuera y una vez dentro no me pidió que cerrara la puerta. Me senté en los incómodos asientos de las visitas incómodas.

—Así que de vuelta.

Si no la hubiese tratado más íntimamente no me creería que era una mujer cariñosa y sensible. Y comprendía que en lo vital necesitase distanciarse de mí emocionalmente, no admirarme, no involucrarse con un futuro problema. Vital era una palabra que me repateaba pero que le venía bien a la exuberante Pilar.

Afirmé, y le pregunté si había entrado algún miembro nuevo de limpieza.

—No, ¿por qué?

—Creo que han hurgado en mis cosas.

Levantó las cejas con toda la incredulidad del mundo y con algo de ironía. ¿Quién iba a querer hurgar en las cuatro cosas de un viejo? Me arrepentí mucho de haberle dado esta información, por lo que me despegué del asiento y le di las gracias.

—De nada —dijo sintiendo pena por mí, no podía evitarlo.

No había andado ni cuatro pasos cuando me tropecé con Geralda. Me cogió del

brazo muy agitada.

—Pensaba que te había ocurrido algo. Menos mal que la coordinadora me dijo que estabas bien. ¿Puede saberse dónde has estado?

No, no podía saberse, por lo que le di la misma información que a Pilar: que me había quedado en casa de un amigo pintor. Luego le pregunté si había visto a alguien entrar en mi cuarto. Tardó en contestar más de lo previsto.

Entraron ella y James por si me había ocurrido algo. Después fueron a dirección.

—Nos preocupas —dijo—. Somos una familia, ¿o no?

—¿Y no entró nadie más?

Solo sabía lo que acababa de contarme. Lo importante era que ya estaba de vuelta.

Me sentí muy confuso. ¿Les habría dado a James y a Geralda por mirar mis cosas? Me pareció feo preguntárselo. En el comedor todo seguía igual, el mismo olor del jardín mezclado con el olor a café y el futuro pescado de mediodía. James nos hizo una señal. Nos sentamos juntos, por lo que iba a resultarme difícil guardarme alguna pieza de fruta para luego.

—Así que entrasteis en mi cuarto, ¿con qué llave?

—Nos la dejó el conserje. Dijo que prefería que descubriéramos nosotros el fiambre —dijo James.

A continuación se rio a carcajadas enseñando las muelas de oro. No me imaginaba a James revolviendo entre mis pobres calcetines y calzoncillos a no ser que pensara que era un viejo avaro con millones escondidos, eso sí que podría encajar con él.

Me tomé los consabidos cereales con leche a toda prisa y un pequeño tetrabrik de zumo. No presté atención a la charla de mis compañeros, solo imaginaba a Santi y Sandra en el sótano sin saber qué hacer. Mis compañeros no tenían prisa, podían comerse las tostadas con parsimonia. A Geralda le sonaban las pulseras que heredó de Elfe en la operación de llevarse la tostada a la boca; si había alguien en la residencia a quien se pudiese robar con provecho era a ella. Les dije, mientras estiraba el brazo para coger un yogur y dos manzanas, que debía descansar.

—Me los tomaré en mi cuarto.

—¡Un momento! —dijo Geralda un tanto imperiosamente—. ¿No pensarás desaparecer otra vez?

No supe qué decir. Estaba de pie con el yogur y las dos manzanas en las manos, y todo era muy complicado. Ella se preocupaba por mí. Después de Sandra y Esther era la persona a la que más le importaba. Actuaba como una madre. Yo no quería pensar en mi madre verdadera porque ese pensamiento me conducía a mi desaparición y a la de todo el universo.

—Quizá vuelva a quedarme en casa de mi amigo. Si no me veis esta noche, no os preocupéis.

Me encerré en mi cuarto para pensar y descansar, había salido a las seis de la

mañana de la mansión y había tenido que enfrentarme a Frida. Estaba hecho polvo. Por fin pude quitarme las lentillas, me tumbé en la cama y puse el despertador a las doce. Puede que Martín ya hubiese mandado alguna prueba de que el niño estaba bien. Lamentablemente, Sancho el empollón, que a todas luces parecía haber tomado el mando, no estaría dispuesto a renunciar al secreto de Otto a cambio de la madre de Martín. Porque la madre de Martín no le importaba a nadie. Si Sandra me hubiese consultado no le habría recomendado secuestrarla. A Sancho tampoco le importaría quitarse de en medio a Martín si se ponía tonto. Solo accedería a intercambiar al niño por mí y mi privilegiada información.

Estaba impaciente por saber cómo le habían ido las cosas a Frida con Sancho, contando con que Frida hubiese transmitido bien mi mensaje: el niño por mí. Dudé si volver o no por su casa. No quería meterme en una encerrona, así que pensé que antes de ir al supermercado para comprar la comida me pasaría por el Faro.

Antes de bajarme de la moto, di una vuelta junto a las cristaleras de la cafetería-restaurante y entre los coches del *parking*. En la terraza había poca gente, era un día laborable y amenazaba lluvia. Según avanzaba la mañana el cielo se había ido agrisando. No me pareció que hubiese por allí nadie indeseable. Aparqué y me introduje entre las palmeras salvajes, me senté en el banco de siempre y levanté la piedra. Había un papel cuadriculado doblado. La sangre me subió de repente, lo que me recordó que no me había tomado todas las pastillas, distraído con Geraldina y la necesidad de sustraer unas piezas de fruta; era algo que en la residencia nos estaba totalmente prohibido porque luego la fruta se pudría en las habitaciones y acudían las moscas y mosquitos. Desdoblé el papel. No podía ser nada más que la letra de Frida: grande, irregular, de deficiente escolarización. Decía: «Problemas. Ven a mi casa. Si en el buzón hay un lazo blanco entra. Si lazo negro, no».

Dudé si regresar a tomarme las pastillas. Y encima apenas había bebido agua. Me remordía la conciencia por Esther, no por mí. Sudaba dentro del chubasquero. Me pesaban los bolsillos, todo yo olía a manzana. Al llegar al camino que daba a casa de Frida se me metió polvo en los ojos y me escocían. No había ningún lazo en el buzón, aunque la vi a ella viniendo hacia mí con unas mallas ajustadas y una camiseta grande encima.

—Ahora venía a poner el lazo.

Me lo enseñó. Era blanco. Le dije que no hacía falta que lo colocara puesto que ya estaba aquí, pero se empeñó. Por lo visto tuvo que ir al pueblo a comprar la cinta, cortarla y salir hasta el camino, así que la iba a atar por narices. No tuve nada más que objetar, estaba deseando largarme de allí. Le propuse dar un paseo por el campo entre los olivos, los viñedos y los pinos.

Aunque ahora Frida no tenía más remedio que estar de mi lado, no olvidaba que era una asesina y no dejé de empuñar el arma. Ella no llevaba nada, no lo necesitaba.

Con sus piernas, sus brazos y sus manos podía hacerme puré. Saqué las manzanas de los bolsillos y le ofrecí una. No la quiso y las tiré, también el yogur; ya tenía bastante con el peso de mis cansadas piernas, las llaves, la cartera y la pistola. Me alivió la idea de que las picotearían los pájaros y las disfrutarían.

—¿Por qué no tienes móvil? Es absurdo ir hasta el Faro, no es normal.

¡Dios!, sabía lo que iba a decirme y no era nada bueno.

Se apoyó en un almendro de un penetrante color rosa completamente irreal. Ella era más fuerte que el tronco y temí que lo tumbara.

—Sancho quiere hablar contigo. Quiere que le aclares de qué estás hablando. Mientras tanto, él se niega a mencionar a ningún niño —dijo.

—¿Tú has visto al niño? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Me gustaría saber qué piensas de todo esto. Me interesa tu opinión.

—¿Y por qué crees que les traicionaría por ti?

—Porque estás harta de que te escupan en la cara. No te lo mereces. Te he visto trabajar, primero con los Christensen, luego con el Carnicero, te has dejado la vida ayudándoles. Ahora podrías haberme tendido una trampa y haberme entregado a Sancho.

—Aún puedo hacerlo. Y no me apuntes con esa pistola en el bolsillo, no me das miedo.

—¿No te da miedo la oscuridad total, la nada, no tener cuerpo, no sentir, desaparecer?

Se separó del tronco y se estiró todo lo que pudo, con los brazos en alto, exhibiendo su cuerpo atlético frente a un guiñapo como yo.

—Eso son tonterías —dijo.

De todos modos, dio un paso hacia atrás cuando saqué la mano del bolsillo. Le enseñé la nota que había dejado en el Faro.

—Aquí dices que ha surgido un problema. Yo no diría que ver a Sancho sea un problema. Tienes una letra muy bonita, muy auténtica.

—No, ese no es el problema.

Se cogió la cabeza rabiosamente rubia con las manos para pensar mejor. Tenía que jugar una pequeña partida de ajedrez en su mente y necesitaba tiempo y soledad; yo la distraía, no quería perder ninguna posibilidad, su última posibilidad quizá de caerle bien a Sancho.

—¿Sabes bien lo que estás haciendo? Sé buena persona y te salvarás —insistí.

—¿Hablas en serio? ¿Eres un cura o algo así? Podrás ver a Sancho mañana a las ocho en la playa junto al restaurante Bellamar. Estará sentado en la arena contemplando las olas. Le gustan mucho.

Me marché más intranquilo que nunca a comprar pan, mantequilla y unas

porciones de *pizza* que llegarían algo frías e hice otro juego de llaves de la mansión en la sección de ferretería.

Aparqué la moto en una calle lateral y fui andando con la bolsa de la compra. Tuve que pasar de largo porque en ese momento salían y entraban vecinos. Esperé a que la calle estuviera muerta otra vez para entrar. Unté mantequilla en la cerradura para poder cerrar con llave sin alertar a nadie y lo mismo hice con la puerta de entrada. Ahora ya nadie podría sorprendernos. En el vestíbulo noté, con un vuelco del corazón, que alguien descendía del primer piso por las escaleras de mármol.

No vi que era Sandra hasta que la tuve ante mí. Bajamos al sótano sin hablar, yo con grandes palpitaciones. Era como volver al hogar después de haberse ido uno por tabaco veinte años atrás.

En el sótano Santi tenía la cabeza hundida entre los brazos sobre una mesa de coral. Dejé la compra en la mesa alargada de los desayunos de la Hermandad, en la que aún se conservaban algunas migas duras, que tiré a una papelera. Les señalé con la cabeza a la desgredada y la comida indicándoles que debíamos hacer lo posible para que tomara algo.

—Aquí tenéis un juego de llaves. Las cerraduras ya están engrasadas.

Sandra

Mientras Santi lloraba cada vez con más fuerza subí arriba con una de las linternas; las ventanas y persianas estaban cerradas y no quería encender la luz. Mi gran llanto no había llegado todavía; habían llegado el mareo, el desmayo, los vómitos, pero el llanto solo llegaría en el momento final, cuando mi vida volviese a mí. Le dejé desahogándose en uno de los sillones de raso rojo. Subí a las habitaciones de arriba. Ya había estado aquí el primer día que forzamos la entrada, pero quería indagar un poco más. Había muebles y espejos como para llenar tres palacios. Seguramente a Alice le gustaba pasar los anillos por ellos. Era muy horterera. Y se sabía cuál era su dormitorio porque era el más grande y el más ostentoso, con dosel dorado, espejos dorados, sillones dorados, colcha dorada, un enorme cuadro de ella sobre la chimenea, con marco, cómo no, dorado. Alice en estado puro. Sentí algo en el estómago al verla en el retrato; me miraba. Parecía que seguía mis pasos y que iba a saltar sobre mí de un momento a otro. Aun así, abrí el armario. Reconocí los pantalones anchos de terciopelo con los que alguna vez la había visto descender por las escaleras de mármol. Flotaban alrededor de sus largas piernas. Era bastante alta, esbelta y ágil, y ahora, sabiendo lo que sabía sobre ella, me daría bastante miedo.

Mientras yo estaba husmeando en el negro mundo de oro de Alice y Otto, oí movimiento abajo, pasos y el ligero crujido de una bolsa de plástico. Bajé con cautela, deslizándome por las escaleras como una gata. Habíamos dejado las puertas entornadas y con un simple empujón cualquiera podía entrar. Vi a Julián en medio del vestíbulo, con una bolsa del supermercado colgándole de la mano. Me alivió verle, no solo porque no hubiese entrado ningún extraño, sino porque Julián se había salvado a sí mismo, a mí y a otros; era como una moneda de la buena suerte.

Pensé que era el momento de aprovechar para acercarme por la casita. Quizá la policía había ido por allí, quizá alguien había dejado a nuestro hijo en la puerta. Sentí otra vez ganas de vomitar. Me daban mucho asco los pantalones de terciopelo de Alice y de buena gana los quemaría en medio del jardín. Millones de células muertas estarían pegadas a la tela, de alguna manera Alice estaba esparcida por toda la casa, por lo que con gusto también le pegaría fuego a esta casa, a la que ya llamábamos la mansión.

Preferí saltar la valla de la mansión a salir por el portón. Era demasiado temerario entrar y salir tanto, alguien podría vernos y la Hermandad tenía ojos por todas partes. Lloviznaba y el cielo se había vuelto completamente gris. Al saltar me caí al suelo y me hice daño en una rodilla. Esperaba no haberme roto nada. En cuanto entrara en la casita me pondría hielo, luego me aplicaría una pomada y me la vendaría. Debía estar preparada para poder saltar y correr.

Al aparcar el coche, me sorprendió ver una luz encendida en la casa, menos

apreciable que si fuera de noche. Era la del pasillo, cuyo reflejo se metía por una habitación y salía por la ventana al jardín. Hice memoria y me pareció que las había dejado todas apagadas, era algo con lo que mi hermana me metía tanta presión que se había convertido en hábito echar una última ojeada desde la calle para comprobar que no luciera ninguna. Y la noche del traslado de la desgredada a la mansión probablemente también lo hice, aunque sin darme cuenta de que quedaba una. Aun así, salí del coche con precaución y empujé el portón sin hacer ruido. Al lado del gran portón de la mansión de Otto y Alice, el nuestro parecía de juguete y toda la casita una maqueta. Al meter la llave en la puerta, esta se abrió sola. ¿No la había cerrado? La verdad es que estuve más pendiente de meter a la desgredada lo más rápido posible en el coche. Nunca había secuestrado a nadie y por tanto los detalles y los olvidos de esa noche no contaban.

Le di al interruptor con gusto en medio de la luz mortecina y lluviosa de fuera, estaba harta de las linternas y del sótano. Todo se iluminó y no importaba que alguien lo viera. Mejor si veían que no habíamos abandonado la casita para siempre. Y al instante tuve que vomitar, llegué al baño a duras penas. No tenía casi nada en el estómago y las arcadas eran muy dolorosas. Sobre el lavabo cayeron unas simples flemas. Flemas y más flemas, parecía que las paredes del estómago iban a pegarse unas con otras. Sin ningún jugo más que echar, el cuerpo seguía intentando expulsar algo, puede que a mí misma, hasta el total agotamiento. Me dolían la rodilla y la cabeza, y no me atreví a beber agua. Por primera vez desde que Janín desapareció no tuve más remedio que tumbarme en el sofá. Me recordaba las siestas frente al televisor, el no pensar en nada, la vida normal. Lo odiaba.

Por la puerta abierta entraba una corriente húmeda. Ahora sí que bebí agua y la resistí bastante bien. Me masajé la rodilla con el aceite de guisar, no tenía ganas de buscar vendas ni rodilleras ni hielo. La puerta de la entrada, de madera de pino, no encajaba, como si la hubiesen forzado sin dejar señales ni marcas. De la silla, separada del conjunto alrededor de la mesa, donde habíamos amordazado a la desgredada, aún colgaba un trozo de cuerda. No se observaba nada llamativo. Repasé los dormitorios y tampoco vi nada fuera de lo normal. Quien quiera que hubiese entrado solo podría llevarse el televisor o el ordenador de Santi, y ambos seguían en sus sitios.

Solo reparé en una pulsera enganchada en la cortina del cuarto de Janín. Mi hermana la había decorado en plan marinero y la cortina era de malla de pescador. Mira por dónde se le debía de haber enganchado uno de sus joyones, como yo los llamaba. Algunos eran buenos con diamantes de verdad, regalos de Richi, y otros imitación, como los que vendíamos en la tienda. La guardé en el joyero de su cuarto. ¿Qué importancia tenía esto ahora? Ninguna. Era un detalle de la vida normal y como toda vida normal era una tontería. Tampoco parecía que faltase nada del joyero. Procedía del mercadillo del paseo Marítimo y estaba repujado en latón, sobre el que se habían incrustado piedras semipreciosas.

Cogí un yogur caducado que quedaba en el frigorífico y me lo fui tomando poco a poco, no quería desmayarme conduciendo. La única explicación que encontraba al asunto de la puerta es que hubiese venido la policía y al no encontrarnos la hubiesen abierto con alguno de sus métodos para hacerse una idea de lo que pasaba. Para ellos nosotros también éramos sospechosos. Podríamos ser unos padres sádicos o criminales que fingiésemos que buscábamos a nuestro hijo. Y ellos querrían encontrar pruebas incriminatorias. Era normal, eso significaba que no se habían olvidado del caso aunque estuvieran completamente errados.

No sabía si regresar al sótano de la mansión a esperar alguna llamada de Martín o desesperarme sola. Junto al yogur había visto una botella de vino por la mitad que desprendía un olor algo avinagrado y tuve la tentación de atontarme con esa porquería y por un rato olvidarme de quién era, pero el corralito vacío de Janín y sus juguetes de goma eran más fuertes que todo el dolor que yo pudiera sentir; además, no podía estar ida, porque entonces los policías tendrían razón y yo sería la persona más repugnante del mundo. Volví a tumbarme en el sofá y llamé a Santi para decirle que me quedaría un rato más en la casita y que me telefonease a la mínima. Me dolía la rodilla. Me puse la alarma a las seis de la tarde. Compraría en alguna gasolinera tres cafés dobles para despejarnos.

Pero más o menos al cabo de una hora sonó el móvil y tuve que salir pitando hacia la mansión. Martín quería vernos a Santi y a mí. Ya me encontraba algo mejor, sobre todo si no tenía que trepar por ninguna pared. Aguantaría hasta el final, y según fuese el desenlace tendría dos opciones: la felicidad, el amor y la vida. O...

Julían

No tuvimos que obligarla mucho a morder un trozo de *pizza*, sabía que si no se lo comía Santi le pondría inmediatamente el trapo en la boca. Le dolían las mandíbulas al masticar, algo de lo que solo ella era culpable por no colaborar. También bebió agua por primera vez directamente de un vaso. Le dijimos que podía comerse toda la porción de *pizza*, aunque uno de nosotros tuviese que aguantarse con pan y mantequilla.

—Aquí nadie va a oírte gritar. Estás en la mansión de Otto y Alice, y este sótano ha sido utilizado para fiestas, asesinatos, ceremonias de iniciación, infidelidades, orgías y todo lo que se te pueda pasar por la cabeza, así que, como podrás imaginarte, está perfectamente insonorizado.

La *pizza* había pasado tanto rato en la caja que sabía a cartón. Le dejamos la mantequilla y el pan a Sandra y tratamos de acomodarnos en los sillones de raso. Me vinieron a la mente los días que Raquel pasó en el hospital antes de su muerte y yo trataba de descansar como podía en un sillón frente a su cama. Por lo menos en el «campo» se salvó de la muerte, por lo menos falleció en un hospital normal. Por lo menos murió sin que nadie la matara, me decía para consolarme, aunque no estoy seguro de que no sembraran en su vida una muerte prematura. En realidad no murió de nada concreto, sino de una complicación general. Empezó a adelgazar y a cansarse. Su organismo se descontroló y tuvieron que ingresarla, pero ella dijo: «Esther ya es una mujer y tú tienes tus necesidades cubiertas, y además están tus amigos de la partida». Me pasó su mano flaca por la cara con un amor profundo y al día siguiente nos dejó.

Santi dijo que no podía estar sin fumar y yo le advertí que nos podrían detectar por un solo pitillo. El olor atraviesa paredes, se cuela por las rendijas. Si alguien llegaba a la puerta de la mansión lo advertiría. Exageré. También el olor a *pizza* era penetrante. Creo que así estaba obligando a Santi a luchar por su hijo hasta el final con un gran sentido del sacrificio personal como hizo Raquel. Ella luchó para ocultar su dolor y que fuésemos más felices.

En el sótano solo estaba cómoda la desgredada, como la llamaba Sandra. Nosotros estuvimos cambiándonos de postura durante una hora hasta que sonó el móvil de Santi.

Contestó y permaneció en silencio. Me hizo una señal para que me acercara a escuchar. Me desesperaba no entender bien lo que decía la que parecía la voz de Martín. Cuando colgó, Santi se me quedó mirando.

—Bien, ¿qué te ha parecido?

Tuve que confesarle que precisamente no oía muy bien por el oído derecho.

—¡Joder! Quiere que nos veamos en una hora. Quería que le pusiera a su madre al teléfono otra vez. Voy a llamar a Sandra.

No se me ocurrió otra cosa que hacer café. El aroma del café también podía

llamar bastante la atención, pero Santi no estaba para sutilezas.

Saludo al sol

Julían

No me gustó nada que hubiesen forzado la puerta de entrada de la casita. Según contó Sandra al llegar a la mansión, era un forzado suave, casi imperceptible a no ser porque la puerta se abría sola. No había notado que faltara nada. No se llevaron ni el ordenador ni la televisión, ni siquiera habían tocado el joyero de su hermana, ni una pulsera de cristales enganchada en una cortina. Era extraño porque si ya se habían llevado al niño qué más podían querer.

Santi y Sandra estaban agitados, bostezaban de nerviosismo más que de sueño ante la idea de que Martín tal vez les dejara ver a su hijo. Les recomendé sangre fría y que no se precipitaran. Ellos insistieron en dejarme en la residencia de camino a su cita.

Por fin podía tomarme la medicación, con mano temblorosa por supuesto. Me pesaba el vaso de agua. Me encontraba cansado. El corazón me iba demasiado lento y esperaba que no se me revolviera el estómago, porque se trataba de diez pastillas cayendo sobre un lecho casi vacío. Tenía que mantenerme bien, no por mí, sino por el niño. Santi había abandonado los canutos por el pequeño y Sandra no había echado ni una lágrima, se las tragaba todas por su hijo. Descansé diez minutos y fui de los primeros en llegar a cenar. No tenía ganas de hablar, así que procuré que no me tocara al lado de Geralda y James. Me agotaban mucho las preguntas bienintencionadas de ella. Esa mujer vivía en otro mundo, un mundo donde solo contaba mantenerse atractiva y ágil de la mañana a la noche, recordar su vida aristocrática y preocuparse por pobres hombres como yo. No podía decirle «todo esto es una mierda», como diría Sandra, y «existe gente terrible que sería capaz de arrancarte la cabeza por robarte ese collar de perlas». Le diría «has tenido mucha suerte por no haberte dado cuenta de quiénes eran Elfe y el Carnicero». Le diría «estás muy guapa con ese vestido ajustado y deberías exhibirlo en algún hotel de cinco estrellas o en algún yate o en un restaurante de lujo». Le diría «no pierdas el tiempo conmigo, estoy en la guerra».

Pero no pude escapar. Obligó a la persona que cenaba a mi lado a cambiarse de lugar. Del jardín solo se divisaban malamente las hojas del níspero, brillantadas por una llovizna lenta. Por la manía de ahorrar en iluminación no podía disfrutar uno del pequeño privilegio de cenar viendo las plantas. Cuando se es tan mayor como yo, se vuelve a lo básico, a disfrutar de los rayos de sol, de las flores, del color de la tierra, de la pureza del aire y de alguna gente.

—Llevas una vida de crápula —dijo Geralda poniendo su enjoyada mano en mi brazo.

Y me pidió que la ayudase a buscar una pulsera de brillantes que debía de habersele caído en alguna parte. Eso le traía de cabeza y creía, sin querer faltar el respeto a nadie, que quizá la había sustraído alguna empleada de la limpieza, por lo

que pensaba dar parte a la dirección de la residencia. No era solo por su valor, sino porque se trataba de un regalo de Elfe.

—¿Y tú qué? —preguntó—. ¿Te quedarás esta noche aquí o saldrás disparado como últimamente?

Me quedaba. Estaba cansado de tanta fiesta, «la gente joven no tiene freno», dije.

En los postres entró James haciendo ruido con las botas. Cruzó el comedor despacio luciendo un cinturón con una turquesa en el centro. Algunos, los más despiertos, se volvieron a mirarle. Cuando llegó a nuestra altura nos cogió a cada uno de un hombro. «Hoy me toca cenar con los chicos de la partida», dijo. Me giré hacia su mano y vi en el dedo anular un pedrusco montado en oro blanco que contrastaba con su estilo *country-rock* y con mi camisa de rayas gastadas. No pregunté, él parecía orgulloso de llevarlo, por lo que no debía de ser falso. Se me acababa de revelar como un auténtico gigoló. Pilar y Geralda se lo rifaban. Una lo mantenía en la residencia y la otra le regalaba joyas. Podría ser envidiable.

Me tomé un sorbo de vino, me limpié boca y barbilla concienzudamente con la servilleta y me marché hacia mis aposentos.

Sentí un enorme alivio al quitarme las lentillas. Tenía los ojos rojos, secos, con una arenilla que me arañaba cuando los restregaba, ni siquiera era capaz de encontrar el colirio. Cuando por fin di con él en la repisa de cristal me eché tanto que parecía que lloraba a mares, algo que de verdad no podía hacer. Hacía siglos que no podía llorar, como si llorar fuese cosa de jóvenes, de esperanza y frustración, como si en algún momento la vida me hubiese excluido del llanto. Me coloqué las gafas de culo de vaso, a través de cuyos cristales veía tan borroso como a través de la ventana empañada por la lluvia. Debería ducharme, pero no tenía fuerza; tampoco me hacía mucha falta, lo de sudar también es cosa de juventud, de hormonas, de grasa bajo la piel, de ansia de vivir. Así que me cambié de calzoncillos y me puse el pijama. Tampoco los lavé, los dejé en un rincón. Puse la televisión, pero los ojos me escocían tanto que tuve que quitarla. Cuántas comodidades: una cama, pijama, televisión. Me pregunté si se habrían acordado de cambiarle el pañal a la desgredada. Era cuestión de desatarle las manos y que ella misma se lo cambiara. Si tuviera móvil, llamaría, pero como no lo tenía cerré los ojos y fui adormeciéndome. Y cuando estaba al límite de ser tragado por el colchón, apagué la luz y me quité las gafas.

Ese fue el último acto que recordaba cuando, no sé qué hora sería, oí que se abría la puerta y pisadas en el cuarto. En lugar de encender la luz y preguntar quién andaba por ahí permanecí quieto, casi rígido, boca arriba con los ojos cerrados. Un engaño imposible, ellos sabían perfectamente que me había despertado, es algo que se nota en la respiración y en el espíritu de una persona. No es fácil hacerse el muerto. Una mano encendió la lamparita de la mesilla y aun así no abrí los ojos. Su luz amarillenta me atravesaba los párpados como un relampagueante campo de trigo. Sería Martín.

Frida le habría dicho dónde estaba. En realidad era tan fácil localizarme que era de tontos que no se les hubiese ocurrido antes.

Sin embargo, la voz no era de Martín.

—Levántate, han venido a verte unos amigos.

Abrí los ojos. Era Geralda. La prueba definitiva de que estaba soñando. Nadie había entrado en la habitación y nadie me había hablado. Me di media vuelta.

—No seas perezoso. Tenemos que ir a un sitio —dijo, y me retiró la colcha de encima de una sacudida.

Sentí frío, y precisamente por eso soñaba que me destapaban. Entonces se encendieron los fluorescentes del techo, cuya despiadada luz me cayó sobre los ojos. Geralda se movía como un fantasma luminoso ante mí.

—No estás soñando, no seas pesado. Levántate. Tenemos que irnos.

Me parecía ridículo contestar a las preguntas de los sueños y permanecí mirándola.

—Toma —dijo, alcanzándome las deportivas—. Nos esperan.

Me levanté y sentí el frío de las baldosas en los pies. Tanteé con ellos el suelo en busca de las zapatillas. Y sobre la mesilla, las gafas. Todo era demasiado lógico para ser una pesadilla. Fui al baño subiéndome el pantalón del pijama y me bebí un vaso de agua. Oriné.

—¿Quiénes nos esperan? —dije por fin.

Mi voz retumbó en la habitación y rompió la luminosidad que envolvía a Geralda. Era real y yo estaba despierto.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —dije recuperando el control de la realidad.

—Tengo que llevarte a un sitio donde te espera un amigo.

—¿Qué amigo?

—Es una sorpresa.

Descorrí la cortina. La oscuridad chorreaba igual que una tela sin escurrir. Fui a la mesilla y miré la hora en el reloj de pulsera, me lo puse. Solo me lo quitaba para dormir, fue un regalo de Raquel y Esther por mi cincuenta cumpleaños y mi conexión con esta realidad que me ha tocado vivir. Eran las tres.

Entró James tal como lo había visto en la cena, pero con una cazadora vaquera.

Me miró con la cabeza gacha, pesaroso, sabía que no estaba bien lo que hacía.

—Coge las fotos pegadas debajo de la mesa y dámelas. ¿Qué crees que significan? —dijo Geralda. ¿Geralda y James metidos en la Hermandad? ¿Era eso posible? ¿O James se dejaba llevar sin saber bien lo que hacía?

Me limité a entregarle las fotos. No tenía tiempo de quedarme pasmado ante esta nueva personalidad de Geralda. Estaba más preocupado por ese sitio al que querían llevarme. No tuve más remedio que ceder porque quizá podría haberme zafado de Geralda, pero no de Geralda y James juntos. Me dirigí a él, que con la cazadora parecía más ancho.

—James, ¿sabes de qué va todo esto?

Negó con la cabeza y dijo «No te preocupes». ¿Qué quiere decir no te preocupes: no pienses, déjate llevar, confía ciegamente en los demás, deja que otros decidan por ti? Estaba situado cerca de la puerta por si se me ocurría salir corriendo.

—Voy a vestirme —dije para ganar tiempo.

—Con las deportivas es suficiente —dijo Geralda con sus finos labios rojos. Una hebra gris se le salía del moño dándole un impresionante aspecto de bruja de Disney.

Terminé de atarme las deportivas.

—Con el pijama voy a helarme. Tengo que ponerme el chubasquero.

Geralda asintió. Me lo abroché bien. No quería pillar una neumonía en caso de que no me mataran. Sentí el peso del revólver contra el muslo.

No parecía que esto tuviese que ver con Martín. Nunca vi a Geralda en el grupo en torno al Carnicero. Estaba muy confuso, hecho un lío, y prefería no adelantar ideas e ir comprobando de qué se trataba.

Conducía yo. Geralda iba a mi lado, seguramente con una pistola en el bolso, y James detrás. No sabía hasta qué punto James estaba implicado o Geralda le había dicho «vamos a hacer un recado, no te preocupes».

Nos detuvimos en Punta Negra y bajamos, ella con una agilidad increíble, a la cala entre cuyas rocas cubiertas de algas había aparecido el cadáver de Violeta. Le pidió a James que esperase en el coche. Ella alumbraba con una pequeña linterna que emitía un potente haz de luz y que apagó abajo.

—Sabes muchas cosas. Sabemos que estuviste preguntando por Violeta, por Otto. Eres muy curioso.

—¿Con quién estás tú? —pregunté—. ¿Para quién trabajas?

Me acomodé de nuevo la capucha del chubasquero y metí las manos en los bolsillos. Empuñé la pistola. Ella no podía sospecharlo, exhibía una seguridad insultante.

—¿Qué sabes de la cueva? Cuéntame qué sabes. Te tengo cariño y no quiero matarte.

—Sé que Otto asesinó al científico Heinz Krug, con ayuda de agentes del Mossad, y escondió sus restos en una de las cuevas de monte Dianium. No fueron los egipcios quienes secuestraron a Krug sino Otto. Krug trabajaba en un proyecto egipcio de misiles y suponía un peligro para Israel. El Mossad localizó a Otto y le convenció de que trabajara para ellos. Y él eligió la traición a cambio de que le dejaran vivir en paz. Violeta lo sabía y se lo contó a mi amigo Salva, que también acabó sabiéndolo. Tengo las coordenadas de la cueva. James subió hasta allí. Yo no pude. Imagino que te lo contó.

—Así que lo sabes todo y lo único que te falta es verlo con tus propios ojos y contarle a los cuatro vientos.

—Así es. ¿Me falta algún detalle?

—Mientras yo viva, este secreto seguirá siendo un secreto.

—El joven Sancho va detrás de esta información. Se huele algo, pero no sabe qué es exactamente. Si se enterase todo cambiaría, ¿verdad?

—Nuestra vida no ha sido fácil. No vamos a consentir que nos arruinen la poca que nos queda. Otto es un líder y seguirá siéndolo.

—Nunca te vi en la Hermandad.

—No sabes nada de la Hermandad.

Sonrió bajo la luz de la luna. Una sonrisa que me recordó otras horribles sonrisas.

Abrió el bolso con la clara intención de sacar un arma. Era un revólver con forma de bocado y era muy bonito, color café con leche brillante. Geralda llevaba una chaqueta del mismo color y unos botines de ante negro. Si no la matase podría vivir más de cien años. Pero empuñé la pistola y sin sacarla del bolsillo la dirigí hacia ella y disparé. El ruido del disparo se perdió en el ruido del oleaje.

Se sujetó el estómago con la mano. Se le cayó el bolso y las olas lo movieron hacia dentro y hacia fuera. Fue tambaleándose hasta las rocas y se sentó en un charco de arena y agua negra por las algas. Yo procuré que no se me mojaran mucho las botas al recoger el bolso. Luego fui hacia ella.

Me guardé su pequeño revólver, un revólver plateado como de fiesta, en el otro bolsillo del chubasquero y le arrojé el bolso. Me miraba desconcertada. No hablaba. Imaginé que el charco estaría tiñéndose de rojo y también los anillos de las manos. Incluso para esto se había puesto muy elegante. Le toqué el pulso, lo tenía ya muy débil, como mucho tardaría una hora en morir. No me pareció que pudiese pedir ayuda. Le arranqué los anillos, el reloj y el collar. A saber de qué víctimas procedían, de personas que un día los lucieron llenas de vida. Esta muerte era una justa venganza.

Subí como pude al terraplén donde había aparcado el coche y desde allí arrojé, con toda la fuerza que pude, las joyas al agua. Me metí dentro del coche y le pedí a James que arrancara.

—¿Y Geralda?

—Dice que quiere pensar un rato en sus cosas. No te preocupes —dije, tal como él me dijo a mí.

—Me ha dicho que un antiguo amigo tuyo y ella querían darte una sorpresa.

—Estarán juntos ahora, no te preocupes —repetí.

No hice caso de la cara de total desconcierto de James. No hice caso de sus sospechas. No hice caso de nada. Tenía que descansar porque a las ocho de la mañana me había citado con Sancho el empollón.

—Oye —le dije a James—. ¿Tienes algo que hacer a las siete y media?

Le prometí invitarle a un desayuno con zumo de verdad, huevos fritos y unas buenas salchichas grasientas. Le pedí que se pusiera el sombrero tejano que a veces exhibía en sus actuaciones en la residencia, porque si no se le veía bien la cara podía pasar por joven.

Y por si acaso se echaba atrás, le pedí las llaves del coche. Ante su resistencia, tuve que decirle que si no fuera por pura necesidad jamás volvería a meterme en ese coche. No es mi estilo, dije.

Ahora sin Geralda tenía su Mercedes, o, mejor dicho, el del Carnicero, a mi disposición.

Traté de descansar lo máximo posible, aunque solo conseguí dormitar a ratos. Me asaltaba la imagen moribunda de Geralda desangrándose entre las algas y me preocupaba que alguien pasara por allí y la llevara a un hospital. No, no era probable. No consideré oportuno rematarla. Un disparo podría confundirse con cualquier cosa, dos podrían llamar la atención.

Me levanté a las siete porque entre el afeitado, la puesta de lentillas y demás tareas se me pasaba media hora volando.

A las siete y media estaba tocando en la puerta de James con los nudillos. Me abrió en calzoncillos exhibiendo sus largas y flacas piernas. Había un póster de los Rolling en la pared y fotos de coches y de chicas en pelotas. La ropa estaba revuelta encima de la silla y los calcetines sucios hechos una pelota en un rincón, la guitarra colgaba de un gancho. Podría ser el cuarto de un adolescente a no ser por él mismo.

No cruzamos ni una sola palabra camino del *parking*.

—¿Crees que estará bien Geralda? Me resultó raro que se quedase allí sola.

—Está perfectamente, no te preocupes.

Conduje yo para tener el control sobre las llaves. No sabía cómo podrían desarrollarse los acontecimientos.

—Si no me tomo un café ahora mismo no te seré de mucha ayuda —dijo James.

No hice caso, no quería llegar tarde a la cita.

Iba a hacer una mañana maravillosa, uno de esos días de cielo azul, mar azul y fachadas blancas y radiantes. Pasé con el coche por el lateral del Bellamar, cuya entrada principal daba al mar. Parecía cerrado. Aparqué lo más cerca posible y cogí las llaves, aunque no cerré las puertas. Podría habérselas dejado a James, pero no me fiaba de un tipo que llevaba un brillante en un dedo. En los bolsillos del chubasquero guardaba las armas de Sandra y Geralda.

En la orilla había alguien haciendo estiramientos o yoga. Supuse que sería Sancho y fui hacia allí. Me hundía en la arena con las botas y el peso del chubasquero. Miré hacia atrás y vi a James medio sentado en el capó mirando hacia otra parte que no era yo.

Esperé a que Sancho terminase lo que estuviera haciendo, que parecía agotador.

—Es el saludo al sol —dijo al terminar—. Ahora voy a darme un baño, ¿te apetece?

Negué con la cabeza. Lo vi quitarse la camiseta y meterse en el mar. Me cansaba mucho estar de pie, pero no quería sentarme y que el empollón viese cuánto me

costaba levantarme.

Salió fresco y reluciente. Era más fuerte de lo que parecía vestido, fibroso, sin nada de grasa. Cogió las gafas de encima de una toalla. En la espalda llevaba tatuado un sol negro, cuyos rayos se movían al contraerse los músculos para secarse. Irradiaban crueldad y peligro desde todo su ser. Me horrorizaba que el niño, si aún vivía, estuviese en sus manos. Se limpió las gafas con el pico de la camiseta. Quedaron tan relucientes que me hacían daño en los ojos.

—Frida me ha contado una historia sobre un niño y sobre un secreto. Dice que nosotros tenemos al niño y tú el secreto.

—Lo tengo. ¿Y tú al niño?

Me volví para comprobar que James seguía en su sitio y vi a Frida en la terraza del restaurante con las piernas separadas en plan defensivo u ofensivo o ambas cosas.

—¿Ese viene contigo? —dijo Sancho señalando con la cabeza a James.

—Lo mismo que Frida viene contigo. Haces bien, es una máquina de matar.

—Entonces estamos en paz.

—Martín dice que habéis secuestrado a su madre. Tenéis mucho mérito, yo no la soporto. Por mí os la podéis cargar.

Me lo imaginaba. Lo sabía. Sandra se había precipitado.

—Bueno, vamos al grano. Si nos dais al niño, yo te digo lo que quieres saber. Ellos creen que van a vivir para siempre, pero yo sé lo que es ser viejo. Hay que dejar paso a los jóvenes. Es justo que aspire a liderar la Hermandad, y cierta información te abriría las puertas de par en par.

—El trato es —dijo colgándose la toalla al hombro— que tú me das la información y yo te devuelvo al crío.

—¿Se encuentra bien el niño?

Me dio la espalda para decir sí. Sonó débil, sin credibilidad. Se puede ser un asesino, un fanático y no poseer el don de mentir. En algunas personas su poca fe en lo que dicen se cuela por las rendijas de las palabras, la falsedad de lo que dicen gotea como el agua. Me entró una gran angustia. Íbamos andando hacia Frida. Él ágilmente, yo hundiéndome en la arena.

—¡Espera! Si no veo al niño no sigo hablando.

Me cogió del hombro con tal fuerza que me hundió un poco más. Frida nos observaba. James no se enteraba de nada.

—Te vienes con nosotros —dijo mientras se ponía una camisa—. Si quieres verlo lo vas a ver.

Sus palabras sonaban a terrorífica esperanza. Le hizo una señal a Frida para que controlara a James. Ella fue hacia él y le cacheó, luego le pidió que se metiera en el coche.

James no tenía las llaves, así que no podría ir a ninguna parte.

Nos marchamos en un Opel. Yo iba de copiloto y Frida detrás. Alguna vez me giré para mirarla y no pude leer en sus ojos si estaba completamente del lado de

Sancho ahora que él empezaba a tenerla en cuenta. Sin embargo, debía de imaginarse que yo iba armado y no lo mencionó, lo que hacía sospechar que no estaba segura de cómo iban a desarrollarse los acontecimientos.

Aparcamos cerca de la calle Principal y primero salió Sancho. Yo me limitaba a obedecer. El sol pegaba con mucha fuerza en el cristal y el chubasquero me estorbaba. Aún no había desayunado ni me había tomado las pastillas. El sudor me corría peligrosamente por la frente.

—¿Dónde vamos ahora?

Frida no contestó. Me hizo abandonar el coche a los diez minutos. Entramos en la tienda de electrodomésticos. Una mujer rubia me observó fijamente tras el mostrador. Debía de ser la que se llevó al niño con Martín.

—Buenos días —dijo—. Me marcho ya.

Salió y echó el cierre metálico. Nosotros pasamos a una trastienda llena de cajas enormes y otras pequeñas, con un dedo de polvo encima. Sancho abrió una puerta camuflada en unas estanterías industriales y desembocamos en un pasillo largo y oscuro que al final acabó en unas escaleras, que tendría que subir sin haber echado nada en el estómago, y estas en una habitación insonorizada por placas de poliestireno.

Había un par de ventanas alargadas en el techo. Debía de ser la típica buhardilla acondicionada y probablemente daba a otra calle. Cuántos nazis se habrían escondido aquí esperando saltar a Sudamérica o a que se olvidaran de ellos. Había una colchoneta en el suelo.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Lo han sacado a dar una vuelta. Ahora el importante eres tú.

Sancho se quitó la camisa y las gafas. Su mirada se volvió lejana y oscura, los músculos se le tensaron. Por las ventanas pasaban las nubes. Fue hacia un mueble y empezó a buscar algo en el cajón, y sin volverse le ordenó a Frida que se marchara.

—Lo que tengo que hablar con él es cosa mía —dijo mientras la esfera negra de la espalda se contraía entre los omóplatos.

—Pero... ¿no me necesitarás? —repuso Frida dándole una oportunidad para poder respetarle y quererle.

Sin embargo, a él pareció molestarle tener que volverse para mirarla. Se le iban formando ojeras y la mirada era cada vez más lejana. Daba la impresión de estar transformándose en un ser de otro mundo. Cualquiera en mi lugar estaría realmente asustado. Yo en cambio estaba comprobando con curiosidad que este chico escondía sus símbolos y su verdadera identidad bajo una ropa más anodina que la mía. Nadie sospecharía que debajo de la camisa de cuadros había un monstruo.

—¿Para qué crees que puedo necesitarte? —le dijo.

Frida era un soldado de base y sus superiores acostumbraban a tratarla a patadas. Lo que no sabía Sancho es que venía herida de muy atrás y que si fue capaz de vengarse de la falta de amor que un gran sádico como el Carnicero tenía hacia ella, no

iba a doblarse ante un sádico de tres al cuarto.

Aunque yo clavaba la vista en la colchoneta del suelo, no estaba contemplándola, sino observando a Frida indirectamente y dándome cuenta de que mis desastrosos ojos abarcaban más de lo que creía y que en general vemos mucho más de lo que recordamos. Y pude atisbar una ligera sonrisa en sus labios finos y delgados tirando a crueles. Luego pasó por mi lado, casi rozándome. Posiblemente una forma suya particular de despedida. ¿Para siempre? No me había desarmado, literalmente hablando, y ahora creo que se alegraba.

—Está bien, me marchó. Buena suerte.

El empollón sacó del cajón unos artilugios de acero que no había visto en mi vida. No sé cómo describirlos: pequeñas sierras circulares unidas que giraban unas sobre otras y que funcionaban con pilas. Me fijé en su pelo corto de estudiante pasado de moda. Agradecí que a mi amigo Salva probablemente lo enveneraran y que no tuviera que enfrentarse a este pirado. Pero ¿y el niño? El sudor arreció, creía que iba a desmayarme y no podía quitarme el chubasquero. Miré alrededor mientras Sancho jugueteaba con las cuchillas. No había rastros de sangre. Los actos horribles, por mucho que intenten borrarse, permanecen en el aire y en algunos indicios visibles.

Ante el desconcierto de Sancho, le di la vuelta a la colchoneta. Dejó en paz las cuchillas por un momento. Al caer al suelo, la colchoneta soltó un golpe de polvo como si llevase en esa posición bastantes días. También en los rincones de la sala se arremolinaba pelusa. No habían barrido por lo menos en una semana, lo que era tranquilizador y al mismo tiempo extraño. Una extrañeza que suponía un alivio, por el momento.

Sancho volvió a hacer girar las cuchillas, que soltaban un silbido, y me pidió que me quitase el chubasquero.

—Estás sudando —dijo.

En las ventanas del techo daba el sol y creaba un efecto invernadero.

—Quítate el chubasquero —repitió— y tumbate en la colchoneta a descansar. Ahora recuerdo que un día te dije que mi abuelo era como tú. Os conozco y os comprendo muy bien. Sé que necesitas beber agua, cerrar los ojos, pensar en otros tiempos mejores. Los viejos sois la bomba. —Al ver que yo no obedecía empezó a alterarse—. Venga, tumbate, ¡joder! O dime qué esconde Otto. Dime si es verdad que es un traidor. Dame nombres, pruebas.

Con la palabra esconder quería decir muchas cosas, con la palabra traidor también.

—Si ahora mismo le entregas el niño a su madre te lo digo todo. Pruebas, nombres. Te convertirás en el amo.

Sancho cada vez tenía más ojeras y más moradas, y la mirada más ida. ¿De verdad ansiaba la verdad o hacerme picadillo? ¿Qué le haría más feliz?

Iba a decirle que él no era un asesino, pero sería como decirle que era un marciano. Así que le dije con las manos metidas en los bolsillos:

—Ya sé que no tienes escrúpulos y que estás como una chota, por lo que no me dejas otra opción. —Y saqué el arma—. Yo no soy tu abuelo, yo he tenido que lidiar con gentuza como tú desde que me metieron en un campo de concentración a los dieciocho años. Así que guarda esa mierda en el cajón y dime qué ha pasado con el niño.

Se quedó sin saber si tomarme en serio, y no tuve más remedio que dispararle en el pie.

Le costó reaccionar, no se lo podía creer. Gritaba y pegó puñetazos en la mesa del dichoso cajón. Era normal que le doliera bastante.

—¿Sabes lo más gracioso de todo esto? Que Frida sabía que voy armado. No entiendes de viejos ni de mujeres.

Escuchaba entre quejidos de dolor. Se vendó el pie con la camisa de cuadros. Tenía las manos rojas.

—Ahora voy a dispararte en el otro pie si no me dices dónde está el niño; después en los huevos y finalmente en el corazón. La bala te atravesará el sol negro.

Por un instante dudé si esta no habría sido la última bala. Aunque me quedaba el pequeño revólver de Geralda.

—El crío no está. Desapareció.

—¿Cómo es eso posible?

—Y yo qué sé. Lo dejamos aquí dormido una hora, no más. —Se quejó de dolor, las lágrimas le resbalaban por las mejillas enrojecidas por la sangre—. Cuando volvimos alguien se lo había llevado. Es la puta verdad.

—Pero ¿cómo? —Era la cosa más absurda que había oído en mi vida.

—Por la ventana, quien se lo llevo puso la mesa debajo. ¡Tengo que ir a un hospital! —gritó—. Tienen que sacarme la bala.

—¿Quién pudo llevárselo? Quizá uno de vosotros os haya traicionado y quiera chantajearme por su cuenta.

—Solo ha podido ser Martín. Voy a cargarme a ese hijo de perra.

—No lo creo —dije, y me aventuré a dispararle en el otro pie.

Afortunadamente sí había bala. Y se le clavó en la planta. Ya no podía salir corriendo detrás de mí. Me acerqué a él y le quité el móvil. Llevé con las puntas de los dedos las cuchillas hasta una papelería en el extremo opuesto de la sala adónde él no podría llegar. Tras una puerta había un aseo y allí tampoco vi rastros del niño, ningún pañal, ningún biberón.

De pronto cesaron los lamentos de dolor de Sancho y cuando quise darme cuenta se había desmayado. Le quité del bolsillo del pantalón las llaves con que había abierto la puerta, que volví a cerrar con varias vueltas. A partir de aquí, le podría ocurrir cualquier cosa, que alguien le salvase la vida o que muriese desangrado. Eso era lo que había.

Recorrí el camino de regreso sin dejar de empuñar la pistola. No quería escuchar la voz de mi conciencia, no quería escuchar a Raquel. No quería que se saliesen otra vez con la suya, no quería darles tantas oportunidades. Ni creí que por lo que estaba haciendo me esperase el infierno. Porque ya había estado en él.

Durante la huida por el pasillo sentí que me perseguía una sombra. Por supuesto eran solo aprensiones, pero anduve lo más rápido posible, como cuando de niño se me hacía de noche jugando en el parque y tenía que regresar a casa por calles oscuras, por las calles más oscuras que he recorrido jamás. Tu espíritu es el que te persigue, diría Raquel. Y ¿qué podía hacer yo? Al fin y al cabo no había matado a Sancho ni le había hecho la milésima parte de daño que a él le habría encantado hacerme a mí.

En la tienda se respiraba paz y silencio. La blancura de los frigoríficos, lavadoras y microondas le daba un aire celestial. Desde luego hasta aquí no llegaban los alaridos de Sancho, si es que había despertado. Subí el cierre metálico lo preciso para poder salir y luego busqué la llave que encajara en el cierre, situado a pocos centímetros del suelo. Tardé un poco y al levantarme me dolían las rodillas.

Cojeé hasta el coche de Sancho. La llave de arranque sí que se distinguía del resto. Tiré hacia el restaurante Bellamar, donde había dejado plantado a James.

Sandra

La desgredada desprendía un tufo que llegaba hasta la escalera, pero se encontraba bien. Santi y Julián habían logrado que se comiera un trozo de *pizza* y bebía agua con regularidad. Antes de salir, volví a llenarle el jarrón que en otro tiempo debió de contener bellas rosas y bellos gladiolos. En estos momentos, ¿a quién le importaban el cambio de pañal y el aseo personal salvo a ella? Y ¿a quién le importaba ella?

—Ahora vamos a ver a tu hijo —dijo Santi—. Si nos ayudas a buscar al nuestro, Martín no tendría que pasar por esto, tal vez ver morir a su madre. O, mejor aún, que tú lo veas morir a él.

Negó con la cabeza. No sabía dónde estaba Janín o no quería que hiciésemos nada de lo que decíamos. No hubo ningún movimiento afirmativo, así que emprendimos la retirada. Martín ya estaba esperándonos en un chiringuito de playa, cerca de la casita, más o menos por donde me abordó aquel día en que yo corría por la orilla. Hoy el ambiente era desolador, desesperanzado, lluvioso, más acorde con lo que sentíamos.

Le pedí a Santi que vigilara desde el coche para evitar que Janín pudiera quedarse huérfano. El chiringuito consistía en una construcción rápida de cemento tosco que se mimetizaba bien con las rocas sobre el mar, de modo que con oleaje fuerte el agua llegaba hasta la barra. En algún momento el ayuntamiento pensó derribarlo, pero luego decidieron que le daba encanto al lugar. Lo llevaban unos *hippies* de coleta larga que habían decidido ser pacientes, lentos y contemplativos, por lo que si Martín y yo nos matábamos no se enterarían de nada.

Esperaba sentado en la pequeña plataforma de fuera. Las finas gotas de lluvia y las de bruma marina danzaban sobre su cazadora iluminada por las luces del chiringuito. Era el mismo de siempre. Una de sus manos, empequeñecida por el ancho anillo de plata recia, sostenía un pitillo, que arrojó a la espuma negra al verme.

Se puso en pie.

—Vamos a dejarnos de preámbulos y de gilipolleces. Tu madre está hecha un asco. Y agonizará hecha un asco y completamente sola si no puedo ver ahora mismo a mi hijo.

Llevaba las patillas descuidadas y el pelo le estaba creciendo dejando al descubierto unas pronunciadas entradas.

—Yo también quiero verla. Si no, no hay trato.

—Lo que tú puedas querer a tu madre no es comparable con lo que yo quiero a mi hijo. Estoy deseando deshacerme de ella. Te la devuelvo con mucho gusto. De lo contrario acabará ahí. —Le señalé la panza oscura e hinchada del mar—. Adiós.

Me di la vuelta. De estar Janín vivo me lo diría. Estaba jugando conmigo a la desesperada. Santi salió del coche asustado. Mi cara lo decía todo: era el final, se había acabado, ya no había más opciones. Entonces Martín salió corriendo detrás de mí y de Santi.

El oleaje iba a inundar de un momento a otro el bar, y había que gritar para

hacerse oír. Su voz llegaba húmeda y aterradora.

—¡No sé dónde está! —gritó—. Ha desaparecido y lo estoy buscando como un loco.

Le hice una seña a Santi para que prosiguiéramos el camino hacia el coche.

Pensaba cumplir mi palabra. Si no veía a mi hijo, él no vería nunca más a su madre. Podía inventar todas las disculpas absurdas que quisiera, porque se las llevaría la lluvia y el ruido del mar.

—¡Lo juro! —siguió gritando—. Alguien se lo ha llevado de la buhardilla donde lo escondíamos.

Las ráfagas de lluvia llevaban y traían trozos de su voz y de sus palabras. Cuando llegamos al coche, Santi me detuvo.

—Espera, tenemos que escuchar lo que nos dice. No tenemos nada más.

—¿Por qué querías al viejo Julián? ¿Si lo entregamos nos devuelves a nuestro hijo? Julián y tu madre a cambio de él.

—No sé dónde está el niño —dijo separando las palabras como si le costase hablar o a nosotros entender.

No se sabía si eran lágrimas o gotas de lluvia lo que le resbalaba por la cara.

—Julián sabe dónde escondió Otto algo que le interesa mucho a mi jefe.

—¿Quién es tu jefe?, ¿Fred? —pregunté para atar cabos.

Hizo una mueca de desdén.

—Mi nuevo jefe es Sancho. Las cosas han cambiado mucho desde que te fuiste.

—¿Dónde está la buhardilla esa donde escondíais a Janín?

—Es igual, se lo han llevado. Allí no hay nadie.

En cambio sabía dónde se ocultaban los que huyeron tras la denuncia de Julián: Fred y Karin, Otto y Alice. No llegaron a salir del país. Primero se retiraron a una finca de caza de un exministro franquista. Pero luego, poco a poco, fueron volviendo y recluyéndose en el Nordic Club. No salían de allí, no se dejaban ver nada más que para jugar al golf en los hoyos de las instalaciones. A mí ya no me importaba, y a Santi menos.

De pronto, notamos que Martín hablaba desde abajo. Se había caído al suelo o hincado de rodillas.

—Mi madre y yo tendremos que marcharnos lejos cuando se enteren de que los he delatado, pero no me importa si estamos juntos.

—Levántate —ordenó Santi cogiéndole del brazo—, vas a llevarnos al lugar donde viste a Janín por última vez.

La lluvia rociaba la piel y se quedaba prendida en las puntas del pelo de una forma tan agradable que la odié.

Martín se revolvió y se soltó.

—Es inútil.

—Eso lo veremos nosotros.

Era increíble que fuese tan buen hijo siendo tan mala persona. No quería enfadar

a Sancho, al fin y al cabo él tenía menos que perder que Martín. Prefería verle y contarle cómo estaban las cosas y si había podido averiguar el paradero del niño. Nos veríamos a las once de la mañana en este mismo lugar. Nos dijo que Sancho tenía algo importante que hacer y que terminaría sobre esa hora.

Julían

Regresé a buscar a James en el coche de Sancho. Lo tenía muy limpio y ordenado. Tras el parabrisas bamboleaba un pequeño pino verde que desprendía un profundo olor a bosque y junto a las marchas había una gamuza perfectamente doblada. En el salpicadero no se apreciaba una sola mota de polvo y los cristales relucían. En la guantera la documentación del coche la guardaba en una funda de piel junto con recibos de gasolina ordenados por fechas y prendidos con un clip. Tanta organización daba escalofríos. Siempre me quedaría la duda de en qué metódica manera Sancho pensaría usar aquellas cuchillas conmigo. Fue un grave error no matarle.

Encontré a James tumbado en la arena al sol. El sombrero le tapaba la cara. Se sobresaltó al oír mi voz.

—Ya podemos desayunar. Perdona por dejarte tirado.

Le lancé las llaves del Mercedes del Carnicero y él las atrapó al vuelo.

—¿Dónde has ido? ¿Qué querían esos?

Le habría cogido por los hombros si no hubiese sido tan alto.

El Bellamar ya había abierto sus puertas de par en par y en la terraza se estaban mezclando los últimos desayunos con los primeros aperitivos, los cafés con las cervezas y las tostadas con las aceitunas y las patatas fritas. La lluvia de la noche había dejado un rastro de pureza en el cielo y en el aire. Las sillas de aluminio y los vasos de cristal tenían un brillo renovado. James coronó su banquete con un *whisky*. Yo me conformé con un descafeinado de máquina y un bocadillo de jamón que me dejaron tan amodorrado como a él.

La imagen de Sancho tirado en el suelo con los pies ensangrentados iba y venía en mi cabeza como las olas. Cerré los ojos frente al sol, como James. Temía que mi arrugada piel, fina como el papel biblia, se abrasara en dos segundos, pero necesitaba dejarme llevar por la vida un momento y recargar pilas. La radio sonaba dentro del local. La emisora local de Las Marinas alternaba música con noticias. «Esta madrugada un pescador ha encontrado el cuerpo sin vida de una anciana junto a las rocas de Punta Negra en medio de un charco de sangre».

James abrió los ojos lentamente, yo también. «La mujer ha sido identificada como Geralda Strauss, domiciliada en la residencia de la tercera edad Tres Olivos».

James se incorporó en la silla. Yo volví a cerrar los ojos. «Es la segunda vez que la policía se encuentra con un caso similar en la misma cala, uno de los lugares más idílicos de la zona. La víctima no llevaba encima nada de valor, aunque era destacable la calidad de sus prendas de vestir».

—¿Has oído? Han encontrado muerta a Geralda...

Vi con los ojos entreabiertos cómo me miraba de forma inquisitiva y acusadora.

—Qué fatalidad —respondí—. No me dijo a quién esperaba y por qué a esas horas y en ese sitio. ¿Tienes alguna idea de por qué me sacó de la cama para llevarme allí?

El sombrero tejano se movió negativamente.

—Pues entonces no te preocupes más. Todos tenemos que morir, ¿o no?

—¿Y si la policía pregunta?

Clavé mis pequeños ojos arrugados en sus pequeños ojos arrugados.

—Olvidalo todo.

—OK —dijo levantándose y estirándose todo lo largo que era.

No me tembló la mano al pagar, aunque supusiera no volver a tomarme un triste café en la calle durante un año si es que viviese tanto. Yo también me estiré, no tanto como él, me daba miedo que se me rompiera una arteria.

Sandra

Antes de salir a nuestro nuevo encuentro con Martín, la desgredada pidió por favor cambiarse de pañal. Accedí de mala gana porque, tal como me temía, el olor se removió y se expandió por toda la mansión y encima tuve que buscar una bolsa grande de plástico donde tirar el pañal sucio, que dejé cerrada en un rincón porque no tenía ganas de andar buscando un contenedor. También pidió lavarse, a lo que me negué en rotundo. Esto no es un hotel, le dije.

Llegamos al chiringuito *hippy* para encontrarnos con Martín bastante antes de las once. Queríamos vigilar si llegaba solo o acompañado del tal Sancho. Santi compró dos cafés y nos los tomamos en el coche. No sé cuánto hacía que no me duchaba, pero de pronto, al estar tanto rato en un espacio tan pequeño, me di cuenta. Me recogí el pelo con una goma. No lo llevaba largo, lo suficiente para poder atarlo. Aún sentía en el cuerpo la humedad de la noche. Ya no tenía ropa para cambiarme a no ser que fuésemos a la casita.

A las once y cinco Martín estaba junto al coche completamente demacrado y con una sombra grisácea en el mentón de no haberse afeitado. Le hicimos entrar. Él se sentó en el sitio del copiloto y yo detrás, vigilándole y contemplando sin querer el tatuaje del cogote.

—No he encontrado a Sancho, no sé nada de él. Os llevaré a la buhardilla donde —tragó saliva— teníamos al niño.

Nos dirigió hacia la calle Principal y enseguida encontramos aparcamiento.

Dimos unos cuantos pasos detrás de él que, para mi asombro, terminaron en la tienda de electrodomésticos Soimens. Estaba cerrada. Abrió la persiana metálica y una vez dentro volvió a bajarla. Acababa de darme cuenta de que era domingo. Dio al interruptor de la luz y las lavadoras y las cafeteras resplandecieron. Santi y yo nos miramos un segundo. No preguntamos nada, no queríamos perder el tiempo con preguntas y respuestas. Pasamos por una trastienda, luego por un pasillo y al final abrió con llave una puerta.

Oímos un quejido. Olía a sangre podrida. Y podía oír las palpitaciones del corazón de Santi. La luz caía desde unas ventanas en el techo e iluminó un bulto en el suelo, sobre el que se precipitó Martín. Era un hombre, y no veíamos a Janín por ninguna parte. Tampoco en un pequeño aseo tras una puerta.

Martín trataba de hacer reaccionar al hombre y le juraba a gritos que enseguida llegaría una ambulancia. Me acerqué a él y resbalé sobre algo que debía de ser la sangre que le daba ese olor a la habitación. Comprobé que se trataba del dependiente de la tienda con el que había hablado algunas veces. ¿Qué tenía que ver este individuo con mi hijo?

Tenía las deportivas empapadas de sangre y solo pudo señalarlas antes de volver a desmayarse. Martín lloraba. ¡Cabrones! ¡Hijos de puta!, gritaba mientras sacaba el móvil del bolsillo. Santi no le quitaba ojo, ni yo tampoco.

—Aquí no hay cobertura. Tengo que salir para llamar.

Santi le bloqueó la salida. De pronto, Santi se hizo enorme, más alto y más ancho que la puerta y que Martín.

—¿Es este Sancho, tu jefe, el nuevo cabecilla de la Hermandad?

Martín asintió moviéndose para encontrar señal. Santi le arrebató el móvil de la mano. ¿Quién le habría hecho esta bestialidad al tal Sancho? Parecía un ajuste de cuentas, que puede que no tuviese nada que ver con el secuestro de Janín.

Sancho seguía inconsciente y el pecho le subía y le bajaba muy débilmente. No llevaba camisa. La tenía atada a un pie. Dejándose uno llevar por la cara, el pelo corto y las gafas nadie diría que tenía una espalda y unos brazos tan fuertes.

—¿Cómo pudo alguien llevarse de aquí al niño? —preguntó Santi echando ojeadas alrededor.

Martín se movía nervioso.

—Encontramos esta mesa apoyada en la pared bajo las ventanas. Debieron de sacarlo por ahí. Si tuviésemos la más remota idea de quién pudo ser sabríamos dónde buscar.

Santi y yo miramos bajo las ventanas y vimos en el suelo señales de haber arrastrado la mesa hasta allí. Y además, ¿a quién podría ocurrírsele una historia semejante de no ser verdad?

—¿Y a este quién lo ha dejado así? —pregunté.

Martín cabeceó negativamente.

—No lo entiendo, ellos no se atreverían. —Debía de referirse a los vejestorios de la Hermandad—. A no ser...

—¿A no ser qué?

—Solo se me ocurre que haya sido Frida. Está un poco dolida con él y... conmigo.

—Oye, Santi —dije de pronto—. Tal vez este sepa algo más y si muere nunca lo sabremos.

Esperamos la llegada de la ambulancia desde uno de los portales frente a la tienda. Y ya no sabíamos qué más hacer, así que volvimos al sótano de la mansión.

El sótano apestaba. Le dijimos a la madre de Martín que esperábamos una llamada de su hijo y que esa llamada podría ser la definitiva, que ahora mismo no sabíamos por dónde tirar y que todo nos daba igual. Y entonces Santi me cogió de la mano. Estaba muy serio, casi rígido, pensando, y me apretaba la mano muy fuerte. Había adelgazado mucho y se le marcaban todos los huesos de la cara, los ojos se le habían hundido un poco y la mirada era profunda y sólida como una piedra. Ya ni siquiera odiábamos a la desgredada. Ella a nosotros sí. Pero la ira y la violencia habían desaparecido de sus ojos cansados. Se había resignado a un odio impotente, a hacérselo encima y a beber por un tubo de goma. No tenía ganas de matarla, solo

quería ver a Janín, verle llorar y reír, respirar. Me solté de la mano de Santi, no quería ningún tipo de consuelo. Me acerqué a ella y comprobé que tenía agua. No la miré a la cara. Me daba igual lo que sintiera.

Julián seguramente estaría en la residencia descansando. Las cosas habían llegado a un punto en que la integridad física de Julián había pasado a un segundo plano, ya no era prioritaria.

A las tres horas de estar tristes y desfondados, liberados del miedo de que alguien llegara de pronto para soltar a la desgredada, sonó mi móvil. No sería Martín porque él siempre llamaba a Santi.

Era mi hermana.

Estaba de morros. «¿Has colgado ya el cartel de se alquila?». Me reconfortó oír su voz severa. Ella no podía saber nada de lo que ocurría, y si no sabía nada es que en su mundo Janín continuaba jugando en el corralito con sus dinosaurios de goma. No le había pasado nada y solo importaban cosas normales.

—Sí —dije—, ya está colgado.

—¡Humm! —No se lo creyó—. Cuélgalo de una vez y vuelve. Esto está a tope, no puedo con todo.

En ese momento, sonó el móvil de Santi. Por el gesto que puso se trataba de Martín, así que le colgué a mi hermana.

—Aún no ha podido hablar con Sancho, está sedado. Los médicos dicen que lo más seguro es que no vuelva a andar. Martín se quedará con él hasta que pueda decir algo. Después de nosotros, es el más interesado en recuperar al niño.

No teníamos nada más a lo que agarrarnos.

Mi móvil volvió a sonar. Era mi hermana y preferí no contestar. Me costaba un trabajo terrible regresar a su mundo. Si alguna vez lograba hacerlo le confesaría que habían forzado la entrada de la casita.

Julían

James no olvidó. Durante la comida y mientras trataba de descansar repantingado ante el televisor, James se me acercaba para susurrarme que Geralda sí que llevaba un montón de joyas la noche del asesinato. Yo le pedía que, por favor, me hablase por el otro oído, y cuando pillaba la palabra joyas le decía que se trataba de un atraco clarísimo, pero que como él habría recibido algún regalito como el brillante que lucía en el dedo o el cinturón de la turquesa, y como éramos nosotros quienes la habíamos acompañado a Punta Negra, más le valía estarse calladito. Yo no quería moverme de Tres Olivos para controlar a James en caso de que nos interrogaran.

Pilar nos reunió en el comedor, no tanto para darnos la noticia de que Geralda había pasado a mejor vida, sino para alertarnos y prevenirnos de que no hiciésemos locuras si no queríamos acabar como ella, tirada entre las rocas con un tiro en el estómago. Los más despiertos consideraban que algún gigoló la había arrastrado hasta allí para robarle los pedruscos que siempre llevaba encima. James me miró de reojo. Esperábamos que nadie nos hubiese visto meternos con ella en el coche. Pero lo que de verdad me importaba, lo que me quitaba el sueño, lo que me obligaba a cruzar y descruzar constantemente las piernas, era no tener ni idea de quién se había llevado al niño de la buhardilla. No podía permanecer más tiempo escuchando como mis compañeros le daban vueltas al asunto de quién sería el chulo de Geralda, que ellos llamaban un tanto anticuadamente gigoló.

Ya me había adueñado del coche de Sancho y era cuestión de minutos que alguien me preguntase de dónde lo había sacado.

El bueno de Sancho, salvo que Frida se apiadase de él, estaría en las últimas si no muerto. La verdad era que no sentía ningún placer con el suplicio sufrido por este chico y procuraba apartar su imagen de la cabeza.

Al anoecer me encaminé a la mansión para contarle estas novedades a Sandra y explicarles que alguien había arrancado a Janín de las manos de sus primeros secuestradores. Pensé que hacía mucho que no hablaba con Esther y también que hacía mucho que no escuchaba los consejos de Raquel; no aprobaría nada de lo que había hecho. Me diría que también yo me había convertido en un monstruo y que no me reconocía. Y yo le contestaría que no me habían dejado otra salida y que solo había tratado de que el Carnicero, Geralda y Sancho supiesen que no se puede jugar con la vida de los demás. Raquel me diría que a ella no la engañaba, y que lo que yo hacía se llamaba venganza y que el secuestro del niño me liberaba de cualquier sentimiento de culpa por vengarme. Puede ser, Raquel, puede ser, pero esto es lo que hay. Y por suerte para ti no tienes que verlo.

Aparqué en una calle lateral, bajo la cascada de madreSelva en que también solía dejar la moto. No es que lo ocultara del todo, pero pasaba más desapercibido.

Abrí la cerradura del portón con cuidado y anduve despacio sobre los adoquines, no quería tropezar y hacerme daño. No se oía nada y no se percibía ningún olor que

podiera encubrir el agua estancada, las hojas podridas y las perfumadas enredaderas. Por los ventanucos del sótano, aunque tapados, se escapaba algún rayo de luz, imposible de ver desde la calle. Y cuando cerré la puerta de la entrada suspiré porque una vez más me había librado de que alguien me siguiera.

—Soy yo —dije desde arriba.

Sandra iluminó las escaleras con la linterna.

—Lo siento —añadí—, se me ha olvidado traer algo de comida.

—Es igual —dijo Santi—. No tenemos hambre, estamos esperando la llamada de Martín. Está en el hospital con uno que se llama Sancho. Lo hemos encontrado herido, medio muerto en la buhardilla donde tuvieron retenido a Janín hasta que alguien se lo llevó.

—¿Habéis llevado al hospital a Sancho?

—El que le hizo eso es uno de ellos sin duda. Una persona normal no es capaz de algo así.

Me preocupaba lo que Sandra pudiera pensar de mí si se enteraba de que el responsable era yo. Pero me preocupaba mucho más que Sancho se salvara y que intentase tomar represalias. Sería sencillamente horrible. Tendría que haber acabado con él.

—Por lo visto no volverá a andar —dijo Santi distraídamente.

La madre de Martín me miró aterrada porque de los presentes solo ella y yo éramos capaces de comprender la dimensión del asunto. Santi continuó.

—Martín no entiende lo que ha podido ocurrir en la buhardilla y espera que cuando Sancho despierte sepa quién se llevó al niño. Alguien arrimó una mesa bajo la ventana y lo sacó por ahí.

No tenía ninguna pregunta y no quería que siguieran explicándome una historia que conocía muy bien. Ellos jamás imaginarían lo bien que la conocía. La única que no me quitaba ojo era la madre de Martín.

—No puedo estarme quieta —dijo Sandra, caminando de un lado al otro del sótano—. No puedo estar aquí esperando a que llame Martín. Voy a la casita a cambiarme de ropa. Necesito tomar el aire. Me ahogo.

Hablaba entrecortadamente, estaba al final de sus fuerzas.

—Voy a volverme loca —dijo.

Santi y yo nos ofrecimos a ir con ella.

—No es conveniente que conduzcas en este estado —intervino Santi.

—¡Déjame en paz! —contestó ella.

Dio un portazo al cerrar la puerta del sótano y otro al cerrar la puerta de la entrada. Empezaba a darle todo igual, había perdido la esperanza.

Sandra

Hacía casi dos días que no iba por la casita. Dudé si coger la moto en lugar del coche, quería estrellarme contra la noche, contra los montes del fondo. Hay un momento en que el final ha llegado. Y sentía que el final era este, aquí, en este instante. Respiré hondo. Hacía frío. Quería estrellarme contra el frío. Se acabó.

—Vamos en el coche —dijo Julián, detrás de mí.

Me lo susurró tan bajo que dudé si no sería la voz de mi conciencia.

—Voy contigo. Podrás ducharte y cambiarte. Te vendrá bien. Santi se queda aquí con ella esperando la llamada de Martín —insistió.

Me dejé empujar dentro del coche. Julián conducía, y yo no tenía ganas de llegar a la casita. Las estrellas estaban muy bajas, se podía viajar hacia ellas fácilmente.

—Ya no quiero cambiarme de ropa. No quiero ir. No puedo pisar esa casa otra vez.

—Si quieres, paramos en algún sitio. Podemos tomar el aire un rato.

No contesté. No quería desear nada.

Aminoró la marcha para que yo pudiera serenarme y decidir.

—¿Crees que ese Sancho sabrá quién se ha llevado a Janín? —pregunté.

—Podría ser. Habrá que esperar —dijo Julián con la boca pequeña, simplemente para darme esperanza.

—No trates de animarme.

Ya no volvimos a hablar hasta que llegamos cerca de la casita. La calle estaba muy oscura. Estaba en el lejano mundo de las calles más oscuras. Algún farol en algún porche abría una luna anaranjada entre las hojas de los magnolios y los nísperos, el resto de las casas estaban cerradas y mudas. Aparcamos enfrente de la casita. Me había dejado una luz encendida la última vez que estuve, lo que provocó que me subiera un jugo agrio hasta la garganta. Vomité al bajar del coche.

Julián esperó pacientemente a que me serenara. Y la verdad era que cuando me sentía mal era cuando mejor me sentía.

—Estoy mejor —dije, y abrimos la pequeña cancela de madera blanca—. Creí que había apagado todas las luces, no sé lo que hago, soy una idiota. Y las idiotas no deberíamos tener hijos, deberíamos vagar por ahí sin hacerle daño a nadie.

Nada más pronunciar estas palabras nos detuvimos en seco. La luz que acabábamos de ver se apagó y se encendió la de la cocina. Julián y yo nos miramos asustados. Él sacó la pistola que siempre llevaba en el bolsillo del chubasquero. Yo sabía que solo había que empujar la puerta. Julián iba delante y entonces, antes de entrar, escuchamos una queja, el llanto de un niño.

Abrimos de golpe. Lucy se volvió hacia nosotros con un biberón vacío en la mano. Lo dejó caer al suelo.

—¡Gracias a Dios! No me atrevía a salir de aquí. No podía llamaros, olvidé el móvil en la mochila y la mochila en la puerta de un banco. Esperaba que volveríais en

cualquier momento.

Fui corriendo hacia el cuarto de Janín. Los latidos me retumbaban en los oídos: bum, bum, bum. Estaba en la cuna de uno de mis sobrinos. Dormía boca arriba con el chupete en la boca. Aún tenía las pestañas mojadas de haber llorado. En la mesilla estaba el frasco de jarabe que le dábamos para las flemas. Sentí una flojedad irresistible en el pecho y en los brazos. Creo que me desvanecí.

Cuando me desperté, tenía un paño frío en la nuca y Julián me hablaba.

—El niño se encuentra perfectamente. Hace dos días que Lucy logró sacarlo de allí y traerlo a la casita.

La bolsa de ositos morados estaba abierta sobre la mesa. Tuve que sentarme, me parecía que iba a desmayarme de nuevo y Julián me trajo un vaso de agua.

—¿Dónde está ella?

—Se ha marchado. Dice que siente mucho lo que ha ocurrido.

Llamé a Santi, pero no podía hablar, me ahogaba, y le pasé el móvil a Julián. Janín continuaba durmiendo y busqué una manta para arroparle mejor. Pensé en Lucy, en lo descuidada que era y en que tampoco debería tener hijos nunca. Aunque, pensándolo mejor, sus hijos serían muy felices con ella porque los comprendería muy bien. Tanto como comprendía a Janín.

Julián

Lucy temblaba de frío. Llevaba el mismo vestido de flores con el que se marchó de la casita hacía ya mil años y ese día había refrescado. El pelo le caía sucio y deshilachado sobre los hombros. Las ojeras se le habían azulado sobre la piel exageradamente blanca. Parecía un fantasma.

—¿Lo has encontrado tú? —dijo mientras corría detrás de Sandra por el pasillo. Me palpitaban las sienes.

—He tenido mucha suerte —dijo ella siguiendo mis pasos.

El niño dormía boca arriba, era un milagro ver su pecho subiendo y bajando, y abracé a Lucy por la necesidad de compartir esta emoción, justo antes de que Sandra se desmayara. Lucy trajo del baño una toalla mojada.

—Eres un ángel —le dije realmente convencido de ello.

Entre ella y yo llevamos a Sandra a la habitación principal y la tumbamos en la cama. Saqué de un armario una chaqueta azul marino con botones dorados de hombre y la puse encima del ligero vestido de Lucy. Me dio las gracias.

—Me marchó —dijo—. Ya no tengo nada que hacer aquí.

Mientras Sandra iba recuperándose de la emoción, hablé con Santi para decirle que había noticias nuevas y buenas, y que bajara a la casita. Le pedí que cogiera mi coche, aparcado bajo una cascada de madreselva en la calle de al lado.

—¿Desde cuándo tienes coche? —preguntó de pasada mientras subía las escaleras del sótano.

—Es largo de contar. Conduce despacio, no tengas prisa.

No le dije que su hijo había aparecido porque no quería que circulase como un loco y se diera un golpe.

En cuanto vio a Sandra supo que el niño estaba bien. Los dejé solos. Salí al jardín. Sentía los pies fríos. Desde que cumplí los ochenta siempre tenía los pies fríos y más delgados, por lo que todo el calzado me pesaba.

Di una vuelta entre las plantas sin pensar en nada, absolutamente en nada aunque parezca algo imposible, y respiré profundamente. Cuando las soluciones llegan uno se olvida enseguida de los problemas. Lo único que importaba es que el niño estaba vivo.

Por segunda vez en mi vida, después del nacimiento de Esther, sentí una completa paz. Vi más estrellas que nunca, me mareaba mirarlas. Al rato noté pisadas y una pequeña luz roja a mi lado. Luego una bocanada de humo. Santi suspiró aliviado y también levantó la cara hacia el firmamento.

—Ha llamado Martín. Sancho ha recobrado el conocimiento y le ha contado que alguien que podrías ser tú le hirió y le dejó tirado en la buhardilla.

Ni siquiera me volví hacia Santi.

—Hicisteis bien en salvarle la vida, así no tendréis ese peso sobre vuestra conciencia.

—¿Te alegra que ese tipo viva?, ¿qué sientes?

—Qué más da lo que yo sienta, ni siquiera a mí me interesa lo que siento.

Santi me cogió por los hombros. Iba en mangas de camisa.

—Vamos a llevar a Janín al hospital para que lo examinen y a la policía le diremos que alguien anónimo nos lo ha devuelto, que salimos a buscarlo y al regresar lo habían dejado en su cuna. En cualquier caso, seguirán sospechando de nosotros.

—Todo lo que no se entiende es sospechoso. Y lo que se entiende también acaba siendo sospechoso.

Lucy

Al lado del bar había una tienda de electrodomésticos. Y fue en ese momento cuando sentí eso que le decía a Sandra que sentía para complacerla y mitigar su angustia. Sentí el olor de Janín. Fueron unos segundos.

Un chico con pinta de seminarista, clásico, con gafas y camisa de cuadros, pasó a mi lado con una bolsa de basura. La tiró en un contenedor de plástico verde y luego se metió en el bar de tapas. En la bolsa debía de haber algún pañal y toallitas desechables, cuyo olor podría atravesar una capa de acero.

Permanecí cinco minutos sin saber qué hacer. Janín no era el único niño del mundo. Había miles, millones, y todos eran parecidos. Sus orines, sus cacas, los restos del biberón, sus babas, sus gritos. La potencia de sus pequeños cuerpos parecía escaparse por todas partes. Sin embargo, yo lo había acurrucado contra mí, lo había cambiado, abrazado, besado. Lo distinguía. Además usábamos un jabón neutro que no era el típico de bebé, por lo que sus cosas nunca traspiraban ese añadido dulzón de los productos normales; más bien había notado el matiz del jarabe para la tos que había tomado durante días. Me acurruqué, concentrada como pocas veces lo he estado en mi vida. Todo lo que necesitaba saber estaba dentro de mí. Alguien me tocó en el hombro por si necesitaba algo. ¿Te encuentras bien?

Levanté la cabeza y vi el cierre de la tienda echado hasta la mitad. ¿Y si me colaba?

Era una locura. Si el seminarista al salir del bar cerraba por fuera la tienda, me quedaría atrapada dentro. Sin contar con que él podría tener un niño a su cargo, cuyo olor me recordara al de Janín. El autobús para Madrid ya había salido. Había uno directo al día y acababa de perderlo. En realidad, me di cuenta de que nunca lo habría cogido. Así que entré en el bar, me situé al lado del seminarista, que se estaba tomando un café, y yo me pedí otro. De su camisa voló una vaharada del mismo olor que antes.

Se tomó el último sorbo de la pequeña taza y arrojó unas monedas con gran estruendo sobre el mostrador. «Hasta mañana, Sancho», dijo el camarero.

Pregunté por un hostel cerca y barato para pasar una o dos noches. El camarero me anotó la dirección de una casa particular que alquilaba habitaciones. «Es de fiar», dijo.

Le conté que necesitaba trabajo y que se me daba bien cuidar niños.

—¿Cree que el cliente que acaba de salir necesitaría una niñera?

La pregunta le extrañó lo justo, o sea, nada. ¿Qué podría extrañarle a alguien hecho a oír frases sin sentido de la mañana a la noche?

—¿Quién? ¿Sancho? Ni hablar, que yo sepa no tiene hijos ni ganas. Déjale que viva.

Nos reímos.

—Si quieres, puedes poner una nota en el cristal de la puerta.

Me echó una ojeada psicológica.

—Estás invitada.

La tienda de electrodomésticos ahora estaba abierta y me moría de ganas de entrar, pero no debía. Sancho, como lo llamó el camarero, ya me había visto en el bar y no era conveniente que me reconociera en la tienda. Me compré un bocadillo de jamón y una botella de agua y me aposté enfrente, en el banco.

A la hora de abrir, un chico recio con una cazadora negra y pinta de rockero, o de matón, entró en la tienda. Llevaba una bolsa grande de la farmacia colgando de la mano. Salvo que se compren pañales o botes de leche nadie sale de una farmacia con una bolsa tan grande. El chico recio desapareció en las profundidades de la tienda y Sancho se enfrascó en el ordenador que había sobre el mostrador.

No le quité ojo a la puerta hasta la hora de cerrar, que fue antes de lo previsto, a las ocho menos cuarto. La verdad era que entraban pocos clientes y que los que entraban salían con las manos vacías, como si allí dentro hubiese muy poco interés por vender. Sancho salió y bajó la persiana metálica, aunque sin echar la llave. Alguien la echó por dentro. Al matón no lo vi salir en ningún momento. Quizá el local dispusiera de una vivienda más al fondo. Tenía frío. Debería comprarme algún jersey barato antes de que cerraran los comercios, pero no quería moverme de allí por si ocurría algo. Por la mañana temprano iría al banco a ver cómo podía sacar dinero.

Di paseos arriba y abajo para entrar en calor. Según avanzaba la noche el silencio caía sobre los árboles, la calle y los comercios. Se iban apagando las luces de los interiores y de las ventanas. Seguramente la tienda de electrodomésticos tendría una salida por otro lado. Era un misterio. Puede que el matón durmiera en un catre en la trastienda, quién sabe. Me oculté lo que pude para que el camarero del bar no me viera al cerrar. Cuando ya no pasaba casi nadie por la calle, me acerqué al contenedor de basura y abrí la bolsa negra de plástico que Sancho había tirado allí. La rasgué para cerciorarme de que en efecto había un pañal. Lo había. También un paquete vacío de la papilla de cereales que siempre guardábamos en la bolsa de ositos por si acaso y un frasco de gotas. Estaba a punto de leer la etiqueta cuando un toque en el hombro me hizo reaccionar, dejar la bolsa donde estaba y cerrar la tapa del contenedor.

De pronto me vi con veinte euros en la mano. Alguien pensaba que estaba rebuscando en el contenedor en busca de comida. Me quedé tan alelada que no se lo devolví ni le di las gracias. Quizá era una buena señal. La ayuda vendría de forma inesperada, desconocida o puede que ya hubiese llegado.

Me dirigí al piso recomendado por el camarero y tomé posesión de una habitación pequeña con rejas a un patio. La dueña, después de echarme un vistazo, me advirtió que no eran horas de ducharse. «El baño está en el pasillo, pero no son horas de ducharse», dijo. No pensaba hacerlo. Oriné, me lavé las manos y la cara, cogí una

manta de encima de la cama, la metí en la mochila y salí. Me compré un café en una máquina de la calle y me acurruqué en la entrada de un banco frente a la tienda. Me senté sobre la mochila y me tapé con la manta. Sin frío todo iba bien.

A pesar del café, me quedé traspuesta. Me desperté a eso de las seis. Las estrellas desaparecían una a una como si alguien fuera apagándolas. La persiana de la tienda permanecía igual. Janín no tomaba gotas, solo el jarabe para la tos, lo que me hacía dudar de que realmente se tratase de él.

A las siete y media empezó a pasar gente, así que me levanté, doblé la manta, la metí en la mochila y me senté en los escalones a esperar algún movimiento.

El bar de tapas abrió a las ocho y a los diez minutos el corazón me dio un salto al oír el estruendo metálico de la persiana de la tienda. Vi salir al matón con cara de sueño y se sentó en un taburete del bar. Había dejado la persiana completamente bajada aunque no cerrada, pero sería muy arriesgado subirla para pasar y que él lo oyera. Tenía que esperar el momento oportuno. Siempre había actuado por impulsos. Enamorarme de Santi, venir a Dianium..., en el fondo necesitaba hacer lo que me diera la gana en cada momento. Y ahora no quería meter la pata, quería arreglar las cosas. Quería hacerlo bien.

Pasé un momento al baño del bar de tapas y luego me tomé un café con leche sin quitarle ojo a la calle. El camarero me preguntó por la habitación y si ya había encontrado trabajo, parecía tener muy buena memoria. A las diez el de la cazadora abrió definitivamente la tienda y al rato apareció Sancho. Yo ya había tomado posesión del banco de madera con la mochila al lado. Una *hippy* de las de antes, una mendiga, una desgraciada, estaban acostumbrados a estos personajes, por eso mismo me habría gustado darle las gracias al tipo de los veinte euros. Afortunadamente hacía sol, me caía sobre los hombros. El matón de la cazadora se fue calle adelante hasta un Opel Corsa y a la media hora Sancho bajó el cierre hasta la mitad en señal de «he salido a hacer un recado» y se metió en el bar. Solo esperaba que el camarero de memoria prodigiosa no le mencionara nada de niños ni de mí.

El corazón iba a estallarme y respiré hondo tres veces, no tenía tiempo para más. Me metí por debajo de la persiana metálica, crucé la tienda y pasé por una trastienda con cajas; anduve por un pasillo, subí unas escaleras y llegué a una puerta cerrada. No sabía qué hacer. La empujé con el hombro por intentar algo y entonces oí una tos. Era la tos de Janín, estaba segura. Regresé corriendo a la tienda y palpé desesperadamente el mostrador en busca de llaves. Había unas junto al ordenador. Alguien me hizo señas desde fuera para que le abriese y negué con la mano. Recé para que Sancho estuviera entretenido con el camarero. Rezar era mucho decir, fue un deseo urgente, un chispazo en petición de socorro. Recorrí el pasillo y subí las escaleras, ahora más rápido, y tuve que probar cuatro llaves hasta que una abrió. Le rogué al ángel de los veinte euros que me echara una mano.

Vi a Janín durmiendo sobre una colchoneta. Cerré la puerta. Sancho tardaría como mucho cinco minutos más en regresar a la tienda y diez, poniéndonos en lo mejor, en echar de menos las llaves.

Nada más vi una forma de escapar: a través de unos ventanales en el techo. No estaban muy altos, se inclinaban hacia la pared y se veía el cielo azul y algún tejado. Debía actuar, no pensar. Tenía que arrastrar la única mesa de la habitación hasta apoyarla debajo de los ventanales. Debía abrir uno y luego coger la bolsa acolchada de ositos. La puse encima de las tejas y por último cogí a Janín en brazos. No se despertó, parecía sedado. Lo coloqué sobre la bolsa y a continuación, haciendo un esfuerzo enorme, logré impulsarme y salir. El niño pesaba mucho. Me colgué la bolsa del cuello con él sobre ella. Los pies con las sandalias de goma se balanceaban en el aire, debía tener cuidado de no resbalar. Llegué a un solárium y bajé por unas escaleras hasta un pequeño jardín que daba a la calle. Me eché la bolsa a la espalda y puse los brazos de Janín alrededor de mi cuello. Llegué a la estación de autobuses y mi primera intención fue subirme a uno que nos llevara a cualquier parte, pero dejé a un lado este impulso y tomé un taxi hasta la casita. Crucé los dedos para que los veinte euros me alcanzaran o que Santi y Sandra estuvieran allí.

No encontraba la forma de ponerme en contacto con sus padres. Me había dejado el móvil en la mochila y la mochila con la manta en la puerta del banco, qué cabeza la mía.

Pasé dos días sola con Janín sin saber qué hacer, extrañada por la ausencia de Santi y Sandra y sin poder dormir porque la puerta de la calle no cerraba bien, pensando en la mejor forma de huir en caso de que llegaran Sancho o el matón a buscarnos. Coloqué una escalera junto a la pared medianera del vecino para, en caso de urgencia, poder salir con el niño por la puerta trasera del patio y saltar por allí para pedir ayuda. Menos mal que el jarabe continuaba en su sitio. La tos se le fue pasando. Poco a poco comenzó a espabilarse y una vez hasta me sonrió.

Dormía con él acurrucado contra mí y con un ojo abierto. No debía tranquilizarme. No debía confiarme. No estaba segura de poder defender a Janín si regresaban para llevárselo. Pero tampoco tenía un lugar mejor adonde ir. Al menos aquí estábamos en casa. Hasta que la segunda noche aparecieron Sandra y el viejo Julián. Oí sus voces desde dentro. Una hablaba más alto que la otra y por eso al principio no distinguí la voz de Sandra y me asusté, pensando que eran Sancho o el matón.

Apagué la luz del salón y no tuve más remedio que encender la de la cocina para coger un par de biberones para Janín antes de emprender la escapada. Pero entonces los distinguí y, de la impresión, un biberón se me cayó al suelo delante de Sandra. Me emocionaba tanto el momento en que viesen al niño que no podía hablar. Arrastré a Sandra del brazo hasta la habitación. Había dejado una lamparita encendida que

creaba claros en el bosque de florecillas pintadas de la pared. Sandra tampoco dijo nada. Se desmayó.

Me marché sin despedirme esa misma noche e hice autostop hasta Madrid con una chaqueta azul de hombre que Julián me echó por encima. En el piso de Santi todo estaba revuelto y me puse a ordenarlo con música de fondo sin pensar en nada, absolutamente en nada, aunque parezca imposible. Ya podía ducharme, cambiarme de ropa y comer y no sentirme culpable.

Sandra

Al final no le dijimos nada a la policía. Estábamos demasiado cansados. Después de la revisión médica de Janín compramos una botella de vino y un pollo asado, y nos marchamos a la casita. El niño se encontraba bien, aunque Sancho, Martín y a saber quién más le habían administrado un sedante. El médico no sabía qué pensar, se mostró receloso y dijo que tendría que dar parte a Asuntos Sociales. Nos parecía bien. Ahora Janín lo miraba todo con los ojos muy abiertos, lloraba de vez en cuando, como si se acordase de algo, y nos tendía los brazos para que le cogiésemos.

—Es un niño con buen carácter y con ganas de ser feliz, no dejaré que esta experiencia le amargue la vida —dijo Julián.

Santi me cogió por los hombros para que contemplásemos juntos a nuestro hijo jugando con sus juguetes de goma. Aguanté así unos segundos hasta que logré escabullirme de su brazo discretamente para no herirle. Santi contrariado, resignado o sencillamente cansado por tanta tensión dijo que iba a poner una cerradura nueva.

Me encerré en el baño. No quería que nada ni nadie perturbara este momento. Me tapé la cara con la toalla. Era milagroso poder ver y tocar a Janín, que el universo me hubiese acercado de nuevo a él como se acercan los átomos y las olas a la playa, como se acercan los niños a sus padres en el parque y las personas que se quieren. Sentí una enorme gratitud por tener la posibilidad de ser feliz. Para eso había muerto Alberto. Algún día trataría de buscar a Elisabeth —su antigua compañera de trabajo— para que me hablara de él y quizá trataría de conocer a la familia de Alberto. Se merecía estar en la historia de mi vida.

Cuando regresara a Madrid cambiaría a Janín de guardería para que no pudieran localizarlo y le advertiría a mi hermana que no le hablara a nadie de nosotros. Ella me pediría que adornara el escaparate y yo lo haría con gusto. Ya no me sentía sola. Tenía a Santi de aliado y también a Lucy. Habían pasado por la prueba del mal y se habían salvado, y ya nunca volverían a ser tan inocentes como antes.

Salí del baño con la cara enrojecida y empecé a hacer la maleta. Nos esperaba un viaje largo. Julián se acercó a mí. Sonrió con esa sonrisa seria suya. ¿Aquí ha terminado todo?, pareció decir con los ojos. A mí me resultaba imposible sonreír. Julián tenía las manos muy delgadas y los ojos hundidos por el cansancio de todos estos días, había envejecido un poco más; también había adelgazado, si eso era posible. Se me grabaron en la memoria para siempre las rayitas verdes de su camisa. Pensé que ya no lo vería más. Me quedé mirándole las botas, que sabía que le pesaban, y el borde de los pantalones beige, que llevaba siempre. Me abrazó.

Julían

Dejamos pasar la primera noche sin llamar a Martín. Casi se nos olvidó. Al día siguiente a ninguno nos apetecía llamarle para darle la buena noticia. Nos repugnaba pensar en el sótano. Aquello pertenecía a la zona oscura de nuestras almas y había que regresar a la luz lo antes posible. Al final le pedí a Santi que marcara el número de Martín y hablé yo. Me limité a darle la dirección de la mansión y a sugerirle que bajara al sótano.

Echaba de menos a Lucy. Gracias a ella podía descansar de sentirme culpable. Si la Hermandad puso los ojos en el hijo de Sandra fue por mí. Solo yo los llevé hasta él. Ni el descuido de Lucy ni la pasada intromisión de Sandra en la organización, solo yo. Yo fui el imán que unía a estas alimañas con todo lo que me rodeaba. Que Dios me perdone. Y Lucy me había descargado de esta responsabilidad, no de las anteriores ni de las que vendrían más adelante. Ahora mi primera tarea sería escribir un informe para Elisabeth para que se lo entregara al juez. No me exculparía de nada, contaría lo que le hice a Sancho y, sobre todo, que seguía vivo y lleno de un rencor indescriptible, lo que podría convertirle en el ser más peligroso del planeta.

Me quedé a dormir en el sofá del salón. Era maravilloso sentir la paz de la casita, acariciada por el viento nocturno. Al día siguiente emprendieron la marcha a Madrid. Santi había cambiado la cerradura de la puerta y le ayudé a colgar el cartel de «Se alquila». No les dije que había descubierto quién forzó la cerradura y había entrado en la casita: Geralda. No me equivoqué cuando me pareció que nos seguía a mí y al chico al que hice autostop para venir aquí. Me dejé vencer por mi simpatía hacia ella y no quise darme cuenta de la verdad, lo que significaba que aún era débil y que me moriría siendo débil y confiando, a mi pesar.

Sandra y yo nos despedimos cuando ella hacía la maleta y estuve a punto de desmoronarme. Pero esta vez ella no estaba sola y eso me alegraba mucho. Luego se metieron en el coche y nos dijimos adiós con la mano. Cuando me subí en el Opel de Sancho, del que me había apropiado porque sí, sentí un gran vacío en las tripas. No tenía más remedio que seguir adelante.

Ya no podía regresar a Argentina, no resistiría el viaje, y aquí nada más tenía la residencia Tres Olivos, así que le pediría a Pilar que me hiciera una rebaja en la mensualidad.

Nada más aparcar en la residencia, abatido y aliviado a partes iguales, James vino en mi busca. Me miraba de otra forma y me hablaba con más respeto y en voz baja. Había comprendido que mis asuntos no eran sencillos ni simples, ni podían airearse sin más.

—Han venido preguntando por ti dos hombres, de tu edad más o menos. Uno alto y flaco, el otro más bajo y moreno. El alto iba de *sport*, y el bajo, elegante. Me han

dato mala espina.

Me imaginé quiénes podrían ser. Esto no iba a terminar nunca.

James me siguió hasta mi cuarto, parecía que tenía algo más que decirme. Yo no tenía muchas ganas de hablar, solo de cambiarme de ropa, tomarme las pastillas y, a ser posible, quitarme las lentillas. Aun así, le pregunté algo que me creaba cierta curiosidad y que había sido la fuente de los últimos problemas.

—Nunca me dijiste qué viste en la cueva.

—Nada —dijo metiendo dos dedos bajo la hebilla de turquesa—. No te perdiste nada. Agujeros muy estrechos y cavidades por las que solo podría pasar un niño menudo. ¿Y ese coche? Me tienes muy sorprendido.

Desde la ventana me quedé contemplando como el aire movía los pinos, los olivos y las palmeras. Movía las flores de los parterres del jardín y la hierba salvaje del campo, creando una suave ondulación. Por lo menos James seguía aquí, aunque no pudiese fiarme de él al cien por cien. No volvimos a mencionar a Geralda. Establecimos un pacto de silencio que hacía nuestra relación más fácil. Tampoco podría contarle lo que había descubierto de Otto y que jamás me habría imaginado que alguien como él, un héroe para su gente, no fuese capaz de ser fiel ni siquiera al mal. Y es que hay un mal que es peor que el mal, porque lo sobrepasa y se mete dentro de una profundidad sin ley. Algo semejante al color negro absoluto, que no puede ser atravesado por ningún tipo de rayo. El mal absoluto disfrazado de bien, que sigue reinando entre nosotros cuando ya creemos que el mal a secas ha sido controlado. ¿Sería posible algún día acabar con él? Demasiado complicado para este pobre viejo, que lo único que quiere ahora mismo es descansar.

Nota final

La mayoría de los viejos nazis que aparecen en esta novela están inspirados en personajes reales que tras la segunda guerra mundial encontraron refugio bajo el cielo cálido y apacible de nuestras costas, donde han vivido sin ser molestados hasta edades muy avanzadas.

Agradecimientos

Muchas gracias a todos los lectores, que, desde que apareció *Lo que esconde tu nombre* en 2010, tan generosamente me habéis aportado experiencias, fotografías personales y libros testimoniales (como el de Lope Massaguer sobre Mauthausen) que me han ayudado a profundizar en la vida cotidiana y doméstica de los viejos nazis escondidos en las costas españolas. Gracias a todos los investigadores de esta turbia y poco conocida etapa de nuestra historia, muy especialmente a la *Guarida del Lobo*, de Javier Juárez, y *La última gesta*. Los republicanos que vencieron a *Hitler* (1936-1945), de Secundino Serrano, así como a los innumerables artículos de prensa. A mis amigos de Dénia (donde conocí de primera mano esta realidad allá por 1980) que no me han regateado información, recuerdos y material gráfico de nazis que se refugiaron y vivieron en esta encantadora ciudad durante largo tiempo.

Desde entonces es maravilloso saber que mis manuscritos están en manos de un equipo editorial potente, imaginativo y entusiasta. Muchas gracias a Jesús Badenes, a Carles Revés y a Emili Rosales por confiar en el potencial de mis historias y apoyarlas. Gracias a su aliento, en *Cuando llega la luz* Sandra y Julián han vuelto a la batalla con más ganas de ajustar cuentas. Gracias también a Anna Soldevila por cuidar mi creación y ayudarme a afinarla con sus comentarios. Y a quienes habéis intervenido sin escatimar cariño y trabajo en la edición de la novela. Es estimulante saber que el estupendo equipo de Marc Rocamora está detrás del *marketing* y la comunicación, y que Sergi Álvarez y Marta Oliva velan para que mi criatura sea lo más visible posible. Un beso a Alba Fité, con quien he compartido y compartiré viajes y aventuras promocionales. Y a Ana Gavín, desde cuyo departamento Carmen Ramírez también intentará que lleguemos a todos los rincones. Y, cómo no, gracias a Daniel Cladera, que ya está repartiendo la semilla de *Cuando llega la luz* por el mundo entero con la inestimable ayuda de Gemma Sanjuán. Pero sin el gran trabajo de la red comercial no sería posible llegar al corazón de las librerías. Mi reconocimiento a Francisco Barrera y a todo el equipo por vuestra generosa entrega.

Siempre estaré en deuda con los libreros y su amor por los libros. Y ojalá que esa fuerza espontánea y llena de vida de los clubes de lectura sea imparable.



CLARA SÁNCHEZ es una escritora española nacida en Guadalajara el 1 de marzo de 1955. Pasó su infancia en Valencia y se trasladó posteriormente a Madrid, ciudad en la que actualmente reside.

Se licenció en Filología Hispánica en la Universidad Complutense. Se dedicó durante años a la docencia universitaria, trabajo que abandonó para dedicarse de lleno a la profesión de escritora.

Ha participado en programas de TV como *Qué grande es el cine*. También ha trabajado como colaboradora en el diario *El país* y en la revista literaria *El Urogallo*.

Recibió el premio Alfaguara en el 2000 por *Últimas noticias del paraíso*, los premios Nadal en el 2010 y Mandarache en el 2013 por *Lo que esconde tu nombre*, y el premio Planeta de novela en el 2013 por *El cielo ha vuelto*. También ha sido galardonada con el premio Germán Sánchez Ruipérez al mejor artículo sobre Lectura publicado en 2006.